



LOS PIRATAS ROJOS

CAPITULO I

INSULTO

El primer cuadro de nuestra historia tiene por teatro la antigua ciudad de Chihuahua, metrópoli de las provincias del norte de Méjico, compuesta en su mayor parte de casas de tierra, y situada en medio de áridas llanuras circuidas de montañas pedregosas.

Apenas asciende á veinte mil el número de almas que pueblan esa metrópoli mejicana, y en los campos circunvecinos no se cuentan muchas más.

En otro tiempo, sin embargo, era más numerosa; pero el hacha del comanche y la flecha del apache han producido numerosas bajas entre los descendientes de los conquistadores, sobre todo desde que los caseríos están muy distantes unos de otros y sólo se encuentran ruinas en los espacios que los separan.

Hace pocos años que el viajero hubiera podido ver clavados en las puertas de la ciudad algunos extraños objetos, análogos entre sí, y agitados por el viento; á cierta distancia parecían matas de pelo, que por su forma se asemejaban á otras tantas colas de caballo; pero aquello era cabello humano, entre el cual se distinguían pedazos de piel arrancados de las cabezas de las víctimas. En una palabra: eran cabelleras de indios, las cuales acreditaban

que el comanche y el apache habían pagado su tributo en la sangrienta lucha.

También llamaban la atención otros objetos clavados en forma de círculo; y no hay duda que su adquisición debía haber arrancado lágrimas á aquellos á quienes pertenecieron, pues eran orejas humanas.

Tan repugnantes recuerdos procedían de una tribu india, eran los trofeos de los *Cazadores de Cabelleras*, y servían para indicar el número de indios muertos.

Hacia ya algunos años que se hallaban allí, agitados de continuo por el viento que barre las llanuras de Chihuahua, y es posible que si aun no existen los mismos restos, tal vez los hayan reemplazado otros.

Mas no nos proponemos hablar aquí de los *Cazadores de Cabelleras*, sino de la ciudad de Chihuahua, y aun de ésta diremos muy poca cosa, pues nuestro objeto es sólo referir una escena ocurrida en sus calles.

Pasaba una procesión religiosa, espectáculo que nada tenía de particular en Chihuahua, como tampoco lo tendría en ninguna otra ciudad mejicana, pues es tan común, que al menos se ve cada ocho días. La de que hablo era de las más principales, pues representábase en ella la historia de la Crucifixión. Los ciudadanos de todas las clases asistían á la ceremonia, tomando igualmente parte en ella algunas tropas. El clero, como es de suponer, figuraba en

primer término, así el secular como el regular, porque sus individuos eran los iniciadores de la solemnidad, y porque ésta les reportaba beneficios pecuniarios, aunque sólo fuese por la venta de cruces de plomo, imágenes de la virgen, y estampas que representaban los diversos santos del calendario. En la procesión se veían todos los pasos de rigor: el Redentor conducido al lugar del suplicio, la Cruz llevada en hombros de un Simón de color cobrizo, Pilatos el opresor, Judas el traidor, y, en una palabra, todos los personajes notables, que asistieron al acto con que el Salvador redimió nuestros pecados.

En la época en que ocurrían los acontecimientos que voy á referir, existía en Chihuahua, y acaso exista en la actualidad, una casa de hospedaje americana, ó, mejor dicho, una posada; y entre los alojados hallábase un caballero á quien nadie había visto antes en la ciudad, y que, á juzgar por su traje y aspecto, podría creerse que era hijo de alguno de los Estados de la Unión, y hasta podía asegurarse que pertenecía al Sur.

Aquel hombre era del Kéntucky; pero, lejos de representar el tipo de los naturales de este país, que, por lo general, son altos y corpulentos, tenía mediana estatura, esbeltas formas y facciones muy agradables y expresivas, aunque su mirar revelaba la resolución y el valor. Cubría su cabeza un costoso sombrero de Guayaquil, y en el conjunto del traje reconocíase una persona acomodada, así como, en los modales, un perfecto caballero.

Nadie sabía desde cuándo se hallaba el desconocido en la ciudad, ni cuándo había llegado: el hecho es que estaba allí, contemplando la procesión desde la puerta de la posada.

Y adviértase que no parecía admirarle en modo alguno el espectáculo, sin duda por haberlo presenciado ya muchas veces, pues no se puede viajar por Méjico sin ver alguna de estas ceremonias.

Bien le interesara ó no, observóse muy pronto que no guardaba la debida compostura, por lo que hace á la costumbre del país. Como estaba, en parte, oculto por uno de los pilares del pórtico de la posada, acaso no había creído necesario descubrirse, aunque nadie podía asegurar que no lo hubiera hecho en otro sitio más visible, pues Frank Hamersley, así se llamaba el desconocido, no era hombre capaz de ponerse en evidencia por la más pequeña falta, ni tampoco de ofender la sensibilidad y creencias del más ferviente católico, aunque él fuera de la Iglesia protestante.

Si el sombrero de Guayaquil seguía cubriendo la cabeza de su poseedor, era solamente por efecto de un descuido: al extranjero no le ocurría siquiera descubrirse.

Esto dió lugar á que se fijaran en él miradas de enojo, mientras contemplaba la procesión, y llegaron á sus oídos varios murmullos de la multitud que pasaba por delante. Nuestro hombre conocía lo suficiente el país para comprender la significación de aquellas demostraciones, pero al propio tiempo repugnábale hu-

millarse por una precipitada complacencia. Juzgó que sería suficiente concesión, por su parte, retirarse más atrás, hasta quedar del todo oculto por la columna, y así lo hizo.

Pero ya era demasiado tarde, pues habíase fijado en él la vista perspicaz de un fanático, el cual parecía tener autoridad para castigar.

Era un oficial de espesa barba y muy engalanado, que avanzaba á la cabeza de un piquete de lanceros, y que, separándose de la línea que seguía con la procesión, picó espuelas á su caballo, dirigiéndose al pórtico de la posada. Una vez allí, deteniéndose delante del hijo de Kéntucky, gritó con acento de cólera y blandiendo su sable sobre la cabeza del desconocido:

—¡Gringo! ¡Fuera ese sombrero, y de rodillas!

Y como el extranjero tardase en obedecer, descargóle con la hoja de su sable un golpe de plano que, aunque no muy fuerte, hizo rodar por tierra el sombrero de Guayaquil.

Sorprendido el ciudadano del Kéntucky por aquel inesperado ataque, repúsose, sin embargo, al punto, y, sacando una pistola, apuntóla á la cabeza del agresor. Acaso hubiera atravesado el proyectil la cabeza del oficial, á no ser por la intervención de un tercer personaje, que, sujetando el brazo del desconocido, impidióle hacer fuego.

Frank Hamersley creyó al pronto que se presentaba un nuevo enemigo; pero reconoció después que era, por el contrario, un mediador.

—¡Habéis sido imprudente, capitán Uruga! —dijo á éste el que acababa de intervenir.— Este caballero no conoce el país, ni tampoco sus costumbres.

—Pues tiempo es ya de que ese hereje las aprenda,—repuso el oficial,—y de que respete la sagrada Iglesia. Pero ¿con qué derecho interviene aquí el coronel Miranda?

—Con el de la humanidad primeramente; con el de la hospitalidad después, y, en fin, con el que me da mi grado, superior al vuestro.

—¡Bah! Os engañáis: recordad, señor coronel, que éste no es vuestro distrito. En Albuquerque podíais dictarme órdenes; pero aquí estamos en la ciudad de Chihuahua.

—Sea ó no Chihuahua,—replicó el coronel,—responderéis de este ultraje; y tened presente que vuestro protector Santana no es ahora dictador, con autoridad para dispensar vuestra conducta. Parecéis olvidar, capitán Uruga, que servís bajo un nuevo régimen, por el cual se obedece á leyes fijas, y, sobre todo, al código de la decencia.

—¡Bah! ¡Bah! —repitió el engalanado oficial.— Predicad á quien tenga tiempo de escucharos, pues la procesión no debe detenerse, ni por vuestro protegido yanke. ¡Idos al diablo!

Y con esta brusca despedida, el capitán de lanceros volvió á picar espuelas, y fué á ocupar de nuevo su puesto en la procesión.

Pronto se dispersó la gente, atraída un momento por aquella escena, tanto más cuanto que el extranjero y su protector habían desaparecido ya en el interior de la posada.

La procesión seguía pasando, y muy pronto se olvidó aquella escena.

CAPITULO II

EL DESAFÍO

Frank Hamersley estaba fuera de sí por el insulto que acababa de recibir. La sangre hervía en sus venas y ansiaba tomar satisfacción.

aunque me costase la vida. Necesito á toda costa una satisfacción.

—Si la esperáis de la ley,—repuso el coronel,—témome que pasará mucho tiempo sin obtenerla.

—Ya lo sé. ¡La ley! Jamás he pensado en semejante cosa, porque soy, ante todo, caballero. Supongo que ese capitán Uraga se precia de serlo también, y que, por lo tanto, no rehusará darme la satisfacción acostumbrada.



—¡Habéis sido imprudente, capitán Uraga!

Según ya hemos dicho, el caballero que le impidió, acaso, cometer una muerte, habíale seguido al interior de la posada.

Frank no le conocía, ni recordaba haberle visto antes. Era hombre de unos treinta años escasos, y vestía el traje del país. Llevaba una faja de crespón rojo y cubría su cabeza un sombrero de grandes alas con cinta muy ancha, pero todo su aspecto tenía cierto aire marcial que confirmaba el título que acababa de darle el capitán de lanceros.

—Me tomo la libertad de preguntaros qué debo hacer,—díjole el ciudadano de Kéntucky.

—Caballero,—contestó el que designaremos desde ahora con el nombre de coronel Miranda,—si en algo apreciáis vuestra seguridad personal, os aconsejaría que no pensaseis más en el incidente ocurrido, por mucho que os haya exasperado, con justísima razón.

—Dispensad,—repuso Frank;—no podría seguir vuestro consejo por nada en el mundo,

—Pues yo creo que sí, bajo el pretexto de que sois extranjero; un bárbaro ó un gringo, como él dirá.

—Y ¿qué hacer?

—¡Vamos!—repuso el coronel mejicano.—Ya que estáis resuelto á batiros, tal vez arreglaré el asunto, en el cual me creo también algo comprometido; y si me aceptáis por padrino, os aseguro desde luego que el capitán Uraga no se atreverá á rehusar el duelo.

—Señor coronel,—dijo Frank,—creo inútil manifestaros que mi agradecimiento es profundo, porque no hubiera sabido á quién dirigirme en una ciudad donde no conozco absolutamente á nadie, pues llegué ayer mismo á Chihuahua.

—Está bien: tened por cierto que no dejará de efectuarse el desafío por falta de un segundo. Y ahora permitidme preguntaros si sois hábil en el manejo de la espada.

—Lo suficiente para confiar en la victoria.

—Os lo pregunto,—añadió el coronel,—porque ésa es el arma que seguramente elegirá vuestro adversario; y, partiendo de vos la provocación, ya sabéis que tiene el derecho de elegir. Considero al capitán Gil Uraga como el más cobarde de los hombres que han llevado charreteras; pero si intervengo yo, no se atreverá á rehusar, confiando, sobre todo, en su destreza en la esgrima.

—Pues os aseguro,—replicó Frank,—que recibirá un sensible desengaño.

—Me alegro de ello, y ahora sólo falta que me deis vuestras instrucciones.

Dadas éstas, el coronel marchó inmediatamente á desempeñar su cometido; y dos horas después, el capitán Gil Uraga, del regimiento de lanceros de Zacatecas, recibió el reto del ciudadano de Kéntucky, siendo portador el coronel Miranda.

Con semejante padrino, el oficial de lanceros no pudo menos de aceptar, lo cual hizo con frío desdén, confiando en la circunstancia á que aludió Miranda, es decir, en que un paisano no sabría manejar el acero. Y, en su consecuencia, fué elegida la espada.

Si el capitán de los lanceros de Zacatecas hubiera sabido que su contrario había pasado una parte de su vida tirando al florete y al sable con los criollos de Nueva-Orleans, tal vez no hubiera confiado tanto en la victoria.

No creemos necesario describir el duelo, que si difirió de los demás encuentros de esta naturaleza, fué sólo por la saña de ambos antagonistas. Baste decir que el ciudadano de Kéntucky desplegó la suficiente habilidad para señalar profundamente una mejilla al capitán Uraga, rompiéndole tres ó cuatro dientes. El fué quien primero gritó:

—¡Basta!

Y con esto terminó el lance.

—Caballero Hamersley,—dijo el coronel Miranda á Frank, mientras apuraban el contenido de una botella en la posada, después del encuentro,—¿me será permitido preguntaros dónde pensáis dirigiros cuando salgáis de Chihuahua?

—A Santa Fe, en Nueva Méjico, y después á los Estados Unidos.

—Y ¿cuándo os proponéis marchar?

—En cuánto á eso, no he resuelto nada todavía. La caravana con que pienso cruzar las llanuras no saldrá hasta de aquí á seis meses, y supongo que dentro de uno podré hallarme en Santa Fe.

—Y también antes,—replicó el coronel.—Pero no se trata del tiempo que necesitáis para llegar, sino del día que saldréis de aquí. Yo os aconsejaría marchar desde luego; convengo en que dos días no son suficientes para ver lo que hay en Chihuahua, aunque la ciudad es pequeña; pero me parece que podríais juzgar de ella por lo que os ha ocurrido. Creedme: lo mejor es que no dejéis transcurrir aquí veinticuatro horas.

—Pero ¿por qué, coronel?

—Porque mientras permanezcáis aquí, no

está segura vuestra vida. No conocéis el carácter del hombre con quien habéis cruzado el acero; pero yo sí, y creo conveniente advertiros que, aun cuando viste el uniforme de oficial de nuestro ejército, no es sino un salteador, y un cobarde, por añadidura. Si yo le hubiese dejado alguna salida para evitar el encuentro, seguro estoy que no os habríais batido; y si no ha rehusado, es porque confiaba en tener sobre vos superioridad en la esgrima. Ahora debe estar poseído de la mayor desesperación, porque se precia de ser un conquistador de damas; y como le habéis desfigurado el rostro, señalándole para toda su vida, nunca os perdonará. Seguramente, yo seré también objeto de su rencor, y á los dos nos convendría alejarnos de este hombre.

—Pero ¿qué puede hacernos?—exclamó Frank.

—Esa pregunta me indica que habéis estado muy poco tiempo en nuestro país, y que no conocéis á Uraga. Aquí se compran puñales por muy poco precio, y no escasean los hombres que saben manejarlos. ¿Me entendéis?

—Sí, amigo mío; pero ¿qué me aconsejáis hacer?

—Lo mismo que yo. Partir de Chihuahua hoy mismo. Debemos seguir el mismo camino hasta Alburquerque, donde estaréis ya fuera de todo peligro. Yo me dirijo á dicho punto, de vuelta de Méjico, donde he desempeñado una comisión del Gobierno. Me acompaña buena escolta, y si queréis aprovecharos de ella no os faltará protección.

—¡Coronel Miranda,—repuso Frank,—acepto vuestra generosa oferta, y no sé cómo pagaros tantas bondades!

—Reservad vuestro agradecimiento para cuando os haya prestado algún servicio, pues hasta ahora no he hecho sino cumplir con el deber de un caballero que ve á otro en un apuro. Lo esencial, por ahora, es no perder más tiempo, pues tal vez se estén afilando ya los puñales que podrían herirnos. Preparad vuestro equipaje, para que marchemos dos horas antes de ponerse el sol, pues así aprovecharemos la frescura de la tarde.

—Contad conmigo para ese tiempo,—contestó Frank.

Aquella misma tarde, dos horas antes de ponerse el sol, un grupo de jinetes que vestía el uniforme de dragones mejicanos salió del cuartel de Chihuahua, dirigiéndose por el camino que conduce á Santa Fe á través del Paso del Norte. El coronel Miranda había cambiado su traje de paisano por el uniforme de oficial de caballería, é iba al frente de su escolta, llevando á su lado al extranjero, á quien dispensó tan generosa protección.

CAPITULO III

DESPEDIDA

• Han transcurrido seis semanas desde el día en que ocurrió el duelo en Chihuahua.

En la azotea de una especie de casa-fuerte,

bastante grande y próxima á la ciudad de Alburquerque, cuyo campanario se eleva sobre las copas de los árboles que rodean aquella morada, dos hombres conversan animadamente: son el coronel Miranda y el joven de Kéntucky.

La protección del generoso mejicano no había concluído con el viaje desde Chihuahua: después de una penosa marcha de veinte días, el coronel había ofrecido alojamiento al joven Frank en su propia casa, tanto más segura

veíase en una de las paredes de la sala principal el retrato de una joven hermosísima, en el cual había fijado ya varias veces el americano sus miradas, contemplándole con silenciosa admiración. Aquel retrato era el de la hermana del coronel, algunos años más joven que este último, y ausente entonces por haber ido á visitar á unos parientes establecidos en un punto lejano de la República.

Las miradas de Frank Hamersley no se ha-



Veíase en una de las paredes de la sala principal el retrato de una joven hermosísima

cuanto que se hallaba en el distrito de su mando. En Alburquerque había entonces también un cuerpo de tropas con el objeto de rechazar las incursiones de los indios.

El coronel Miranda había nacido en aquella misma casa.

Además de ser oficial del ejército mejicano, el coronel era uno de los más ricos del país: su casa, muy grande y de sólida construcción, tenía, como todas las demás de su clase en el país, un inmenso mirador, que servía de observatorio, pues dominaba todos los alrededores. En el zaguán había una reducida guardia y centinelas en la puerta exterior.

Dentro de la casa no habitaba familia alguna, pues el coronel era soltero. Veíanse sólo algunos criados de ambos sexos, entre los cuales figuraban varios indígenas de los llamados *indios mansos*.

Sin embargo de que entonces no habitaba ninguna mujer el interior de aquella casa,

bían fijado nunca en aquella pintura sin experimentar el mayor vivo deseo de ver el original.

Nuestros dos personajes, según hemos dicho ya, conversaban en la azotea saboreando un rico habano, á la vez que contemplaban los pelicanos y las grullas, cuyos gritos parecían más estridentes en aquella hora de la tarde.

—Conque ¿estáis resuelto, amigo mío,—decía el coronel,—á marcharos mañana mismo?

—Lo creo indispensable, coronel, pues la caravana con que emprendí el viaje saldrá pasado mañana de Santa Fe, y apenas me queda tiempo para llegar. Si no me agrego á ella, pasarán tal vez meses sin tener otra oportunidad, porque ya no puedo cruzar solo las llanuras.

—Vaya: pues entonces será necesario separarnos; y á fe que lo siento, pues, como veis, estoy aquí algo solitario. Si exceptúo nuestro anciano médico, no hay entre mis oficiales uno solo verdaderamente sociable. Ciertamente que no

me falta que hacer, como ya habéis visto, con perseguir á los indios bravos, quienes, sabiendo cuán escasas son mis fuerzas, muéstranse más audaces cada día. Buena falta me hacen algunos de esos intrépidos cazadores, patriotas vuestros, que pasan algunas veces por Albuquerque. Mi hermana volverá pronto; es tan bella como animosa y alegre, y, por vida mía, siento que no os halléis aquí para conocerla.

Frank pensó que si el original era parecido á la pintura que él había visto, no resultarían exageradas, seguramente, las palabras del coronel; pero sin expresar esta idea limitóse á decir:

—Espero, coronel Miranda, que volveremos á encontrarnos. Si no lo creyese así, estad seguro que me causaría mucho más sentimiento la separación; pero no sé por qué se me figura que nos veremos otra vez, pues tengo cierto propósito.

—¿Se puede saber cuál es?

—Sí: volver á Nueva Méjico.

—¿Para estableceros en el país?

—No precisamente para esto; pero sí á fin de residir una buena temporada, pues deseo cambiar un cargamento de géneros por un buen saco de vuestras onzas mejicanas.

—¡Ah! ¿Tratáis, por ventura, de convertirnos en traficante de las praderas?

—Ese es mi objeto y la causa de haber visitado vuestro país. Ya tengo edad suficiente para dedicarme á algo útil, y siempre me ha gustado la vida aventurera de esos comerciantes viajeros. Como poseo medios suficientes para organizar una pequeña caravana, quiero hacer la prueba cuanto antes, y mi presente excursión no tiene otro objeto sino explorar y adquirir algunos conocimientos acerca del país. Estoy satisfecho del resultado, y si no ocurre ningún contratiempo tendré el gusto de volver á veros antes de un año.

—¡Vamos! Pues me servirá de consuelo esa esperanza; pero antes de marchar permitidme daros algún consejo que podrá seros útil. He observado que miráis con demasiada indiferencia el peligro, y, por lo pronto, os advertiré que no se halla este sólo en las praderas y entre los Pielas Rojas, sino también, y más á menudo, en los centros de nuestra mal llamada civilización. Cuando viajéis por este país, no echéis en olvido á vuestro antagonista de Chihuahua, y si lo encontrarais algún día, estad alerta. Ya os he dicho algo del carácter del capitán Gil Uraga, pero no todo. Es un hombre peor de lo que podéis imaginar: le conozco muy bien. ¿Veis esa casita situada al otro lado del río?

Frank hizo una seña afirmativa.

—Pues en esa cabaña,—continuó el coronel,—nació el hombre de que os hablo. Su padre era un miserable que apenas tenía con qué pasar; pero el hijo es peor, pues ha dejado en el país el recuerdo de crímenes bien conocidos, sin contar otros que se le atribuyeron con suficiente razón. En una palabra: es un salteador, según ya os he dicho. Sin duda, extrañaréis

que semejante hombre figure como oficial del ejército; pero es porque no conocéis el estado de nuestra sociedad. Todo esto es el resultado de continuos cambios en nuestro sistema político. A pesar de todo, debe sorprenderos que el tal Uraga sirva con el partido patriótico, considerado como el más puro; y hasta sería inexplicable para mí si no estuviera cierto de que ese hombre hará traición á nuestra causa cuando lo crea conveniente, con tanto más motivo cuanto que el capitán es instrumento de otro partido, el jerárquico, que hace secretamente un peligroso trabajo de zapa. Cuando las circunstancias sean favorables para un nuevo pronunciamiento contra nuestra libertad el capitán Uraga figurará, seguramente, entre los traidores. No puedo pensar en ese hombre sin sentir disgusto y repugnancia. ¿Querréis creer que el muy bribón, que ahora luce las charreteras, concedidas, sin duda, por alguna vileza, ha tenido el atrevimiento de aspirar á la mano de mi hermana? ¡Qué bueno fuera ver á Adela Miranda dar la mano de esposa al capitán Gil! ¡Preferiría cien veces verla envuelta en un sudario!

Estas palabras produjeron una profunda emoción en Frank, quien pensó en aquel momento en el retrato que había visto y en lo hermoso que debía ser el original.

Y al oír el nombre de Adela, pronunciado con el del capitán, de quien recibió un golpe, y cuya sangre vertió después en castigo, sintió no haber dado fin de una vez con su antagonista.

—Pero supongo, coronel,—replicó después de una breve pausa,—que no habrá temor de que tal suceda.

—No: al menos mientras yo viva. Pero, amigo mío, como ya os he dicho, éste es un país de rápidos cambios. Ahora estoy aquí, encargado del mando de un distrito; casi con derecho de vida y muerte sobre cuantos me rodean, y tal vez sea mañana un fugitivo ó me halle muerto. En este último caso, ¿dónde está el brazo que pueda proteger á mi pobre hermana?

Frank Hamersley se estremeció involuntariamente: por extrañamiento que parezca, imaginóse que las palabras de su nuevo amigo eran como un llamamiento á su persona, y tal vez fuera ésta, en realidad, la idea del coronel Miranda.

En el hombre que estaba á su lado veía el hijo de una raza intrépida; y tal vez deseó secretamente, para su hermana, un protector como Frank.

Este había indicado ya su propósito de volver á Albuquerque; pero, como si quisiera tranquilizar al coronel, añadió:

—Estoy seguro que regresaré, aunque no será probablemente con las caravanas de la primavera, pues no tendría tiempo suficiente para evacuar mis diligencias. Sin embargo, últimamente se ha descubierto una vía que se halla más al S., por la cual se puede viajar en todo tiempo, y tal vez me arriesgue á pasar por ella. De todos modos, os escribiré para que sepáis la época de mi vuelta. Y, sobre todo, coronel,—añadió Frank con cierta grave-

dad y emoción,—tened presente que en el caso de ocurrir cualquier trastorno político, como teméis, y de que os fuera necesario huir de vuestro país, hallaréis en el mío un amigo y una casa. Después de lo ocurrido aquí, podéis tener por seguro que el primero será leal y la segunda hospitalaria, aunque humilde.

Así acabó la conversación de aquellos dos hombres, que habían trabado conocimiento de una manera tan casual, llegando á ser después verdaderos amigos.

Ambos se estrecharon afectuosamente la mano, despidiéndose con el sentimiento que puede producir la separación de personas que se aprecian sinceramente.

Al otro día, á primera hora de la mañana, Frank salía de Alburquerque, tomando el camino de la capital de Nueva Méjico, seguido de una escolta de dragones, que por orden del coronel debía acompañarle hasta un punto donde el americano no pudiera temer nada de los indios merodeadores.

Durante todo el viaje, y aun muchos meses después, Frank no dejó de pensar un momento en aquel retrato que había visto en la sala grande de la residencia del coronel Miranda; y en vez de reirse por haberse enamorado de una pintura, sólo deseó volver cuanto antes para contemplar el original y ver otra vez á su nuevo amigo, pues las palabras de éste le inspiraban inquietud.

CAPITULO IV

LA REBELIÓN

Hace menos de un cuarto de siglo que los indios navajos eran el terror de los establecimientos de Nueva Méjico. Con frecuencia llegaba su audacia hasta el punto de penetrar en las calles de una ciudad, atacar á los ciudadanos, saquear las tiendas y apoderarse de las mujeres que necesitaban, las cuales eran conducidas como cautivas á sus lejanos territorios.

Estos salvajes tenían su cuartel general en el valle de Chelly, donde ardía perpetuamente el fuego sagrado de Motezuma. En otra época, cuando gobernaba en Méjico el tirano Santana, se hubieran podido ver allí muchas mujeres blancas, cautivas de estos indios, de elevada cuna varias de ellas, y que, arrancadas de sus hogares, en Río del Norte, debían ser luego forzosamente las esposas de sus raptos, cuando no sus concubinas ó esclavas. Los niños blancos crecían también y se desarrollaban entre los hijos de los indios; de suerte que, al llegar á la edad viril, habían olvidado ya los lazos que les unieron en la vida civilizada, siendo tan salvajes como los demás indios.

En ninguna época habían sido tan escandalosas las expoliaciones; y el horror llegaba á su apogeo cuando el coronel Miranda se encargó del mando del distrito militar de Alburquerque. No solamente esta ciudad, sino también Santa Fe, la capital de la misma provincia, estaban amenazadas por los merodeadores

rojos. Los navajos en el Oeste; los apaches en el Sur, y los comanches que poblaban las llanuras por el Oeste, hacían frecuentes incursiones contra las ciudades y pueblos situados á lo largo del Río del Norte. Desaparecieron los establecimientos y plantaciones aislados; las grandes haciendas y hasta los más humildes ranchos quedaron convertidos en ruinas, y sólo en la ciudad murada podían encontrar un seguro refugio los habitantes blancos de Nueva Méjico, ó los indios *mansos* convertidos al cristianismo. Sin embargo, aun en la ciudad no se estaba libre de un ataque.

Poseído de un espíritu patriótico, el coronel Miranda, deseoso de poner coto á las expoliaciones, pidió más fuerzas al gobierno central, tan pronto como se encargó del mando del distrito de Alburquerque, y á los pocos días, accediéndose á su solicitud, llegó un escuadrón de lanceros de Chihuahua, cuya guarnición fué reforzada con otras tropas.

No agradó mucho al comandante de Alburquerque ver al capitán Gil Uraga á la cabeza del refuerzo que acababan de enviarle; pero este oficial manifestó la mayor cordialidad y sumisión, olvidando, al parecer, su duelo con el americano.

Persiguiendo á los indios y empeñando algunos combates, pasaron varios días sin ocurrir ninguna novedad particular.

Pero como Adela Miranda había vuelto ya á la residencia de su hermano, el coronel no dejaba de tener alguna inquietud por ella. Sabía muy bien cuáles eran las aspiraciones de Uraga, y, aunque le aborreciese, veíase obligado á tolerar su compañía hasta cierto punto, sin poderle negar la entrada en su casa.

Al principio, se condujo el capitán Gil con el mayor respeto; pero su humildad era fingida, según se reconoció muy pronto. Comenzaban á circular rumores de que el tirano Santana volvía al poder, y, á medida que iban tomando consistencia, parecía aumentar la confianza del capitán Uraga, hasta que, al fin, mostróse insolente con su jefe, sin guardar tampoco los debidos miramientos con Adela Miranda.

Entonces el coronel resolvió prohibir la entrada en su casa al capitán de lanceros, y ya no tuvo con él otras relaciones sino las que exigía el servicio.

—Sí, hermana mía,—decía una tarde el coronel á Adela, mientras ésta le ayudaba á ponerse el uniforme;—es preciso que Uraga no vuelva aquí más, pues hartó comprendo la causa de su conducta. El partido clerical ha recobrado, sin duda, su ascendiente, y si triunfa, Dios ampere á esta pobre nación, y también á nosotros.

Al pronunciar estas palabras, el coronel besó cariñosamente la frente de Adela, bajó al patio y montó en un caballo para dirigirse á la plaza de Alburquerque, donde debía efectuarse una parada.

Diez minutos de galope bastaron al coronel para llegar á dicho sitio; y con no poca sorpresa observó que las tropas no se habían formado á fin de recibirle, según la ordenanza. Muy

lejos de ello, al acercarse al cuartel, percibió un gran rumor de voces: parecía reinar la mayor confusión; los soldados corrían de un punto á otro, y oyó gritar:

—¡Viva Santana! ¡Viva el general Armijo!
¡Viva el coronel Uruga!

No cabía dudar que aquello era un pronunciamiento, por el cual quedaba suprimido el régimen al que debía su autoridad el coronel Miranda.

Este, sin vacilar un momento, desenvainó su espada, y, picando espuelas á su caballo, precipitóse en medio de los revoltosos.

Algunos de los soldados fieles se pusieron á su lado, y entonces se trabó una sangrienta lucha, durante la cual cayeron muchos hombres, unos muertos y otros heridos, contándose entre estos últimos el mismo coronel.

Diez minutos después había concluído todo.

El comandante de Albuquerque, el coronel Miranda, estaba preso en el cuartel, mientras el capitán Gil Uruga, nombrado coronel, le reemplazaba en el mando de su distrito.

Ya se confirmaba por todas partes la noticia de que D. Antonio López de Santana era otra vez dueño de Méjico, y gobernador de Santa Fe su satélite, el general Manuel Armijo.

CAPITULO V

ANSIEDAD

—¿Cuál será el motivo de la tardanza de Valeriano? ¿Qué le habrá ocurrido?

Tales eran las preguntas que se dirigía Adela Miranda en la tarde de aquel mismo día, mientras examinaba con afán, desde la azotea, el camino de Albuquerque.

Valeriano era el nombre de pila del coronel.

Con motivo se inquietaba Adela, pues, aunque fuese una joven, comprendía muy bien la situación política de la república mejicana, gracias á su hermano, que la tenía siempre al corriente de cuanto pasaba en la capital, así como en el distrito militar de su mando.

Poco después de haberse ausentado el coronel, creyó percibir el lejano rumor de algunos tiros y voces; mas pensó que serían vivas y salvas; y como era día de fiesta, no concibió la menor inquietud.

Sin embargo, pasaban las horas, acercábase la noche, y el coronel no volvía, lo cual extrañó más Adela, porque su hermano había prometido regresar á la hora de comer.

Poseída de la mayor ansiedad, la joven bajó al comedor, fijó tristemente su vista en la mesa, que, adornada con frutos y flores, sólo esperaba al amo, y comenzó á pasearse con impaciencia de un lado á otro.

De repente, llamó su atención un retrato colgado en la pared, debajo del suyo: era una fotografía de reducido tamaño, pero representaba la imagen de un amigo del coronel. Adela no reconoció las facciones, por la sencilla razón de que nunca había visto á Frank Hamersley, el cual quiso dejar al coronel Miranda aquel retrato, como amistoso recuerdo.

¿Le juzgaría como tal Adela? No debía ser de otro modo; y, sin embargo, al fijar en él su vista, experimentó un sentimiento que difería del de una pura amistad.

El coronel había dado á conocer á su hermana todas las circunstancias que motivaron su amistad con el joven del Kéntucky; hablóle del duelo y de la intrepidez de Hamersley, y añadió otros comentarios por demás lisonjeros para éste. No fué necesario más para excitar la curiosidad de la joven, que hacía poco había salido del colegio; y al fijar de nuevo su vista en el retrato sintió, sin duda, una emoción muy semejante á la que experimentó Frank al contemplar el de Adela: tal vez se enamoraba también de un retrato sin conocer el original.

Esto no tiene nada de extraño, ni tampoco de nuevo: acaso á muchos de nuestros lectores les haya sucedido algo semejante.

Aun examinaba Adela la fotografía, cuando oyó rumor de pasos precipitados en el zaguán.

—¡Ya está aquí Valeriano!—murmuró.—
¡Loado sea Dios!

Mas no entró el coronel, sino un hombre pálido y sin aliento, un criado de la casa, que al divisar á la joven exclamó:

—¡Malas noticias traigo, señorita! Ha estallado un motín en el cuartel, y los revoltosos han conseguido la victoria. Mucho siento tener que decirlo que el coronel, vuestro hermano...

—¿Qué hay? ¡Habla! ¿Le han...?

—No, no le han matado, señorita; pero está herido y prisionero.

Adela Miranda no dió un grito ni se desmayó, pues no era de naturaleza nerviosa; y, por otra parte, estaba acostumbrada á los peligros y á las alarmas que producían las frecuentes incursiones de los indios.

Procediendo con la mayor calma y serenidad, envió secretamente mensajeros para recoger noticias; y mientras llegaban arrodillóse ante una imagen de la Virgen, y oró.

Hasta eso de la media noche no dejaron de ir y venir mensajeros; pero á esta hora llegó, por fin, la persona á quien más deseaba ver: su mismo hermano.

El coronel estaba, efectivamente, herido, y acompañábale el cirujano de la guarnición, íntimo amigo suyo.

Llegaron apresuradamente, cual si los persiguiesen, como así era, en efecto.

Miranda no tuvo apenas sino el tiempo suficiente para empaquetar sus objetos de más valor, cargarlos en mulas y huir.

Poco después, los agentes del nuevo comandante, conducidos por éste mismo, tomaban posesión de la casa del coronel.

Afortunadamente para los fugitivos, el miserable Uruga estaba completamente borracho, y apenas sabía lo que pasaba á su alrededor. Cuando le dijeron que el coronel Miranda había huído, parecióle esto un sueño, y su desesperación no tuvo límites al saber que también se hallaba fuera de su alcance aquella que designaba como su primera víctima.

A la mañana siguiente, cuando disipados los

vapores de la embriaguez escuchó con atención el parte de los que fueron en seguimiento de los fugitivos, á quienes no se había podido dar alcance, el nuevo coronel creyó volverse loco, porque la fuga de Miranda le había privado de las dos cosas que más ansiaba entonces: vengarse del hombre que aborrecía con toda su alma, y apoderarse de la mujer que amaba apasionadamente.

de ellas rotas por los esfuerzos de los cuadrúpedos para escapar.

Dentro del corral, y en el círculo exterior que forma, distínguense evidentes señales de una lucha: el suelo está pisoteado por los cascos de los caballos y las botas de los hombres, y en ciertos sitios hay pequeños charcos de sangre, que la tierra chupa rápidamente.

La lucha debe haber sido encarnizada, y tal



Al acercarse al cuartel... oyó gritar: —¡Viva Santana! ¡Viva el general Armijo! ¡Viva el coronel Uruga

CAPÍTULO VI

LA CARAVANA

Los primeros rayos del sol naciente iluminan una extensa llanura arenosa, ilimitada; en la apariencia, por el Este y el Oeste, pero interrumpida hacia el N. por una cadena de colinas y rocas de gran altura que se pierden de vista en lontananza.

A cierta distancia de estas colinas se ven seis pesados carros unidos entre sí formando círculo; y en el espacio que cierran, y que en el país llaman *corral*, quince hombres y cinco caballos.

De los primeros, sólo están vivos diez, los otros cinco han muerto, y sus cadáveres yacen entre las ruedas de los vehículos: de los segundos, tres han sufrido la misma suerte.

En la parte exterior se ven muchas mulas muertas, atadas aún á gruesas estacas, las más

vez deba continuar aún, después de algunos momentos de reposo, para ser más terrible y sangrienta.

El hecho se explica fácilmente, y no es necesario preguntar por qué han sido detenidos los carros y hay cadáveres á su alrededor, pues á unas doscientas varas de distancia se ven otros hombres, medio desnudos, en número de unos ciento cincuenta.

Por su color bronceado, las pinturas abigarradas que adornan sus cuerpos, y los penachos de plumas que ostentan en la cabeza, reconocese que son indios.

Estos bandidos rojos han atacado á una caravana de blancos, hecho muy frecuente en las praderas.

Su primer propósito ha sido dispersar la caravana, á fin de apoderarse luego más fácilmente de ella. Frustrado su plan, acaban de cercarla por todas partes, permaneciendo, sin embargo, fuera del alcance de las carabinas.

Su línea forma una circunferencia, de la cual constituyen el centro los carros; no es muy regular, pero estréchase poco á poco, acechando el momento de dar el último golpe.

Los blancos, al parecer, no tienen ya escapatoria, ni más alternativa que sucumbir.

El mero hecho de que los hombres que ocupan el *corral* hayan opuesto resistencia á tantos enemigos, indica ya su carácter. Seguramente, no son emigrantes comunes, de los que cruzan las praderas para trasladarse á un nuevo país. Si así fuese, no habrían formado su corral con tanta prontitud, pues se les atacó al amanecer, en el momento de emprender la marcha. De su valor no se podía dudar tampoco: bastaba contar el número de enemigos que yacían en tierra para convencerse de que la defensa había sido heroica.

Por el momento hay una suspensión de hostilidades: los hombres rojos, chasqueados en su primer ataque, se han retirado á sitio seguro, donde no pueden alcanzar las mortíferas balas de los blancos.

Mas la pausa no debe prolongarse mucho, á juzgar por los movimientos de los combatientes: en un lado del círculo, varios de ellos parecen celebrar consejo, mientras otros van de una parte á otra dando órdenes, que probablemente se refieren á un nuevo plan de ataque.

Los gritos que profieren á intervalos, al fijar la vista en los cadáveres de sus compañeros, indican claramente que están sedientos de venganza.

—¿Quiénes creéis que sean, Walt?—pregunto Frank Hamersley, jefe de la caravana, á uno de los suyos.—¿Serán comanches?

—Sí,—contesta el individuo,—y de los peores. Pertenecen, si no me engaño, á la partida del cobarde Tenawa: los reconozco en la forma de sus flechas.

—Pero recordad,—repuso Frank,—que se nos dijo que por este camino no hallaríamos tribus hostiles. ¿Por qué nos habrán atacado?

—Los indios no son nunca amigos, y menos los de Tenawa. Créo poder explicar la razón de su conducta: el año pasado cruzó por este mismo sitio una caravana, la cual tuvo una refriega con esos mismos indios, y, durante el combate, los blancos mataron á varias mujeres de aquéllas. Hé aquí por qué están rabiosos aún y quieren vengarse en nosotros.

—Y ¿qué será mejor hacer, en vuestro concepto?

—Por desgracia, *no hay nada mejor*, ni nos queda otra alternativa, sino la de batirnos hasta morir, porque esos hombres no dan tregua, á juzgar por sus gritos.

—¿Qué creéis que piensan hacer después?

—Eso no es fácil de decir; pero de seguro que intentan alguna de las tuyas. El jefe de los indios, *el Lagarto*, según ellos le llaman, tiene fama de ser hombre fértil en recursos. ¡Diablo! Ya hemos perdido cinco de los nuestros, y me parece que no tardaremos en seguir el mismo camino.

—Tal vez sea lo mejor,—repuso Hamersley,—hacer una salida para ver si podemos pasar

á través de ellos. En los carros no tenemos ya agua suficiente para beber todos una sola vez.

—¡Oh! Ya lo sé; pero no tenéis en cuenta que no nos quedan más que dos caballos vivos, el vuestro y el mío, y, por lo tanto, sólo nosotros dos podríamos tal vez escapar.

—Es verdad, Walt: no había pensado en eso, y estad seguro que jamás abandonaría á mis hombres, aunque supiese que por ello me iba á salvar.

—Os conocemos demasiado bien,—repitió Walt,—para saber que no sois capaz de semejante cosa.

—¡Muchachos!—gritó Frank, de modo que todos le oyesen.—No necesito deciros que estamos metidos en un mal paso, y que no nos queda otro remedio sino batirnos hasta el fin. Si hemos de morir, perezamos juntos.

A estas palabras contestan afirmativamente ocho voces que parten de distintos puntos del *corral*, pues todos se ocupan, en aquel instante, en vigilar al enemigo.

Aquellos hombres, naturales de Kéntucky y del Tennessee, son verdaderamente intrépidos pues han resuelto luchar hasta morir.

—De todos modos,—dice el jefe de la caravana,—es preciso conservar el terreno hasta la noche, pues tal vez sea posible salvarnos á favor de la oscuridad.

Apenas ha pronunciado Frank estas palabras, una exclamación de Walt Wilder, que es el guía de la caravana, hace perder la esperanza que infundían.

—¡Malditos perros!—grita.—Ni aun quieren dejarnos la última probabilidad. Ya suponía yo que *el Lagarto* preparaba alguna cosa.

—¿Qué es ello?—preguntan varias voces.

—¿Veis aquel grupo que acaba de formarse allí?—pregunta Walt á Frank.

—No: sólo distingo que tienen sus arcos en la mano.

—Y flechas también. ¿No observáis que están arrojando alguna cosa en sus armas arrojadizas? ¡Pues bien: eso es que rodean las flechas de estopa, y que se proponen pegar fuego á los carros!

CAPITULO VII

LLUVIA DE FUEGO

Los individuos de la caravana que vigilan en sus puestos al enemigo, con riesgo de su vida, no pueden menos de alarmarse al oír las palabras de Walt. Protegidos por los carros, podrían sostener un sitio mientras les quedaran cartuchos, y hallar acaso una oportunidad para escapar. Las palabras de Hamersley les habían reanimado un instante, pues á nadie le ocurrió que los indios pudieran prender fuego á los carros, cosa que, á semejante distancia, parecía imposible; pero al fijar su vista en la madera de los vehículos, reseca por efecto de su continua exposición al sol y al viento, en el montón de mercancías compuesto de mantas, tejidos de algodón y sedas, que debían conducirse á Chihuahua, y de las que

fué necesario valerse para formar barricadas, comprendieron la idea de los indios, y no es de extrañar que les infundieran desaliento las palabras de Walt cuando gritó:

—¡Van á prender fuego á los carros!

Mas al anuncio no sigue ningún consejo, y es que el guía, á pesar de su larga experiencia de la vida de las praderas, no sabe ya qué hacer en tan apurado trance. En los carros no hay agua, ó, por lo menos, no la suficiente para apagar un incendio como el que amenaza, y los sitiadores anuncian con sus movimientos que no tardarán en rodear, á los blancos, de un mar de llamas.

Los individuos de la caravana no conocen el procedimiento que se proponen emplear los hombres rojos; pero no tardarán en saberlo. Apenas acaba de pronunciar Walt sus últimas palabras, varios salvajes saltan sobre sus caballos, empuñando con una mano el arco y varias flechas preparadas, y antes que los sitiados tengan tiempo de adoptar resolución alguna, comienza el movimiento.

Los salvajes galopan, describiendo círculos al rededor de la línea de carros y conservando tal posición en sus caballos, que sólo se ve un brazo y una pierna, y por casualidad alguno de sus feroces rostros. A cada vuelta se aproximan más, hasta hallarse á la distancia conveniente para lanzar sus flechas inflamatorias.

—¡Preparad las carabinas, muchachos!— grita entonces el guía, repitiendo las mismas palabras el intrépido Frank.—Colocaos de dos en dos y apuntad bien antes de soltar el gatillo, para no desperdiciar un solo tiro. ¡Ya comienzan los fuegos artificiales!

Aun no ha pronunciado Walt estas palabras, parte de manos de uno de los jinetes indios una especie de cohete que, elevándose por los aires, describe una curva parabólica al caer en dirección al corral.

La flecha no ha sido bien dirigida, pues queda á unas veinte varas de aquél, desprendiéndose de ella una columna de humo.

—¡No ha tenido tino!—grita el guía.—Pero aseguro á ese salvaje que no volverá á hacer otra prueba: voy á borrarle de la lista de los pirotécnicos.

Y, al hablar, Walt dispara su carabina.

Frank, que se halla á su lado, levanta en el mismo instante su arma para disparar contra el jinete si el tiro de Walt no ha sido certero.

—No es necesario que tiréis, amigo Frank,— exclamó el guía,—pues Walt no acostumbra jamás á desperdiciar un cartucho: guardad vuestra bala para el primero que se presente. ¡Mirad á mi jinete en tierra! Ya sabía yo que le haría morder el polvo.

Frank y sus compañeros creyeron al pronto que Walt había errado el tiro, pues el indio permaneció algunos momentos en la silla, cogido tenazmente al cuello de su montura, á pesar de que la bala le rompió el brazo junto al hombro; pero desfalleciendo, al fin, lanzó un grito salvaje y rodó por tierra. Antes de que pudiera ponerse en pie, una segunda bala, mensajera de la muerte, le dejó cadáver en la arena.

Sin embargo, no resuena ningún grito de triunfo en el *corral*, porque los que le defienden se hallan en una situación demasiado grave para hacer manifestaciones de ninguna especie. El hombre que ha tirado el último vuelve á cargar apresuradamente, mientras sus compañeros esperan, inmóviles y silenciosos, la oportunidad de suprimir otro enemigo.

La muerte del salvaje ha servido de lección á sus camaradas, y durante algún tiempo proceden con más prudencia. Sin embargo, los gritos de los que sólo figuran como espectadores fuera del círculo, impulsan á los indios incendiarios á no perdonar ningún esfuerzo, pues la más ligera señal de cobardía puede ser castigada con la muerte. Todos los salvajes que galopan al rededor del *corral* provistos de sus flechas son jóvenes guerreros, elegidos para este peligroso servicio, ó bien voluntarios. La vista de los jefes y de los guerreros de la tribu está fija en ellos; parecen sedientos de gloria, y aprecian poco sus vidas ante una empresa que puede valerles una distinción, la cosa más codiciada por un joven indio, porque le permite figurar en el rango de los guerreros, abriéndole el camino para llegar á ser jefe.

Alentados por esta esperanza, olvidan pronto la muerte de su compañero, y, dejando á un lado toda prudencia, cabalgan cada vez más cerca, hasta que sus flechas, silbando por los aires, vuelven á caer como una continua lluvia de cohetes sobre la lona de los carros que forman el *corral*.

Algunos de los indios muerden el polvo, heridos por los proyectiles que parten de la barricada; pero la lluvia de fuego continúa, y, al fin, se ve elevarse una columna de humo de los carros que formaban el recinto ocupado por la caravana.

Los sitiados, sin embargo, no han fijado aún su atención en esto: el humo que parte de los cañones de sus carabinas, descargadas á cada momento, forma como una nube que lo oscurece todo; de manera que apenas se distingue la blanca lona de los carros, y mucho menos los sitios en que comienza á humear.

Pero muy pronto se hace más visible el hecho, porque el humo se resuelve en llamas, y comienza á percibirse cierto rechinar.

Walt, que mira á todas partes, es el primero en observar lo que pasa.

—¡Se ha declarado el fuego, muchachos!— grita.—¡El fuego por todas partes!

—¡Gran Dios!—contestan algunos con acento desesperado.—¿Qué vamos á hacer?

—¿Qué hemos de hacer?—repite el guía.—No hay más remedio que batirse mientras nos quede una gota de sangre en las venas, y después morir, no como perros, sino como hombres.

CAPITULO VIII

NUEVAS PROEZAS

Apenas había pronunciado Walt sus valero-

sas palabras, cuando los carros quedaron envueltos en una espesa nube de humo, que, extendiéndose por todo el *corral*, impedía á los individuos de la caravana verse unos á otros.

Sin embargo, á través de la oscuridad resonaban sus gritos para estimularse entre sí.

Sabían muy bien que les faltaba agua para extinguir el incendio; pero en aquel momento de apuro ocurrióseles un expediente. En los carros tenían algunas palas; apoderáronse de ellas, y comenzaron á echar arena en los sitios en que había prendido el fuego, con el objeto de sofocar la llama. Si hubiesen podido dedicarse exclusivamente á esto, habrían logrado, sin duda, sus fines; pero los salvajes, observando lo que hacían, acercáronse más para dar un último ataque, y forzoso fué á los individuos de la caravana suspender su trabajo.

Arrojaron, pues, las palas para empuñar las carabinas y atender á su defensa, buscando con la vista á quien elegir por blanco.

Aunque casi cegados por el humo, podían distinguir al enemigo en la parte exterior, pues los indios, confiando en el éxito de su nuevo expediente, acercábanse con más audacia. Las detonaciones se repetían, sin otro intervalo que el que necesitaban prácticos tiradores para cargar sus armas y hacer fuego. Así es que en menos de sesenta segundos cayeron otros tantos salvajes, heridos por las mortíferas balas de los blancos.

Acercábase el momento de la crisis, del ataque general. El círculo que formaban los jinetes indios al rededor de los carros se había estrechado gradualmente, y aquéllos avanzaban por todas partes, unos á pie y otros á caballo, ansiosos de arrancar la piel del cráneo á sus enemigos.

Aquél fué un momento de verdadera desesperación para los sitiados. Los carros ardían á su alrededor, y en varios sitios elevábanse rojizas llamas sobre el humo.

Ya no pensaron en extinguir el fuego, comprendiendo que era enteramente inútil.

¿Pensarían tal vez en rendirse? No: ni á uno de ellos se le ocurrió semejante idea, pues no se debía esperar merced: hartos lo indicaban los gritos salvajes del enemigo.

¡Rendirse para morir después, para ser atormentados antes, arrastrados por un caballo, ó sirviendo de blanco á los tiradores de Tenawa! ¡No! Era preferible sucumbir de cualquier otro modo y mejor entonces que después. La muerte sería más dulce cuando pudieran contemplar un montón de cadáveres á su alrededor. Harían una hecatombe con sus odiados enemigos y caerían sobre ella. Esta es la muerte que prefiere el hombre de la pradera, el cazador, el traficante, porque es para él tan gloriosa como la que sufre el soldado en medio del campo de batalla. De esta muerte es de la que hablaba Walt Wilder cuando dijo:

—*Muramos, no como perros, sino como hombres!*

Espesa nube de humo envolvía á los carros; pero éralo más aún la línea de indios que cercaban el corral por todas partes y que comen-

zaban á desmontar para ensañarse mejor en sus enemigos.

Había llegado el desenlace del sangriento conflicto. No se trataba ya de un duelo á cierta distancia, con las carabinas y las flechas, sino de una lucha cuerpo á cuerpo, con pistola, cuchillo, maza y hacha.

Los diez hombres blancos, ninguno de los cuales estaba herido, sabían perfectamente lo que les esperaba; pero ni uno solo de ellos palideció ni retrocedió, ni ocurrióles tampoco un momento la idea de rendirse: era demasiado tarde para pedir merced, aunque lo hubiesen deseado.

Mas no lo querían. Atacados sin provocación y traidoramente, su cólera se anteponía al temor y centuplicaba su vigor y energía.

Los salvajes habían cercado por completo los carros y comenzaban á deslizarse como serpientes entre las ruedas por los espacios no defendidos. Ya no resonaban las detonaciones de las carabinas, pero sí los pistolazos que sembraban la muerte al rededor, enviando á muchos indios á sus felices terrenos de caza. Al resplandor de los fogonazos y de alguna fugitiva llama, brillaban á veces las hojas de los cuchillos enrojecidos de sangre.

Por cada blanco que caía mordían el polvo tres ó cuatro salvajes.

Pero aquella lucha desigual no podía durar mucho tiempo. Sólo se prolongó por espacio de diez minutos, y, á no ser por el humo, cinco hubieran bastado para poner término á ella. Esta circunstancia favoreció á los sitiados, permitiéndoles defenderse más tiempo; y tal matanza hicieron con sus revólvers, que, sorprendidos los salvajes, retrocedieron un momento, cual si trataran de retirarse.

No era tal su intención: no lo hicieron, ni se atrevían á ello, pues la superioridad numérica de sus fuerzas, la vergüenza de ser derrotados por un puñado de hombres, la gloria del triunfo y, sobre todo, el ardiente deseo de venganza, eran poderosos motivos para seguir adelante, y el ataque se renovó con mayor furia que nunca.

Frank Hamersley se había conducido durante el combate con una intrepidez que, dando el ejemplo á sus hombres, les hizo temer menos la muerte. Peleando como un león, acudía á todas partes, y había contribuido mucho á la matanza de enemigos.

Pero todo fué en vano. Aunque se hallaba en medio de la nube de humo, sin ver ni ser visto, no se le ocultaba que los más de sus fieles compañeros habían caído ya para no volver á levantarse; y reconociólo en que eran menos frecuentes las respuestas á los gritos con que trataba de animarlos. Nada tenía, pues, de particular que á su furia sucediese la desesperación; mas no por eso se abatió su ánimo ni pensó en huir: sólo estaba resuelto á que no le cogieran vivo.

Su mano empuñaba aún fuertemente el cuchillo, de cuya hoja goteaba sangre de más de cuatro de aquellos bandidos rojos, en cuyos cuerpos había hundido el arma para enviarlos

á la eternidad; y, antes de perder su vida, estaba resuelto á matar nuevos enemigos.

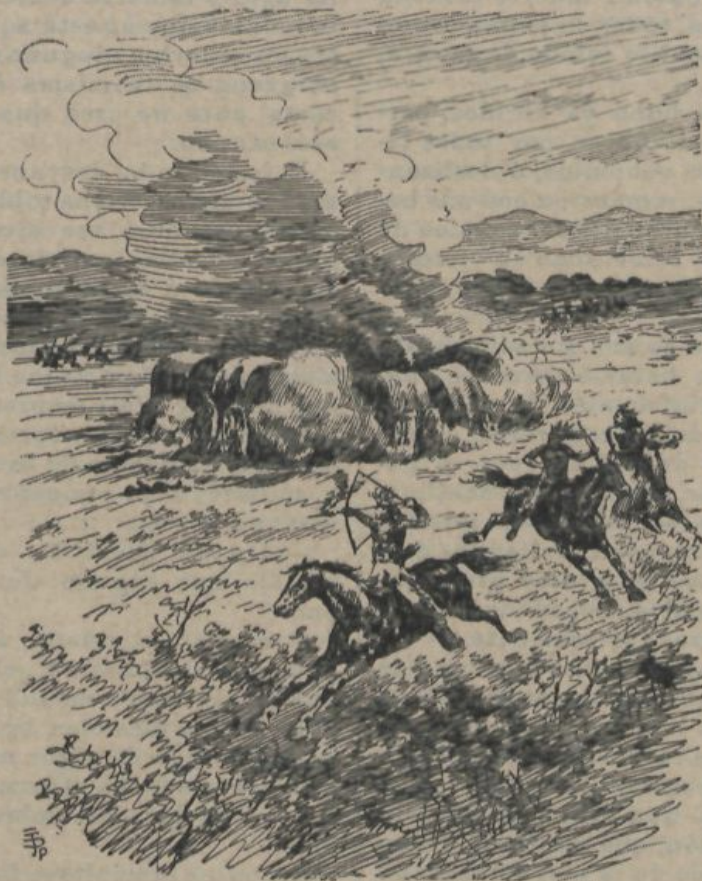
Inútil era aquella carnicería; mas parecióle un dulce consuelo y le servía para desahogar su rabia.

Tres hombres rojos yacían tendidos á sus pies, y ya iba en busca de algún otro, cuando vió de pronto frente á sí una figura que le pareció gigantesca por el efecto del humo: no era la de un salvaje, sino la de Walt Wilder.

Walt, nada podía hacerse ya en su favor dejándose matar, mientras que, si se conseguía huir, sería dado obtener venganza.

Esta última reflexión hubiera bastado para convencerle; pero Walt no esperó á que se resolviera, y, cogiendo de un brazo á su compañero, condújole rápidamente al sitio donde se hallaban los caballos.

—Empuñad vuestra carabina por el cañón,—dijo Walt,—pues si logramos salir de aquí,



Tres hombres rojos yacían tendidos á sus pies...

— ¡Completamente derrotados! — exclamó precipitadamente el guía.—Es preciso salir de aquí, porque si no...

— ¡Qué decís, Walt!

— Que es preciso huir.

— ¡Imposible!

— No: creo que aun queda una probabilidad, al menos para los dos. Pocos de nuestros compañeros quedan vivos, y, aunque así no fuese, nada podríamos hacer ya en su favor. Es del todo inútil quedarnos aquí para morir con ellos, mientras que si logramos escapar nos quedará el consuelo de vengarlos. Nuestros dos caballos se han salvado hasta ahora, y, aunque no hay gran probabilidad de éxito, tal vez alguna circunstancia favorezca nuestra fuga. De todos modos, Frank, es necesario probar.

Hamersley vacilaba. La idea de abandonar á sus compañeros, aunque fuese á uno solo, después de haber sacrificado la vida en su servicio, le entristecía; pero, como acababa de decir

tal vez será necesario hacer uso de ella como de una maza. ¡Vamos, montad!

Obedeció Frank casi maquinalmente, y entonces observó que el guía, en vez de imitarle, se apoyaba contra la rueda de uno de los carros. Un momento después el vehículo estaba en movimiento y Hamersley percibió un ligero crujido: el carro acababa de ceder, á pesar de su carga, al poderoso impulso del coloso.

Walt saltó entonces sobre su caballo, y, acercándose á Frank, murmuró á su oído:

— Acabo de abrir brecha entre dos vehículos para que podamos pasar, y á favor del humo no será difícil franquear un buen trecho sin ser notado. Seguidme sin perderme de vista; y si está decretado que perezcamos, más vale que sea en la llanura que no aquí, como arenas en cuba. ¡Ahora ó jamás!

Frank obedeció ciegamente, y á los diez segundos los dos jinetes se alejaban á galope

tendido del recinto formado por los carros, y también de los furiosos salvajes que le cercaban.

CAPITULO IX

PERSECUCIÓN

Pocos momentos después de la marcha de Frank y del guía, terminó, por fin, la lucha, pues ya no quedaba en pie ninguno de sus compañeros. Los que no habían muerto estaban heridos entre los carros, todos empuñando aún convulsivamente el cuchillo teñido de sangre, ó la humeante pistola.

Pero muy pronto no hubo ya heridos, porque los salvajes, precipitándose por todos lados, por encima de los vehículos, ó deslizándose entre sus ruedas, remataron con sus hachas y sus lanzas á cuantos daban señales de vida, mientras algunos celebraban su victoria con una danza guerrera en torno de los cadáveres.

Entonces ocurrió una escena que sólo podría simbolizarse entre las fieras ó entre los enemigos de las regiones infernales. Se comenzó á disputar la posesión de los cadáveres, ó, mejor dicho, de las pieles de sus cráneos. Algunos salvajes empuñaban airados sus cuchillos, dispuestos á precipitarse sobre sus mismos compañeros, mientras otros extendían los brazos para impedirlo. Los guerreros proferían gritos y amenazas, sus ojos despedían fuego y accionaban con los brazos furiosamente.

Entre su endiablada jerga oíase una voz más robusta que las otras, que dictaba órdenes para que se desistiera de la lucha y se apagase del todo el incendio de los carros. Era la del jefe de los comanches de Tenawa, el *Lagarto*, cuyo distintivo consistía en una cruz roja pintada en el pecho con bermellón, que resaltaba doblemente en el oscuro fondo de la piel del salvaje.

Al oír la voz del jefe, todos obedecieron; cesaron las disputas al punto, y ejecutáronse las órdenes por él prescritas.

Apoderándose de las palas de que antes se servían sus enemigos, cadáveres ya, los indios no tardaron en sofocar las llamas y también el humo bajo una capa de arena.

Mientras se ocupaban en esta operación, presentóse un hombre cuyo aspecto difería del de los demás.

Aunque vistiendo el traje indio, sus facciones se asemejaban más bien á las del hombre de las zonas civilizadas: parecían del tipo del caucásico; no eran en nada análogas á las del indígena americano, y distinguíanse, sobre todo, por la espesa barba del individuo.

Cierto que entre los indios comanches se ven á veces mestizos que se dejan la barba, descendientes de los blancos renegados; pero no en la forma que tenía la del hombre á quien nos referimos. Junto á él iba otro hombre del mismo tipo, pero más pequeño y de escasa barba. Hablaban animosamente, pero no en el dialecto gutural de los comanches de Tenawa, sino en el más puro mejicano.

Ambos hombres avanzaban á pie, después de haber desmontado. El de la espesa barba, seguido de su compañero, que parecía un inferior, deteníase delante de los cadáveres de los blancos para examinarlos, y se alejaba después, profiriendo una exclamación de enojo.

Cuando, al fin, hubo reconocido á todos los muertos, volvióse á su compañero exclamando:

—¡Pardiez! ¡No se le encuentra! ¿Qué puede significar esto? No hay duda que su intención era acompañar á la caravana: ésta se halla aquí y también nosotros; pero falta él. Es indudable que no está aquí; yo no he visto entre los muertos ninguno que se le parezca, y la caravana es la misma de que hablaba en su carta, pues no creo que otra se dirigiera por este camino.

El humo se ha desvanecido casi del todo entre los carros, cuyos toldos de lona, ya consumidos, permiten ver diversas mercancías, algunas de ellas casi intactas. Los indios han comenzado á sacar cajas y balas, pues su jefe les prohíbe volver á tocar los muertos; y la operación termina en unos diez minutos, precisamente el tiempo que ha transcurrido desde que Frank y Walt emprendieron la fuga.

El hombre de la espesa barba, que habla en español, ha dejado de examinar los cadáveres, y, mirando á su compañero con aire de enojo, vuelve á repetir:

—¡Ira de Dios! No comprendo esto. ¿Es posible que alguno de ellos se haya escapado?

Como para contestar á sus palabras, óyese en aquel momento un grito; no se parece al de guerra, que tan á menudo profieren los comanches: indica más bien la cólera ó el sentimiento por la fuga de algún enemigo, ó, por lo menos, así lo supone el hombre de la barba, que conoce ya las costumbres y señales de los indios.

Entonces precipítase fuera del corral, y ve á lo lejos dos jinetes que avanzan con la rapidez del viento en dirección á las rocas; á poca distancia de los carros, varios salvajes, que acaban de divisar á los fugitivos, montan apresuradamente para lanzarse en su persecución.

Más frenético que ninguno, el desconocido salta sobre su caballo, clava las espuelas en los ijares del brioso cuadrúpedo, y le hace partir á escape en la misma dirección que siguen los dos fugitivos.

No sabe quiénes son; pero sospecha, y casi está seguro, de que uno de ellos es el mismo hombre que buscaba entre los cadáveres.

—¡No está muerto aún!—murmura, rechinando los dientes de rabia;—pero pronto lo estará.

Y, castigando de nuevo á su corcel, empuña una pistola de dos cañones, cual si creyese llegado el momento de hacer uso del arma contra los fugitivos, quienes, al parecer, no podrán escapar cuando lleguen á las rocas.

Los perseguidores, lanzando salvajes gritos, avanzan como una nube tempestuosa, como el terrible huracán que barre las arenas del gran desierto de Tejas.

CAPITULO X

EN PELIGRO

Walt Wilder tenía, al huir, un plan preconcebido: á favor de la nube de humo podrían pasar inadvertidos, y hasta salvarse; cuando menos, alcanzarían una buena ventaja sobre sus perseguidores, y tal vez la ligereza de sus caballos haría lo demás.

Al principio, todo fué bien; mas, desgraciadamente, pronto comenzaron las dificultades: el humo no seguía la dirección deseada, conducíale la brisa hacia la línea de rocas, y la única esperanza de salvación estaba en ganar la llanura, pues aquéllas les impedirían pasar adelante.

No obstante, el humo les había favorecido, pues, formando una espesa nube cerca de los carros, permitiéndoles pasar, sin llamar la atención, entre los salvajes, tanto que muchos de éstos creyeron que eran dos compañeros, sin duda, porque ignoraban que los blancos tenían caballos en el corral, ó porque no los creían capaces de intentar la fuga.

Merced á esta circunstancia, no hubo por el momento señal ninguna de persecución; de modo que los fugitivos salvaron un buen trecho á favor de la protectora nube; en la blanda arena no resonaban los cascos de los caballos, y galoparon hacia la línea de rocas, silenciosos como espectros.

Al llegar á su base vieron los jinetes que era forzoso cambiar de dirección en su fuga ó detenerse: la roca se elevaba sobre ellos verticalmente como un muro, tanto, que ni un gato hubiera podido trepar por ella, y mucho menos un hombre ó un caballo. Así fué que ni siquiera pensaron en franquear semejante barrera.

Pero ¿qué habían de hacer? ¿Salir fuera de la nube de humo ó permanecer dentro de ella? En ambos casos era evidente que iban á ser descubiertos y perseguidos, porque aquélla no tardaría en desvanecerse, con tanta más razón cuanto que los indios habían apagado ya el fuego para salvar el botín, principal objeto del ataque á la caravana.

Los fugitivos no se detuvieron á reflexionar, pues con ello aumentaría el peligro, y, comprendiéndolo así, dirigieron sus caballos por la izquierda, á lo largo de la línea de rocas. Seis minutos después aspiraban una atmósfera pura, en medio de un sol brillante.

Mas un grito salvaje les anunció al momento que habían sido descubiertos, y divisaron un grupo de jinetes que avanzaban hacia ellos con sus caballos á galope.

Frank y Walt iban muy bien montados, y aun les quedaba probabilidad de escapar; pero un nuevo contratiempo les causó la mayor desesperación.

Un promontorio de la línea de rocas que se prolongaba por la llanura arenosa les oponía un nuevo obstáculo; su extremidad estaba más cerca de los perseguidores que de ellos, y

antes de que pudieran ganarla se les cortaría la retirada.

¿Había probabilidad de escapar en dirección opuesta?

Frank y Walt retrocedieron, poniendo al galope sus caballos, y un instante después hallábanse de nuevo avanzando á favor de la nube de humo, hasta que salieron otra vez á la luz del sol.

Esperábase un segundo contratiempo: otro promontorio.

El caso no era difícil de explicar, y bien pronto se dieron cuenta de su equivocación: el humo les impidió ver que no seguían la buena dirección, y fueron á parar á la línea de rocas en vez de salir á la llanura abierta.

Los perseguidores volvían á recobrar la ventaja que perdieron un momento; la punta más avanzada de las rocas se hallaba más cerca de ellos, y, seguramente, serían los primeros en llegar.

Parecióles á los fugitivos que ya no les quedaba otra alternativa sino seguir adelante y abrirse paso á través de los indios, que, sin duda, iban á cercarlos.

—¡Desenvainad vuestro cuchillo, Frank!—gritó Walt, hundiendo las espuelas en los ijares de su caballo.—y conservaos junto á mí mientras sea posible.

Los cuadrúpedos no necesitaban estímulo, pues para el caballo americano acostumbrado á las praderas no hay espuela como el grito de un indio, porque sabe que generalmente le acompaña algún proyectil ó una flecha.

Frank y Walt corrían sobre la blanda arena, silenciosos como espectros y con sin igual rapidez.

Mas todo fué en vano: antes que pudieran llegar á la proyección de la roca, los salvajes se hallaban al rededor de ella: unos veinte tenían preparados sus arcos y sus flechas para recibir á los fugitivos.

Imposible parecía pasar de allí, habíales cortado la retirada, y, sin duda, no quedaba más remedio que perecer.

—¡Es preciso morir, Walt!—exclamó Frank dirigiendo á su compañero una mirada de desesperación.

—Tal vez no,—contestó Walt deteniéndose de pronto, y examinando el muro de roca.

Una mole de arenisca roja se elevaba á quinientos pies sobre sus cabezas; y á la simple vista no parecía haber allí sitio alguno para ocultarse, ni siquiera un hueco que les permitiera ponerse un momento al abrigo de las flechas de los perseguidores; mas, á pesar de ello, Walt continuaba examinando la roca, y parecía recordar alguna cosa.

—Este debe ser el sitio,—murmuró;—y, ¡por vida mía, estoy seguro de que lo es!

Walt prosiguió su examen durante algunos minutos, y de pronto llamó á su compañero, diciéndole que le siguiese.

Hamersley obedeció, sin saber el proyecto del guía; pero no tardó en adivinarlo, al ver una especie de oscuro boquete que indicaba una abertura en la roca.

Era una grieta suficientemente ancha para que pasase un hombre á caballo, y que, al parecer, atravesaba verticalmente la mole hasta su cima.

—¡Apeaos pronto!—gritó Walt, acompañando la acción á sus palabras.—Soltad la brida y dejad el caballo, porque uno de ellos basta para lo que yo necesito, y prefiero que sea el mío. ¡Pobre animal! Es una lástima; pero no hay remedio: es necesario tener algo para protegernos.

Era preciso dejar á un lado todo sentimiento de ternura ante la inminencia del peligro.

Dirigió, pues, una última mirada á su caballo, y, soltando las bridas, alejóse de él, como el hombre que abandona un amigo y teme sus quejas.

El caballo abandonado permaneció algunos instantes en el mismo sitio, sin perder de vista á su dueño; pero como oyese los gritos de los salvajes, levantó la cabeza, dió un fuerte resoplido, y arrancó á escape en dirección opuesta.



Acercóse el guía al caballo, y con mano segura le hizo en el cuello un corte...

Por doloroso que le fuera á Frank abandonar su magnífico caballo, hubo de resignarse. Las últimas palabras del guía le parecieron enigmáticas; pero desde luego supuso que debían tener alguna importancia.

Apeóse, pues, de su corcel, noble animal de pura sangre del Estado de Kéntucky, y hubiérase dicho que el cuadrúpedo comprendió que su amo se proponía abandonarle, pues volvió hacia él la cabeza, alargando el cuello, y dejó escapar un relincho lastimero.

En cualquiera otra circunstancia, Frank hubiera vertido lágrimas, porque, durante muchos meses, su caballo había sido para él un compañero en sus largos viajes por las praderas; pareciale que rompía los lazos de una sincera amistad, y se le oprimió el corazón.

Mas no había otro remedio: oíanse detrás los gritos de los salvajes, y podía vérselos blandir sus lanzas; pronto atravesarían con ellas su cuerpo, y el de su compañero, si no se ponían en salvo.

Frank se volvió entonces á su guía, apeado también, pero que retenía su caballo, tratando de conducirlo hacia la grieta de la roca, pues el animal se resistía, como si sospechase que le amenazaba un peligro.

—¡Pasad adelante, Frank,—gritó Walt,—é introducidos ahí sin perder tiempo! Tomad mi carabina y cargad las dos mientras yo trato de cerrar un poco esta abertura.

Cogiendo las dos armas, Hamersley se introdujo en la cavidad á bastante distancia.

Walt le siguió, tirando de su caballo, que oponía siempre resistencia.

A través de la abertura había una gran piedra, de unos dos pies de elevación, por la cual tuvo que saltar el caballo, y, una vez conseguido esto, Walt le obligó á permanecer inmóvil. Frank creyó notar en la mirada del guía una expresión singular que tenía algo de terrible: su caballo, cogido entre las paredes de la roca y sujeto, además, con la brida, no podía volverse á ningún lado ni avanzar ni retirarse.

Al mismo tiempo que cargaba las carabinas, Frank observaba á su compañero sin adivinar lo que se proponía hacer.

—¡Es una lástima! — murmuraba Walt. — Pero no queda otro remedio. Si hubiese aquí alguna piedra bastante grande ó troncos, me arreglaría de otra manera; mas no hay nada. ¡Vaya! Hagamos el sacrificio.

Al pronunciar estas palabras, Hamersley vió á su compañero desenvainar su cuchillo, cuya hoja estaba teñida de sangre humana. Un momento después acercóse el guía al caballo, y con mano segura le hizo en el cuello un corte, del cual brotó la sangre como el agua de una bomba. El animal hizo un esfuerzo desesperado para huir; mas le era imposible moverse, y después de dos ó tres convulsiones inclinó la cabeza y expiró, no sin dirigir una última y triste mirada á su amo y quedando casi en la misma posición.

CAPITULO XI

AS FUCIA

—Era indispensable hacerlo, — dijo Walt Wilder, volviéndose apresuradamente hacia su compañero, — no quedaba otro recurso. ¿Tenéis las carabinas cargadas?

Hamersley hizo una seña afirmativa, entregando á Walt su arma.

—¡Infames cobardes! — gritó el guía cogiendo su carabina y mirando á la llanura. — No sé cómo acabará esto, pero yo les aseguro que no se acercarán aquí tan pronto como creen.

Al hablar así, Walt se colocó detrás del cuerpo de su caballo muerto, que, sostenido en pie, gracias á la estrechez de la abertura, formaba como una barricada para preservarse de las balas y flechas de los indios. Estos últimos, avanzando siempre hacia la roca, hacían resonar sus exclamaciones de sorpresa y gritos de venganza.

Sin embargo, tuvieron buen cuidado de no ponerse al alcance de la carabina de Walt, de aquel largo tubo de acero que, girando como un telescopio sobre su eje, dominaba un semicírculo de, lo menos, cien varas de radio, al rededor de la abertura de la roca.

A pesar de su vengativa ira, los salvajes perseguidores se vieron detenidos una vez más en su furiosa carrera.

Hamersley juzgó esto sólo como una tregua que, al fin, terminaría con su muerte y la de Walt. Encontrábanse dentro de la grieta de la roca, donde, al parecer, podrían defenderse mientras durasen las municiones y les fuera posible resistir los tormentos de la sed y los agujones del hambre; pero ¿cómo saldrían después? Aquello era lo mismo que estar sitiado en una caverna sin salida alguna para escapar.

Frank comunicó estas reflexiones á su compañero.

—No se trata ahora del hambre ni de la sed, pues no vamos á permanecer aquí más de veinte minutos, si la cosa se arregla como yo deseo.

Supongo que no creeréis que me he refugiado en esta gazapera para ser cazado como un conejo. No, amigo Frank: yo conozco ya el sitio por haberme ocultado aquí en otro tiempo con algunos compañeros que huían de una partida de comanches, y recuerdo la existencia de una senda que conduce al extremo de la roca. Tan pronto como podamos echar un poco de polvo á los ojos de esos diablos colorados, ganaremos esa senda. Ignoro qué especie de paso será ése, que, según me dijeron, existe entre las rocas; pero supongo será algún barranco. Es preciso tratar de encontrarle.

—Mas ¿cómo pensáis evitar que nos sigan los indios? Habláis de echarles polvo á los ojos. ¿Qué significa eso, Walt?

—Esperad y veréis. No os cansaré la paciencia, pues no tenemos mucho tiempo que perder. Ya os he dicho que hay un paso que conduce á la parte superior de las rocas, y que no debe estar lejos de aquí; pero, indudablemente, le conocen los indios también, y si no nos apresuramos podrán ellos subir por otra parte y sorprendernos de frente, como si entrasen por una puerta falsa. Mirad bien lo que yo haga, y cuando me veáis retroceder seguidme sin hablar palabra.

Hamersley prometió obedecer; y Walt, siempre arrodillado detrás de su singular barricada, comenzó á practicar una serie de operaciones que excitaban en el más alto grado la curiosidad de su compañero.

Ante todo, colocó su carabina de tal manera, que el cañón permaneciese horizontal sobre el lomo del caballo, lo cual consiguió sujetando bien la culata con una cuerda al pomo de la silla; luego quitóse su gorra de piel, y la puso de modo que se pudiese ver bien por la parte exterior; y, después de perfeccionar su obra con dos ó tres detalles de menor importancia, los cuales daban á conocer su práctica en esta antigua astucia de cazador, alejóse del caballo muerto y dijo á su compañero:

—Vamos, Frank. Si no descubren el engaño, muy pronto tendremos tiempo de franquear la roca para buscar otro camino. No os apartéis de mi lado.

Frank siguió á Walt sin pronunciar una palabra, pues harto sabía que era hombre digno de toda confianza, y, por otra parte, no quedaba tiempo para discutir, puesto que el peligro seguía siendo inminente.

CAPITULO XII

EN LA SIMA

A unos doce pasos de la entrada de la grieta ensanchábase ésta, pero volvía á estrecharse después más aún que al principio: era una especie de cavidad de forma elíptica, casi perpendicular por todos los lados, excepto en la parte superior. En esta última veíase un barranco que, por su posición, podría indicar desde luego al geólogo el secreto de su formación primitiva; mas no era tan fácil de explicar la de un estrecho paso que conducía á la llanura.

Sin embargo, el hombre práctico en el estudio de las rocas reconocería en la arenisca ciertas vetas ferruginosas que, resistiendo á la descomposición, habíanse conservado allí desde tiempo inmemorial.

Ni á Walt Wilder ni á Frank se les ocurrió detenerse para hacer observaciones al cruzar por el estrecho paso que debía conducirlos á la cavidad más ancha de que hemos hablado.

Acababan de divisar una especie de boquete en la extremidad opuesta, donde tal vez hallarían el sendero para salir á la llanura.

En dos minutos llegaron al sitio deseado, después de cruzar entre un caos de rocas, por donde era imposible que pasara un caballo. Rodeábanlos grandes peñascos y enormes moles pedregosas que parecían haber brotado de las entrañas de la tierra.

La retirada de los fugitivos por el barranco era todavía tan dudosa como su salida del recinto del corral, y ninguno de los dos confiaba del todo en el éxito, pues Walt no estaba seguro de hallar el paso para salir á la llanura, cuando estuvieran en el desfiladero. El guía recordaba sólo confusamente la explicación que en otro tiempo le hizo uno de sus compañeros al ocultarse en aquellos sitios; pero, aun cuando así no fuera, los salvajes, ágiles para trepar, les irían muy pronto á los alcances, tanto más cuanto que no tardaría en descubrirse la estratagema de Walt.

Ambos fugitivos se habían aventurado en aquel paso como hombres que en el momento de ahogarse se agarran á cualquier objeto que ven á su alrededor.

Al trepar por el angosto desfiladero, los dos hacían sus reflexiones, y, aunque no se las comunicaban, eran muy semejantes, deduciendo de ellas que aun les quedaba una ligera esperanza. Si conseguían llegar á la planicie superior de la roca, obtendrían una ventaja. Sus perseguidores podían hacer lo mismo, mas no á caballo, y entonces trataríase sólo de aventajar á sus enemigos en la carrera. Ahora bien: los fugitivos tenían gran confianza en la ligereza de sus pies, creyéndose por este concepto muy superiores á los salvajes que los perseguían, porque los comanches eran *indios ecuestres*. Estos centauros de las mesetas centrales pasan casi toda su vida á caballo, y así es que cuando han de ir á pie están como entorpecidos, sucediéndoles, poco más ó menos, lo que á los pájaros que tienen las alas cortadas y en vano tratan de remontar el vuelo.

Si los fugitivos conseguían ganar la cresta de la roca, aun podían salvarse, y, reanimados por esta esperanza, continuaron trepando por el desfiladero, haciendo rodar á su paso las piedras, y rivalizando en audacia en sus saltos.

Ya habían llegado como á la mitad del camino, cuando percibieron distintamente otra vez los gritos de sus perseguidores, aunque éstos no podían verlos aún. Sin embargo, á no ser por las puntas de roca y las moles que se elevaban á uno y otro lado, bien pronto habrían oído silbar las balas y las flechas de los salva-

jes, y acaso alguna hubiera puesto fin á su carrera.

Frank y Walt, según hemos dicho, ya habían franqueado la mitad de la pendiente, y comenzaban á congratularse del buen éxito de su tentativa, pensando que no tardarían en llegar á la meseta; pero de pronto fuéles forzoso detenerse, no porque algo obstruyese el paso, sino por una circunstancia que parecía facilitarle. En el punto á que acababan de llegar, bifurcábase el desfiladero formando dos brazos; se podía elegir cualquiera de ellos, y esto fué precisamente lo que detuvo á los fugitivos, haciéndoles dudar sobre la senda que convendría seguir.

La pausa fué, sin embargo, muy breve, pues Walt se limitó á practicar un ligero reconocimiento. En cuanto á la mayor ó menor facilidad para subir, los dos pasos parecían iguales, y el guía se resolvió muy pronto.

—Páreceme que tanto da el uno como el otro, —dijo Walt;—pero tomemos el de la derecha.

Frank consintió con la misma docilidad de siempre, y siguió á su compañero; pero éste tomó antes la precaución de quitarse el pañuelo que rodeaba su cabeza y arrojarlo en el sendero de la izquierda, con la esperanza de enganar á sus perseguidores.

La senda que en aquel momento seguían era fácil de franquear, y esto fué tal vez lo que indujo á Walt á escogerla; mas aun no habían recorrido unos veinte pasos, desvaneciéndose de nuevo la esperanza de los fugitivos. Aquella desembocaba en una pequeña plataforma cubierta de piedras caídas, sin duda, de una roca que cerraba el paso.

A primera vista reconocieron que era imposible escalarla.

Hallábanse cogidos en aquel sitio, como en una trampa, de la cual no podían escapar ni retirarse sin caer en manos de sus perseguidores.

Los indios trepaban ya por el barranco, y por sus voces podía comprenderse que habían llegado á la bifurcación, pues cesaron un momento sus gritos, como sucede con los perros que dejan de ladrar un instante cuando pierden la pista.

Su vacilación no debía durar mucho: probablemente seguirían el sendero donde hallaron el pañuelo de Walt; pero si éste no tenía salida, tomarían después el otro.

Los fugitivos, comprendiendo que ya era demasiado tarde para retroceder, saltaron á la plataforma y comenzaron á examinar las rocas, con la esperanza de encontrar alguna cavidad donde ocultarse.

De pronto el guía dejó escapar una exclamación, y, haciendo una seña á Frank para que se acercase, murmuró á su oído:

—¡Mirad ese agujero! ¡Condenación! Ocul-témonos aquí.

Al acercarse, Frank vió, en efecto, una oscura cavidad entre las piedras: abríase verticalmente hacia abajo, y era de forma redondeada é irregular, algo semejante al brocal de una cisterna.

¿Se atreverían á introducirse? ¿Podrían hacerlo? ¿Cuál sería su profundidad?

Walt cogió una piedra y arrojóla en el hoyo: oyéronla bajar, no de golpe, sino rebotando á cada momento en las paredes, y pasó un buen rato antes de que llegara al fondo.

Los repetidos choques de la piedra, al bajar, indicaban que en la cavidad había proyecciones ó salientes donde se podría apoyar el pie.

Sin vacilar un momento, introdujéronse, pues, en aquella tenebrosa sima, yendo el guía primero, y dieron principio á su peligrosa bajada.

Iban lenta y silenciosamente, como dos fantasmas, y pronto desaparecieron en las tinieblas, sin dejar en la plataforma de la roca ningún vestigio de su paso.

CAPITULO XIII

LLUVIA DE PIEDRAS

Por fortuna para los fugitivos, la cavidad en que acababan de introducirse tenía muy poco diámetro, pues, de otro modo, no hubieran podido bajar sin sufrir una caída mortal, ya que, á juzgar por la piedra lanzada, la profundidad era inmensa.

Aquella especie de pozo parecía más bien el cañón de piedra de una chimenea, con varias puntas salientes en las paredes, y, merced á esta circunstancia, pudieron servirse de las manos y las rodillas para efectuar el descenso.

Bajaban con suma lentitud y con la mayor precaución, pues sabían muy bien que un mal paso, ó el más leve descuido, bastaría para precipitarlos á una profundidad desconocida.

No bajaron sino lo suficiente para ocultarse, pues hacían ruido, y podrían oírlos los indios cuando se acercaran. Su única esperanza se cifraba en que sus perseguidores creyesen que habían tomado por el sendero de la izquierda; pero, de todos modos, pronto explorarían los dos; y si los astutos salvajes sospechaban su presencia en la cavidad, ya no quedaría esperanza alguna para ellos. Comprendiéndolo así, resolvieron detenerse tan pronto como hallaran una saliente sólida en que sentar el pie.

Encontráronla por suerte suya, á unos treinta pies de la entrada: era una punta de roca que se proyectaba horizontalmente, y tenía la suficiente anchura para que los fugitivos pudieran hacer pie en ella con holgura; pero en aquel sitio rodeábalos la más densa oscuridad.

Gracias á esto, cuando los indios llegasen á la plataforma no podrían verlos si se acercaban á la boca de la sima, pero sí oírlos: el más ligero sonido bastaba para revelar á los salvajes la presencia de los dos hombres; y, comprendiéndolo así, permanecieron mudos como una tumba, temiendo hasta respirar con demasiada fuerza.

No transcurrió mucho tiempo sin que se confirmaran los temores de los fugitivos, pues vieron aparecer á la entrada de la cavidad la cabeza ornada de plumas de un indio que alargaba el cuello sobre el borde de la abertura, y

cuyo busto se destacaba bajo el puro azul del cielo. Poco después asomáronse otras cinco ó seis cabezas, y el guía y su compañero pudieron oír que sus perseguidores hablaban animadamente.

Walt conocía un poco el dialecto comanche, y así es que entendió la mayor parte de lo que decían: algunos dejaban escapar exclamaciones de venganza, mientras otros discutían con calma, haciendo observaciones y conjeturas.

Por su conversación, supo Walt que los perseguidores se habían separado en dos grupos, siguiendo uno el sendero de la izquierda, y el otro el de la derecha.

A juzgar por las exclamaciones de enojo de los indios, y sus gritos de venganza, los fugitivos pudieron reflexionar cuánta había sido su suerte al descubrir aquel agujero: á no ser por él, ya habrían caído en manos de sus feroces enemigos.

Como quiera que sea, no les dejaron mucho tiempo para reflexionar: las palabras de los salvajes, al principio, expresaron dudas sobre si los fugitivos se hallarían allí, y resolvieron salir de ellas pronto.

No pudiendo distinguir nada entre las tinieblas de la cavidad, retiráronse los indios, y poco después cayó una piedra en el pozo.

Sin duda, esperaba ya Walt alguna cosa por el estilo, pues se encogió cuanto pudo contra la pared, recomendando á su compañero que hiciese lo mismo.

La piedra pasó sin tocarlos, y rebotó varias veces hasta llegar al fondo.

Un momento después siguió otra, y otra: la tercera tocó en el pecho á Frank, rompiéndole dos botones de la levita.

Esto era ya grave, pues otra piedra de mayor tamaño, rebotando desde arriba, podría muy bien ocasionar la muerte de uno ó de los dos fugitivos.

Temiendo semejante resultado, comenzaron á tantear la pared, con la esperanza de hallar otra cavidad donde pudieran resguardarse de aquella peligrosa lluvia de piedras, que tal vez se prolongaría largo tiempo.

La mano de Frank se introdujo de pronto en un agujero que seguía la dirección horizontal, y era bastante grande para que pudieran penetrar en él los fugitivos, como así lo hicieron.

Era una especie de gruta, y, agachados en su interior, podían burlarse de la peligrosa lluvia: las piedras seguían silbando, y chocaban como aerolitos al pasar por delante de Frank y su compañero.

Al fin, dejaron de caer piedras: los indios deducían evidentemente que su trabajo era inútil, ó que habían conseguido ya su objeto; y transcurrió un intervalo sin que se oyese el menor ruido ni abajo ni arriba.

Frank y su guía pudieron pensar que sus perseguidores, satisfechos de su obra, se retiraban de aquel sitio para volver á la llanura, y Hamersley lo creyó así; pero Walt, hombre práctico en la vida de las praderas y muy conocedor del carácter indio, no podía dejarse

engañar con tanta facilidad como su compañero.

—No os hagáis ilusiones,—murmuró al oído de éste;—no creáis que van á dejarnos tan fácilmente, sobre todo si se halla entre ellos el jefe. Permanecerán en el mismo sitio para ver si salimos, ó tratarán de sofocarnos con humo. Creedme, Frank: aun nos espera alguna cosa... ¡Mirad! ¿No os lo dije?

Walt retiró la cabeza de la abertura, por la

pero no era el de la leña ordinaria, que ya hubiera bastado de por sí para sofocar á los dos hombres, no: el humo que comenzaba á rodearlos era de una especie particular, capaz de producir la asfixia rápidamente.

El ramaje y los troncos encendidos eran de la planta de la creosota, bien conocida por su poder asfixiante. Walt Wilder lo reconoció al momento.

—Es la planta pestilente, esa maldita planta



Las piedras seguían silbando y chocaban como aerolitos...

cual había estado observando lo que pasaba arriba.

El boquete, según hemos dicho antes, era suficientemente grande para admitir el cuerpo de un hombre, pero no más. Cuando se retiró el guía, Hamersley ocupó su lugar, miró á su vez, y vió lo que le indicaba su compañero: era el humo de una inmensa hoguera que comenzaba á chisporrotear cerca del borde de la sima: el humo subía hacia el cielo diagonalmente después de envolver la roca.

Hamersley no pudo mirar mucho tiempo, pues observó de pronto que bajaba por la cavidad como una lengua de fuego; y, apenas hubo retirado la cabeza, vió pasar por delante de sus ojos ramaje y troncos encendidos que despedían chispas: algunos quedaron en suspenso un instante en la saliente de la roca, donde habían hecho pie los fugitivos, mientras los otros caían al fondo de la sima.

En pocos instantes la sima se llenó de humo;

de Nueva Méjico, y nos matará si no podemos preservarnos de su humo infernal. ¡Pronto, Frank! Quitaos la levita, que puede cubrir más que mi chaquetón, y á ver si podéis tapar el hoyo.

Frank obedeció, despojándose de su levita con tanta ligereza como podía permitírselo la estrechez del espacio en que se hallaba.

Afortunadamente, la levita no era de las más pequeñas, y tenía suficiente anchura para tapar el agujero.

Gracias á esta circunstancia, antes que la pequeña gruta se llenase de humo, cerróse la entrada tan herméticamente, que ya no hubieran podido penetrar ni aun los vapores de la asafétida.

CAPITULO XIV

HORRIBLE TRANCE

Frank y su compañero pasaron media hora

sujetando la levita contra los bordes de la abertura, ayudándose de la cabeza, las manos, las rodillas y los hombros, lo cual no impidió que penetrase un poco de aquel terrible humo, que ofendía sus ojos, privándoles casi la respiración.

Sobrellevaron, no obstante, aquel tormento filosóficamente, sin proferir una sola queja y haciendo los mayores esfuerzos para no toser.

Sabían muy bien que el más leve rumor podía ser percibido por los salvajes que se hallaban arriba, y que la menor cosa que indicase la presencia de los dos hombres en el pozo aseguraría su muerte.

La fumigación continuaría hasta que los indios estuviesen ciertos de que había producido un fatal resultado; y si los fugitivos lograban resistir bastante tiempo, burlarían la astucia de sus perseguidores.

Por lo que Walt pudo oír, los indios dudaban en bajar para hacer un reconocimiento, y esta incertidumbre debía ser su salvación. No estando seguros de conseguir su objeto después de todo aquel trabajo, los hombres rojos se retirarían, al fin, con tanta mayor razón cuanto que desearían hallarse presentes cuando se sacara de los carros el rico botín que debía repartirse entre todos.

Así pensaba Walt Wilder, procurando al mismo tiempo sorprender alguno de los sonidos que llegasen de arriba.

Ya se comprenderá que no veían absolutamente nada, pues hallábanse como encerrados en el más oscuro calabozo inquisitorial; de modo que sólo por lo que oyesen podrían colegir lo que pasaba.

Por lo pronto pudieron reconocer que continuaba la lluvia de fuego, pues percibían vagamente el resplandor del ramaje encendido que seguía cayendo y chocaba á veces contra la improvisada puerta de paño ó la saliente de la roca.

Al cabo de algún rato, cesaron del todo estos sonidos, sin duda por creer los salvajes que habían arrojado á la cima suficiente combustible para aniquilar á los fugitivos, quienes, á no ser por aquella gruta salvadora, habrían perecido infaliblemente.

Tal debían pensar los hombres rojos, pues al poco tiempo desistieron de su infernal ocupación; pero, cual si quisieran asegurar mejor el resultado de sus esfuerzos, antes de alejarse del sitio practicaron otra operación que revelaba la crueldad de sus intenciones.

Siguió un breve período de silencio, durante el cual no pudieron colegir los fugitivos qué podrían hacer sus perseguidores: sólo de vez en cuando percibían algunos vagos sonidos; mas érales imposible hacer conjetura alguna.

Al fin, rompió el silencio un rumor sordo, semejante al fragor de un trueno lejano, y que terminó con una especie de estampido, con un ruido análogo al que pudiera producir una roca al desplomarse sobre la plataforma.

Después reinó otra vez un silencio profundo, que nada interrumpió ya, ni el más leve rumor ni murmullo alguno.

Era un silencio semejante al de la tumba: hubiérase dicho que los salvajes acababan de recibir el castigo de su crueldad, quedando todos ellos sepultados bajo una enorme mole desplomada.

Algún tiempo después de percibirse este ruido misterioso, que hizo retemblar la roca que los rodeaba, los dos fugitivos permanecían inmóviles en su escondite.

Pero, al fin, sacó la cabeza Wilder por el boquete, levantando la levita lo menos posible para que no penetrase el humo en gran cantidad.

Sin embargo, este último disminuía y ya no formaba sino una ligera nube, pues subiendo rápidamente por la cavidad, como por el cañón de una chimenea, tendía á salir por la abertura. Así es que muy pronto no fué necesaria la improvisada cortina. Merced á esto, Frank y su compañero pudieron cambiar de posición, que hasta entonces había sido sumamente fatigosa.

Aunque no se percibían ya sonidos, ni la menor señal que indicase la presencia de los salvajes, los fugitivos no se atrevían aún á salir, y pasó algún tiempo antes de que intentaran emprender su ascensión. Todavía algunos de los perseguidores podían hallarse muy cerca ó rondando por la cima: casi milagrosamente acababan de escapar de la muerte, y no querían exponerse de nuevo por la menor imprudencia.

Por lo tanto, determinaron permanecer algún tiempo en la gruta que tan oportunamente habían descubierto para salvarse. Podía suceder muy bien que algún salvaje, más furioso que los otros por no haber podido vengarse, tuviera el capricho de volver, para lanzar á la cavidad una nueva lluvia de piedras. Tratándose de aquellos feroces indios, nada tenía esto de particular.

Deseando evitar semejantes contingencias, el guía aconsejó á su compañero la paciencia, y pasó mucho tiempo sin que ambos salieran de la oscura gruta.

Por fin, observando que la tranquilidad continuaba, no temieron ya los fugitivos practicar un reconocimiento. Para ello salió Walt Wilder del escondite, y, de pie en la saliente de la roca, miró hacia arriba.

Entonces experimentó una gran sorpresa, mezclada de inquietud.

—¿Puede ser ya de noche?—preguntó en voz baja á su compañero.

—No lo creo,—repuso Hamersley;—pues la lucha empezó antes del amanecer, y no han transcurrido tantas horas. Pero ¿por qué preguntáis eso, Walt?

—Porque no se ve ni un rayo de luz arriba. ¿Dónde está ese trozo de espacio azul que antes percibíamos? Todo se halla negro como boca de lobo, y seguramente no será la causa el humo, toda vez que éste se ha desvanecido. ¡El diablo me lleve si distingo cosa alguna! ¿Qué puede significar esto?

Sin añadir una palabra más, Walt Wilder se agarró á las puntas salientes y comenzó á subir del mismo modo que había bajado.

Hamersley, que había salido en aquel momento de la gruta, escuchó atentamente con la mayor ansiedad, y pudo oír el roce de los pies de su compañero en las paredes de la misma, y también su fuerte respiración.

Al fin, pareció que Walt había llegado á la boca del pozo; pero entonces oyó Hamersley palabras que le estremecieron hasta la médula de los huesos:

—¡Cielos!—gritó el guía, olvidando en su sorpresa que no debía levantar la voz.—¡Nos han encerrado; han obstruido la salida como con una tapadera! ¡Es una roca que ningún mortal podría mover! ¡Frank Hamersley, todo ha concluído para nosotros: nos han enterrado en vida!

CAPÍTULO XV

ESCENAS SALVAJES

Poco tiempo había tenido en jaque á los indios la estratagema de Walt, pues, acostumbrados á tales ardidés, sospecharon que aquél era uno, y aseguráronse de ello muy pronto.

Acercándose á cierta distancia reconocieron que el cañón de la carabina no giraba ya como antes, y que la gorra de piel permanecía igualmente inmóvil.

Convencidos, al fin, de esto, y estimulados por su jefe, el hombre de la espesa barba, avanzaron atrevidamente, y, desmontando luego, penetraron en la grieta por encima del caballo muerto. Sia detenerse más que á coger la carabina, pasaron después al barranco con toda la ligereza que les permitía aquel pedregoso sendero, y no tardaron en ver el pañuelo del guía; pero sospecharon que aquello era también alguna astucia. Para no errar, separáronse en dos grupos, tomando el uno por el ramal de la izquierda, y el otro por el de la derecha, que conducía al sitio donde se hallaban ocultos Frank y su compañero.

Cuando llegaron á la pequeña plataforma, los perseguidores descubrieron, desde luego, la cavidad, conjeturando que los fugitivos se hallaban en ella. Casi se aseguraron de ello apenas se les reunieron los indios que habían seguido el sendero de la izquierda, y los cuales dijeron no haber visto á ninguno de los hombres á quienes daban caza. Entonces fué cuando comenzaron á lanzar las piedras á la cavidad, arrojando después los troncos y el ramaje encendido. Por último, para asegurar mejor la muerte de los fugitivos, taparon la abertura de la cavidad con una mole de roca, tan perfectamente como si esta hubiera caído encima.

Terminada ya esta operación, los salvajes no se detuvieron allí más tiempo, pues todos estaban ansiosos por volver al sitio donde se hallaban los carros, á fin de no perder su parte de botín cuando se hiciera la repartición.

Sólo un hombre, el de la espesa barba, no siguió á los demás: mientras sus compañeros se alejaban, acercóse á la abertura, se agachó, y estuvo un buen rato escuchando atentamen-

te, cual si esperase sorprender algún sonido que llegara desde el fondo.

Pero no se percibía nada, ni el más leve rumor: allí reinaba sólo un silencio de muerte, cual si nunca hubiese existido la vida.

El hombre de la barba se levantó, al fin; una sonrisa de satisfacción entreabrió sus labios, haciendo más siniestra la expresión de sus facciones, y murmuró para sí:

—No me cabe duda de que están abajo, y hasta aseguraría que bien muertos. Uno de los dos debe ser él. En cuanto al otro, nada me importa. Sin embargo, me hubiera gustado verle, para que supiera quién le ha enviado á la eternidad. ¡Bah! ¡Tanto monta! Ya se ha concluído todo, y estoy vengado. ¡Vamos! Es preciso ir á reunirme con esa gente, porque, de lo contrario, el *Lagarto Cornudo* podría escamotearme algo de lo que me corresponda. Felizmente, estos pieles rojas no conocen el valor de los géneros, y de este modo podré dejarles los tejidos de algodón, guardando para mí la seda y lo que más valga.

Hablando así, alejóse de la roca el hombre de la barba, saltó por encima del caballo muerto, montó en el suyo, que estaba á pocos pasos de allí, y púsole al galope para ir á reunirse con sus compañeros, entregados en aquel instante al saqueo.

Al llegar, ofrecióse á sus ojos un espectáculo espantoso, aunque no para él, porque era hombre que había presenciado ya otros muchos semejantes, y parecía tener el alma avezada al crimen.

Los carros estaban ya desunidos, y veíase perfectamente el espacio que encerraban; habíase disipado del todo el humo, y los rayos del sol iluminaban de nuevo aquella arena donde se hallaban los cuerpos de los que tan intrépidamente se defendieron. Contábanse hasta trece cadáveres, pues toda la caravana constaba sólo de quince hombres, y todos ellos tenían las cabezas desolladas, presentando en la coronilla un disco sangriento.

El cuchillo del salvaje había efectuado ya la operación acostumbrada; las cabelleras de los blancos flotaban en las puntas de las lanzas de los indios, que las paseaban de un lado á otro, profiriendo salvajes gritos de victoria.

Pero ésta les había costado muy caro: en los alrededores del corral podían contarse hasta treinta cadáveres, y en algunos sitios veíanse grupos que indicaban la presencia de algún guerrero herido.

Por mandato del jefe, varios indios comenzaron á recoger los cuerpos de sus compañeros, á fin de darles sepultura; mientras otros, sin escuchar órdenes, seguían desahogando su cólera salvaje en los restos mortales de sus víctimas, mutilándolas de todos modos. Cortaban las cabezas, clavábanlas en las puntas de sus lanzas, y corrían de un punto á otro, profiriendo gritos frenéticos, como hombres poseídos de locura.

Sin embargo, oíanse también gritos de venganza, pues la resistencia de los blancos había ocasionado muchas víctimas, y, exasperados

en el más alto grado, los salvajes no habían podido aplacar su saña sino mutilando los cadáveres de sus enemigos. Complaciéronse en destrozarlos completamente con sus hachas y lanzas, ó atravesándolos á flechazos, y ataban después los mutilados miembros á las colas de sus caballos, á fin de arrastrarlos en todos sentidos.

Este sangriento y repugnante espectáculo se prolongó bastante tiempo, siguiéndose des-

quincalla superior destinados para las damas de Santa Fe, de Chihuahua y de Durango.

Acabada la distribución, la escena cambió completamente de aspecto. En los carros faltaba el agua; pero no el fluido alcohólico, habiéndose encontrado un barril de aguardiente, el agua de fuego de los blancos, como llamaban los irdios á esta bebida.

En muy poco tiempo, dos terceras partes de los indios estaban completamente borrachos;



Cortaban las cabezas, clavábanlas en las puntas de sus lanzas, y corrían de un punto á otro...

pués una escena que no dejó de tener algo de grotesca.

Descargados los carros de todo su contenido, trasladáronse las mercancías á cierta distancia, y se extendieron en un vasto espacio para proceder á la repartición.

Presidía el acto el *Lagarto Cornudo*, aunque no parecía tener menos autoridad que el jefe indio el hombre de la espesa barba, quien llevaba siempre al lado á su compañero.

Como había calculado antes el de la barba, los tejidos de algodón satisficieron la codicia de sus compañeros rojos, quienes le dejaron sin dificultad los géneros de seda y mercancías de más valor. Entre los diversos artículos que se hallaron, había cuchillos ordinarios de mesa, escopetas, pistolas, aljófár, espejos, etc.; y como todo esto seducía al *Lagarto Cornudo* y á sus compañeros, eligiéronlo de preferencia, mientras el hombre de la barba guardaba para sí las sedas, los paños finos y los artículos de

algunos se revolcaban por la arena; otros corrían en distintas direcciones, lanzando gritos y cayéndose á cada paso; pero los que tenían más resistencia y el estómago más fuerte pensaban sólo en satisfacer su codicia, obteniendo algo más de lo que les correspondió en la distribución del botín. Dos indios, por ejemplo, poseían una pieza de algodón cada cual, y deseaban las dos ó ninguna. ¿Qué hacer en este caso? ¿Jugarlas á los naipes ó á los dados? No: había otro medio más conforme con sus inclinaciones, más apropiado con sus costumbres. Sus caballos resolverían la cuestión, pues jinetes y animales eran prácticos en el ejercicio de que se trataba.

Este consiste en desarrollar una pieza; cada indio ata un extremo á la silla de su caballo, monta después, y le hace galopar en dirección opuesta á la de su compañero hasta que la pieza queda tirante y se rompe: el jinete que se ha quedado con el pedazo mayor obtiene

para sí la parte del botín de su compañero. En su frenética locura, los salvajes se olvidan hasta de enterrar sus muertos; el eco de sus gritos y carcajadas se repite entre las rocas, anunciando aquella escena extravagante, aquella salvaje saturnal.

CAPITULO XVI

ENTERRADOS

Como había dicho Walt Wilder á su compañero, ambos estaban literalmente enterrados en vida.

Harto comprendían ya cuál era la causa del extraño rumor que atribuyeron á un desplome. No se había derrumbado la roca, como ellos supusieron: era que los indios, reuniendo sus esfuerzos, hacían rodar una mole para cubrir con ella la abertura de la cavidad.

Acaso procedían así los salvajes sin estar seguros de la presencia de Frank y su compañero en la sima, proponiéndose sólo asegurar su muerte; pero esto importaba poco á los fugitivos, pues no les quedaba ya esperanza alguna de salir de lo que ellos consideraban como su tumba.

Y no dudaban que tal fuese: el guía, dotado de una fuerza hercúlea, había tratado de mover la piedra; con los pies asentados en las proyecciones de la roca, y encorvando la espalda, hizo un esfuerzo que habría sido suficiente para levantar un carro cargado; pero la piedra no se movió un ápice: aquello fué lo mismo que si Walt hubiera tratado de apartar una montaña de su base.

El guía no quiso intentar una segunda prueba: recordaba haber visto aquella roca cuando buscaba un sitio donde ocultarse, y tenía presente su enorme mole: no había hombre alguno capaz de desviarla una sola línea del lugar que ocupaba. Por lo menos, se necesitaban los esfuerzos reunidos de veinte, y seguramente no fué menor el número de indios que practicaron la operación. De todos modos, habían conseguido su objeto: Frank y Walt estaban encerrados en una oscura catacumba, donde iban á perecer de hambre.

—¡Vaya! Creo que todo ha concluído para nosotros, — exclamó el guía al bajar de nuevo hasta la gruta, para comunicar á su compañero la terrible noticia.

Hamersley subió á su vez, pues no podían hacerle los dos á un tiempo, y examinó detenidamente el borde en que se apoyaba la roca. No podía guiarse más que por el tacto, pues no llegaba un solo rayo de luz de la parte exterior, ni se veía tampoco grieta ni hueco alguno. La mole que tapaba la abertura había encajado perfectamente.

Cuando hubo terminado su exploración, Frank volvió á reunirse con su compañero.

—¡Sin esperanza! — murmuró Walt con acento desalentado.

—¡No, amigo mío! — repuso Hamersley. — Aun no podemos decir eso.

Frank era hombre de notable inteligencia y

gran valor, cualidades que necesitaba para ser traficante de las praderas y jefe de una caravana. Walt sabía muy bien que su joven compañero le aventajaba mucho en la primera de ellas, igualándole, cuando menos, en la segunda.

—¿Creéis, — preguntó el guía, — que hay alguna probabilidad para salir de aquí?

—Así me parece; y hasta creo que no será sumamente difícil.

—¡Cielos! ¿Qué os induce á creerlo así, Frank?

—Dadme mi cuchillo, que está en la gruta.

Walt obedeció presuroso.

—Mucho dependerá nuestra salvación, — continuó Hamersley, — de la especie de roca que nos rodea. Si es caliza, ó de arenisca, no necesitaremos estar aquí más tiempo que el necesario para no exponernos á caer otra vez en manos de esos sanguinarios salvajes.

—¿Qué queréis decir, Frank? ¡El diablo me lleve si os entiendo!

—Es muy sencillo, Walt. Si esta roca es de arenisca ó de alguna sustancia igualmente blanda, podremos practicar una abertura suficientemente grande para salir.

—¡Ah! No había pensado en ello. Esa es una buena idea.

—Por el tacto me ha parecido que la roca es blanda, — continuó Hamersley; — sólo quisiera tener dos pulgadas de vela; pero, de todas maneras, creo que podré hacer mi exploración en la oscuridad.

Pasó un breve rato de silencio, después del cual se oyó el rumor producido por la hoja del cuchillo contra una piedra. Hamersley desprendía un pedazo de la roca, que se proyectaba en la pared del pozo.

El sonido fué agradable para Frank, porque no era metálico, como el que habría emitido el cuarzo ó el granito. Lejos de ello, el acero produjo, al chocar, un ruido sordo, y la punta del cuchillo se clavó sin dificultad.

—¡Es arenisca! — exclamó Frank. — O, por lo menos, algo que se le parece mucho. Sí, Walt: hay probabilidad de salir de este horrible calabozo, y, por lo tanto, no debemos abatirnos. Tal vez nos cueste un día de trabajo ó algo más; pero quizás sea esto mejor para nosotros, porque los indios no estarán menos tiempo junto á los carros. El tiempo que hemos de emplear depende también del tamaño de la piedra que tapa la salida. Vos, que la habéis visto, ¿recordáis cómo es?

—Bastante grande. A mí me pareció que tenía, lo menos, diez pies, y me sorprende que esos diablos rojos hayan podido hacerla rodar tan fácilmente.

—Si supiéramos por qué lado está más cerca el borde, adelantariamos tiempo; pero, en fin, es preciso poner manos á la obra cuanto antes, pues cada hora que pasa debilita nuestras fuerzas. Sólo he bajado á buscar el cuchillo; yo comenzaré, y nos relevaremos.

Provisto de su instrumento, Frank trepó nuevamente, y poco después el guía pudo oír el trabajo del cuchillo en la roca y la caída de

varios fragmentos, que, desprendiéndose rápidamente, bajaban al fondo.

A fin de ponerse á cubierto de aquella segunda lluvia y preservar su desnuda cabeza, Walt hubo de introducirse en la gruta salvadora.

Juntamente con los fragmentos de roca pasó por delante de Walt un objeto más blando, al parecer, á juzgar por el choque, y que exhalaba cierto olor como el de la asafétida.

Por los numerosos pedazos que caían, así como por su tamaño, Walt comprendió que su compañero trabajaba animosamente.

Deseoso el guía de ayudarle en su tarea, gritóle que bajara para ocupar su puesto; pero Hamersley se negó, continuando su operación.

Walt permaneció, pues, abajo por espacio de una hora, mirando impacientemente hacia arriba á cada momento, aunque nada podía ver. Su ansiedad era grande, pues le parecía muy problemático el éxito de su compañero.

Si aquellos dos hombres hubiesen tenido suficiente alimento y bebida, podrían haber realizado con el tiempo su propósito; pero, careciendo de ambas cosas, pronto se debilitarían sus fuerzas, y entonces...

A estas tristes reflexiones se entregaba el guía, cuando de pronto observó algo que le hizo proferir una exclamación de alegría.

¡Acababa de distinguir el rostro de su compañero!

Este hecho tan insignificante tenía en aquel momento grande importancia, pues Walt no hubiera podido ver el semblante de Hamersley *sin luz*. Esta penetraba, por fin, en el tenebroso antro.

Era no más un fugitivo rayo, que se deslizaba por una grieta apenas visible; y como ésta se había abierto sobre la cabeza de Frank, iluminábala débilmente.

De todos modos, aquello era luz.

Hamersley, sin explicarse aún la causa del hecho, dejó de golpear la roca, y parecía absorto en la contemplación del plateado rayo que iluminaba fugazmente sus facciones.

¿Enmudeció acaso por el placer que experimentaba al contemplar de nuevo la luz del día, que ya no esperaba volver á ver jamás? ¿Permanecería silencioso sólo por esta causa?

No: no era por esto, según manifestó un momento después á su compañero.

—Walt,—le dijo,—según veis, he conseguido que penetre aquí la luz del día; pero reconozco que se necesitaría largo tiempo para abrirnos paso. Me parece que la roca se extiende mucho sobre la entrada de la cavidad, y he notado que es cada vez más dura.

Estas palabras desanimaron de nuevo á Walt Wilder.

—Pero,—continuó Hamersley,—he observado una cosa que acaso nos favorezca y tal vez nos ahorre tanto trabajo. No sé si me engaño; pero pronto lo veremos.

—¿Qué habéis observado?—preguntó Walt.

—¿No veis que hay humo todavía al rededor de nosotros?

—Sí, Frank: harto me lo dicen mis ojos, que ya me duelen de tanto restregarlos.

—Pues bien,—continuó Frank;—cuando se abrió la pequeña grieta por donde ha penetrado la luz, observé que el humo salía como impelido por el soplo de un fuelle: esto prueba la existencia de una corriente, y, siendo así, no puede menos de proceder de alguna abertura que habrá abajo. En su consecuencia, debemos descender hasta el fondo, á fin de asegurarnos del hecho. Si no me engaño, tal vez sea el orificio bastante grande para que podamos salir de esta horrible prisión, sin necesidad de abrirnos paso á través de las paredes, lo cual requiere un trabajo de varios días. Es preciso, pues, llegar hasta el fondo.

No necesitaba Walt que le instaran: los dos comenzaron á bajar inmediatamente.

Al principio no hallaron ninguna dificultad, porque el pozo continuaba siendo igualmente estrecho que por arriba; pero cerca del fondo se ensanchaba bruscamente por la desviación de las paredes, y entonces se vieron los fugitivos en un apuro, pues acababan de llegar á un sitio de donde no podían pasar sin caer. La profundidad podía ser de diez pies ó de ciento, y, en todo caso, lo suficiente para ofrecer un peligro.

Walt, que iba delante, quiso hacer una prueba: cogió su cuerno de caza que llevaba pendiente del hombro y dejóle caer, escuchando atentamente. Apenas produjo ruido, pero oyóse que caía en algo blando, sin duda el ramaje encendido arrojado por los indios; el rumor del golpe resonó pronto, y no se percibió choque alguno con piedras.

—¡Acabemos de una vez!—exclamó Walt.

Así diciendo, dejóse caer el guía, y se oyó el golpe de su pesado cuerpo en el fondo.

—¡Podéis saltar, Frank!—gritó Wilder.—No hay más de seis ú ocho pies.

Hamersley obedeció, y un momento después se hallaban los dos compañeros en el fondo de aquella lóbrega chimenea, pisando el ramaje de creosoto arrojado por los indios.

CAPITULO XVII

EN LIBERTAD

Al sentar el pie en tierra firme, y reconociendo que se hallaban en un ancho espacio, el guía y su compañero comenzaron á caminar entre las piedras, en busca de alguna salida.

No les fué preciso andar mucho rato á tientas: á los pocos momentos experimentaron la sensación de aquel que ha tenido largo tiempo vendados los ojos, y se arranca, por fin, el pañuelo que los cubría. Este repentino cambio era debido á un rayo de luz que llegaba por una galería en la que acababan de aventurarse. Aun estaba algo lejano, pero muy pronto brilló con todo su esplendor.

Siguiendo aquel paso, llegaron, por fin, á una abertura de forma redondeada y regular, y del tamaño de una ventana de convento; desde luego vieron que era bastante grande para permitirles pasar, y alegraron sus corazones los rayos del sol que en ella se refleja-

ban, dándoles á conocer que aun era bastante de día.

Los fugitivos llevaban sus cuchillos y pistolas, y Hamersley conservaba aún su carabina, pero vacilaban en salir fuera. Esto no era ya difícil, pues veíase un sendero á tres pies de la abertura: no les detenía sino el temor de caer otra vez en manos de sus implacables enemigos.

No podían dudar que éstos se hallasen aún

luz de luna; los indios tienen la vista muy perspicaz, y lo mismo nos verían que si fuese en medio del día. Si esperamos, ha de ser hasta que ellos se vayan.

Walt, que no dejaba de mirar atentamente por fuera de la abertura mientras hablaba con Hamersley, alargó de pronto el cuello para ver mejor lo que habría debajo, y entonces fijóse su vista en un objeto que le hizo proferir una exclamación de sorpresa.



—¡Podéis saltar, Frank!—gritó Wilder

en la llanura, pues percibían confusamente sus gritos y el eco de sus infernales carcajadas.

En aquel momento producían su mayor efecto los vapores del aguardiente, y los salvajes se jugaban las piezas de algodón corriendo con sus caballos.

Sin duda, era peligroso salir, pero tal vez lo fuese más quedarse, porque los salvajes podían volver y descubrir aquella otra entrada. En este caso, la cerrarian igualmente para aniquilar á los fugitivos por el hambre.

Los dos estaban ansiosos de huir de un sitio que habían considerado ya como su tumba.

No obstante, aun tardaron en resolverse: no podían retirarse por la llanura mientras los indios estuvieran en ella, y Hamersley indicó que tal vez sería mejor esperar la oscuridad de la noche.

—No,—repuso Walt,—no conviene salir á la noche tampoco, pues ya sabéis que ahora hay

—¡El diablo me lleve,—exclamó,—si no es ése el trapo viejo que yo arrojé cuando huíamos!

Era, en efecto, el pañuelo que el guía tiró al sendero pedregoso para hacer perder la pista á los perseguidores.

—¡Calla!—continuó Walt.—Pues ahora observo que se halla precisamente en el mismo sitio. Ya reconozco el lugar en que nos hallamos: ése es el sendero de la izquierda que vimos antes y que dejamos para tomar el de la derecha.

Walt decía verdad: el pañuelo se hallaba en el mismo sitio, sin duda, porque no había tentado la codicia de los salvajes, quienes sabían que en los carros abundaban otros mejores.

—Suponed que nos aventuramos por este paso, amigo mío,—dijo Walt,—tal vez nos conduzca, al fin, á la meseta; y si ellos han subido, seguramente hace ya mucho tiempo que han bajado. Además, ahora deben estar ocupados

con el botín, y es indudable que ya no piensan en nosotros.

—Convenido,—dijo Hamersley.

Sin hablar una palabra más, los dos saltaron por la abertura, y poco después hallábanse en el barranco, en el punto en que se bifurcaba el camino. Tal vez sería el sendero de la izquierda el que conducía á la llanura y el que debieron seguir primeramente cuando huían de los salvajes.

Aventuráronse, pues, en él, y, á los pocos pasos, Walt recogió su viejo pañuelo, poniéndoselo de nuevo á la cabeza á guisa de turbante.

—Ahora,—dijo,—sólo quisiera recobrar mi carabina, y á fe que lo intentaría si no estuviera seguro de que esos diablos rojos se la han llevado. Es un objeto demasiado precioso para que un indio lo desprecie.

En aquel momento, Walt y su compañero oían distintamente los gritos de los salvajes, y, á medida que ascendían por el sendero, observaban mejor lo que ocurría en la llanura.

Vieron á varios indios galopando con sus caballos en todas direcciones, cual si hubiesen organizado carreras, mientras otros, completamente ebrios, al parecer, ejecutaban su danza guerrera, lanzando gritos de triunfo.

—Aunque estén borrachos,—murmuró Walt,—debemos alejarnos de aquí lo más pronto posible, pues aun podrían tener la ocurrencia de volver por este sitio, aunque no les costaría poco trabajo subir hasta donde nos hallamos.

—¡Adelante, pues!—repuso Hamersley.

Un instante después los fugitivos franqueaban rápidamente la garganta, yendo delante Walt.

Aquella vez fueron más afortunados: la senda del barranco llegaba hasta la meseta, á la cual seguía una llanura bastante igual.

Desde aquel sitio seguían oyendo los gritos de triunfo de sus perseguidores; pero no tardaron en debilitarse con la distancia, mientras Walt y Hamersley avanzaban por la meseta, silenciosa entonces como una tumba, como la soledad del desierto.

CAPITULO XVIII

HERIDO

La roca que habían conseguido franquear los fugitivos después de sus milagrosas escapatorias era la escarpadura de un espolón del famoso Llano Estacado, y por aquel difícil sendero huían en aquel instante.

Ni Walt ni Hamersley conocen el terreno que se extiende ante ellos, ni la dirección que deben seguir: solamente tratan de aumentar la distancia que los separa del teatro de su desastre, teniendo, sobre todo, cuidado de no pasar por ningún sitio donde se los pueda divisar desde lejos.

Una sola mirada basta para convencerlos de que sólo por la distancia se pueden ocultar de la vista de sus enemigos, porque la superficie

que recorren es del todo igual y lisa, sin un matorral ni un árbol.

Aunque no hay señales de que se los persiga, todavía no tienen la menor confianza de escapar, y temen que algunos indios hayan subido también á la meseta y la estén recorriendo todavía.

Los fugitivos se consuelan en cierto modo con la idea de que sus perseguidores no han podido subir hasta allí con caballos: en el caso de darles caza otra vez, seriales preciso hacerlo á pie, y Walt Wilder, por lo menos, se cree seguro de obtener la ventaja á la carrera.

Sin embargo, como no se divisa ningún salvaje ni vestigio alguno de hombre ó animal, aumenta su confianza, y, después de recorrer una milla por la llanura, ya no miran hacia adelante y sí sólo á su espalda.

El guía vuelve la cabeza á intervalos con inquietud, y ésta crece al observar que su compañero avanza más despacio, dando señales de desfallecimiento.

Sin hacer pregunta alguna, Walt se explica muy pronto la causa: en medio de la nube de humo que cubrió su retirada al alejarse del corral, en la oscura sombra del desfiladero, y en las tinieblas de la sima, no había observado lo que entonces estaba viendo á la luz del sol, y era que la ropa de su compañero se hallaba manchada de sangre.

Tampoco lo había notado Frank, y sólo entonces fijó en ello la atención, menos por algún dolor agudo que por la debilidad que experimentaba: de la pechera de su camisa parecía brotar la sangre, que manchaba también el pantalón y las botas.

No tardó Frank en sentir en el costado un dolor más fuerte, que aumentaba por instantes.

Walt se detuvo para examinar á su compañero, y vió que le había atravesado una bala el costado izquierdo, sin tocar hueso alguno, pero interesando una arteria. El dolor producido por los rasguños y contusiones que sufrió Frank durante su escapatoria, fué causa de que no se fijara en su herida más grave, que, por fortuna, distaba mucho de ser mortal.

Walt, guía y cazador al mismo tiempo, era, además, un cirujano práctico, como todos los hombres de su especie; y, después de examinar rápidamente á su compañero, declaró que su herida no era sino un rasguño y que no le impediría andar.

Reanudaron, pues, la marcha con la misma rapidez; pero, antes de haber recorrido otra milla, Frank reconoció que su debilidad le dominaba, y á su ligero paso sucedió otro muy lento, hasta que, al fin, le fué preciso detenerse.

—No puedo seguir adelante, Walt,—exclamó con acento desanimado,—ni aunque me persiguieran todos los diablos del infierno. He hecho cuanto me ha sido posible. Si llegan á perseguirnos, ponedme en salvo y dejadme á mí.

—¡Jamás, Frank Hamersley, jamás!—exclamó el guía.—Walt Wilder no es hombre que abandona á un compañero mientras le quede

un soplo de vida. Si no podéis pasar de aquí, tampoco pasaré yo, y paréceme que no va á ser otro nuestro mal.

—No tengo fuerzas para dar un paso más,—murmuró Hamersley.

—Está bien,—repuso el guía;—pero, al menos, no permanezcamos en pie, de modo que pueda vernos cualquiera de esos salvajes: echémonos en tierra, y así no será posible que nos divisen.

Hamersley obedeció en silencio; imitóle el guía, y ya no se vió en la llanura objeto alguno en que se pudiera fijar la mirada desde lejos.

Mucho favoreció á los fugitivos que el día *declinase rápidamente: apenas habrían estado media hora tendidos en el suelo, cuando el sol desapareció en el horizonte, y pudieron ya ponerse en pie.*

Gran necesidad tenían de cambiar de posición, pues la tierra despedía un calor insoporable. Sucedióse una fresca brisa que reanimó las fuerzas de ambos; y como acababa de cerrar la noche y aun no había salido la luna, pudieron continuar su camino sin temor. Parecíale á Frank que tenía sangre fresca en las venas, y púsose en pie al mismo tiempo que su camarada.

—Frank,—le dijo el guía,—¿creéis que os será posible avanzar algo más?

—Sí, Walt: me siento con fuerzas para recorrer algunas millas.

—¡Loado sea Dios!—exclamó el guía.—Mucho me place oiros hablar así. Si conseguimos interponer sólo algunas millas más entre nosotros y los salvajes, podremos salvarnos. Lo peor es que no conocemos el camino: lo único que sé es que al O. se hallan los establecimientos del Norte; pero siguiendo esta dirección podríamos encontrarnos de nuevo con los indios. Hacia el S. está el Llano Estacado, que *no termina hasta Río Grande. Si nos dirigimos por el E., podremos llegar á las fuentes del Loriani Rojo, y, una vez en este río, ya podré arreglarme si no me falta una carabina, pólvora y balas. Gracias á Dios, hemos conservado la vuestra. Si así no fuese, tanto valdría volver á echarnos para morir.*

—Seguid la dirección que os parezca, Walt: yo os seguiré, pues no me falta ánimo.

—Bien: de todos modos, lo que debemos hacer es alejarnos. Si podéis recorrer un buen espacio á favor de la noche, pondremos suficiente distancia entre nosotros y los indios, para evitar que nos vean por la mañana. Tomemos la dirección SE. para dirigirnos á las fuentes del Colorado. ¡Mirad! Ahí tenéis la estrella del Norte, que ha sido mi amiga y mi guía muchas veces; allí están la Osa mayor y la menor, según he oído llamar á esas estrellas. Debemos inclinarnos siempre á la izquierda, y de este modo llegaremos á alguno de los brazos del Colorado, si nos quedan fuerzas para ello. De todas maneras, debemos probar. ¡Vamos!

Luego de haber hablado así, Walt el cazador rompió la marcha, no apresuradamente, sino con mesurado paso, para que pudiera seguirle sin dificultad su compañero herido.

CAPITULO XIX

NUEVA ETAPA

Orientándose por las estrellas, los fugitivos siguieron avanzando, no á la carrera como en un principio, sino despacio, pues, á pesar de su resolución, Frank Hamersley estaba aún demasiado débil para andar de prisa. Su compañero no le instaba á que acelerase el paso: el experto hombre de las praderas comprendía que mejor era avanzar con lentitud que desfallecer del todo por apresurarse demasiado.

Ni percibían sonido alguno, ni observaban el menor indicio de persecución: rodeábalos el silencio del desierto, interrumpido sólo por el grito de algún ave nocturna, el monótono canto del grillo y el aullido del coyote.

No parecía necesario apresurar mucho la marcha, pues podían disponer de toda la noche, y antes de amanecer hallarían, seguramente, algún sitio para ocultarse.

El terreno los favorecía, porque la superficie endurecida por el calor del sol se presentaba lisa y tan nivelada como si fuese de piedra. No dejaba de ser muy ventajosa esta circunstancia para los fugitivos, pues Frank no hubiera podido seguir adelante por un camino escabroso. Aun á pesar de ser tan fácil la marcha, experimentaba el joven traficante de las praderas una gran debilidad á causa de la pérdida de sangre.

No pudieron, pues, Walt y su compañero franquear una gran distancia sin hacer alto de nuevo; pero habíanse alejado lo suficiente para permanecer de pie sin ser vistos por ninguno que subiera á la meseta por el mismo sitio que ellos.

Por otra parte, acababan de llegar á un lugar en que podían ocultarse muy bien: era un bosque visible sólo á una milla de distancia, pues se componía de árboles enanos, el más alto de los cuales no se elevaba sino á unos diez y ocho pulgadas sobre la superficie del terreno. Sin embargo, ya era esto suficiente para ocultar el cuerpo de un hombre echado; tanto más cuanto aquellos árboles liliputienses formaban una compacta espesura. Sería necesario que los perseguidores los pisaran casi para verlos. Walt, no obstante, dedujo de sus reflexiones que los indios no estaban en la llanura superior, ni era esto probable, después de lo mucho que habían trabajado para asfixiarlos en la sima y encerrarlos después, sin contar que la distribución del botín los tendría entretenidos en otra parte.

Persuadido, pues, de que ya no debían temer la persecución, Walt propuso á su compañero hacer alto para dormir un poco, cosa en que no habían pensado antes, en su afán por huir de sus feroces perseguidores.

—Podremos descansar,—dijo el guía,—hasta que salga el sol; y si entonces vemos algo sospechoso, será conveniente permanecer en este mismo sitio hasta la noche, porque estos árboles nos ocultan muy bien.

Frank no se hallaba en disposición de oponerse, y los dos se tendieron bajo los árboles de aquel bosque en miniatura, que no sólo les ofrecía un buen escondite, sino también un blanco lecho de hojarasca y ramaje, para reposar sus fatigados cuerpos.

No estuvieron despiertos más que el tiempo necesario para que Walt curase la herida de Hamersley tan bien como lo permitían las circunstancias. Terminada la operación, pudie-

Si aquella noche se hallaba más inquieto el ex cazador, era más bien por el temor que le inspiraba su compañero, por el estado de su sistema nervioso, resentido de una gran excitación febril á causa de los terribles peligros de que acababan de escapar.

Nunca necesitaba Walt dormir mucho, por más que trabajase: bastábanle siempre seis horas. Así es que, apenas la luz del alba iluminó las copas de los arbolillos, púsose en pie, sacu-



Hamersley se levantó lentamente...

ron, al fin, disfrutar de algunas horas de sueño.

No fué, sin embargo, muy profundo éste para Frank: horribles visiones flotaban en su espíritu; creía ver sólo sangrientas escenas de matanza, y despertó una vez profiriendo un grito que interrumpió el sueño de su compañero.

A no ser por esta circunstancia, Walt Wilder habría dormido tan profundamente como en el camarote de un buque, á mil leguas del lugar del peligro. No era nuevo para él entregarse al sueño cuando los gritos de los salvajes llegaban á sus oídos, pues por espacio de veinte años había estado recorriendo las montañas y las praderas y con frecuencia en medio de mayores peligros que el de aquel momento. Durante diez años, Walt perteneció al cuerpo de *Cazadores de Tejas*, esa singular asociación que existió desde que Esteban Austin organizó su colonia en el territorio de la Estrella solitaria.

dió el rocío de sus hombros, é inclinóse para examinar á su compañero.

—No os levantéis aún, Frank,—dijo, al ver que ya estaba despierto,—porque es preciso observar los alrededores y asegurarnos de que no hay por aquí ningún hombre rojo. Luego emprendremos la marcha poco á poco hacia el SE. ¿Cómo os sentís?

—Estoy muy débil; pero creo que aun podré avanzar algo más.

—Iremos muy despacio, sobre todo si no se ve ninguna señal de peligro. Aun estoy pensando en quiénes serían esos salvajes, por más que estoy seguro de que eran los comanches de Tenawa. En tal supuesto, debemos inclinarnos siempre hacia el S., pues ellos deben cruzar por un punto del Llano Estacado para dirigirse al gran Wichitú, que es donde tienen su territorio. Nos convendría mucho ganar después un afluente del Brazos por la parte norte. Si encontramos indios allí, serán comanches del Sur, mucho menos feroces que nuestros per-

seguidores. ¿Sabéis, Frank, que he soñado algo sobre los salvajes que nos atacaron?

—¡De veras! Pues yo también; pero no creo que haya en esto nada de particular. ¿Qué habéis soñado?

—Algo muy curioso, aunque me parece que no todo fué un sueño, sino más bien una especie de meditación, durante la cual no dormía. ¿No observasteis nada de extraño entre los indios?

—Para mí lo fué todo, y no sólo extraño, sino terrible.

—Admito que lo era; pero yo pensaba especialmente en que no había visto nunca hombres rojos como aquéllos, aunque he tenido encuentros con los de todas las tribus.

—¿En qué diferían de otros salvajes? Yo no observé ninguna diferencia.

—Pues yo sí, ó, por lo menos, me lo pareció. ¿No fijasteis la atención en dos ó tres que tenían pelos en la cara?

—Sí, ya recuerdo; pero no hice aprecio de esta circunstancia, pues entre los comanches y otras tribus del territorio mejicano hay muchos individuos de sangre mezclada.

—Juraría que no lo eran los hombres á quienes me refiero.

—Advertid que asimismo se cuentan algunos blancos de pura sangre, que, renegando de la civilización, ó bien por hallarse cautivos, se han *indianizado*, como dicen en Méjico. Tal vez pertenecerían á esta clase los que visteis.

—Acaso tengáis razón, Frank: lo cierto es que yo ví uno con una barba tan espesa como la mía, sólo que era negra; y hasta parecióme que cubría su rostro una capa de bermellón; pero, en fin, de nada sirve hablar ahora de esto, pues, fueran rojos, negros, amarillos ó blancos, el caso es que nos han obligado á emprender la fuga, exponiéndonos á morir de sed y de hambre. Os aseguro que esta última me agujonea ya de tal manera, que me comería un lobo. Por lo tanto, ya que ha salido el sol y no se ve ningún estorbo, creo que lo mejor será continuar nuestra marcha.

Hamersley se levantó lentamente, pues aun estaba muy débil; pero como permanecer allí era esperar la muerte, cogióse del brazo de su corpulento compañero, y los dos fugitivos continuaron su marcha.

CAPITULO XX

EL HOMBRE DE LA BARBA

Al otro día de haber sido aniquilada la caravana, y después de haber consumido los indios todo el aguardiente que hallaron en los carros, dispusieronse á emprender la marcha.

Todos los géneros fueron empaquetados convenientemente y cargados después en mulas y caballos, de los cuales llevaban un gran número, sin duda porque confiaban en que el botín sería abundante.

Los guerreros dieron sepultura á sus compañeros muertos, y, dejando para pasto de los buitres y los lobos los mutilados cadáveres de

los blancos, montaron en sus caballos y marcháronse rápidamente.

Antes de alejarse del teatro de la sangrienta lucha, varios indios amontonaron los carros y prendieron fuego, no sólo por su espíritu de destrucción, sino por complacerse con la vista de una inmensa hoguera, así como también porque deseaban no dejar rastro ni vestigio de una tragedia de que se les pudiera pedir cuenta algún día.

No todos los indios se fueron juntos: separáronse en dos partidas en el sitio mismo en que habían pasado la noche, fraccionándose después en otras más pequeñas, una de las cuales constaba sólo de cuatro individuos.

El grueso de los salvajes, compuesto de comanches de Tenawa, como había supuesto muy bien Walt Wilder, á las órdenes del *Lagarto Cornudo*, dirigióse por el E. hacia al Wichitú, donde tenían estos indios su territorio.

La partida de cuatro individuos siguió una dirección opuesta, dejando á la izquierda el Llano Estacado; después atravesó el río Pecos por un punto bastante lejano del último establecimiento fronterizo de Nueva Méjico, y luego avanzó en dirección al S., costeano los espolones de la Sierra Blanca, que en aquella latitud se extienden por el E. hasta el Pecos.

Llegados cerca del sitio conocido con el nombre de Gran Quivira, donde se elevaba en otro tiempo una floreciente ciudad española, cuyos habitantes se dedicaban á la explotación del oro, los cuatro hombres cambiaron de dirección, retrocediendo en cierto modo hacia el N. y dirigiéndose á un punto de la Sierra Blanca, cual si fuese su objeto cruzar las montañas cerca del valle llamado del Norte. Hubieran podido llegar sin rodeo ninguno por el sendero que suelen seguir los caminantes; mas, sin duda, tendrían algún motivo para no pasar por allí.

Uno de los hombres de la pequeña partida era el de la espesa barba, y otro el que parecía ser su compañero, aunque inferior en categoría: los dos restantes eran barbilampiños.

Todos cuatro se distinguían por su piel bronceada, y á primera vista hubiérase dicho que eran aborígenes de pura sangre: el hecho de que el de la barba y su compañero hablaron en español no era indicio seguro de que no fueran indios, pues dentro de los límites de Nueva Méjico hay muchos de estos indígenas que hablan comúnmente el castellano.

El de la barba, que era también el más alto, y que parecía ser jefe de los otros, no había dejado atrás la parte de botín que le correspondió en el reparto: iba ésta cargada en los lomos de siete robustas mulas, que formaban una recua, la cual guiaban los dos hombres que parecían más inferiores en rango, y que, á juzgar por la maña que se daban, hubiérase dicho que eran consumados arrieros.

Sus compañeros, sin cuidarse para nada de la recua, marchaban muy adelante, conversando, al parecer, con gran animación.

El de la barba montaba un magnífico caballo negro, no mejicano, sino de la raza de Kén-

tucky, á juzgar por su corpulencia: para abreviar, diremos que era el mismo que Frank Hammersley hubo de abandonar cuando penetró en la grieta de la roca.

—Por esta vez, amigo Robles, —dijo el jinete, —hemos hecho buen negocio: llevamos abundante surtido de sedas y además otros ricos géneros, sin contar el magnífico caballo que monto. Paréceme que no hemos perdido el tiempo.

—Por lo menos vos, —repuso el llamado Robles, —pues la parte que á mí me corresponda no será gran cosa.

—¡Vamos, vamos, teniente! No habléis así, pues ya se os dejará satisfecho con una parte correspondiente á vuestro rango. Además, debéis tener presente que el que organiza la empresa debe obtener las utilidades. Si no fuera por mí, no habría nada que repartir. ¿No es cierto?

Esta verdad pareció producir impresión en Robles, quien hizo con la cabeza una seña afirmativa.

—¡Vamos! —prosiguió el de la barba. —Me alegro que lo reconozcáis así. No haya, pues, disputas entre nosotros, pues ya sabéis, Robles, que no debemos reñir. Yo os prometo que se os recompensará generosamente. Y á propósito: ¿en cuánto calculáis el valor de lo que se realizará?

—Me parece, —repuso Robles recobrando su buen humor, —que si los géneros se colocan debidamente en El Paso ó en Chihuahua, el total no producirá menos de quince á veinte mil duros. En uno de los fardos he visto terciopelo fino, que se venderá á un subido precio, si lo enviáis á las damas ricas de Durango y Zacatecas. Se ha de tener presente que lleváis, por lo menos, una tercera parte de los géneros de la caravana.

—¡Ja, ja! En cuanto al valor, más de la mitad. El *Lagarto Cornudo* no miraba sino el bulto, y le he dejado contento: más le gustaban á él los tejidos de algodón pintado, con flores rojas, amarillas y verdes, que todas las sedas que pudieran fabricarse. ¡Ja, ja, ja!

Aun duraban las carcajadas del jinete del caballo negro, á las cuales unía Robles las suyas con la mejor voluntad, cuando los dos hombres penetraron en un sendero que se prolongaba á través de las montañas: era una depresión de la sierra, y formaba un paso muy escabroso entre rocas y barrancos, teniendo sólo la anchura suficiente para que pasaran las mulas en fila con su cargas.

A pesar de esto, los animales avanzaban con el mayor aplomo, sin espantarse en lo más mínimo: sólo el caballo americano daba señales de inquietud. Las mulas parecían estar acostumbradas á recorrer aquel camino.

Por espacio de varias horas cruzaron entre barrancos y gargantas, perdiéndose á veces en un verdadero laberinto de rocas.

Poco antes de ponerse el sol, la partida hizo alto, no en el desfiladero que seguía en aquel instante, sino en otro más escabroso que se dirigía lateralmente hacia la falda de la monta-

ña. Allí no había ningún sendero trazado: hubiérase dicho que jamás pasó por aquel sitio hombre ó animal.

Sin embargo, el caballo que montaba Robles y las mulas avanzaban sin dificultad ni vacilación, cual si se dirigiesen á un sitio ya conocido. Ciertamente el jefe de la partida iba delante; pero, sin duda, hubiera pasado lo mismo sin esta circunstancia.

El nuevo desfiladero no desembocaba en ningún punto: era una especie de callejón sin salida, como los que se encuentran á menudo en las montañas de Méjico.

En su extremo, donde la anchura era sólo de unos cincuenta pies, veíase una inmensa mole de granito que parecía cerrar el paso, aunque había un hueco bastante grande entre ella y la roca que se elevaba detrás en sentido vertical.

Aquella obstrucción no era más que aparente. El jefe de la partida no se detuvo: en un lado había una abertura que permitía el paso de un caballo, y en ella penetró el jefe, seguido de Robles, las mulas y los muleteros.

Detrás de la mole granítica veíase un espacio de algunas varas cuadradas de extensión, donde se hubiera podido maniobrar holgadamente con un caballo. El jefe de la partida se acercó á la entrada de una caverna, contigua á un precipicio, con el evidente propósito de penetrar en el interior; pero el caballo del Kéntucky retrocedió, dejando oír un fuerte resoplido.

El jinete apeló entonces á sus grandes espuelas mejicanas provistas de punzantes ruedas, y obligó al cuadrúpedo á entrar.

Siguiéronle Robles, otros dos hombres y las mulas, las cuales penetraron en la caverna con tanta indiferencia como si hubiera sido su cuadra.

CAPITULO XXI

METAMORFOSIS

En la tarde del día siguiente al en que penetró en la caverna la partida de los cuatro hombres de que acabamos de hablar, hubiérase podido ver á éstos salir de su retiro, uno después de otro, y en el mismo orden en que entraron; pero con un aspecto tan diferente, que no parecían en nada los mismos hombres. Hasta los animales habían sufrido una transformación: los caballos llevaban distintos arreos: á la silla americana del caballo del Kéntucky había sustituido la silla usada en Méjico, con su corona y sus estribos de madera; en las mulas estaban cambiados asimismo los aparejos; y las mercancías que antes llevaban atadas de cualquier modo se habían empaquetado cuidadosamente como los géneros que se transportan á lomo.

Los dos hombres que las conducían no presentaban igual aspecto que antes: su piel tenía el mismo color; pero, en vez de las plumas de águila que antes adornaban sus cabezas, llevaban sencillos sombreros de paja, vistiendo el

traje de arrieros del país, es decir, chaqueta de estambre, calzón ancho de algodón blanco, cinturón de cuero y una especie de mandil de lo mismo.

Pero la metamorfosis de los otros dos hombres, del jefe y su compañero Robles, era más notable aún. Al entrar en la caverna el día antes, parecían guerreros indios de primer rango, con sus grandes plumas, sus adornos é insignias de salvaje heráldica. Cuando salieron

sobre todo en estos días de alarma, y en cuatro horas más podremos hallarnos en Albuquerque, precisamente cuando sus buenos habitantes están entregados al sueño. Sin embargo, no nos sobra el tiempo, y no debemos detenernos un instante.

Y, dirigiéndose á los muleteros, añadió:

—¡Vamos, muchachos! No hay tiempo que perder. ¡En marcha!

Al oír estas palabras, pusieronse todos en mo-



El jinete apeló á sus grandes espuelas... y obligó al cuadrúpedo á entrar

eran hombres blancos, que vestían el traje de traficantes de la ciudad: sombrero de grandes alas, chaqueta de paño, pantalón ancho, botas provistas de pesadas espuelas, faja, el machete sujeto á la silla del caballo, la manta en la grupa, y, en una palabra, todo el equipo de viaje. Este conjunto por una parte, y la recua por otra, daban á los viajeros el aspecto de esos pacíficos mercaderes que transportan sus mercancías de ciudad en ciudad.

Al salir de la caverna, el jefe, fresco y lozano, por el cambio de traje y la purificación de su piel, dirigió al cielo una interrogadora mirada, como para calcular la hora por el sol, sacando al mismo tiempo del bolsillo un reloj de oro, que consultó también.

—Llegaremos precisamente á tiempo, amigo Robles,—dijo á su compañero;—pues no se pondrá el sol hasta dentro de seis horas. Con esto tendremos bastante para llegar al valle y al camino del Río, donde no es probable que encontremos gente alguna después de anochecer,

haciendo las veces de gufa el mismo jefe. Seguíanle Robles y los muleteros con su recua.

Poco después entraban en el desfiladero de la montaña, y, tomando la dirección NO., avanzaron silenciosamente hacia el valle de Río Norte.

El camino, siempre tortuoso, prolongábase entre barrancos y precipicios, pareciendo más bien un sendero apenas trazado por algunos solitarios caminantes ó por animales perdidos.

El sol comenzaba á ocultarse en las lejanas cordilleras orientales, cuando los cuatro hombres, llegando á la parte más ancha del desfiladero de Sierra Blanca, pudieron divisar la extensa llanura conocida con el nombre de *Valle del Norte*.

No tardaron en llegar á éste, y á eso de la media noche, y bajo un cielo tachonado de estrellas, cruzaron un camino en que podían reconocerse las señales del paso de las carretas,

lo cual anunciaba la proximidad de los case-
ríos. Aquél era un camino vecinal abierto des-
de las colinas de la sierra hasta un vado del
Río, cerca del pueblo de Tomé, donde se unía
con el camino real que conduce al paso, á tra-
vés de todas las ciudades ribereñas de Nueva
Méjico.

Alejándose de Tomé por el N., los bandidos
blancos, disfrazados antes de indios, continua-
ron su marcha hacia la ciudad de Alburquer-
que. Cualquiera que los hubiese hallado en el
camino hubiera creído, seguramente, que eran
pacíficos traficantes de los que circulan entre
Río Abajo y Santa Fe.

Pero no llegaron tan lejos: Alburquerque era
el punto de su destino. Al penetrar en la ciu-
dad, á eso de la media noche, avanzaron con el
mayor silencio posible, cual si no quisieran in-
terromper el sueño de los habitantes.

Cruzando rápidamente por las desempedra-
das calles, dieron vista, al fin, á un grande edi-
ficio rodeado de árboles que parecía una casa
fuerte y se hallaba situado en un arrabal de
las afueras. En este edificio llamaba desde lue-
go la atención un gran mirador: era el mismo
en que el coronel Miranda y su huésped ameri-
cano fumaban sus cigarrillos un año antes,
conversando amigablemente.

Como entonces, había una vanguardia en el
zaguán, y un centinela á la puerta. El soldado
se apoyaba en la garita y apenas se distin-
guían sus formas en la oscuridad.

—¡Quién vive!— gritó al oír las pisadas de
los caballos que se acercaban.

—¡El coronel comandante!— exclamó el hom-
bre de la barba con tono de autoridad.

No debía ser necesario más santo y seña,
pues, sin duda, se reconoció la voz del recién
llegado.

El centinela hizo el saludo de ordenanza, de-
jando pasar á los jinetes, así como también la
recua que los seguía. Todos entraron y desapa-
recieron detrás de la gran puerta, lo mismo
que habían hecho antes en la caverna del des-
filadero.

Mientras resonaban en el patio las herradu-
ras de las mulas y caballos, entregábase el
centinela á sus reflexiones y conjeturas. Pre-
guntábase dónde habría estado el coronel au-
sente tanto tiempo, y tal vez hacía algunas de-
ducciones no muy favorables para su jefe. Sin
embargo, no le inquietaron mucho, pues poco
le importaba que el comandante se ausentase
con tal que á él no le faltara el haber y la ra-
ción. Como no tenía queja alguna sobre este
punto, no prosiguió en sus reflexiones, y, em-
bozándose en su capote, reclinóse de nuevo en
la garita, sin volver á pensar en el incidente
ocurrido.

—¡Diantre!— exclamó el coronel, hablando
con su compañero, cuando después de exami-
nar ligeramente el botín se hubieron sentado
á una mesa ante dos botellas y otros tantos
vasos.—Fatigosa ha sido la excursión; pero, al
menos, no hemos perdido el tiempo. ¡Vamos,
teniente! Llenad otra vez el vaso y bebamos
en celebración del buen éxito de la empresa.

¡Ojalá seamos tan felices en la venta de los gé-
neros como lo hemos sido para obtenerlos!

El teniente, algo alegre ya, correspondió al
brindis de su jefe, después de haber llenado el
vaso.

—Apostaría, amigo Robles,—continuó el co-
ronel,—á que no adivináis cómo llegué á obte-
ner informes acerca de la caravana cuyos des-
pojos deben enriquecernos; por qué conducto
supe el camino que seguía, el día exacto de su
llegada, el número de hombres que la compo-
nían, y, en una palabra, todos los detalles ne-
cesarios para asegurar el buen éxito de mi em-
presa. ¿Creéis, por ventura, que nuestro amigo,
el *Lagarto Cornudo*, es quien me ha facilitado
los informes?

—Eso no; pues era difícil que el jefe indio lo
supiera á tiempo para daros aviso; pero os
confieso, coronel, que no me explico la cosa, ni
puedo imaginar de qué medio os habéis valido.

—Esto os lo daría á conocer, si pudierais
leerlo; pero ya sé que no lo entenderíais, por-
que vuestra educación ha sido muy descuida-
da y, de consiguiente, lo haré yo por vos.

Al hablar así, el coronel había sacado del ca-
jón de su escritorio un pliego de papel doblado
en forma de carta: éralo, en efecto, mas no lle-
vaba sello alguno. Sin embargo, debía haber
recorrido una larga distancia, pasando por
muchas manos, á juzgar por lo sucio que esta-
ba el papel. El sobre decía así:

AL CORONEL MIRANDA, COMANDANTE DEL DIS-
TRITO MILITAR DE ALBURQUERQUE EN NUE-
VA MÉJICO.

Hé aquí ahora el contenido:

*Mi querido coronel Miranda: Estoy á punto
de cumplir la promesa que os hice al marchar,
pues lo tengo todo preparado para mi empresa
mercantil, y voy á emprender el viaje á las
praderas. Mi caravana constará sólo de seis ó
siete carros y de menos de veinte hombres; pero
los géneros son de gran precio, como puede ape-
tecerlos la gente rica de vuestro país. Pienso
salir de la ciudad fronteriza de Van Buren, en
el Estado de Arkansas, é iré por un nuevo ca-
mino, últimamente descubierto por uno de nues-
tros traficantes de las praderas, que se prolonga
en parte por el río Canadiense, ó de la Caña-
da, según le llaman en ese país. Este camino
cruza por la extremidad superior del Llano
Estacado; y como está al S., no debemos temer
los inconvenientes de la estación. Si no ocurre
ningún contratiempo que me detenga, llegaré á
Nueva Méjico á mediados de noviembre, poco
más ó menos, y entonces renovaremos las rela-
ciones de afectuosa amistad en las que he sido
hasta ahora por todo el deudor, y vos el acree-
dor.*

*Os remito la presente por una de las carava-
nas que salen de Independencia para Santa Fe,
y espero que llegue á vuestras manos sin con-
tratiempo.*

Con este motivo, me apresuro, querido coro-

nel, á ofreceros la expresión de mi más sincero afecto.

FRANCISCO HAMERSLEY

—Y bien, teniente,—dijo el coronel mientras doblaba la epístola y volvía á guardarla en el cajón;—¿veis ahora más claro?

—Tan claro como el sol que brilla en el Llano Estacado,—contestó el teniente, cuya admiración hacía su superior creció de punto, á la par que se condensaban en su cabeza los vapores del alcohol.—¡Diantre! ¡Es un golpe magnífico digno de Manuel Armijo, y hasta del gran Santana!

—Más de lo que pensáis,—dijo el coronel,—porque he matado dos pájaros de una pedrada. ¡Vaya: otro vasito, para celebrarlo!

Llenáronse de nuevo los vasos, y volvieron á brindar aquellos dos bandidos por el triunfo de la infame empresa que tan felizmente habían conseguido llevar á cabo.

Pocos momentos después, levantóse Robles para ir al cuartel, donde debía dormir, y, dando las buenas noches, salió de la estancia.

El coronel cogió el quinqué y encaminóse á su habitación.

Al pasar por la sala principal, detúvose delante de un gran cuadro que representaba una hermosa joven, y lo contempló en silencio con mirada de triunfo; mas, al fijar su atención en una fotografía que estaba debajo del cuadro, sus ojos expresaron la cólera.

—Este se fué ya,—murmuró.—Ya está borrada una parte de la mancha; pero y *ella* ¿dónde estará?

Y, murmurando estas palabras, el coronel se dirigió á su alcoba.

CAPITULO XXII

SEPARACIÓN

Cuatro días han transcurrido desde que Frank y su compañero pasaron la noche en el bosque liliputiense, y los dos fugitivos caminan aún por el Llano Estacado. No han recorrido todavía más de sesenta millas en la dirección sur, sin conseguir llegar á ninguna de las corrientes que conducen á la llanura inferior de la campiña tejana.

Han avanzado muy despacio, porque el herido, en vez de recobrar fuerzas, se ha debilitado cada vez más; sus pasos son vacilantes y desiguales, pues no sólo desfallece por la pérdida de sangre, sino también por los tormentos del hambre y de la sed.

Su compañero está igualmente afligido por la misma causa, aunque no en tanto grado. No han podido encontrar una gota de agua desde que huyeron de los indios después del combate. Algunos grillos cogidos en la llanura y varios frutos del cacto han sido su único alimento.

El hambre, pues, ha hecho estragos en los dos fugitivos, tanto, que al terminar el cuarto día parecen más bien esqueletos que hombres.

Y la escena no varía: en todo el espacio que la vista alcanza, la llanura está cubierta de artemisa, esa planta de espeso y áspero follaje que, en aquellos sitios, forma una inmensa superficie.

Los fugitivos se dirigen hacia el E., con la idea de llegar al Llano, situado frente á las praderas de Tejas; pero uno de ellos, Frank Hamersley, ha perdido ya la esperanza de volver á los centros de la civilización y de pisar otra vez su frontera. Hasta el mismo Walt parece abundar en las mismas ideas.

Cerca de los dos hombres hay otros seres animados, que, por el contrario, parecen regocijarse. Las sombras de los fugitivos no son las únicas que se mueven sobre la plateada superficie de la artemisa. Bosquéjanse allí las alas de unas grandes aves de plumaje de color de tierra y de cuello rojizo, cuya especie conocemos todos bien: son los buzardos, los buitres de Méjico, conocidos en el país con el nombre de *zopilotes*.

Diez ó doce de estas aves revolotean sobre las plantas de salvia, y otras tantas giran en los aires á cierta altura.

Aquel espectáculo es suficiente para contristar al viajero, aunque lo vea á cierta distancia; pero, si lo contempla de cerca, acaso le inspire angustia y temor, pues no puede menos de considerarle como un pronóstico de la suerte que le espera.

Los buzardos seguían á los dos hombres como lo hubieran hecho con un búfalo ó un gamo herido. Trazaban círculos sobre ellos, y de vez en cuando acercábanse casi hasta tocarlos. Parecían comprender por su triste aspecto que muy pronto podrían servirles de pasto para saciar su voraz apetito.

Walt Wilder dirigía á veces una mirada á las carnívoras aves y maldecíalas en su interior, experimentando una vaga inquietud, pero sin comunicar sus temores á su compañero.

Durante un largo intervalo, los fugitivos avanzaron en silencio. Hasta entonces Walt había consolado á Frank con sus palabras; mas ya parecía haber agotado sus esfuerzos y no sabía qué decir.

En el corazón de Hamersley parecía haber se extinguido la esperanza, á medida que se agotaba su fuerza. Al fin, perdió del todo esta última, y, deteniéndose de pronto, exclamó:

—Ya no puedo más, Walt; no me es posible dar un paso: parece que tengo en la garganta un fuego que me ahoga y me hace desfallecer.

El cazador se detuvo también, sin decir nada á su compañero, pues comprendió que sería inútil.

—Seguid adelante,—añadió Hamersley;—conserváis fuerza y os será posible llegar hasta el agua; mas yo no puedo, y prefiero morir aquí. Esto no me asusta. Dejadme, Walt: salvaos vos, al menos.

—¡Jamás!—repuso Walt con voz ronca, aunque enérgica al mismo tiempo.

—Precisa que lo hagáis así, porque es inútil sacrificar dos vidas cuando se puede salvar una. Tomad la carabina, que tal vez os servi-

rá, é idos, amigo mío: es lo mejor que podéis hacer.

—Ya os dije en medio del combate,—contestó Walt,—que era preciso vivir ó morir juntos, y no tengo más que una palabra. Si estáis resuelto á morir aquí, Walt Wider hará lo mismo. Poca fuerza queda en mi esqueleto, pero confío que será la suficiente para rechazar á esos repugnantes buzardos, que cuentan ya con nuestros huesos para celebrar un festín. Si hemos de sucumbir, que sea por la sed,

de encontrar agua, y si queréis esperarme aquí, amigo Frank, iré á cerciorarme. Creo que podré estar de vuelta por la mañana. ¿Juzgáis posible sosteneros hasta entonces, con un poco de carne de buzardo?

—Me parece que podré resistir aún sin ese alimento, porque la sed es lo que principalmente me aniquila, y creo tener fuego en las venas. Si opináis que hay probabilidad de obtener agua, id, amigo Walt, y dejad el buzardo hasta la vuelta.



Walt apuntó otra vez hacia el cielo, y cayó un segundo buzardo

no por los tormentos del hambre. ¡Qué tontos hemos sido en no pensar antes en esto! Pero ¿á quién se le había de ocurrir que se puede comer la carne de buzardo? Por pestilente que sea, con ella hemos de aplacar el hambre.

Al hablar así, Walt apuntó su carabina, hizo fuego, y en el mismo instante cayó un buzardo muerto, en medio de la espesura de salvias.

—Ahora, Frank,—dijo el cazador, recogiendo el ave, mientras las demás se alejaban asustadas,—encendamos un poco de fuego para asar este buzardo; no nos falta salvia para sazónarlo, y, gracias á esto, la carne será menos pestilente. De todos modos, nos servirá para vivir algo más. ¡Si tuviéramos siquiera un poco de agua!...

Al decir esto, y como si hubiera concebido de pronto una esperanza, empinóse Walt sobre las puntas de los pies, y dirigió una mirada por toda la llanura.

—Allá, á lo lejos, veo,—dijo,—una cadena de colinas. Donde existen éstas hay probabilidad

—Así lo haré; pero, entretanto, asad el ave y comed antes que morir de hambre. Yo no quiero ser tampoco víctima de ella; y como tal vez no encuentre nada por el camino, me llevaré otro de esos pollos pestilentes.

Walt, que había cargado ya su carabina, apuntó otra vez hacia el cielo, y cayó un segundo buzardo.

—Ahora, amigo Frank,—añadió, colgando el ave de su cinto,—tened ánimo hasta que yo vuelva, pues os aseguro que ya estaré aquí por la mañana; y, para no equivocarme respecto al sitio donde os halláis, sentaos allí, debajo de aquella gran palmera. Así, volveré á encontraros sin dificultad y sin perder tiempo.

La palmera á que aludía Walt no era tal en realidad, y sí una yuca de cierta especie común en las altas mesetas del Norte y del centro de Méjico: tenía largas hojas en forma de espadas, que se inclinaban en todas direcciones, formando como una esfera; el extremo de la copa se elevaba á unos seis pies sobre la superficie del suelo, dominando á gran altura las

artemisas, y por su follaje se la podía distinguir á gran distancia en la llanura.

Con vacilante paso, dirigióse Hamersley al árbol, y sentóse á su sombra, que le preservaba completamente de los rayos del sol, aun ardientes, á pesar de que ya iba á ponerse el astro del día. Walt Wilder, con su carabina al hombro, y su buzardo pendiente del cinto, emprendió la marcha en dirección este, hacia la cadena de colinas, confusamente visible en aquel momento.

CAPITULO XXIII

ENCUENTRO

—¡Vamos, *Perlita!* Recorre otras dos leguas y podrás saciar tu apetito con la suave grama refrescando tus recalentados cascos en la corriente del valle. Después te daré, para cenar, una buena ración de piñones: yo te lo prometo. Mucho has andado hoy; pero es preciso no retardar la vuelta, pues ya sabes que por la noche nos podríamos perder en el llano y que los coyotes nos devorarían, lo cual sería muy sensible. No quiero que sirvamos de pasto á los chacales, y, por lo tanto, ¡adelante!

Perlita era una bonita yegua de pelaje dorado, con cola blanca: la persona que le dirigía la palabra era una amazona que montaba graciosamente en el pequeño cuadrúpedo.

La joven, de unos veinte años de edad, habría llamado desde luego la atención por su hermosura, á pesar de cierta expresión de altivez. Morena como una andaluza, tenía las cejas negras, lo mismo que las trenzas de su sedoso y abundante cabello, y realizaba el carmín de sus labios el casi imperceptible bozo que cubría el superior.

El contorno del semblante era perfecto; las facciones, de una clásica regularidad; mientras que la falta de oblicuidad en la órbita del ojo hacía sospechar la mezcla de sangre india.

Y, sin embargo, aunque aquella joven se hallaba en una parte del mundo donde esto podía ser muy probable, no había mezcla alguna en sus venas. En cuanto al color del cutis, era más bien el de la mujer árabe, pero muy claro.

Las rosas de sus mejillas revelaban la salud y la frescura, mientras que la tranquila expresión del semblante indicaba el contento.

Un finísimo chal pendía de los hombros de la amazona, ocultando en parte una chaquetilla de terciopelo muy corta, abotonada sobre el seno, y cubría su cabeza un sombrero de piel de vicuña, adornado con una cinta dorada que formaba un lazo.

Este conjunto, la manera de montar, y la carabina que llevaba en una mano, comunicaban á la hermosa amazona cierto aspecto varonil; de tal modo que, á primera vista, hubiera podido creerse que era un joven imberbe.

Pero las largas trenzas de cabello pendientes sobre los hombros, el suave contorno de las facciones, la delicadeza del cutis, la diminuta mano y los afilados dedos que acariciaban el

cuello de la yegua, eran todos caracteres femeniles.

La joven debía ser cazadora, á juzgar por una trailla de sabuesos que la seguían á pocos pasos, y, seguramente no había sido desgraciada en la caza, pues á cada lado de la silla pendía una pequeña cabra montés, que hacía las veces de alforjas.

La yegua no necesitaba castigo alguno para acelerar el paso: bastábale, sin duda, oír la dulce voz de su ama. Así es que, apenas pronunció esta palabra, ¡*Adelante!*, enderezó las orejas, sacudió la cola y emprendió el galope, seguida de cerca por los perros.

Durante diez minutos no se interrumpió la marcha; pero, de pronto, un ave cruzó los aires tan cerca de la yegua que rozó su cabeza con las alas, mientras que la joven, inclinándose hacia atrás, acortó la brida.

Aquella ave era un buzardo negro; y no volaba lentamente, como acostumbra, sino que pasó con la rapidez de una flecha despedida del arco.

Este incidente detuvo á la joven cazadora, que permaneció inmóvil durante un momento, siguiendo con la vista al buzardo.

Entonces observó que el ave iba á reunirse, á cierta distancia, con otras de su especie, y que todas revoloteaban trazando círculos, como para dejarse caer sobre algún objeto que hubiese en tierra. Fuera lo que fuere, no debían haberlo tocado todavía, aunque á veces llegaba uno de ellos hasta tocar la espesura de salvias que cubrían la llanura.

Las plantas impedían á la cazadora distinguir lo que había en tierra. Sólo comprendió que era alguna cosa que atraía mucho á los buzardos, pues conocía lo suficiente el desierto para interpretar aquellas señales. El hecho excitó su curiosidad en el más alto grado.

—Alguna cosa hay allí,—murmuró,—que aun vive y respira. ¿Qué será? Nunca he visto á esas repugnantes aves sin experimentar temor. ¡Virgen santa! ¡Cómo me hicieron temblar aquel día en que me azotaron el rostro con sus negras alas! Me compadezco de todo ser que se vea amenazado por esas siniestras aves, aunque sea un coyote. Tal vez haya allí algún antílope, pues no creo que ningún otro animal pudiera ser presa de los buzardos en esta estéril llanura. ¡Vamos, *Perlita!* Vamos á ver lo que es eso. Debemos desviarnos un poco de nuestro camino; pero yo te recompensaré luego.

La yegua dió una vuelta, obedeciendo á la dulce presión de la brida, y emprendió el galope hacia el sitio donde revoloteaban los buzardos.

Fué preciso recorrer media milla para llegar cerca de ellos; pero aun no se distinguía el objeto que les llamaba la atención. Hallábase tal vez entre las artemisas, ó acaso detrás de una gran yuca, cuyo oscuro follaje se elevaba varios pies sobre las salvias.

Cuando la hermosa amazona estuvo á un tiro de fusil del árbol, puso su yegua al paso. El espectáculo de la muerte, ó de la agonía de un ser espirante, aunque se trate del animal mu-

do, tiene algo que nunca deja de inspirar un sentimiento de compasión mezclado de horror, y hé aquí por qué la joven se acercaba lentamente al sitio en que revoloteaban los buzardos.

No había pensado la gentil amazona que la presencia de un ser humano podía ser la causa de la reunión de aquellas aves, aunque el recuerdo de un hecho análogo era el que la indujo á disminuir la rapidez de su marcha.

No podía imaginar ni remotamente que hu-

pero. Me parece que voy á esperar un poco, para ver qué sucederá.

Por un instante, la joven pareció indecisa; pero entonces ocurrió un incidente que varió el curso de sus ideas.

Los sabuesos acababan de acercarse, y, en vez de permanecer junto á su ama, precipitaronse hacia el árbol. No los atraía, seguramente, el olor del buzardo muerto, por fuerte que fuera, sino algo que podía satisfacer mejor sus sanguinarios instintos.



Apareció sobre las salvias una cabeza de hombre y una mano armada de un cuchillo...

biera un ser humano en aquellos parajes, que rara vez recorre el hombre, y con muy poca frecuencia los animales.

Al acercarse más, distinguió un objeto negro que resaltaba doblemente bajo las verdes hojas del árbol, y un momento después reconoció las formas de un zopilote: estaba muerto y pendiente de una rama, como si hubiera quedado allí al caer.

Al ver aquello, deslizóse una sonrisa en los labios de la amazona.

—¡Vamos, *Perlita!*—murmuró, deteniendo de nuevo al cuadrúpedo.—Yo he perdido el tiempo y tú el trabajo. Veo que se reduce á la muerte de una de esas repugnantes aves. ¡Ay de mí!

Y añadió, después de una pausa:

—Quisiera saber, no obstante, si ese buzardo está dormido y tratan sus compañeros de atraerle, ó si las aves son como los caribes ó intentan devorar á su semejante. El hecho sería curioso para nuestro naturalista D. Prós-

pero. No obstante, al llegar á la yuca, retrocedieron ladrando, como si el ser contra el cual se lanzaban se hubiera puesto á la defensiva.

—Sin duda, es un lobo herido,—murmuró la joven.

Apenas acababa de emitir su pensamiento, reconoció su error, pues, dominando el ladrido de los perros, resonó una voz humana, y en el mismo instante apareció sobre las salvias una cabeza de hombre y una mano armada de un cuchillo cuya hoja goteaba sangre.

Aquello era lo que había contenido á los sabuesos.

CAPITULO XXIV

LLEGAR Á TIEMPO

No obstante su aparente sangre fría y su presencia de ánimo, la linda amazona se atemorizó, más aún que los buzardos, que remon-

taban su vuelo, espantados, sin duda, al oír los ladridos de la trailla.

Y esto no tenía nada de extraño, porque la cabeza de un hombre apareciendo de pronto y la mano armada de un cuchillo ensangrientado no eran lo más á propósito para inspirar confianza.

La primera intención de la joven fué alejarse de allí rápidamente; pero una reflexión la detuvo. Aquel hombre estaba evidentemente solo, y la expresión de su semblante no era la de la cólera. Además, acababa de reconocer á un blanco, y la palidez de sus facciones y su aspecto indicaban que sufría.

Todo esto observó la amazona de una sola mirada, y bastó para cambiar su resolución: en vez de alejarse, espoleó á su montura para que se acercase más al árbol.

Cuando se halló á dos pasos, se apeó presurosa, acercóse á los perros, y, repartiendo latigazos á diestro y siniestro, puso término á sus ladridos.

—¡Fuera de aquí!—gritó con acento de enojo.—¿No reconocéis vuestro error? ¿No veis que no es un indio?

—No es poca fortuna,—añadió dirigiéndose al hombre,—que tengáis la piel blanca y no cobriza, porque, en este caso, tal vez no habría podido libraros de un mordisco.

Mientras la joven hablaba, Frank Hamersley, pues era él, miraba en silencio y con el mayor asombro á la hermosa amazona. ¿Qué acababa de ver? Unos grandes y feroces perros, que parecían dispuestos á devorarlo, un caballo con extraños arreos y una joven de pintoresco traje. ¿Qué acababa de oír? Primero furiosos ladridos, y después una voz dulce como los trinos del ruiseñor.

¿Era un sueño?

Frank soñaba realmente antes que le despertaran; mas era presa de una horrible pesadilla. La realidad era todo lo contrario: en vez de espíritus malignos, veía ante sí un ángel.

La joven dejó de hablar, y por eso se desvaneció antes la especie de vértigo que dominaba á Frank Hamersley: por eso comenzó á creer en la realidad de los objetos que le rodeaban.

La admiración y la sorpresa habíanle comunicado momentáneamente cierto vigor; pero pronto recobró su imperio la debilidad, y hubiera caído en tierra si no se hubiese cogido á una rama del árbol.

—¡Virgen santa!—exclamó la joven, reconociendo mejor el estado de Hamersley.—¡Virgen santa!—repitió con acento compasivo.—Me parece que sufrís mucho, caballero. ¿Es de hambre y de sed? ¿Os habéis perdido, por ventura, en el Llano Estacado?

—Sí: de hambre y de sed, señorita,—contestó Frank, hablando por primera vez;—hace cuatro días que no he probado alimento alguno ni bebida.

—¡Dios mío! ¿Es posible?

Al pronunciar estas palabras, la cazadora corrió hacia su yegua, y, sacando de unas alforjas una calabaza, acercóse con ambos objetos á Frank.

—Tomad, caballero,—dijo, sacando de la alforja una tortilla;—esto es cuanto tengo, pues he corrido todo el día y he necesitado lo que falta. Pero no: mejor será que bebáis antes, porque los tormentos de la sed no se pueden resistir. Voy á mezclar con el agua algunas gotas de este líquido, que es un fortificante.

Hablando así, la cazadora entregó su calabaza á Frank; y de otra más pequeña vertió un poco de líquido en el agua y algunas gotas en la tortilla: era vinagre preparado con cierta infusión de una planta del país.

—¿No será esto privaros de lo que necesitáis?—preguntó Hamersley dirigiendo una significativa mirada á la estéril llanura.

—¡No, no! Nada necesito, y, además, no tengo que andar mucho para obtener cuanto me haga falta. Bebed, caballero, bebedlo todo.

Un instante después quedó vacía la calabaza.

—Ahora,—continuó la joven,—comed esta tortilla. La bebida os ha refrescado, y esto os fortalecerá un poco. Harto lo sabemos los que vivimos en la soledad.

Las palabras de la cazadora se confirmaron, pues cuando Frank hubo comido aquel manjar parecióle que recobraba vigor.

—¿Creéis que os sería posible montar á caballo?—preguntó la joven.

—Me parece que podría andar, aunque no mucho,—repuso Hamersley.

—Esto no sería necesario si tuvieseis fuerza suficiente para montar en mi yegua, en cuyo caso yo iría á pie, porque sólo debemos recorrer una distancia de seis millas.

—Debo advertiros, señorita, que no puedo abandonar este sitio.

—¡Cómo!—exclamó la joven con la mayor sorpresa.—¿Por qué razón? ¿No veis que permanecer aquí es morir? ¿Tenéis compañeros que os presten auxilio?

—Por lo menos, uno, y por eso debo quedarme aquí, aunque ignoro si le será posible socorrerme. Ha ido á buscar agua, y, de todos modos, estoy seguro de que volverá.

—Pero ¿qué necesidad tenéis de esperarle?

—Os advertiré, señorita, que es un compañero fiel y leal, que ha compartido conmigo todos los peligros, muy graves algunos de ellos. Si vuelve y ve que me he marchado...

—¿Qué significaría eso, caballero? Ya haremos de modo que sepa dónde os halláis.

—¿De qué manera?

—Nada más sencillo: dejadlo á mi cuidado. ¿Estáis seguro de que encontrará este sitio?

—No me cabe la menor duda: el árbol le servirá de guía.

—En ese caso, caballero, no es necesario que le esperéis, sobre todo hallándoos en tan triste estado. Venid conmigo, pues ya tendré tiempo suficiente para enviar aquí una persona á fin de avisar á vuestro amigo.

Al pronunciar estas palabras, la joven sacó un pedazo de papel y un lápiz de uno de los bolsillos de su chaquetilla de terciopelo, y ya iba á escribir, cuando pareció asaltarle una idea.

—¿Comprende vuestro amigo el español?— preguntó.

—Sólo algunas palabras,—contestó Hamersley;—habla el inglés, ó, como decimos nosotros, el americano.

—¿Sabe leer?

—Eso sí: supongo que lo bastante para...

—Caballero,—interrumpió la joven,—no creo necesario preguntaros si sabéis escribir: tomad este papel y trazad dos líneas para vuestro compañero; decidle que seguís la dirección sur hasta un punto que dista seis millas, advirtiéndole, además, que, si espera aquí, llegará una persona para conducirlo hasta el sitio donde podrá encontraros.

Hamersley comprendió que estas instrucciones no podían ser más acertadas; no había razón alguna para no seguir los consejos de la joven, acompañándola desde luego, y, por otra parte, tal vez ocurriera algún incidente que le impidiese de nuevo ver á su singular protectora. ¿Quién podía prever lo que sucedería en medio de aquel misterioso desierto? Aceptando el ofrecimiento de la cazadora, le sería más fácil á Frank auxiliar á su compañero.

Después de hacer esta reflexión, no vaciló ya más, y, tomando el papel de manos de su protectora, escribió con grandes é inteligibles letras lo siguiente:

«¡Salvado por un ángel! Marchad en la dirección sur y me encontraréis á seis millas de de aquí. Como voy á caballo, os será fácil seguir sus pisadas. Si esperáis aquí algún tiempo, llegará una persona para conducirlos.»

La cazadora tomó el papel de la mano de Frank, fijando en él una ávida mirada, como si la impulsase la curiosidad de examinar aquel escrito en una lengua desconocida para ella. Sin embargo, la imperceptible sonrisa que se deslizó en sus rosados labios hubiera hecho creer que adivinaba la significación de lo que trataba de leer.

Luego, sin decir una palabra, acercóse la joven al árbol, y, empinándose cuanto le fué posible, fijó el papel en el extremo de una rama.

—Ahora, caballero,—dijo afectuosamente la hermosa niña,—podéis montar en mi yegua, que sólo espera su jinete.

A pesar de sentirse extremadamente débil, exhausto de fuerzas y sin alientos para proseguir el camino, Hamersley protestó, alegando que podría andar, aunque sus vacilantes pasos desmentían sus palabras.

Sus excusas fueron inútiles, porque la joven persistió, hasta que, al fin, cediendo aquél en galantería, por la primera vez en su vida, montó en la yegua.

—¡Vamos á ver, *Perlita!*—exclamó la cazadora.—Si quieres ganar los piñones prometidos, procura que tu paso sea seguro á la vez que ligero.

Y, dirigiéndose á Frank, añadió:

—¡En marcha, caballero!

Y la cazadora avanzó resueltamente, seguida de su yegua y de sus perros, que formaban la retaguardia.

CAPITULO XXV

DESVANECIMIENTO

Frank Hamersley seguía á la cazadora, admirándose cada vez más de que se pudiera encontrar semejante ángel de hermosura en tan apartado rincón del mundo, en medio de un árido desierto y á más de cien millas del menos lejano centro de civilización.

¿Quién era aquella mujer? ¿De dónde llegaba? ¿A dónde le conducía?

Esta última pregunta quedaría muy pronto contestada, pues, según iban avanzando, la cazadora le dirigía palabras de consuelo, diciéndole que pronto llegarían al lugar de su destino.

—Allá abajo,—exclamó, al fin, la joven, señalando dos prominencias que se distinguían á cierta distancia en la llanura,—aquél es nuestro camino, y cuando lleguemos allí nos faltará muy poco que andar y veréis el *rancho*.

Frank no contestó. Sumido en sus reflexiones, pensaba únicamente en la hermosura de la joven que iba á su lado, en su generosa conducta, en su traje singular, en su tipo de cazadora, en los perros que la seguían, en los animales muertos que pendían á los costados del caballo: todo aquello constituía para él un conjunto ideal, y pareciale aún hallarse bajo la influencia de un sueño.

No obstante, hubo de creer en la realidad, cuando, después de pasar entre dos eminencias semejantes á colinas, penetrando en una especie de desfiladero que allí se abría, vió casi á sus pies, á una inmensa profundidad, un valle de forma elíptica que, al parecer, cortaba la llanura. A no ser por su configuración, hubiérase dicho que era el cráter de un volcán apagado. Pero, por otra parte, ¿dónde estaría la ardiente lava que en otro tiempo debió lanzar? Exceptuando las dos colinas de que hemos hablado, aquellos alrededores, en toda la extensión que la vista podía alcanzar, presentaban una superficie tan tersa como la de un tranquilo lago. La concavidad del valle se habría podido comparar con cualquiera cosa menos con un cráter; porque allí no se veía oscuridad, ni negras escorias, ni corrientes de lava: al contrario: ostentábase una lozana vegetación, árboles de espeso y verde follaje, encinas y álamos y espesuras cubiertas de flores. En el centro del valle veíase también un estanque de límpidas aguas; un poco más lejos se distinguía un ligero vapor, como el formado por las cascadas, y á poca distancia elevábase una columna de azulado humo, que indicaba la presencia de una casa.

Al comparar la desierta llanura que acababa de recorrer, con el paisaje que se ofrecía á su vista, parecióle aquello á Frank un paraíso, digno del ángel de hermosura que á él le conducía, paraíso que tenía por bóveda un cielo sin nubes, del más puro azul.

Semejante cuadro tenía algo de fantástico. Y una vez más creyó el joven traficante de las

praderas que era juguete de algún sueño. ¿Sería aquello sólo una visión que venía á interrumpir la prolongada agonía que había sufrido? ¿Era, por ventura, un efecto de espejismo, como los que se observan en el desierto, y que tantas veces le engañaron?

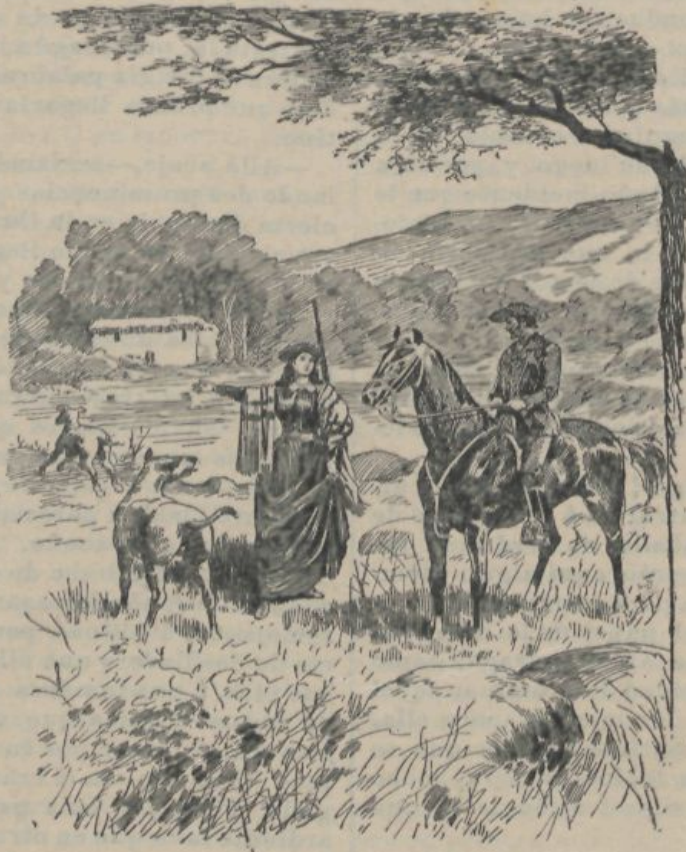
Pronto desvaneció sus dudas la dulce voz de su conductora.

—Mirad, caballero,—dijo de pronto;—ahora podéis ver dónde vamos. No está lejos, pero es preciso que os mantengáis firme en la silla, al

casi deslizar por él. El jinete no tuvo entonces más remedio que hacer lo que se le recomendó: apretó las rodillas é inclinó el cuerpo hacia atrás, hasta tocar casi con la espalda los cuartos traseros de su montura.

En esta posición se mantuvo, sin pronunciar una palabra, ni aun atreverse á mirar hacia abajo, hasta que, al fin, reconoció, por el movimiento y el paso de la yegua, que ésta avanzaba de nuevo por una superficie horizontal.

—Ahora, caballero,—dijo la joven,—podréis



—Mirad, caballero: ahora podéis ver dónde vamos

menos en el espacio de unas cien varas, porque hay una empinada pendiente, y la senda es angosta. Apretad bien las rodillas y confiad en la yegua, pues ya sabe el camino y os conducirá con seguro paso. Para evitar todo accidente, yo iré delante, y ya veréis como *Perlita* me sigue sin dificultad.

Apenas hubo pronunciado estas palabras, la cazadora se volvió bruscamente hacia la derecha, donde una senda que parecía casi perpendicular atravesaba la ladera de una roca. Seguida de cerca por la yegua, la joven avanzó resueltamente.

Aquel paso era verdaderamente peligroso, aun para la persona que lo franquease á pie; y si hubiera dependido de su voluntad, seguro es que Hamersley no habría intentado aventurarse por allí á caballo. Mas ya no podía vacilar, porque, antes de que tuviera tiempo de hacer la menor protesta, *Perlita* avanzó por el sendero, con las piernas extendidas y dejándose

conservar vuestra posición natural, porque el peligro ha pasado.

Y, acariciando el cuello de la yegua, añadió: —Te has portado muy bien, *Perlita* mía, y te daré los piñones prometidos.

Trazando una ligera curva, la cazadora condujo á su yegua por una suave pendiente, á cuyos lados se elevaban algunos árboles.

De pronto, Hamersley se sintió aturdido: el recuerdo de las extrañas escenas que había presenciado, sus encontradas emociones y las ideas que cruzaban por su mente, trastornaban su cerebro y llegó á creer que perdía el uso de los sentidos.

Aquella vez no fué esto una ilusión: á sus prolongados padecimientos, á la pérdida de sangre y de fuerzas y á una gran sobreexcitación, había sucedido una fiebre cerebral, que realmente privó á Hamersley de la razón.

Sólo más tarde recordó que había avanzado por debajo de copudos árboles, cuyo follaje

formaba como una bóveda, á través de la cual no penetraban los rayos del sol; que después le pareció todo repentinamente iluminado, que vió ó creyó ver varios hombres á la puerta de una cabaña; que la yegua se detuvo, al fin, y que oyó decir á su hermosa conductora:

—¡Virgen santa! ¡Cogedle pronto, antes que ruede por tierra!

Entonces parecióle que uno de aquellos hombres avanzaba hacia él; pero antes de que le tocara desvaneciése el cuadro á sus ojos como por un efecto de fantasmagoría, y creyó que su alma se perdía en las tinieblas de la muerte.

CAPITULO XXVI

EL REGRESO DEL GUÍA

La sombra de Walt Wilder se proyecta de nuevo en el Llano Estacado como una figura gigantesca; pero esta vez avanza por el O., bajo un sol naciente.

Es la mañana del día siguiente al en que se alejó de su compañero; y ahora se dirige hacia el mismo sitio en que le dejó. El disco del sol, apareciendo sobre el horizonte, lanza directamente sus rayos sobre la espalda de Walt Wilder, iluminando un objeto que no llevaba antes el cazador y que comunica á la sombra de éste un aspecto más fantástico aún. Hubiérase dicho que era la de un gigante cuya cabeza estuviese armada de dos cuernos que se proyectaban diagonalmente hacia afuera.

Examinando de cerca á Walt, hubiérase explicado fácilmente esta singularidad: llevaba el cuerpo de un gamo, cruzado transversalmente sobre los hombros, y las piernas del animal, atadas por sus extremos, dejaban un hueco por el cual había pasado el cazador la cabeza.

A pesar de su carga, los pasos del cazador no eran los de un hombre fatigado ó desfallecido: lejos de ello, avanzaba rápidamente, y su semblante expresaba la satisfacción.

Y era que Walt Wilder no padecía ya por el hambre y la sed: aunque el cuerpo del gamo conservaba todavía la piel, la falta de un gran pedazo en uno de los cuartos traseros indicaba que el cazador había satisfecho su primera necesidad; mientras que el ruido del agua en una cantimplora, que llevaba pendiente del brazo, era claro indicio de que también había apagado la sed.

Walt marchaba presuroso para prestar auxilio á su compañero, con la esperanza de poner pronto término á sus padecimientos.

Cruzando ligeramente entre las salvias, buscando con la vista el árbol que debía guiarle, divisóle, por fin: dominando á gran altura todo el espacio que le rodeaba, no podía equivocarle con otro, y distinguióle á más de una milla de distancia.

En aquel momento vió algo más que alteró la expresión de su fisonomía, revelando ésta de pronto la inquietud, en vez de la satisfacción. Algunos buzardos, espantados tal vez por

la sombra del cazador, eleváronse repentinamente de la espesura de salvias y comenzaron á trazar círculos al rededor del árbol. ¿Qué harían allí?

Esta fué la pregunta que se hizo mentalmente Walt Wilder, y que produjo el cambio en la expresión de su rostro.

—¡Cielo santo!—exclamó deteniéndose de pronto.—¿Será posible que Frank Hamersley no haya podido resistir á los buzardos? ¡Condenación! ¿Qué podían hacer allí esas repugnantes aves, precisamente en el sitio en que dejé á mi compañero? ¡Y no le veo! ¿Será posible?

Walt permaneció un momento silencioso é inmóvil, cual si le hubiese paralizado la inquietud, y, sin apartar la vista del árbol, murmuró, después de una breve pausa:

—Y es posible, muy posible, por no decir demasiado probable. El pobre joven estaba ya desfallecido, lo cual no tiene nada de particular. ¿Dónde está ahora? Sin duda, junto al tronco, y, seguramente, muerto; pues, de lo contrario, me buscaría con la vista. ¡Vive el cielo! El pobre Frank no existe ya, y esta carne y esta agua, adquiridas con tanto trabajo, no servirán para socorrer á mi desgraciado compañero. Poco me importa ya arrojarlo todo: he llegado demasiado tarde.

Walt continúa de nuevo su camino, dirigiéndose hacia la negra masa sobre la cual revolotean los buzardos: su sombra había espantado á éstos á larga distancia; mas no parecían dispuestos á huir: lejos de ello, trazaban siempre sus círculos, cual si hubieran comenzado ya su banquete, y, aunque se alejasen por un momento, volverían en seguida. ¿Qué estarían devorando? ¿Qué otra cosa podía ser sino el cadáver de Frank?

El cazador seguía avanzando con el corazón oprimido, cuando su vista se fijó de pronto en el papel sujeto al extremo de una rama de la yuca: este detalle le consoló un poco, pero sólo por un momento: sus conjeturas le contristaron de nuevo.

—¡Pobre joven!—murmuró.—¡Ha escrito alguna cosa para decir cómo ha muerto, para que pueda dar á conocer su triste fin á las personas queridas que dejó en Kéntucky! Está bien: juro cumplir con este deber, si llego al Estado. ¡Condenación! ¡Cuando pienso que me ha faltado tan poco para salvarle y que traigo carne de gamo y agua suficiente para ahogar á un hombre! ¡Bah! Ya te puedes quedar ahí, pobre caza, pues si no has servido para él, me eres inútil. ¡Frank Hamersley muerto! ¡El hombre cuya vida hubiera querido yo salvar sobre todas! Tanto me importa ya dejarme caer á su lado y morir también.

Mientras hablaba así, arrojó en tierra el gamo y prosiguió su marcha.

A los pocos pasos, se halló ya tan cerca de la yuca, que podía ver todo el terreno al rededor del tronco: entonces distinguió una cosa negra entre las salvias; no era la cabeza ni el cuerpo de un hombre, sino un buzardo, sin duda el que él mató antes de marcharse. Al ver

esto, detúvose nuevamente: el ave parecía estar destrozada y en parte comida.

—¿Será posible que él se haya alimentado con el ave, ó los buzardos son, por ventura, caníbales? ¡Pobre Frank! Creo que le encontraré devorado un poco más allá. Pero esto me choca. El se quedó en ese lado del árbol; yo le ví sentarse cuando me marchaba, y el sol no calienta aún lo bastante para que haya buscado otro sitio. Mas ¿de qué sirve estar aquí haciendo conjeturas? Mejor será pasar el mal rato de una vez. ¡Vamos allá!

Preparándose para el terrible espectáculo que creía seguro presenciar, Walt Wilder avanzó una vez más hacia el árbol.

A los doce pasos llegó á él, y bastóle una mirada para examinarlo todo á su alrededor.

Allí no se veía cuerpo alguno, ni vivo ni muerto, ni tampoco restos mutilados de un hombre.

Pero, en cambio, la vista perspicaz del cazador reconoció al punto pisadas de caballo y otras señales que indicaban la reciente presencia de seres humanos, al menos de uno, además de su compañero.

Sin embargo, esto no probaba que no hubiese muerto, si bien infundía una esperanza; y, reanimado con ella, acercóse Walt Wilder al tronco, extendió su largo brazo y cogió el papel.

Había creído que era un recuerdo mortuario, un capítulo de instrucciones que hicieran las veces de testamento. ¿Sería otra cosa?

Sus nervudas manos temblaban en aquel instante, y estremeciósse su robusto cuerpo al coger el papel y acercarlo á sus ojos.

Pero de pronto lanza un grito de alegría al reconocer la escritura de Hamersley, con la que ya estaba familiarizado. No entiende mucho de letra, mas puede leer el escrito, y las primeras palabras en que fija la vista tienen una agradable significación:

Salvado por un ángel.

Walt Wilder no continúa su lectura hasta haber proferido un *hurra*, que debe resonar, seguramente, á larga distancia en el Llano Estacado. Entonces, más tranquilo, continúa descifrando el escrito de su compañero hasta el fin, que arranca al cazador un segundo *hurra*, más sonoro, si cabe, que el primero.

—¡Salvado por un ángel!—repite varias veces.—¡Un ángel en el Llano Estacado! ¿De dónde puede haber venido esa criatura? Poco me importa; pero lo cierto es que ha venido una. ¡El diablo me lleve si no percibo aquí el olor de una falda! ¡Y este pedazo de papel!... Seguramente, no es de Frank, pues yo no sé que él llevara ni un solo pedazo. ¡Vaya! No hay duda: repito que aquí huele á mujer; y si es cierto que ha venido una, seguramente no habrá dejado morir á Hamersley. ¡Bueno! Supongo que ahora marcha ya todo bien y que no será necesario darse mucha prisa. Ahora recuerdo que almorcé algo apresuradamente, y que mi estómago no quedó del todo satisfe-

cho. Bueno será consumir otro pedazo de gamo, á fin de recobrar fuerzas para recorrer las seis millas de que me hablan.

.....
Cinco minutos después elevábase una columna de azulado humo sobre la yuca, y Walt cortaba un pedazo de carne, de lo menos cuatro libras, del cuarto trasero del gamo, y acercábalo á la llama.

Como las circunstancias habían obligado á menudo al cazador á comer la carne casi cruda, habíase aficionado á ella: así es que muy pronto estuvo á punto su asado, y en menos tiempo dejó éste de ser tal, pues desapareció rápidamente, auxiliando su paso por el gaznate de Walt un copioso trago de agua.

—Ahora,—dijo el cazador poniéndose en pie, después de terminar su comida homérica,—me siento con fuerza bastante para hacer frente al mismo diablo, y, por consiguiente, no debe arredrarme el encuentro de un ángel. ¡Vaya! Vamos á ver dónde se halla Frank Hamersley y qué hace. Bueno será llevarme el gamo, por si acaso no hay suficiente comida por allí, aunque confío que no sucederá esto. Donde vive un ángel debe haber abundancia, aunque sólo sea de ambrosía y maná. De todos modos, un pedazo de esta carne no hará nunca daño. Así, pues, Walt Wilder, zorro viejo, vamos tú y yo á emprender la marcha hacia el S., para ver lo que sucede á la distancia de seis millas.

Y, echándose el gamo áuestas, Walt emprendió la marcha en dicha dirección, guiándose no sólo por el sol, sino más bien por las pisadas de la yegua, que, á pesar de no ser muy distintas bajo las plantas de salvia, éranlo, sin embargo, lo suficiente para que las reconociera la vista perspicaz del cazador.

Según iba andando, preguntábase á menudo qué clase de persona era la que se había llevado de allí á su compañero, aunque comprendía que el ángel no podía menos de ser una mujer.

CAPITULO XXVII

REUNIDOS

Si Hamersley, antes de perder el conocimiento, hubiera pensado que iba á caer en manos de enemigos, no habría podido incurrir en más grave error, pues por sus palabras y acciones demostraban todo lo contrario cuantos le rodeaban.

Seis personas componen el grupo: cuatro hombres y una muchacha: la sexta es la cazadora que acaba de conducir al herido á la casa. La muchacha, verdadero tipo indio, es evidentemente una criada, y servidores también dos de los hombres, que se distinguen por su color cobrizo: los otros dos son blancos y del más perfecto tipo español. El uno es de edad avanzada, de cabello gris y facciones enjutas, y lleva anteojos. En una gran ciudad le tomarían por un sabio, pero difícilmente se podría decir lo que es hallándose en un desierto. El otro hombre, mucho más joven, parece

igualmente un enigma: á juzgar por su aspecto, diríase que es, á la vez, caballero y militar, pues debajo de la levita lleva un uniforme de oficial de cierta graduación.

El es quien contesta al título de *hermano* que le da la cazadora al precipitarse á su encuentro.

Abriendo presuroso los brazos, recibe en ellos al herido en el momento en que va á caer de la silla, y, al fijar la mirada en sus faccio-

tre el hermano y la hermana, pidiendo explicaciones el primero á la segunda, después de comunicarle ciertos detalles particulares. Conoce al hombre á quien ha salvado, y refiere á su hermana cómo y cuándo se relacionó con él. Pocas palabras bastan para que la cazadora esté al corriente, pues ya conoce parte de la historia, y, por lo tanto, limitase á dar cuenta á su hermano de las circunstancias que han concurrido para encontrar al viajero.



Echándose el gamo áuestas, Walt emprendió la marcha...

nes, enmudece de asombro, pues en el semblante de aquel hombre privado de conocimiento reconoce el de un antiguo amigo, de un amigo á quien ya no esperaba ver jamás.

No le es posible obtener una explicación del hombre que sostiene en sus brazos, porque parece moribundo, y acaso esté ya muerto; pero, volviéndose hacia su compañero, el de los anteojos, le dice:

—Doctor: ¿es posible que haya muerto? Si no es así, haced cuanto esté de vuestra parte para salvarle.

El doctor toma el pulso á Hamersley, y un instante después asegura que late, pero que la debilidad es extremada, lo cual no supone un peligro de muerte.

Entonces se conduce al herido al interior de la casa, y, con tanta solicitud como si fuera un hermano del mismo dueño, se le coloca en un lecho, para que el doctor acabe su examen y ordene el tratamiento necesario.

Apenas hecho esto, entáblase un diálogo en-

Y por el momento no se puede saber más, pues, aunque el herido vive, está completamente privado de conocimiento. Cierto que se agita en su lecho, pero es bajo la influencia de un espantoso delirio.

Toda aquella noche y parte del día siguiente permanecen al rededor de su lecho el hermano, la hermana y el doctor. Conocen al herido; mas ignoran cuál es la causa de hallarse en aquella triste situación, y qué circunstancias le condujeran al Llano Estacado.

No tienen esperanza de saber cosa alguna hasta que el joven recobre el uso de sus sentidos, y el doctor no asegura del todo que esto se efectúe. Cuando se le pregunta, mueve la cabeza en señal de duda y guarda silencio.

Pero si el diagnóstico no se revela claramente, pronto se llega á saber la causa del mal de una manera inesperada. Antes de la tarde del día siguiente óyese ladrar ruidosamente á los perros, y los que cuidan del herido ven acercarse á un personaje cuyo aspecto les cau-

sa la mayor sorpresa, tanto más cuanto que hace muchos meses que ningún extranjero ha venido á tan apartado lugar, distante, lo menos, cien millas de todo centro de civilización, y situado en el mismo corazón del desierto.

El personaje que ven llegar es un hombre de colosal estatura, de gran barba y formidable aspecto, aunque le ridiculiza un poco un gamo muerto que lleva á cuestras y cuyas astas sobresalen por encima de su frente.

Sin embargo, la presencia de aquel hombre no los inquieta. La cazadora, sobre todo, adivina que es el compañero de quien le habló el herido, calificándolo de fiel y leal.

Y, sin reflexionar más, deslízase fuera de la casa, *coge de la mano al cazador y condúcele junto al lecho donde yace su compañero.*

Walt Wilder mira á la joven y murmura:

—¡Salvado por un ángel! Ya sabía yo que éste sería una mujer, y seguramente es la que estoy viendo.

CAPITULO XXVIII

IMPRESIÓN

Singular morada era aquella á que fué conducido Frank Hamersley, y á la cual acababa de llegar Walt Wilder. De la más tosca construcción que imaginarse pueda, constituía lo que los mejicanos llaman *jacalé*, y más comúnmente *rancho*. Cuando este último es de reducidas dimensiones, recibe el nombre de *ranchito*, y así uno como otro pueden tener hechas sus paredes de diversos materiales, según el distrito del país. En las tierras bajas ó *tierras calientes* son, por lo regular, de bambúes, entrelazados con hojas de palmera. En las mesetas ó *tierras templadas*, la construcción es de ladrillos sin cocer, y en las sierras se reduce el rancho á una especie de cabaña prolongada, en cuya construcción entran comúnmente los mismos materiales.

El rancho en que se hallaban los fugitivos difería de todos los demás por tener sus paredes formadas con piedras unidas entre sí con una especie de argamasa. Veíanse tres habitaciones, una cocina y un establo, que hacía las veces de cuadra para la yegua y algunas mulas. En las primeras habitaban los peones ó criados, en número de dos.

La casa, muy reducida, era también de la más tosca construcción; no parecía la más propia morada de una señorita, y mucho menos de un ángel.

Esto es lo que piensa Walt Wilder al penetrar en aquel albergue, aunque no tiene tiempo para reflexionar sobre ello, pues desea, ante todo, ver á su compañero. A Dios gracias, encuentra á este último con vida, pero privado completamente de conocimiento. No contesta á las cariñosas palabras que le dirige Walt sino con frases incoherentes; su piel abrasa; sus labios están resecaos, y el médico cuenta noventa pulsaciones por minuto. Una fiebre terrible altera su cerebro y su sangre.

El corpulento cazador toma asiento junto al

lecho silenciosamente, y agrádale observar que otras personas se muestran igualmente solícitas, y que Hamersley se halla entre amigos, aunque le causa alguna sorpresa aquella gente. En primer lugar, ve una señorita, á la cual reconoce fácilmente por el *ángel*; después un hombre de aspecto militar, que la llama *hermanita* y á quien considera como un caballero, y, por fin, un individuo de bastante edad, que lleva anteojos: en este último cree reconocer al médico. Singulares habitantes son aquellos, en opinión de Walt, para un mísero y solitario rancho, que se halla á centenares de millas de las fronteras de la civilización.

Ocasionalmente igual sorpresa descubrir que su *compañero es conocido ya del más joven de aquellos dos hombres*, que parece ser el dueño del rancho; mas no tarda en explicarse el hecho, porque sabe que Hamersley había realizado un viaje á Nueva Méjico, y el hermano de la cazadora le cuenta ciertos detalles que satisfacen su curiosidad.

El cazador refiere, en cambio, todo lo ocurrido con la caravana, explicando minuciosamente las peripecias que le obligaron, á él y su compañero, á huir por el Llano Estacado.

Todos tres escuchan esta narración con inquietud ansiedad; pero cuando Walt se extiende en elogios sobre el valor de su joven compañero, el *ángel* dirige al herido una mirada que expresa la admiración.

En los días siguientes, la joven cazadora vela de continuo al enfermo en compañía de Walt, y con frecuencia observa éste que el *ángel* dirige al paciente tiernas miradas: aunque tosco y rudo, el compañero de Hamersley adivina que son de amor.

Pero no piensa mucho en ellas, porque él también experimenta un sentimiento análogo, y ya no se cuida solamente del herido, pues hay en el rancho una persona que le llama la atención y que suele estar en la cocina, si bien va y viene con frecuencia cuando se la necesita.

Es una belleza de atezado cutis, tal vez con mezcla de sangre española é india, y cuyos negros ojos han encendido un volcán en el corazón del tosco cazador. Aunque éste tiene doble estatura que la joven, parece que ella le domina, sometiéndole á su voluntad.

Walt no desea relaciones ilícitas, pues sus sentimientos son demasiado nobles para esto. Al seguir con la vista á la joven cuando cruza la habitación, admira sus graciosas formas, la expresión de su lindo rostro, realzada por una sonrisa, y entonces se le oiría murmurar:

—Hé ahí precisamente la mujer que yo necesitaría. Jamás he visto confite tan apetitoso ni tentador, y si ella me acepta habremos nacido para ser dos cuerpos y un alma.

CAPÍTULO XXIX

SANO Y SALVO

Pasan muchos días sin que Hamersley sepa

do que ocurre á su alrededor; pero, afortunadamente para él, ha caído en buenas manos, porque el caballero de los anteojos es, en realidad, un buen médico, así como también hábil cirujano, y consagra todo su tiempo y su saber al restablecimiento del paciente.

La herida presenta muy pronto indicios de cicatrización. Al mismo tiempo disminuye la fiebre gradualmente, el cerebro se despeja y la razón recobra su predominio.

Hamersley reconoce que aun vive, pues oye hablar. Las palabras son pronunciadas por dos hombres, que conversan, al parecer, con alguna dificultad, pues el uno se expresa en inglés y el otro entiende muy poco. El primero no habla tampoco castizamente su lengua, ni tiene una voz melodiosa; mas, á pesar de esto, resuena en los oídos de Hamersley como una música seráfica, pues en el tono acaba de reconocer la voz de Walt Wilder.

Un alegre estremecimiento agita su corazón al saber que su compañero está allí, porque, después de separarse de él en la llanura, temió que no volverían á verse más.

Walt no se halla á la vista, porque conversa en una habitación contigua. El inválido observa que se encuentra en un cuarto pequeño, cuyas paredes se componen de piedras unidas entre sí con argamasa, y que el mueblaje corresponde al local. Su lecho se reduce á un sencillo catre de campaña, con un solo colchón y una manta de brillantes colores.

En el centro del cuarto hay una tosca mesa y dos ó tres sillas igualmente ordinarias, cuyo asiento es de piel sin curtir. Sobre aquélla hay una copa, una cucharilla y dos ó tres botellas, que, sin duda, contienen medicinas.

Hamerley pasa revista á todos estos objetos de una sola ojeada; pero como su vista se aclara más y tiene ya fuerza para levantar la cabeza, distingue otras cosas que forman extraño contraste con lo que acaba de examinar. De la pared penden varios adornos femeninos, seguramente de gran precio: son de terciopelo y seda con ricos bordados; y en una especie de velador de piedra ve varios objetos de quincajería propios del tocador de una mujer. Entre ellos figura un pequeño espejo, cuyo marco parece de plata, y sobre él se ve suspendido un precioso bandolín.

El enfermo contempla todo aquello con mirada atónita, pues aun están débiles sus sentidos. Todos aquellos objetos de lujo y costosos adornos parecen propios del tocador de una señora; pero son extraños y hasta grotescos en aquella mísera habitación, que pertenece, seguramente, á una pobre cabaña.

Y el convaleciente los relaciona al punto con el ser singular que le ha socorrido, salvándole acaso la existencia. Recuerda haber visto una casa cuando se acercaba con la cazadora, y, en su concepto, debe ser la misma en que se halla en aquel momento, aunque todo lo que sucedió entonces fué para él como un sueño. Hasta podría creer que éste duraba aún, si no fuese por la voz de Walt Wilder, que, al hablar cerca de él con otra persona,

parece estar haciendo esfuerzos para que le entiendan.

Hamersley se dispone á dar una voz para que venga su compañero; pero advierte en el mismo instante que los que hablaban se alejan, y, sintiéndose demasiado débil para hacer el menor esfuerzo, permanece silencioso, con la esperanza de que volverán.

El día se halla ya muy avanzado. Un torrente de luz penetra por una abertura de la pared que hace las veces de ventana. No tiene marco ni vidrios: así es que al mismo tiempo se introduce por allí una fresca brisa, impregnada de la deliciosa fragancia de las flores, en que el enfermo cree reconocer el aromático perfume del árbol de la China. Los gorjeos de las aves se mezclan con el rumor del agua de alguna cascada, sonidos muy distintos de aquellos que percibía en el desierto, donde estuvo á punto de perecer.

Y Hamersley no puede menos de pensar en la hermosa joven que le acompañó hasta allí, y hace diversas conjeturas sobre su especial situación. No puede formar el menor cálculo acerca del tiempo que estuvo privado de conocimiento, y hasta se le figura que todo ha sido un sueño, durante el cual le han acariciado seductoras visiones.

Piensa también que el rostro de la cazadora le es familiar, ó, cuando menos, que le ha visto en otro tiempo, y trata de recordar el de todas las personas que encontró en Méjico durante su primer viaje, porque, si, en efecto, le ha visto, debe haber sido allí. Sin embargo, como conoció en aquel país á pocas mujeres, acuérdate de todas, y está seguro de que ninguna de ellas es la cazadora. Si la ha visto antes de su encuentro en el Llano Estacado, debe haber sido, sin duda, en la calle de alguna ciudad mejicana.

Pero en sus reflexiones se dice que esto es poco probable, porque una mujer como aquélla no se puede olvidar, aunque solamente se la vea durante un momento.

El joven piensa después en todo cuanto puede haber sucedido durante el tiempo que se halla allí. Walt volvió, sin duda, al sitio donde se separaron: había encontrado, probablemente, alimento y agua, y luego llegaría al asilo donde los dos estaban al amparo de una amistosa protección. Esto era lo más evidente.

Todavía débil como un niño, el esfuerzo que ha hecho Hamersley le fatiga, y, unido esto á la narcótica influencia del perfume de las flores, á los trinos de las aves y al monótono rumor del agua, le produce una especie de languidez que termina en un profundo sueño; pero aquella vez es sosegado y no le turban ya fantásticas visiones.

Ignoira cuánto tiempo ha dormido; pero despiértanle de nuevo otras voces: aquella vez son también dos personas que hablan, aunque, al parecer, muy distintas de las otras. Los trinos que se perciben á través de la ventana no son tan dulces como el metal de la voz que está oyendo.

Ambas personas están igualmente invisibles.

bles; pero reconoce que habian cerca de la puerta, y por las palabras le parece que alguien va á entrar.

—¡Ea, Conchita!—dice una.—Ve á buscar el vino y tráele pronto. El doctor ha mandado que se lo des al enfermo á esta hora.

—Ya lo tengo aquí, señorita.

—¡Vaya! Ahora se te ha olvidado el vaso. ¿Piensas que ha de beber en la botella?

—¡Es verdad!—contesta la otra voz.—Voy á buscarlo corriendo.

—¿Es qué?

—Muy guapo y buen mozo: se parece á una pintura que he visto en la iglesia, á un ángel; sólo que aquél tiene alas y le falta el bigote.

—¡Vamos! No digas tonterías, porque me enfadaré. Ya puedes llevarte el vino: volveremos cuando se despierte.

De nuevo se oye el roce de un vestido; pero esta vez parece ser uno solo, y hasta diríase que está cerca del lecho.

El inválido se pregunta cuál de las dos será,



Hamersley se esfuerza más que nunca por fingirse dormido...

—¡Chist! No hagas ruido,—dice la primera voz,—pues podrías despertarle, y ya sabes que D. Próspero ha encargado mucho la tranquilidad.

Hamersley no duerme ya, y tiene los ojos muy abiertos; pero, en aquel instante, el instinto de la curiosidad le induce á fingir que duerme y permanece completamente inmóvil.

Entonces oye que la puerta gira sobre sus goznes, y percibe el roce de vestidos, revelándole una intuición indefinible la grata presencia de dos personas del bello sexo.

—Sí: está durmiendo,—dice la primera voz,—y no debemos despertarle por nada en el mundo. El doctor encargó muy especialmente que siguiéramos sus instrucciones al pie de la letra. Ya sabes, Conchita, que ese caballero ha estado en el mayor peligro; pero, gracias á la santa Virgen, se salvará: D. Próspero nos lo asegura.

—¡Qué lástima si no fuese así! Porque es...

y un presentimiento se lo dice. En el primer momento piensa abrir los ojos, para decir que se da cuenta de todo lo que pasa á su alrededor; mas un sentimiento de delicadeza le contiene: la señorita sabrá entonces que estaba despierto y escuchaba la conversación. Hablaban en español; pero la cazadora sabe que él lo entiende, pues no duda que la persona á quien llaman *señorita* es la que le salvó.

Por todo ello, permanece inmóvil sin abrir los ojos, lo cual le permite oír palabras mucho más agradables que las anteriores.

Son pronunciadas como en un soliloquio, y parécenle al joven un dulce murmullo.

—¡Ay de mí!—exclama una voz.—Bien dicen Conchita y Valeriano: *es verdaderamente un buen mozo; es muy guapo.*

Hamersley se esfuerza más que nunca por fingirse dormido, pero no puede resistir más tiempo: involuntariamente abre los ojos, levanta la cabeza y mira á la que habla.

Entonces ve lo que esperaba: las bellas formas y el hermoso semblante que, como una visión, se le presentaron en aquella hora en que la vida parecía abandonarle. Sí: está contemplando el ángel del desierto, no ya en traje de cazadora, sino de casa.

Sus mejillas se han teñido al punto de un vivo carmín, cual si sospechara que se ha oído su soliloquio; sus labios acaban de pronunciar las palabras, y aun agita su corazón el pensamiento que las dictó.

era de escasa estatura, pero llamaba desde luego la atención por su negro y abundante cabello y sus ojos del mismo color, sumamente expresivos.

Conchita lleva en la mano una botella y un vaso, el cual contiene un poco del afamado zumo de uva de *El Paso*, y el cual hacen beber al enfermo.

—¡Cuán bondadosos habéis sido todos!— murmura Hamersley al reclinar de nuevo la cabeza sobre la almohada.—Y vos, particular-



—Me alegro mucho de veros con tan buen ánimo,—dice el doctor, tomando una mano del paciente...

¿Lo habrá oído? No da muestras de ello.

La joven se acerca al lecho con solícita é interrogadora mirada: Hamersley alarga su mano y pronuncia dos ó tres palabras para decir á su bienhechora que la reconoce.

Los ojos de la joven brillan de alegría al observar en las del inválido que la razón ha vuelto á recobrar su imperio.

—Es una dicha para mí, — murmura, — es una dicha para todos nosotros saber que estáis fuera de peligro. D. Próspero nos lo asegura así, y también que os restableceréis en muy corto tiempo. Pero... ¡ah! Se me olvidaba que debemos daros algo cuando os despertéis: no es más que un poco de vino.

Y, dirigiéndose á la puerta, gritó:

—¡Conchita, ven aquí!

Un instante después entró en la habitación una joven, y á primera vista comprendió Hamersley que era la muchacha que antes hablaba con su señorita. Tenía la tez muy morena y

mente, señorita. Si no me engaño, os debo nada menos que mi vida.

—No digáis eso, — contesta la joven, — pues no hice por vos nada de particular. Creo que tampoco hubierais dejado morir á uno de vuestros semejantes.

—¡Ah! Si no fuera por vos, ahora estaría en el otro mundo.

—No: en eso os equivocáis; pues si yo no hubiese llegado, habríais recibido el auxilio del mismo modo. Tengo buenas noticias para vos: vuestro compañero, que se halla aquí en completa salud, volvió con alimento y bebida al sitio en que os había dejado; de manera que lo que yo hice no tiene gran mérito. Y ahora os advertiré que no debéis hablar más, pues don Próspero ha recomendado mucho la quietud. Ya que estáis despierto, voy á llamarle ahora mismo para que os vea.

Y, sin añadir una palabra más, la joven salió de la habitación, precedida de Conchita.

CAPITULO XXX

NUEVA SORPRESA

Solo ya, Hamersley reflexiona acerca de lo que acaba de ver y oír, y más particularmente sobre esto último, pues no puede olvidar el dulce soliloquio. Pocos hombres hay insensibles á la lisonja, y en particular cuando esta proviene de unos lindos labios. Muy cerca debe estar de la muerte aquel cuyo corazón no palpita en semejante caso.

Pero ¿quién es D. Próspero? ¿Será el que hablaba con Walt Wilder, y el dueño de aquella vivienda?

Este pensamiento inquieta al joven.

El rumor de pasos pone término á sus conjeturas: oye hablar, y conoce la voz de su protectora, que tan dulcemente resonaba un momento antes en su cuarto; la otra es de hombre, mas no se parece á la del que conversaba con Wilder. Es la de D. Próspero, quien penetra un momento después en la habitación, precedido de la hermosa joven.

Hombre de unos sesenta años, tiene pelo canoso, rostro pálido y arrugado; pero los ojos conservan la brillantez. El traje es semimilitar, y parece ser el de un médico del ejército.

El aspecto de D. Próspero tranquiliza al inválido, que al verle respira con más libertad.

—Me alegro mucho de veros con tan buen ánimo,—dice el doctor, tomando una mano del paciente para contar las pulsaciones.—¡Ah! Esto va mucho mejor, y no habrá peligro, si conserváis mucha quietud; pronto os sacaremos de apuro. Vamos, caballero: tomad un poco más de esta bebida, que no os perjudicará. No hay nada como el vino de Nueva Méjico para abrir el apetito de un enfermo. Después tomaréis un poco de caldo de gallina y un pedacito de carne. Dentro de dos ó tres días no habrá inconveniente en comer cuanto os apetezca.

Otras personas se acercan en aquel momento á la habitación, y la señorita se aproxima á la puerta gritando:

—¡Valeriano!

—¿Quién es Valeriano? — pregunta con voz débil el enfermo, á quien desagrada siempre oír llamar á un hombre.

—D. Valeriano, — contesta el doctor con el tono más respetuoso, — es... Pero ahora vais á verle, caballero, y haréis conocimiento con él. ¡Ah! No: se me olvidaba que esto no puede ser, puesto que ya os conocéis.

—¿Cómo! ¿Qué queréis decir?

—Sí. Mirad: ahí está.

En aquel momento penetra un hombre alto, de aspecto elegante y de unos treinta años de edad; va seguido de otro más corpulento aún, que casi ocupa toda la entrada.

Este último es Walt Wilder: el primero debe ser necesariamente D. Valeriano.

—¡Coronel Miranda! — exclama Hamersley, incorporándose en el lecho y fijando en su antiguo amigo una mirada atónita.—¡Sois vos!

—Sí, amigo mío: soy el mismo en cuerpo y alma, y no necesito añadir cuánto me alegro de veros aquí. ¡Qué poco esperaba yo tener el gusto de hablar en este sitio con tan buen amigo! El digno doctor me dice que pronto recobraréis las fuerzas, para disfrutar mejor de mi hospitalidad, pues no dudo que, después de vuestra prolongada dieta, tendréis un hambre canina; mas esto no importa, porque aquí no falta alimento, aunque vivamos homéricamente. Ante todo, me creo en el deber de presentarnos á una persona de quien me habéis oído hablar por más que ya la conocéis. Aquí tenéis á mi hermana Adela.

Al oír pronunciar su nombre, acércase la bella cazadora, cuyos encantos admira Hamersley más que nunca.

Entonces se lo explica todo el joven convaleciente; recuerda aquel retrato que admiró en otro tiempo tantas veces, y comprende por qué creyó haber visto antes el rostro de la cazadora.

Esta, un momento después, sale de la habitación, y Hamersley desea entonces saber por qué se encuentra allí el coronel Miranda, y qué siniestras circunstancias han concurrido para renunciar á su mando de Alburquerque, abandonar su casa é ir á ocultarse en un desierto.

A pesar de la sonrisa del coronel, el joven comprende que aquel cambio no puede haber sido un capricho de su amigo, sino consecuencia de algún grave contratiempo en sus asuntos.

Para Frank, el coronel es ya una persona querida, no sólo por la generosa hospitalidad, que en otro tiempo le dispensó, sino porque su hermana es la que le ha salvado la vida, la imagen que representaba aquel retrato y cuya hermosura tanto le admiró.

Natural es, por lo tanto, que el joven se muestre deseoso de saber todo cuanto ha ocurrido á su amigo mejicano durante su ausencia.

—No,—contesta el coronel Miranda,—ahora no, amigo mío, pues nuestro doctor ha prohibido toda conversación por el momento. Los detalles que debo referiros podrían excitaros, y, en su consecuencia, aplazaremos la historia hasta que tengáis más fuerzas. Vamos á dejáros solo, ó, mejor dicho, en muy buena compañía, pues como tal considero á vuestro amigo Wilder. No dudo os será grato hablar algunas palabras con un hombre que, mientras estabais en peligro, hubiera sacrificado su propia vida por salvaros. D. Próspero le permite permanecer aquí para daros las explicaciones que podáis necesitar. Todos los demás nos retiraremos ahora. Hasta luego.

Dicho esto, Miranda sale de la habitación.

—Permaneced tranquilo,—añade el ex cirujano del ejército, disponiéndose á seguir al coronel; — no os excitéis, sobre todo, de obra ni de palabra, porque esto podría ocasionar una recaída de la fiebre, y en ello está el peligro. En cuanto á lo demás, caballero, podéis tener la seguridad de que os halláis entre amigos. Walt Wilder os confirmará mis palabras.

Y, acompañando sus recomendaciones con una sonrisa, que el inválido interpreta favorablemente, D. Próspero se retira también, dejando á Frank con su amigo Walt Wilder.

Entonces coge este último una silla y siéntase junto al lecho, diciendo á su compañero:

—¿No os parece, amigo Frank, que todo esto es maravilloso, y extraño por demás el hallarnos aquí, anidados como dos palomas en un árbol hueco, después de los graves peligros que pudieron costarnos la vida? ¿Quién hubiera creído que íbamos á encontrar este rincón tan agradable en lo más interior del Llano Estado! Esto es una especie de paraíso, como el que se describe en el Libro grande, que me hacían leer cuando era muchacho, con la diferencia de que en el Edén no había, según dicen, sino una mujer, mientras aquí he visto dos. La una es aquella á quien llamasteis ángel y que, á decir verdad, es digna de este nombre. En cuanto á la otra, sin rebajar en lo más mínimo el mérito de la primera, es una linda muchacha que á mí me gusta mucho. No creo llevaréis á mal mi franqueza, pues aquí dicen que sobre gustos no hay nada escrito. Mi parecer es que en este paraíso hay dos Evas, una de las cuales, aunque no madre de todos los hombres, podrá serlo de una numerosa familia de pequeños Wilders, si me quiere escuchar y aceptar por compañero.

Mientras Hamersley se sonríe al escuchar la grotesca peroración del cazador, éste coge la mano de su compañero y añade:

—No sabéis, amigo Frank, cuánta es mi alegría al veros salvado y fuera de peligro; y ahora, dejando á un lado los ángeles que amamos, pareceme que cuando estéis del todo bueno podríamos arreglar cuentas con aquellos diablos rojos que tanta razón tenemos para aborrecer: bueno sería hacerles pagar cara la sangre de nuestros infelices compañeros.

—Amén,—murmuró Hamersley, estrechando la mano de su compañero.—Os juro por quien soy que se hará como deseáis.

CAPITULO XXXI

LOS INDIOS

Cerca del Pécano, riachuelo confluyente del Vitchitú, que corre á unas cien millas de la parte oriental del Llano Estacado, se ve un campamento indio.

Lo primero que en él llama la atención es la falta de tiendas: sólo podrían considerarse como tales unos armazones de estacas cubiertas con una piel de búfalo extendida horizontalmente; el espeso follaje de los árboles protege á la mayor parte de los guerreros de los ardientes rayos de un sol abrasador.

La falta de tiendas es precisamente lo que indica que aquellos indios son guerreros, pues una caravana pacífica las lleva siempre cuando viaja por las praderas.

En aquel campamento del Pécano no hay indias, ni perros, ni jacas: no más se ven hombres desnudos, con el cuerpo brillantemente

pintado, aunque algunos llevan una chaquetilla ceñida, en la cual ostentan alguna divisa fantástica, ó bien un emblema terrible, tal como una calavera sobre dos huesos cruzados.

Cualquier viajero que los hubiese visto habría dicho desde luego:

—*Son indios que siguen el rastro de guerra.*

No era difícil reconocer que volvían de una excursión: si no se veían jacas ó perros al rededor del campamento, abundaban, en cambio, otros animales, como caballos, mulas y reses; los primeros parecían de procedencia americana, del Tennessee ó de Kéntucky, y, sin duda, lo eran también las segundas.

Si faltaban las indias, había, en cambio, mujeres blancas con sus hijos: casi en medio del campamento hallábase un grupo de ellas; su cabello desgredado, sus semblantes afligidos, y el hecho de estar vigiladas por cinco ó seis salvajes, indicaban claramente que todas eran cautivas.

¿Quiénes eran? ¿De dónde procedían? Fácilmente podía explicarse. Eran las esposas, hijas y hermanas de colonos de Tejas, de una factoría situada cerca de la frontera, demasiado próxima para librarse del merodeo de los indios.

Estos últimos forman una partida de comanches, que ya hemos dado á conocer al lector, pues no es otra que la del *Lagarto Cornudo*.

Han transcurrido ya varias semanas desde que atacaron á Hamersley y sus compañeros: y, á juzgar por el aspecto que entonces ofrece su campamento, podría deducirse que el jefe de Tenawa no ha desperdiciado el tiempo, pues median, lo menos, doscientas millas entre la punta norte del Llano Estacado, donde sufrió el ataque la caravana de Frank y la factoría que los indios acaban de saquear, y otras veinte desde ésta hasta el sitio en que los vemos acampados ahora.

Tal rapidez de operaciones, que han tenido por objeto una doble excursión, merece explicarse, tanto más cuanto que los piratas de la pradera no tienen costumbre de acometer seguidamente dos empresas de este género, ni van en busca de un botín hasta agotar el que ya poseen. Se parecen á la serpiente que, después de haber devorado su presa, queda entorpecida hasta que el hambre despierta de nuevo su actividad.

Así hubiera sucedido con el *Lagarto Cornudo* y los suyos á no ser por una circunstancia especial. El ataque á la caravana no fué proyectado por él mismo, sino por su aliado secreto, el comandante militar de Alburquerque; recibió la noticia de improviso, después de concertar su excursión contra la factoría de Tejas; pero como el combate con los traficantes de la pradera fué breve, aunque muy sangriento, quedóle tiempo suficiente para llevar á cabo su primer plan, cuyo desenlace fué igualmente trágico. Prueba de ello eran las cabelleras pendientes de la punta de algunas lanzas, los numerosos caballos, las mulas y otras cabezas de ganado, sin contar las cautivas de que hemos hablado antes.

El *Lagarto Cornudo* estaba alborozado, lo mismo que todos sus guerreros: en su última expedición no habían perdido sino dos ó tres hombres, muertos por los colonos que se defendieron, y esto podía compensar el gran sacrificio que les costó el ataque á la caravana.

Si el número de salvajes era más reducido, mayor sería, en cambio, la parte de botín correspondiente á cada cual, y á fe que los géneros de algodón, los costosos paños, los espejos, los caballos, las mulas y las numerosas reses constituían una rica presa. Todo esto sin contar las cautivas blancas, destinadas á ser concubinas de sus raptos. Nada de extraño tenía, pues, que ante tan agradable perspectiva estuvieran los salvajes radiantes de júbilo.

Había comenzado una nueva era para la tribu que reconocía por jefe al *Lagarto Cornudo*: hasta entonces vivió casi siempre en la miseria, pues su territorio, muy estéril, no producía nada; pero ya había llegado, al parecer, la hora de disfrutar de la abundancia.

El jefe de los comanches estaba, pues, muy contento, lo mismo que su segundo en el mando, cuya piel resultaría blanca si no fuera por la capa de pintura que la cubre. En efecto, es mejicano. Cuando era casi un niño, hiciéronle prisionero los comanches; y desde entonces se inició en los misterios de la vida del hombre rojo, posee su destreza y tiene los mismos crueles sentimientos.

Ahora es una de los jefes de la tribu; no tiene tanta autoridad como el *Lagarto Cornudo*, pero le iguala por lo perverso y por todos los caracteres que distinguen al salvaje. Llámánle el *Barbudo*, á causa de su espesa barba, aunque se la afeita á menudo á fin de asemejarse más á sus compañeros. Con su rostro pintado y su pelo negro, no se distingue apenas de los indios. No ha olvidado su primitiva lengua, y por lo mismo es útil á los que la adoptaron, principalmente cuando se hace alguna correría por la república de Méjico. Por mediación suya, se puso por primera vez en relaciones el *Lagarto Cornudo* con el bandido militar Uraga.

El campamento indio está situado en el fondo de un pequeño valle, rodeado por todas partes de precipicios y rocas; entre estas últimas se ve un estrecho paso que llega hasta el riachuelo.

Los salvajes están descansando después de una larga y rápida marcha, muy fatigosa, á causa de las cautivas y del botín, que les fué preciso conducir. Algunos duermen profundamente, y con sus cuerpos desnudos, tendidos sobre la arena, parecen estatuas de bronce, caídas de su pedestal. Otros, sentados en torno de una hoguera, se ocupan en asar pedazos de carne, mientras que varios de sus compañeros vigilan á las cautivas, fijando en ellas codiciosas miradas, cual si solamente esperaran la ocasión de llevarse alguna. Todas son jóvenes, contándose no pocas casi niñas y de notable hermosura.

Triste espectáculo sería aquél para sus pa-

dres, hermanos ó esposos, si pudieran contemplarlas en tan triste situación; pero tal vez no se hallen lejos, y acaso tratarán de rescatarlas.

Sin duda, teme algo de esto el *Lagarto Cornudo*, y por eso se dirige con su segundo, el *Barbudo*, al paso de las rocas, donde les llama la atención un indicio que para el viajero en las praderas de Tejas ó en las mesetas de Méjico es siempre muy significativo y le induce á detenerse para observar.

Antes de penetrar en el cañón por donde se desliza la corriente del Pécano, el *Lagarto Cornudo* había percibido varios buzardos que revoloteaban cerca de tierra en el mismo sitio, al parecer, por donde acababan de pasar los comanches.

El *Lagarto Cornudo*, y también el *Barbudo*, saben que esto es una señal demasiado significativa para no hacer alto en ella, y, en su consecuencia, acaban de trepar á la roca á fin de examinar mejor los movimientos de las aves, y, si es posible, deducir la causa de que se hallen allí.

Al llegar á la cima, ven de nuevo á los buzardos, pero tan lejos ya, que apenas se distinguen como puntos negros bajo la azulada capa del cielo. Sin embargo, aun se reconoce que muchos de ellos dan vueltas sobre un objeto inmóvil, al parecer.

Esta última observación es, sin duda, satisfactoria para el jefe indio, quien, volviéndose á su segundo, le dice:

—Nada hay que temer. ¿No recuerdas, *Barbudo*, que uno de nuestros caballos cayó hacia aquel sitio y le dejamos moribundo? Sobre él se ciernen, sin duda, los buzardos; y como aun no ha muerto, no se atreven á bajar del todo.

—Podrá ser como dices,—replica el renegado,—mas ignoro por qué me inspira recelos lo que veo. Cuando se trata de un caballo, esas aves no vuelan á tanta altura, y permanecen en un mismo sitio. ¿Si habrá por ahí tejanos que nos persiguen y se acercan cada vez más? Si no es así, creeré, como tú, que se trata de un caballo muerto. Por otra parte, no me parece que los habitantes de la factoría saqueada tuvieran fuerzas suficientes para ir en nuestro seguimiento, por lo menos tan pronto. Tal vez lo hagan cuando puedan reunir algunos de sus tiradores; mas no creo lo consigan hasta que nos hayamos puesto fuera de su alcance. No ganarían mucho emprendiendo la marcha á las montañas del Vitchítú. Los zopilotes se ciernen sobre alguna cosa; pero, sin duda, será el caballo.

El *Lagarto Cornudo* expresa su satisfacción con una sonrisa, y, seguido de su compañero, baja de la roca, para buscar el reposo necesario al hombre, tanto civilizado como salvaje, después de una fatigosa marcha.

CAPITULO XXXII

LOS TEJANOS

Contra lo que generalmente se cree, no siempre es seguro el instinto del indio, ni deja

de engañarse con frecuencia en sus cálculos. Un ejemplo de ello tenemos en el proceder del *Lagarto Cornudo* y de su compañero.

Ambos han incurrido en error respecto á los buzardos: los que han visto no se ciernen sobre un caballo, sino que vuelan al rededor de una especie de campamento provisional, donde sólo se ven jinetes. Estos acaban de apearse, á fin de tomar algún refrigerio y concertarse acerca del plan que se proponen seguir.

Todos son hombres; entre ellos no hay una sola mujer ni un niño: añadiremos que son blancos y civilizados, aunque podría dudarse de ello por su traje, pues muchos llevan chaquetones de piel, polainas y sandalias, por el estilo de los cazadores de las praderas y de algunos indios. Otros visten casacas rojas, verdes ó azules, y calzan botas de todas clases de piel, ó bien zapatos. Entre aquella gente se ven sombreros de distintas formas y tamaños, desde el de paja y el de Panamá hasta los de seda y castor, sin que falten tampoco gorras de piel y de estambre.

En lo que sí se nota uniformidad es en las armas y en los arreos: todos llevan cinturón, del que pende un cuerno que hace las veces de frasco de pólvora y que sujeta también un cuchillo y un revólver, y ninguno carece de carabina, siendo de notar que todas ellas están marcadas con las letras U. S. Obsérvase asimismo igualdad en los arneses de los caballos, cuyas sillas son como las que se usan en el ejército. Entre aquellos hombres se reconoce desde luego una especie de disciplina militar, indicada por una ligera diferencia á dos ó tres individuos, que parecen tener autoridad de oficiales. Digámoslo de una vez: aquello es una partida que se ha dado á sí misma el nombre de *Compañía de tiradores de Tejas*.

La mitad de los individuos pertenecen, en efecto, á esta sociedad: los otros son los padres, hermanos y esposos habitantes de la factoría, de donde han sido robadas todas las mujeres por los indios que manda el *Lagarto Cornudo*.

Van en persecución de los salvajes, y la caza ha comenzado tan pronto como pudieron reunir suficientes fuerzas para empeñar el combate con sus enemigos. Por fortuna, una partida de tiradores que vagaba por el contorno ha llegado oportunamente para unirse á ellos; de modo que los colonos y los soldados van ahora en persecución de los comanches de Tenawa, y no se han detenido más que para tomar un refrigerio y dar de beber á los caballos.

No es de extrañar que vayan de prisa unos hombres cuyas casas han sido saqueadas, y á quienes han robado sus mujeres; todos hacen penosas reflexiones al pensar en una esposa amada ó en una hija querida, y arden en deseos de dar alcance á los indios. Por esto les pareciera cada hora un día y cada minuto una hora.

Esto en cuanto á los colonos. Por lo que hace á los tiradores de Tejas, no se muestran menos impacientes, pues componen una compañía organizada para perseguir á los indios de la tribu de Tenawa; y, burlados más de una vez por

los astutos indios, desean vengarse. Dos ó tres veces les han seguido la pista sin conseguir su objeto, y ahora que están otra vez sobre ella, con más seguros indicios para descubrir á los salvajes, los jóvenes tiradores desean ardientemente habérselas con los hombres rojos, é igualmente excitados están los de más edad. Unos y otros parecen sabuesos en una cacería, que avanzan siguiendo la pista, ansiosos de dar alcance á la pieza.

Colonos y tiradores tienen el mismo afán, aunque su resentimiento es debido á diferente causa. Los primeros piensan solamente en rescatar sus mujeres cautivas, mientras á los segundos los impulsa el orgullo militar y el instinto de antagonismo que existe entre los tiradores de Tejas y los comanches de Tenawa. Muchos de ellos desean saldar cuentas muy atrasadas con el *Lagarto Cornudo*, y más de cuatro querrían atravesarle el corazón de un balazo.

No obstante, á despecho de la general impaciencia, algunos aconsejan la cautela. El que dirige á los tiradores es un hombre sexagenario, llamado Cully, viejo cazador que recorre las praderas hace cincuenta años. No es individuo de la sociedad, pero sírveles de guía, y por tal concepto ejerce en ellos una influencia que iguala casi á la del capitán, el cual, situado en el centro de un grupo, pregunta á aquél "qué movimiento se deberá emprender.

—No pueden estar muy lejos ahora,—dice Cully, contestando al capitán;—todos los indicios demuestran que han pasado por este mismo sitio poco más de una hora antes de ponerse el sol, pues la yerba estaba muy seca cuando la pisaron. Además, tenemos ahí ese caballo muerto que han abandonado, y al que alguien ha cortado la lengua; por el color de la sangre que salió de la boca del animal, he podido calcular el tiempo que ha pasado desde que practicaron la operación. Supongo cuál es el punto donde se hallan ahora.

—¿Dónde?

—En la caleta de Pee; pues allí no les faltará buen agua y una espesa sombra para descansar.

—Si están en el Pécano,—dice un tercero, hombre de elevada estatura,—ó cerca de este afluente, sólo nos separan de ellos unas cinco millas. Conozco muy bien esta parte del país, pues la recorrí el año pasado con la expedición de Santa Fe.

—¡Sólo cinco millas!—exclama otro hombre, que por su traje revela ser un plantador respetable, y cuyo rostro expresa una pena profunda —¡Oh señores! Es seguro que nuestros caballos han descansado ya bastante: pongámonos en marcha para caer sobre esos bandidos de una vez.

—No sería poca imprudencia,—contesta Cully;—de ese modo, Sr. Wilton, daríamos al traste con nuestro proyecto, pues nos verían antes que pudiéramos acercarnos, y tendrían tiempo para alejarse con todo su botín.

—¿Cuál es vuestra opinión, Cully?—pregunta uno de los oficiales tiradores.

—Que debemos esperar hasta que llegue la noche. Ellos deben encender sus hogueras, y su resplandor nos guiará á su campamento, el cual podremos rodear fácilmente, si se hallan en la caleta de Pee. Allí hay espesuras en ambos lados, y podremos dividirnos en dos grupos á fin de atacar simultáneamente. Así se impedirá que huyan con su botín y con las cautivas, y nos será más fácil dar buena cuenta de esos salvajes.

—¿Qué decís á esto, muchachos?—pregunta el capitán de tiradores dirigiéndose en particular á su gente.

—Cully tiene razón,—contesta la mayoría.

—Entonces, debemos permanecer aquí hasta la noche, y no adelantar más ahora, pues creo también que nos verían antes de hallarnos á tiro de fusil. ¿Creéis, Cully, que podréis seguir la pista de noche, suponiendo que ésta sea oscura?

—¡Bah!—contesta el guía con acento desdeñoso.—¡Seguir la pista á un indio tenawa! Esto lo haría yo, en medio de las más profundas tinieblas; son salvajes pestilentes, y reconozco al momento el sitio por donde han pasado.

Así termina la discusión; el parecer de Cully predomina, y resuélvese permanecer en aquel sitio hasta que oscurezca, á pesar de las exclamaciones y súplicas de aquellos á quien han saqueado sus hogares, y que arden en deseos de rescatar sus familias cautivas.

CAPITULO XXXIII

RESCATE

Durante las últimas horas del día, indios y blancos han permanecido en el mismo sitio; los primeros entregados al reposo, tan necesario después de una fatigosa marcha, en la cual han debido estar continuamente alerta, y los segundos descansando también, aunque sin poder dormir, porque el deseo de venganza y el temor por sus familias alejan el sueño de sus ojos.

Sobre ambos campamentos, los buitres extienden sus alas, trazando anchos círculos, cual si esperasen alguna víctima para caer sobre ella.

De vez en cuando, una de aquellas aves se aleja de su bandada para dirigirse hacia donde está la otra, como un mensajero que va á comunicar noticias, pues, aunque se hallan muy separadas, se distinguen claramente, y adivinan por instinto lo que una y otra esperan. No es la primera vez que siguen á los hombres á través de la pradera lejana, y que se reúnen en los aires cuando dos partidas enemigas empeñan el combate sobre la tierra. Su instinto, llamémoslo así para no indisponernos con los naturalistas de gabinete, les dice lo que ha de suceder, pues si no tienen inteligencia no les falta, por lo menos, memoria, y, al ver hombres de piel bronceada y otros que la tienen blanca, comprenden que hay entre ambos un terrible antagonismo, por el cual se verterá la san-

gre. Muchas veces han disfrutado de un festín en tales ocasiones, y nada de extraño tiene, por lo tanto, que lo recuerden.

Al acercarse la noche, los buzardos recogen sus negras alas para reposar en los árboles ó en las rocas, donde esperan inquietos la aurora del día siguiente.

Las hogueras que se encienden en el campamento indio, las armas esparcidas, las lanzas clavadas en tierra, con los escudos pendientes, y los gritos de los centinelas, todo induce á creer que los salvajes han resuelto pasar allí la noche.

Así lo entienden también los buzardos, á despique de las ideas del naturalista de gabinete y de sus teorías sobre el instinto animal.

En cuanto á los indios, no hacen aprecio de los movimientos de aquellas aves, porque están acostumbrados á verlas de continuo; nada de particular tiene que se ciernan sobre sus cabezas, así como no es extraño tampoco que el lobo aceche el redil mientras el perro da vueltas á su alrededor.

Al acercarse la noche, y cuando ya se han desvanecido las tintas del crepúsculo en el horizonte de la gran llanura de Tejas, los perseguidores ponen término á su enojosa detención, montan á caballo y continúan su marcha tan silenciosamente como un cortejo fúnebre.

No se percibe más sonido que el que producen los cascos de los caballos sobre el blando césped de la pradera, excepto cuando alguno de los cuadrúpedos tropieza en una piedra, ó cuando resuena el choque de dos estribos al ponerse en contacto dos jinetes.

Estos últimos hablan en voz muy baja, casi cuchicheando: tal es la costumbre de los tiradores cuando persiguen á sus feroces enemigos, y los colonos han aprendido á imitarlos. Aunque no fuese necesaria esta precaución, callarían lo mismo, porque sus corazones están angustiados, y sólo piensan en batirse con los hombres rojos que les robaron su felicidad.

La noche es cada vez más oscura, y tan densas, al fin, las tinieblas, que ninguno de los jinetes distingue apenas á su compañero, y mucho menos al guía, por lo cual temen algunos extraviarse. Cully, por el contrario, parece muy satisfecho, porque tiene confianza en su conjetura respecto á encontrar á los indios en el Pécano, y la oscuridad debe favorecer el proyectado ataque. Poseído de igual confianza, el capitán de los tiradores no duda del éxito, y avanza á la cabeza de su gente hacia el sitio donde la corriente tributaria se une con el río Witchitú, por cuya orilla han caminado casi todo el día.

Nadie sino Cully hubiera podido seguir el rastro de los indios en medio de la oscuridad, no por el olor, como dijo en broma, sino por otros indicios sólo conocidos de los hombres acostumbrados á vivir en las praderas. Ya no los necesita, sin embargo, porque está seguro de encontrar á los salvajes en el Pécano.

Y cuando los perseguidores penetran, al fin, en el cañón por el cual se desliza la cristalina

corriente que desagua en el río principal, descubren, en efecto, huellas del paso de los indios.

Bastará recorrer otra milla con el mismo silencio y precauciones para ver confirmadas las suposiciones de Cully. Percíbense vagos rumores, sonidos que interrumpen el profundo silencio de la noche, y que no son, seguramente, los de una pradera solitaria. A intervalos se oye como el lejano relincho de un caballo ó el balido de una oveja.

Por consejo del guía, el capitán de tiradores

espuelas en los ijares de sus corceles. fija la mirada en el campamento, atento el oído para percibir el más pequeño rumor, y con el corazón agitado por la inquietud, la esperanza ó el deseo de vengarse, aquellos hombres esperan ansiosos la señal de acometer al enemigo.

Por fin, resuena una detonación, seguida inmediatamente de otras dos.

Esta era la señal de ataque convenida con Cully.

Apenas la oyen, los jinetes sueltan las rien-



Por fin, resuena una detonación, seguida inmediatamente de otras dos

da la orden de alto, y su gente se divide en dos grupos. Uno de ellos, á cuyo frente va Cully, trepa á la roca por un barranco lateral, mientras el otro, mandado por el capitán, permanece en el mismo sitio durante el tiempo prefijado por los dos jefes.

Transcurrido éste, el segundo grupo se pone en movimiento hacia el río, y detiéndose de nuevo al ver brillar una luz entre los árboles, la cual procede de una pequeña hoguera.

No necesitan este indicio para reconocer que se hallan cerca de un campamento, que no es otro que el de los salvajes, pues ya oyen su bárbaro dialecto, sus feroces gritos y carcajadas.

Sólo esperan la señal que debe hacerles el guía tan pronto como haya dado la vuelta para atacar por el lado opuesto. Apenas resuena el primer tiro, se precipitarán contra los salvajes.

Firmes en sus sillas, dispuestos á clavar las

das, espolean á sus caballos, y, lanzando un grito cuyo eco retumba en las cavidades de las rocas, precipítanse hacia el campamento indio y penetran hasta su centro.

Encuentran poca ó casi ninguna resistencia. Demasiado lejos de las factorías para temer la persecución, y confiando en que ésta no se ha verificado, los bandoleros rojos no se hallan preparados á resistir el ataque.

Ebrios muchos de ellos, no se han cuidado de vigilar, y en medio de su festín se ven atacados por todas partes, sufriendo un nutrido fuego.

Después de la primera descarga, quedan pocos hombres de la partida del *Lagarto Cornudo*, y los que no han caído muertos huyen á favor de la oscuridad. Las carabinas y los revólvers son las únicas armas de que se ha hecho uso. Por aquella vez no se ha ensangrentado el acero.

.

Los primeros rayos de la siguiente aurora iluminan una espantosa escena, un cuadro terrible, mas no inspira compasión: muy lejos de ello, consolaría al que lo observara.

Los padres, locos de alegría, besan á los hijos, que creían perdidos para siempre; los hermanos abrazan á sus hermanas, y los esposos, una vez más felices, estrechan afectuosamente la mano á sus mujeres.

Y junto á este cuadro, ¡extraño contraste!, se ven sangrientos cadáveres de color bronceado, con singulares pinturas.

Son los indios que han muerto en el ataque.

Terrible es el espectáculo, aunque muy común en el territorio fronterizo de Tejas.

CAPÍTULO XXXIV

EL RENEGADO

Los individuos de la compañía de Tejas acababan de dar lo que en las praderas llaman *un golpe de mano*. Al contar los cadáveres de sus enemigos, vieron que habían caído, por lo menos, una mitad de los guerreros de Tenawa, incluso el mismo jefe. Por ciertas señales visibles al rededor del campamento, así como también por el rastro que han seguido durante varios días, calculan aproximadamente cuál era el número de sus adversarios.

De los que han huído, algunos lo han hecho montando rápidamente en sus caballos, y otros á pie, á favor de las tinieblas. No se los ha perseguido porque aun era muy de noche cuando terminó el combate, y saben que, apenas amanezca, aquellos salvajes centauros, muy conocedores del país, se hallarán fuera de alcance y en sitio donde no sea fácil encontrarlos.

Los colonos están sumamente satisfechos por haber recobrado sus mujeres, así como también su ganado. En cuanto á los tiradores, han hecho lo suficiente para satisfacer, por entonces, el deseo de venganza, aunque esto no ha dejado de costarles alguna pérdida, pues los indios, bien armados de carabinas, flechas y lanzas, no murieron sin oponer alguna resistencia. Siempre sucede así con los hombres rojos en Tejas, sobre todo cuando se batan con los guerrilleros, pues se profesan unos á otros un odio inextinguible, y entre ellos no se da ni se pide cuartel.

Los tiradores han sufrido nueve bajas, tres muertos y seis heridos, lo cual no es poca cosa, teniendo en cuenta lo imprevisible del ataque y el descuido de los enemigos.

Acabada completamente la lucha, y apenas da á conocer el resultado la luz del día, los vencedores toman posesión del botín de los indios, la mayor parte del cual se compone de lo que les ha sido robado. Reúnense los caballos que huyeron durante la refriega, agregando á ellos algunos de los indios. Después se da sepultura á los cadáveres de los tres tiradores, se construyen parihuelas para conducir á los heridos y adóptanse las últimas disposicio-

nes para emprender la marcha hacia las factorías.

No se apresura el regreso porque se teme un nuevo ataque de los indios, pues cincuenta tiradores tejanos, éste es el número entonces, no temen nada en ninguna parte de las llanuras, mientras monten buenos caballos, estén armados de carabinas, cuchillos y pistolas y tengan suficientes municiones. De todo esto disponen los que acaban de atacar á los comanches, y, si fuera necesario continuar la persecución ó empeñar otra refriega, avanzarían aun que fuese hasta los desfiladeros de las Montañas Pedregosas. Perseguir y matar á los indios es su vocación, su deber, su pasatiempo y su placer más grande.

Pero los colonos ansían volver cuanto antes á sus casas, á fin de calmar la inquietud de las personas queridas que los esperan y comunicarle la buena nueva.

Mientras se hacen los preparativos de marcha, Cully, que con otros varios se ocupa en recoger las armas y equipo de los muertos, deja escapar una exclamación que atrae á sus compañeros.

—¿Qué ocurre, Cully?—pregunta el capitán.

—¡Mirad!—contesta el guía.—¿Veis esta carabina?

—Sí: es de cazador. ¿A quién pertenece?

—Esta es precisamente la cuestión, aunque para mí no ofrece dudas.

Y, volviéndose hacia los hombres que le rodean, añade el guía:

—¡Muchachos! ¿Reconoce alguno de vosotros el cañón de esta carabina?

Acércanse todos uno tras otro y examinan el arma.

—Yo sí,—exclama el primero.

—Y yo también,—añade el segundo.

Y todos hacen la misma afirmación con tono de sorpresa.

—¡La carabina de Walt Wilder!—exclama Cully.—La reconozco como si fuese mía. Mirad en la culata las letras *W. W.* que yo mismo grabé hará unos dos años cuando recorría con mi compañero Walt las orillas del Colorado. Esta es su arma. No hay duda alguna.

—¿Dónde la encontrasteis?—pregunta el capitán.

—Acabo de tomarla de manos del indio más feo que jamás dejó rastro en la pradera, tan feo, que ni aun los buzardos se atreven á tocarle.

Al pronunciar estas palabras, Cully señala un cadáver.

Es el del *Lagarto Cornudo*, identificado ya entre los muertos.

—Tenía el arma en la mano cuando sucumbió,—continúa el guía;—pero ¿dónde la habrá cogido? Muchachos, seguro es que estos demonios han despachado á nuestro antiguo compañero. Recuerdo muy bien cuánto era el cariño de Walt á su carabina, y sé que no la hubiera dejado por su misma mujer.

También opinan así muchos de los tiradores que conocen á Wilder, pues aquella compañía es la misma á que él perteneció en otra época.

—Debe haber habido refriega larga en algún otro punto,—añade Cully.—Si no me engaño, Walt regresó tiempo ha al Estado de Kéntucky; mas no es probable que haya permanecido allí, porque está acostumbrado á vivir en las praderas. Os aseguro, muchachos, que estos indios han hecho alguna de las suyas. Harto me lo dicen estas cabelleras.

Las miradas de todos se fijan en los terribles trofeos que guarnecen el cinto de los indios muertos, mientras Cully, seguido de otros antiguos compañeros de Wilder, comienza á examinar las cabelleras para ver si reconoce la de su camarada. Cuéntanse lo menos una docena, pertenecientes casi todas á hombres blancos, pues también hay algunas indias ó de mestizos, y el guía las examina todas detenidamente; pero en ninguna cree reconocer la de Walt Wilder.

Esto tranquiliza un poco al viejo Cully y á sus compañeros, porque todos profesan gran cariño á Walt; pero queda siempre la evidencia de la carabina, que, indudablemente, pertenece al antiguo tirador, y que no le habrán arrancado sin la vida. Si no es así, ¿cómo se hallaba el arma en manos del *Lagarto Cornudo*?

—Me parece que lograremos averiguar algo,—dice el capitán de cazadores.—El renegado nos dará la explicación, pues debe tener conocimiento de todo lo ocurrido.

Estas palabras aluden al segundo del jefe indio, á quien han hecho prisionero, y sobre cuya suerte se ha comenzado á deliberar. Su barba indica desde luego que es un renegado; y como ha desaparecido una parte de la pintura de su cuerpo, reconócese sin dificultad que es hijo de Méjico. Algunos aconsejan que se le fusile en el acto; otros proponen ahorcarle, y los menos, no tan vengativos, optan por conducirlo á las factorías á fin de juzgarle con las debidas formalidades. De todos modos, le espera la muerte, porque se le encuentra formando alianza con los sanguinarios comanches.

El *Barbudo* está tendido en tierra, sujeto por fuertes ligaduras. Conoce que está en peligro de muerte, y si vive aún es por haberse rendido á un colono y no á uno de los tiradores.

—Ofrezcámosle una oportunidad de salvar su pellejo si nos refiere cuanto ha sucedido,—dice Cully.—¿Qué os parece, compañeros?

—Convengo en ello,—contesta el capitán,—tanto más cuanto que creo que ese hombre no vale la pólvora que se gastaría en fusilarle, aunque bueno será conducirlo á la factoría y encerrarle en un calabozo. Prometiéndole la vida, nos dirá todo cuanto sabe; y como no es indio, un pequeño nudo corredizo bastará para aflojarle la lengua. ¿Qué decís á esto, muchachos?

Los *muchachos* aprueban la proposición por unanimidad, y se va en busca del renegado para interrogarle. Uno de los colonos, que ha residido largo tiempo entre los mejicanos y conoce su idioma, es quien se encarga de preguntar.

El renegado se encierra al principio en reti-

encias, y sus declaraciones son contradictorias; mas no debe extrañarse que no confiese la verdad, porque ve en ello un compromiso peligroso. Sin embargo, cuando le echan al cuello una cuerda con un nudo corredizo, sujetando el extremo en la rama de un árbol, reconoce que no le queda otro medio sino hablar para salvar la vida, y entonces hace una confesión, si no espontánea, bastante explícita. Refiere todos los detalles, el ataque y captura de la caravana y la matanza de los blancos que la componían; habla de la fuga de dos de ellos, uno de los cuales, á juzgar por la descripción, no puede ser otro sino Walt Wilder; y cuando, al fin, manifiesta de qué manera tan horrible ha perecido su antiguo compañero, los tiradores no pueden apenas reprimir su cólera, y difícilmente se abstienen de hacer pedazos al prisionero, por no faltar á la palabra que empeñaron.

El segundo del jefe indio pide perdón, manifestando que él no tuvo parte en el hecho, y que, aun cuando le hayan hallado entre los indios, era sólo su prisionero, y estaba con ellos contra su voluntad.

Esto es evidentemente falso; pero basta para calmar á los jueces, que sueltan el nudo corredizo.

Continuando el interrogatorio, averíguanse otros detalles respecto á la caravana, todo menos la alianza secreta entre el oficial mejicano y el jefe de Tenawa. Como los tiradores no podían pensar en esto, ni lo sospechaban siquiera, nada preguntan sobre el particular, y el prisionero no se cree obligado á decir una palabra, tanto más cuanto que confía en renovar sus relaciones con el coronel Uraga.

—¡Compañeros!—exclama el capitán de los tiradores dirigiéndose á su gente cuando concluye el interrogatorio.—Todos vosotros amabais á Walt Wilder, todos le conociais: ¿no es verdad?

—¡Sí! ¡Sí!—contestan todos.

—Pues bien: *no cabe duda que ha muerto*, pues el desastre ocurrió hace un mes, y no ha podido vivir tanto tiempo encerrado en una cueva. Allí estarán sus huesos, con los de su pobre compañero, y esta sola idea me horroriza. Ahora bien: por lo que dice ese bribón, el lugar no está muy distante, y podemos obligar al prisionero á guiarnos. Propongo, pues, que vayamos á recoger los restos de vuestro pobre compañero, á fin de sepultarlos cristianamente.

Para los tiradores, el cumplimiento de un deber se sobrepone á la obediencia, y todos contestan unánimemente:

—¡Estamos dispuestos!

—No es necesario que todos hagamos el viaje,—continúa el capitán;—basta que vayan los *muchachos*, y aquellos colonos que tengan á bien seguirnos. Los que necesiten acompañar á sus mujeres y llevarse su ganado pueden dirigirse desde luego á su factoría. Yo les aseguro que hallarán el camino libre de indios, y que no deben temerlos por ahora.

Sin más discusión, todos hacen sus prepara-

tivos con arreglo á este plan, y en menos de media hora, los colonos, con sus mujeres, hijos y ganado, emprenden la marcha hacia el E., mientras los tiradores, precedidos del prisionero, se dirigen por la parte opuesta al Llano Estacado.

CAPITULO XXXV

EN RE AMIGOS

Hamersley recobra las fuerzas por momentos, y muy pronto podrá salir.

Un día se le acerca Walt Wilder é invítale á ir á dar un paseo al rededor de la casa.

El convaleciente accede, manifestando alguna sorpresa, pues le extraña el aire misterioso de Walt. Como el ex tirador habla siempre con la mayor franqueza, es evidente que desea comunicar á su compañero alguna cosa de importancia: sólo cuando se hallan bastante lejos del rancho, en el centro de un bosque, que dista un tiro de fusil, vuelve Walt Wilder á reanudar la conversación, después de haberse sentado ambos amigos sobre el tronco de un árbol.

—Os he invitado á venir aquí, amigo Frank,—dice,—á fin de hablaros dos palabras sobre un asunto de gran interés para mí.

—¿De qué se trata, Walt?

—Se trata... de una mujer.

—¡Una mujer! ¡Cómo, amigo Wilder! Yo pensaba que eso sería la última cosa en que podríais ocuparos, sobre todo en este tiempo y en tal sitio.

—Tal vez tengáis razón; mas, á pesar de todo, y si no me engañan las señales, creo que una mujer no es la última cosa en que se ocupa vuestro pensamiento, *en este tiempo y en tal sitio*.

La exactitud de la observación hace asomar un ligero rubor á las pálidas mejillas del joven, quien se limita á contestar:

—Muy bien, amigo mío: si deseáis hablar conmigo, estoy dispuesto á escucharos. Ya podéis comenzar.

—Vaya, pues: voy á deciroslo todo sin rodeos. Me veo algo apurado por una cuestión de faldas, y necesito que me aconsejéis, pues os considero mucho más práctico que yo en asuntos de esta naturaleza. Aunque tengo bastante más edad que vos, he tratado poco con mujeres, si exceptúo varias indias y algunas otras poco mejores que ellas; pero aquellos enredos no son nada en comparación del que ahora me preocupa.

—¡Un enredo! ¡Cómo! Supongo que no habréis...

—Dejad á un lado las suposiciones, amigo Frank, porque serían tal vez aventuradas. Sólo os diré que, si entiendo algo en señales de amor, he avanzado tanto por el rastro, que me hallo ya demasiado lejos para retroceder.

—¿Por el rastro del amor?

—Precisamente. Por primera vez en mi vida, me veo en una dificultad de que no sé cómo

salir, y todo por haber sido bastante tonto para enamorarme.

Hamersley manifiesta la mayor sorpresa, y su mirada revela cierta indignación. ¡Walt Wilder enamorado! ¿De quién será? Como él no piensa sino en una mujer digna de inspirar semejante sentimiento en aquel lugar solitario, ó en cualquier otro punto, es natural que crea que su compañero alude á ella.

Sin embargo, su sospecha dura poco, pues pronto le hace comprender Wilder que no son tan elevadas sus aspiraciones.

—Sin duda, habéis comprendido,—dice,—que se trata de la joven Conchita: sus brillantes ojos han encendido un volcán en mi corazón, de tal modo que este pobre cazador no disfruta ya de un instante de sosiego; no duermo bien desde hace una semana, pues siempre sueño con la chica, y paréceme ver un ángel revoloteando á mi alrededor. ¿Qué debo hacer, amigo Frank? Para dirigiros esta pregunta os he invitado á venir aquí.

—Habéis hecho bien, Walt: con mucho gusto os daré mi consejo. En cuanto á lo que *debéis* hacer, es cosa que no admite duda; pero respecto á lo que *podéis*, dependerá en gran parte de lo que os diga Conchita. ¿Habéis hablado ya con ella sobre el particular?

—No gran cosa, pues no sé lo que debo decir, ni entiendo tampoco su idioma. Me valgo, pues, de las señas, las cuales habrá comprendido, seguramente. Si no me llevo un gran chasco, seguro estoy de que la muchacha se muestra propicia á mi amor.

—Si es así, no habrá mucha dificultad en arreglar el negocio. Supongo que tenéis la intención de casaros.

—Eso por supuesto. La pasión que me ha inspirado esa joven difiere mucho de la que experimenté por las indias; y si ella quiere ser mía, nos uniremos como Dios manda. ¿Qué os parece?

—Creo, amigo Walt, que otra cosa podríais hacer peor que casaros; ya tenéis bastante edad para pensar en este asunto, y Conchita me parece precisamente una buena proporción para vos. He oído decir que estas mujeres mejicanas son muy buenas esposas.

Al pronunciar estas últimas palabras, Hamersley se sonríe.

—Será necesario,—añade,—hacer varias cosas para llevar este asunto á buen fin. En primer lugar, debéis pedir el consentimiento á la muchacha y hasta me parece que también á sus amos, pues son sus guardianes naturales, y en cierto modo responsables de ella. Después será precisa la sanción de la Iglesia, lo cual ofrece, sin duda, mayor dificultad, puesto que, no habiendo por aquí sacerdote, debéis ir á buscarle.

—¡Condenación!—exclamó Walt con tono contristado.—Si no se necesitara eso, nos casaríamos ahora mismo. ¿Por qué han de exigir tan inútil ceremonia para unirnos? Walt Wilder no necesita de todo ese aparato para cumplir como bueno con la muchacha que eligió or compañera, y no sé por qué ha de supo-

nerse que ella ó yo seremos capaces de faltar á nuestras promesas.

—Es posible que tengáis razón; pero, si se hiciese como decís, ya no habría casamiento legítimo por el cual fueseis legalmente marido y mujer.

—¡Mal haya la ceremonia y la legalidad! Con sacerdote ó sin él, yo quiero que Conchita sea mi compañera, y estoy empeñado en ello. Decidme, amigo Frank: ¿no podría arreglar eso el doctor? El es hombre de profesión, y...

invitaros á venir á este sitio. La muchacha me ha prometido hallarse aquí á esta misma hora y debe llegar de un momento á otro. Tan pronto como se presente, haré la proposición con toda formalidad; mas como no hablo el español y vos sí, espero tendréis la bondad de ser mi intérprete. ¿Puedo contar con ello, amigo Frank?

—Con mucho gusto lo haré, si así lo deseáis; pero ¿no os parece, Walt, que podríais averiguar lo que deseáis sin necesidad de va-



Walt se pone en pie y espera la contestación estremeciéndose...

—No, no: el doctor no tiene facultades para ello; su oficio es unir huesos rotos y no manos y corazones; pero, si estáis resuelto á lo que decís, no faltaré, seguramente, una oportunidad para casaros legítimamente con la muchacha. Es preciso tener un poco de paciencia y aguardar hasta que encontréis un sacerdote.

—Maldito si me importaría tal formalidad si de mí dependiera arreglar este asunto. Pero vamos á otra cosa. Ya que no podemos unirnos ahora, quisiera estar seguro, por lo menos, de que la cosa se hará, y saber de una vez lo que piensa la muchacha sobre el particular, á fin de que luego no haya vacilaciones.

—¿Qué deseáis, pues?

—Obtener la palabra de la joven para que sea mi prometida.

—¡Oh! En eso no hay ningún inconveniente.

—¡Bueno! Me alegro de que así sea; ya he dispuesto yo mis lazos para conseguir eso aquí, y no creáis que me haya faltado razón para

leros de un intérprete? Tal vez no le agrade á Conchita la intervención de un tercero en asunto tan delicado. Dícese que el lenguaje del amor es universal, y por él podríais entenderos.

—Ya lo hacemos un poco así; pero como ella es mejicana y puede tener ideas particulares sobre el asunto, necesito obtener su promesa en términos que no pueda retroceder ni faltar buenamente á su palabra.

—Muy bien, amigo mío: procuraré que os haga una promesa por el estilo.

—¡Bravo, Frank! Haré la proposición de un modo terminante, y espero que la traduzcáis con el mismo vigor.

—Confiad en mí: transmitiré vuestra palabra *verbatim et litteratim*.

—¡Eso es!—exclama Walt alegremente, creyendo que el *verbatim et litteratim*, cuyas palabras no entiende, son precisamente la cosa que consolidará el futuro lazo con la linda Conchita.

Apenas han hecho su singular convenio Frank, Hamersley y el antiguo cazador, óyese un ligero roce en la espesura de algodoueros, *seguido de pasos rápidos*.

Es Conchita, que se adelanta hacia los dos hombres. Por su manera de acercarse, con cierta precaución, reconócese que acude á una cita; y como en aquel instante se levanta Walt Wilder, dedúcese que él es la persona buscada.

Podrá parecer extraño que la joven no se retirase al ver á Walt en compañía de otro hombre, y más aún que no manifestara la menor cortedad: sin duda, esperaba ya la presencia de Frank y sabía que iba á encontrarle allí.

Ello es que se adelanta sin vacilar, y haciendo una cortesía al Sr. Francisco, según acostumbra la joven llamar á Hamersley, siéntase en el tronco, hasta el cual acaba de conducirla galantemente el antiguo cazador.

Transcurre una breve pausa, durante la cual el amante de Conchita suple la falta de palabras con una serie de gestos que podrían parecer impropios de la solemnidad de la entrevista, aunque tal vez no lo crea así la linda Concha.

Walt se vuelve después hacia su intérprete y le habla en estos términos:

—¡Ya lo veis, Frank! El diablo me lleve si sé cómo hablarle, y, por lo tanto, os ruego que deis principio á la palabrería. Decid claramente á Concha lo que yo deseo, manifestándole que no tengo mucho dinero, pero sí dos brazos fuertes para protegerla contra todos los peligros de las praderas y las montañas, para librarla del oso gris y del indio. Ya ve ella que soy bastante corpulento, y podéis añadir que mi corazón guarda proporción con mi estatura. Aseguradle de mi parte que este cuerpo y estas manos y este espíritu serán completamente suyos hasta la muerte, si quiere aceptarme por esposo. Lo juro por Dios.

El antiguo cazador termina su discurso aplicando su robusta mano sobre el pecho con tal fuerza, que el golpe bastaría para hacer rodar por el suelo á un hombre menos corpulento.

En cuanto á Conchita, si no comprende las palabras, no debe dudar de su sinceridad, á juzgar por los gestos que las acompañan.

A duras penas puede Hamersley contener la risa; mas, al fin, hace un esfuerzo para conseguirlo, y, aunque no literalmente, traduce las palabras al español.

Cuando termina, ó al creerlo así Walt, éste se pone en pie y espera la contestación estremeciéndose como la hoja en el árbol. Su agitación no cesa mientras Conchita habla; pero, si entendiese las primeras palabras, pronto se tranquilizaría. No puede, sin embargo, tomar conocimiento de ellas hasta que se hace la enojosa traducción.

—Decidle,—ha contestado Conchita con acento de sinceridad,—que le amo tanto como él á mí; que le amé desde el primer momento en que nos vimos, y que le amaré mientras viva. En respuesta á su digna petición le doy el sí que desea, y con gusto seré su esposa.

Cuando Frank termina su traducción, Walt da un salto de tres pies, lanzando un grito de triunfo, cual si hubiera vencido á un comanche. Después, adelantándose hacia la joven, levántala en sus brazos, cual si fuese una muñeca, oprímela contra su pecho, y sella sus labios con un prolongado y ruidoso beso.

CAPITULO XXXVI

MANUEL

Aunque Walt alcanza la victoria en su amorosa contienda, no deja de tener un rival, según pudo comprenderlo Hamersley al separarse poco después de los amantes, á quienes dejase solos porque conoce que su presencia es ya importuna. Ha cumplido su misión y se retira sin decir una palabra.

Sin embargo, queda un tercer hombre, un espectador, en cuyo pecho se agitan las más terribles emociones.

Al pasar Hamersley entre la espesura de algodoueros, cree distinguir una figura que se esconde detrás del tronco de un árbol, y parécele que es la de un hombre.

Como no hay más luz que la del crepúsculo, debajo del follaje de los árboles reina la oscuridad: tal vez sea una fiera lo que ha visto, ó acaso le engaña una ilusión óptica. Su imaginación está preocupada: sólo piensa en una persona que debe esperarle en aquel momento y en cuya compañía olvidará muy pronto la escena que acaba de presenciar.

Pero la forma que ha creído distinguir en la sombra de los algodoueros no es una ilusión: es un ser humano, es un hombre, es el indio Manuel.

Perdidamente enamorado de la mestiza, Manuel la adora con toda su alma: cierto que la joven tiene sangre española en sus venas, pero por parte de madre pertenece á su raza, á la de los *indios mansos*, según los llaman en Nueva Méjico, para distinguirlos de los *indios bravos*, que desde la conquista no han querido someterse á los españoles. Aunque cristianizados por los franciscanos ú otros misioneros, y por más que habiten en las ciudades, dedicándose al cultivo de la tierra, muchos de ellos no han renunciado á las prácticas del paganismo, y entréganse á ellas más ó menos abiertamente. Asegúrase que en algunos de sus pueblos se conserva siempre encendido el fuego sagrado desde la época de Motezuma, del cual se creen descendientes estos indios. Son, sin duda, hijos de la raza Azteca, y adoradores del sol, como lo fueron los súbditos del desgraciado emperador de Tenochtitlas.

No fué su afecto á D. Valeriano Miranda el que le indujo á Manuel á seguir á su amo al destierro, sino su amor á Conchita, á quien adora con esa pasión ardiente que con frecuencia abrasa el corazón del indio.

Aunque la joven no le ha manifestado el menor afecto, él ha persistido en su empeño, sin que, al parecer, le afecten los desdenes del objeto de su amor.

Hasta entonces no había tenido rival, y por eso no desesperaba, pues Conchita no tenía sino doce años, aunque ésta es la edad en que una joven puede ya casarse en Nueva Méjico. Manuel, justo es confesarlo, desea á la mestiza por esposa y hace ya muchos meses que piensa en ello.

Como se hallan en el desierto, y Manuel no tiene competidor alguno, pues su compañero *Chico no piensa en tales cosas, cree llegada la hora de realizar sus esperanzas.*

Pero cuando ya juzga que está maduro el fruto, sucédele lo que á la zorra de la fábula: reconoce que está demasiado alto para alcanzarle, y lo peor es que otro hombre más alto que él, que puede alcanzar mejor, se dispone á cogerle.

Desde que Walt Wilder llegó al valle, no ha dejado de vigilar todos sus movimientos.

Y ha observado que entre el corpulento cazador y la muchacha mejicana comienza á reinar un afecto de naturaleza sospechosa.

Es verdad que no los ha oído hablar, pues no pueden comunicarse entre sí porque no poseen la misma lengua; pero fácilmente ha interpretado ciertas miradas y gestos que indican una secreta y mutua inteligencia.

Y, según pasan los días y las horas, observa nuevos incidentes que confirman sus sospechas, aumentando su celosa ira.

Por último, deduce hasta la evidencia que Conchita es amada por el antiguo cazador y que la joven le ha entregado su corazón.

¿Qué hacer en semejante caso? Su pasión es poderosa, pero escasa su fuerza física, comparada con la de su rival. En un duelo frente á frente, el tejano le aplastaría, como el oso gris á la pequeña ardilla.

No descubre, pues, su rivalidad ni piensa tampoco en ello, porque acaso le costaría la vida; mas no por eso desespera.

Piensa sólo en vengarse, y busca los medios de frustrar los designios de su rival, de hacerle desaparecer de una vez.

Con frecuencia ha pensado en el veneno, considerando que éste es el medio más seguro de realizar su propósito, y, al fin, resuelve valerse de él para matar al tejano.

Aquel mismo día se ha ocupado ya en preparar la ponzoña: ciertas plantas del valle, bien conocidas entre los indios como venenosas, le proporcionarán el medio de ocasionar á su rival una muerte lenta, aunque segura, que aleje toda sospecha.

Walt Wilder está, al parecer, condenado: ha conseguido escapar de las flechas y las hachas de los indios de Tenawa, y hállase expuesto á ser víctima de un enemigo sutil é invisible.

Y ¿ha de sucumbir tan tristemente el noble é intrépido guía tejano? No: la Providencia no lo ha decretado así: una circunstancia, aparentemente incidental, es la que le salva.

El mismo día en que se ha preparado la ponzoña para él, el amo del envenenador manda á éste prepararse para emprender una expedición, semejante á las que ha hecho ya varias veces. Debe ir á varias factorías de Río Gran-

de, donde Miranda tiene amigos con los cuales está en correspondencia, siendo Manuel su mensajero acostumbrado. Además, éste debe traer varias cartas, noticias y víveres, más necesarios entonces que nunca, por la llegada de los nuevos huéspedes.

Manuel ha de emprender su viaje al rayar el día siguiente: no podrá llevar á cabo su nefando designio, y, por lo tanto, debe esperar á la vuelta.

Mientras reflexiona con enojo sobre este contratiempo, ve á Concha salir presurosa de la casa y dirigirse á la arboleda de algodoneros: síguela con precaución, escóndese detrás de un tronco y observa todo cuanto pasa.

Al principio le sorprende ver tres personas donde sólo esperaba hallar dos, y esto le complace, porque cree que no se tratará de una cita de amor; pero cuando, al terminar la conferencia, ve al tejano levantarse, coger á Conchita en sus brazos é imprimir en sus labios un ruidoso beso, hiérvele la sangre en las venas, y con dificultad reprime el deseo de precipitarse hacia el lugar de la escena y arrancar la vida á los tres actores ó perecer en la demanda.

Durante un momento permanece erguido, con su machete desenvainado, brillantes los ojos de cólera y sediento de venganza; mas, por fortuna para los que están amenazados, el instinto de la propia conservación contiene al indio. Su mano está dispuesta, pero fáltale el corazón, y, aunque es terrible su enojo, predomina el temor.

Esperará una ocasión más favorable, un medio más seguro de llevar á cabo su obra de exterminio.

Cuando hace esta reflexión, ve á Frank alejarse, dejando á los otros dos solos; y como percibe el rumor de nuevos besos, vuélvese á excitar su furiosa cólera, y por segunda vez se inclina á matar.

Pero de nuevo recobra su ascendiente el temor; la mano rehusa obedecer al impulso de la sangre, y con el machete desenvainado mántiéndose mudo espectador de aquella escena que enciende las iras de su corazón.

Al calcular las probabilidades, reconoce que están contra él, pues si mata al tejano delante de Conchita, ésta será testigo del crimen, que le costará la vida. Bien quisiera matar á los dos; mas el resultado sería el mismo; y si erraba el primer golpe, el gigantesco cazador le pisotearía como á un reptil.

Hé aquí por qué permanece en su escondite hasta que termina la escena, y deja alejarse en paz á los amantes, á la mujer que adora perdidamente y al hombre que odia con reconcentrado encono.

Cuando ya han desaparecido los amantes, acércase Manuel al tronco donde estaban sentados, déjase caer sobre él y comienza á meditar un nuevo plan de venganza, más seguro que el puñal de un asesino.

Ya no quiere valerse del veneno; ha concebido una nueva idea, desde que le han dado la orden de emprender el viaje; su segundo pro-

yecto le parece más seguro y es también más vasto, pues no comprende sólo á su rival, sino también á otras personas. Como faltaba últimamente á sus deberes, y ha recibido el castigo, se ha despertado el odio hereditario de su raza á los hombres blancos.

Su amo, el coronel Miranda, será, pues, una de las víctimas, y perecerán todos, excepto su compañero Chico. Si se realiza su diabólico plan, no escapará ninguno de la muerte.

CAPITULO XXXVII

EXPLICACIÓN

Merced á la habilidad de D. Próspero y á su afectuosa solicitud, pronto se cicatrizan las heridas de Hamersley, y éste recobra del todo sus fuerzas. Los asiduos cuidados del ángel deben haber contribuido mucho á tan rápido restablecimiento y á desvanecer la melancolía ocasionada por el desastre de que ha sido víctima el enfermo. Mucho antes de llegar á la convalecencia, ha dejado de lamentar la pérdida de sus bienes, conservando solamente un triste recuerdo de la desgraciada suerte de sus infelices compañeros.

Pero, á medida que pasa el tiempo, bórranse de su memoria, en parte, los sangrientos pormenores del trágico suceso, y, rodeado de cariñosos amigos, entrégase á otras reflexiones más agradables. ¿Cómo podría ser de otro modo?

Recobradas ya las fuerzas, despiértase de nuevo su mal satisfecha curiosidad, porque le extraña todo cuanto le rodea, y especialmente el hecho de encontrar á su antiguo amigo en semejante lugar. Miranda le ha hecho ya algunas ligeras indicaciones, reducidas á decirle que está allí refugiado á consecuencia de una revolución.

Sin embargo, Hamersley tiene gran curiosidad por conocer los detalles, sobre los cuales ha guardado silencio hasta entonces su amigo, por recomendación del doctor, quien temía los peligrosos efectos de una recaída que atacara el sistema nervioso.

D. Próspero, observador por costumbre, nota el creciente interés que inspira á Frank la hermana de su amigo. Conoce la historia del duelo de Chihuahua, y cree que los pormenores de la desastrosa revolución pueden excitar al paciente, retardando su convalecencia. Por eso aconseja al coronel Miranda que retarde la narración.

Ignorando la causa, Hamersley se muestra cada vez más impaciente; pero su curiosidad no le lleva á ser importuno, tanto más cuanto que, en compañía de tan buenos amigos, puede resignarse sin dificultad.

En cuanto á Walt Wilder, todos sus pensamientos están concentrados en Conchita: el corazón del antiguo cazador ha recibido un choque como nunca, y declara formalmente que está enamorado por la primera vez en su vida.

El enfermo ha llegado ya al período de la

convalecencia, y el doctor levanta la prohibición que impedía al coronel Miranda explicarse; de manera que éste puede referir ya los acontecimientos que le han obligado á retirarse á semejante soledad.

Sentados los dos amigos á una mesa, donde se ve una botella de vino rancio, dos vasos y un cajón de buenos cigarros, el coronel Miranda comienza á referir su historia.

—Ya os indiqué,—dice,—que somos refugiados y que vinimos aquí para salvar nuestras cabezas. Por lo menos, había peligro, cuando no seguridad, de que yo perdiese la mía, si no hubiéramos podido escapar de Albuquerque. La palabra *pronunciamento* lo explica todo: una insurrección de las tropas de mi mando, y un nombre, el de cierto jefe, bastará para daros la clave de este asunto.

—¡Uraga!—exclama Hamersley casi involuntariamente, mientras su rostro parece nublarse y brilla en sus ojos la cólera.—¡Era el capitán Uraga!

—El mismo.

—¡Ese miserable! Ya lo sospechaba.

—Sí; pero os advierto que ya no es *capitán*, sino *coronel*, porque la recompensa de su traición siguió inmediatamente al triunfo, y ahora tiene el mando del distrito de que á mí me desposeyeron. No contento con esto, creo que se apropió también mi casa, la misma donde un año hace tuve el gusto de dispensaros hospitalidad. Si comparáis ahora aquella morada con esta humilde mansión, comprenderéis, amigo mío, que mis asuntos de familia no han prosperado más que los políticos.

El narrador hizo una breve pausa, y continuó de este modo:

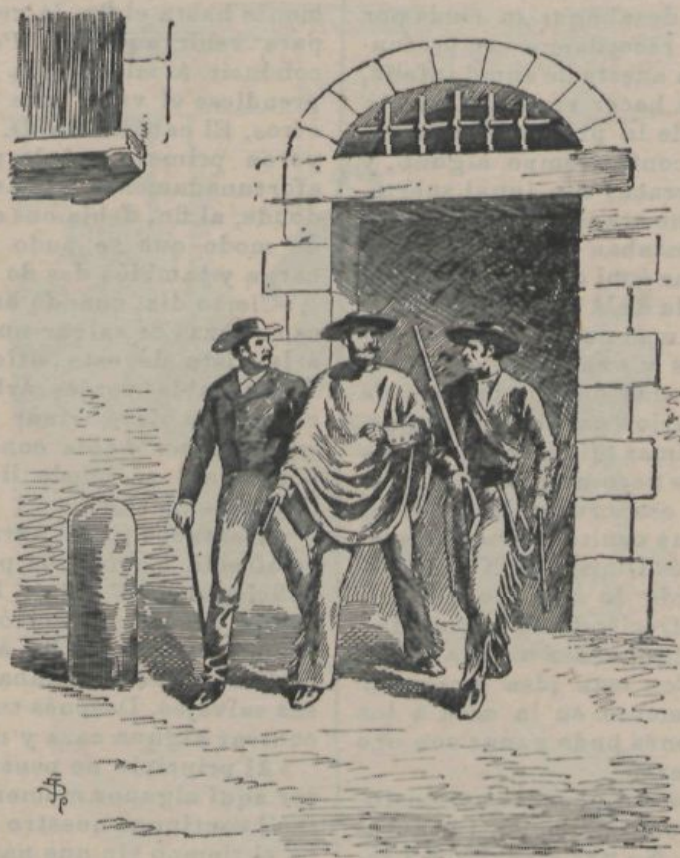
—Poco después de vuestra marcha, pedí al Gobierno alguna fuerza de caballería, que juzgué indispensable para proteger el distrito contra las incursiones de los indios navajos. No tardó en llegar un destacamento, pero la gente de que se componía, ó por lo menos el oficial que le mandaba, no eran de mi agrado. Enviáronme lanceros, y ya podéis imaginar cuál fué mi disgusto cuando ví que su jefe era el capitán Gil Uraga; pues, prescindiendo del lance ocurrido con vos, mediaban varias razones para que el oficial me inspirase aversión, sobre todo por sus pretensiones á la mano de mi hermana.

Al oír estas últimas palabras, no puede reprimir Hamersley un estremecimiento de cólera.

—El capitán,—continuó Miranda,—persistía en sus atenciones cuando se le presentaba ocasión, á pesar del desagrado con que eran recibidas, y, á no haber sido yo su jefe, seguro estoy que se habría mostrado más audaz. Ya sabía yo que su presencia era desagradable para mi hermana. Pero no me era posible pedir su reemplazo, tanto menos cuanto que cumplía puntualmente con todos los deberes del servicio militar, á fin de que no se le pudiera dirigir cargo alguno. Pronto descubrí, además, que le protegía cierto dignatario, aunque sin conocer la causa, y más tarde supe por qué se le había

enviado á Alburquerque. Allí debía comenzar una nueva revolución, y el capitán era uno de esos secretos agentes, habiéndole elegido el partido clerical para sublevar mi distrito. Como yo no sospechaba esto, preocupábame sólo su solicitud por mi hermana, á la cual procuré poner término. Sin embargo, como el capitán se mostraba sumamente obsequioso á la vez que cortés, no podía proponerle un duelo, y hube de limitarme á vigilar y esperar. Todo terminó de una manera muy distinta de

—continúa el coronel después de haber encendido otro cigarro.—Pues bien: debo la vida, la libertad y, lo que es más que todo eso, la salvación de Adela, á mi amigo D. Próspero. En su calidad de cirujano militar no estaba comprometido como todos nosotros; y después del motín del cuartel quedó libre de seguir su vocación. Cuando iba á pedir permiso para curar mi herida, la casualidad le condujo á un sitio donde pudo oír cierta conversación entre Uraga y uno de sus tenientes, un bribón llamado



—Salimos de la prisión sin contratiempo alguno...

lo que yo esperaba. A los dos meses de haber llegado el capitán, resonó en Méjico el grito de la revolución. Cierta día, al dirigirme á los cuarteles, noté un gran trastorno: los soldados estaban sobre las armas, y muchos de ellos, completamente borrachos, gritaban á voz en cuello: —*Viva Santana! Viva el coronel Uraga!* Al oír esto, comprendí al punto que se trataba de un pronunciamiento; desenvainé mi espada, y pude reunir á mi alrededor algunos soldados fieles, mas ya era demasiado tarde. Los míos fueron dispersados, y muertos algunos de ellos, y á mi me condujeron herido á la prisión. Lo extraño es que no me fusilaran desde luego, pues sabía que Uraga estaba sediento de mi sangre. Contúvole, sin duda, un resto de prudencia, pero me consta que su intención era no dejarme volver á ver el sol. En esto se llevó chasco, pues conseguí escapar. Seguramente, deseáis que os diga al punto cómo,

Robles, digno segundo de aquél. Muy contentos por lo que acababa de suceder, bebían en celebración del suceso; y como no hablaban con mucha reserva, D. Próspero oyó lo suficiente para conocer su plan, tan diabólico, que apenas lo creeréis. Llegada la noche, me conducirían á las montañas para asesinar me, pues, no quedando así huellas del crimen, se creía que me había escapado de la prisión. El buen doctor tomó conocimiento de otros designios no menos atroces, y no os diré lo que aquellos infames pensaban hacer cuando mi hermana quedase sin protección.

Hammersley no pudo reprimir una exclamación al oír estas palabras, y sus dedos se contrañeron nerviosamente, como si empuñase un arma.

—Sincero amigo mío,—prosiguió Miranda,—D. Próspero resolvió obrar desde luego, pues no debía perder un minuto. Obtuvo primera-

mente permiso para curarme en mi prisión, y Uraga consintió en que le acompañara un asistente para llevar las medicinas é instrumentos. Por fortuna, no me habían robado antes de aprisionarme: conservaba en el bolsillo una buena cantidad de oro, que, juntamente con el de D. Próspero, constituía una respetable suma, y ésta fué suficiente para inducir al vigilante á cambiar de traje conmigo y ocupar mi puesto. *Confíaba en salvarse á su vez haciendo ver que le habíamos agarrotado.* ¡Pobre hombre! Según supimos después, esto no le salvó, y Uraga mandó fusilarle á la mañana siguiente, para desahogar su rabia por nuestra fuga. Siempre recordamos con profunda pena la desgraciada suerte de aquel infeliz, porque nada pudimos hacer en aquellas circunstancias. Salimos de la prisión, el médico, su asistente y yo, sin contratiempo alguno, y cruzamos entre las barracas con igual suerte.

»Por fortuna, la noche era muy oscura y los más de los centinelas estaban borrachos.

»Al fin, pudimos llegar á mi casa, donde hallé á la pobre Adela poseída de la mayor angustia, como podéis imaginar; mas no era cosa de perder tiempo en palabras y explicaciones inútiles. Con el auxilio de dos de mis criados de confianza, reunimos varios caballos y mulas, cargando en estas últimas mis efectos de más valor y cuanto creímos necesario para un viaje. Nuestra intención era cruzar las grandes praderas, pues no se me ocultaba que no estaría seguro dentro de los límites de Nueva Méjico, y también recordé lo que me dijísteis algunos meses antes, ofreciéndome una bondadosa hospitalidad, si alguna vez me era preciso huir de mi país. Con esta idea emprendí el viaje, dejando solamente en la casa á los demás criados, á quienes pude ganar con oro para que no nos vendieran.

»El doctor, Adela, los dos peones que consintieron en seguirme, Conchita y yo, formábamos toda la caravana. No nos atrevimos á seguir el camino ordinario, pues, seguramente, nos perseguirían y tal vez nos mataran. Sabiendo esto, nos dirigimos á las montañas, cuyos pasos conocía yo muy bien, por haber ido muchas veces en seguimiento de los salvajes.

»Atravesamos las sierras sin novedad, avanzando después hacia el Pecos. Más allá de este río, todo era desconocido para nosotros: sólo sabíamos que allí estaba el Llano Estacado, con sus misteriosos terrores, propios para infundir miedo á los niños, y un vasto desierto deshabitado ó recorrido únicamente por salvajes y animales feroces; pero ¿qué eran todos aquellos peligros comparados con el que dejábamos detrás? Muy poca cosa; y esta idea nos alentó para seguir avanzando.

»Después de cruzar el Pecos, penetramos en una llanura estéril; no sabíamos cuál era su extensión, pero sí que al otro lado había un país fértil, por el que podríamos llegar á las factorías de la frontera de vuestra nación. Una vez conseguido esto, estábamos salvados.

»Continuamos nuestra marcha con toda la

rapidez posible, siempre hacia el S.; pero hubo días en que el cielo quedó oscurecido por las nubes, y entonces, careciendo de guía, debíamos detenernos, ó correr el riesgo de extraviarnos.

»La falta de alimento nos debilitaba cada vez más, y sufríamos horriblemente por la sed: no se encontraba en ninguna parte una gota de agua.

»En cuanto á los animales, completamente extenuados y sin poder resistir ya el peso de sus carnes, fueron quedando uno tras otro en la desierta llanura: sólo uno resistió valerosamente hasta el fin, la yegua en que montasteis para venir aquí. Sí: *Perlita* sobrevivió para conducir á mi querida hermana, cual si comprendiese el valor que tenía para todos nosotros. El caballo de D. Próspero y el mío cayeron primero, y después las mulas; mas, afortunadamente, esto sucedió cerca del lugar donde, al fin, debíamos encontrar algún alivio; de modo que se pudo recobrar más tarde la carga y también dos de los cuadrúpedos.

»Cierta día, cuando habíamos perdido ya las esperanzas de salvar nuestras vidas, llegamos á la vista de este sitio que nos pareció un Edén: había verdes árboles y cristalinas corrientes y oíase trinar á los pájaros. La casualidad nos había conducido al único paso, por el cual se puede llegar al valle desde la llanura superior.

»Alentados por el agradable espectáculo que se ofrecía á nuestros pies, recobramos fuerza suficiente para bajar. Bebimos un agua cristalina y fresca, y sirviéndonos de alimento, por el pronto, el fruto de los árboles, pues era la estación en que abundaban, sobre todo, las fresas salvajes. Después tuvimos la suerte de encontrar alguna caza y no nos faltó carne.

»Al principio no pensamos sino en permanecer aquí algunos momentos, aunque no era ya fácil continuar nuestro viaje; pero como pasaba el tiempo sin que nadie nos molestara, comenzamos á creer que habíamos hallado un asilo seguro y agradable.

»No era de presumir que se pudiese seguirnos la pista, ni aun el mismo Uraga se aventuraría á perseguirnos por el Llano Estacado, y de todas maneras era preciso permanecer en el valle, por no tener animales suficientes para conducirnos. Nuestra última alternativa era volver al territorio del Norte, en lo cual no debíamos pensar ni remotamente. En su consecuencia, resolvimos permanecer aquí algún tiempo. Yo había ideado un plan para comunicarme con mis amigos de Nueva Méjico, y no pierdo la esperanza de recibir, más pronto ó más tarde, noticias que nos permitan volver. Ya sabéis que en nuestro país no hay nada permanente, y presumo que muy pronto volverá al poder el partido liberal.

»Resueltos, por fin, á quedarnos donde estábamos, procedióse á edificar esta humilde vivienda, dedicándonos después á la pesca y á la caza. En esta última se distinguió principalmente mi hermana, según podéis haber visto. Hemos pasado aquí la vida tranquilamente,

siempre ocupados en algo, especialmente el digno doctor, que, como entusiasta naturalista, se dedica á sus estudios científicos. Para la subsistencia no hemos dependido sólo de la caza. Manuel, uno de nuestros peones, y antiguo muletero, emprende de vez en cuando un viaje á Albuquerque, cuyo camino tiene muy buenas razones para conocer. En tales ocasiones, lleva mensajes y compra víveres, teniendo luego buen cuidado de no dirigirse á este sitio sino de noche. Con nuestro oro, que aun

—No tengo conocimiento de ella, amigo mío. ¿Cuál era, en resumen, su contenido?

—Nada importante ya: limitábame á deciros que volvía á Nueva Méjico y esperaba hallaros sin novedad.

—¿Indicabais la época en que pensabais llegar á Albuquerque?

—Sí; pero sólo según mi cálculo, más ó menos aproximado.

—Y ¿hacíais también mención del camino que ibais á seguir?



—¡Seré vuestro compañero!—interrumpe Walt Wilder poniéndose en pie

no se ha gastado, nos proporcionamos algunas comodidades, mientras que un amigo, el único que conoce nuestro retiro, nos comunica cuantas novedades ocurren. Ahora ya los sabéis todo.»

CAPITULO XXXVIII

SOSPECHA ACLARADA

Concluído su relato, el coronel Miranda permanece silencioso y meditabundo algunos instantes, lo mismo que su oyente. Sin duda, piensan los dos en el mismo asunto, en el miserable Gil Uraga.

Por fin, rompe el silencio Hamersley preguntando á su amigo:

—¿Recibisteis mi carta?

—¿Qué carta?

—Os escribí una; mas ahora pienso que no pudo llegar á vuestras manos, pues ya no estaríais en Albuquerque cuando se recibió allí.

—Sí. Cuando escribí la carta, mi ánimo era dirigirme por una nueva senda descubierta últimamente, y que toca con el extremo norte del Llano Estacado. En efecto: aventuréme por aquel nuevo camino; mas... ¡ay!... el resultado fué funesto... ¿Por qué me dirigís tales preguntas?

El coronel no contesta en el acto: parece meditar profundamente sobre algún asunto que le llama la atención. En aquel momento entra Walt Wilder en la habitación, y siéntase detrás de todos. Su llegada es oportuna, pues D. Valeriano pensaba enviar á llamarle, á fin de celebrar una especie de consejo de familia, porque acaba de ocurrírsele una idea que, en su concepto, deben tomar todos en consideración.

—Estoy pensando,—dice, al fin, dirigiéndose á todos —en el ataque de la caravana. Y cuanto más reflexiono sobre ello, más me inclino á creer que algunos de los indios que os acometieron iban pintados.

—¡Oh! Todos lo estaban,—contesta Hamersley.

—Sí, amigo mío, ya lo sé,—contesta el coronel;—pero no es eso lo que yo quiero decir.

—Páreceme que yo lo entiendo,—interrumpe Walt Wilder, levantándose de su silla al oír esta observación.—He sospechado lo mismo, y bien recordaréis que os lo dije, amigo Frank.

El joven mira á su antiguo compañero con aire interrogativo.

—¿No os dije,—continúa Walt,—que entre los indios ví dos hombres con barba, y que, en mi concepto, eran blancos? A esto alude, sin duda, el coronel.

—Precisamente,—replica Miranda;—no dudo que eran indios comanches los que os atacaron, matando á vuestros compañeros; pero estoy seguro de que entre los salvajes iban algunos blancos, por lo menos uno, y que éste es quien ha dirigido á los demás.

—¿De quién sospecháis, coronel?— pregunta Hamersley, que, adivinando, al parecer, la respuesta, no puede reprimir un movimiento de indignación.—¿Será, por ventura, de ese Gil Uraga?

—Del mismo,—replica el coronel;—es indudablemente el ladrón que os ha despojado. Disfrazado de indio, y mezclándose entre los salvajes, él ha sido, sin duda, quien hizo las veces de jefe. Me parece ver todo eso tan claro como la luz del sol. De un modo ú otro, llegó á sus manos vuestra carta; enteróse de su contenido, y supo el camino que habíais tomado, con qué fuerza contabais y cuál era el valor de vuestro cargamento. No necesitaba el aliciente de este último para acometeros: la señal que le hicisteis en la mejilla era muy bastante. Ya os advertí que revolvería cielo y tierra hasta vengarse, y ahora veis como lo ha conseguido. Yo soy un refugiado á quien despojaron de cuanto tenía; con vos han hecho lo mismo, y ambos somos dos hombres que

pueden considerarse completamente arruinados.

—¡Aun no!—exclama Frank poniéndose en pie.—Aun no estamos arruinados, coronel Miranda; pues, si resulta cierto lo que decís, buscaré al infame para tener una segunda entrevista con él, y entonces...

—¡Seré vuestro compañero!—interrumpe Walt Wilder poniéndose en pie.—Para conseguir ese fin, soy capaz de ir con vos hasta el corazón de Méjico, hasta los mismos patios del palacio de Motezuma, y estoy dispuesto á seguirlos en este mismo instante.

—Si nuestra conjetura se confirma, coronel,—continúa Hamersley, cuya frialdad contrasta con la excitación de su compañero;—si ese miserable capitán Gil ha tomado parte en la destrucción de mi caravana, ó ha sido el instigador del ataque, no dejaré piedra sobre piedra hasta obtener justicia.

—¡Justicia!—exclama Walt Wilder con acento desdeñoso.—En casos de tal naturaleza, necesitamos algo más. ¿Qué justicia ha de castigar á los que atacan á trece hombres inocentes, los asesinan y los mutilan después! No es justicia lo que necesitamos, sino una ruidosa venganza.

—Amigos míos,—replica el coronel,—hay una justicia superior á la nuestra, á la de todos los hombres; una justicia suprema é invisible, que sabe castigar el crimen y recompensar la virtud. Un secreto presentimiento me dice que ella recaerá sobre los culpables; y si tal sucede, hartos satisfecha quedará la venganza que tanto anhela Walt Wilder. Yo, que tengo la práctica y la experiencia de la vida; yo, que conozco mejor que vosotros los hombres y las cosas de mi país, os aconsejo dar al tiempo lo que es del tiempo y no precipitaros temerariamente, pues tal vez los acontecimientos mismos pondrán en vuestra mano los medios de obtener cumplida satisfacción de vuestros agravios.

FIN DE LA PRIMERA PARTE

ÍNDICE

| CAPÍTULOS | PÁG. | CAPÍTULOS | PÁG. |
|----------------------------------|------|-------------------------------------|------|
| I.—Insulto. | 1 | XX.—El hombre de la barba. | 30 |
| II.—El desaffo. | 3 | XXI.—Metamorfosis.. . . . | 31 |
| III.—Despedida. | 4 | XXII.—Separación. | 34 |
| IV.—La rebelión. | 7 | XXIII.—Encuentro. | 36 |
| V.—Ansiedad. | 8 | XXIV.—¡legar á tiempo.. . . . | 37 |
| VI.—La caravana. | 9 | XXV.—Desvanecimiento. | 39 |
| VII.—Lluvia de fuego. | 10 | XXVI.—El regreso del guía.. . . . | 41 |
| VIII.—Nuevas proezas. | 11 | XXVII.—Reunidos. | 42 |
| IX.—Persecución. | 14 | XXVIII.—Impresión. | 44 |
| X.—El peligro. | 15 | XXIX.—Sano y salvo. | 44 |
| XI.—Astucia. | 17 | XXX.—Nueva sorpresa. | 48 |
| XII.—En la sima. | 17 | XXXI.—Los indios. | 49 |
| XIII.—Lluvia de piedras. | 19 | XXXII.—Los tejanos. | 50 |
| XIV.—Horrible trance. | 20 | XXXIII.—Rescate. | 52 |
| XV.—Escenas salvajes. | 22 | XXXIV.—El renegado. | 54 |
| XVI.—Enterrados. | 24 | XXXV.—Entre amigos.. . . . | 56 |
| XVII.—En libertad. | 25 | XXXVI.—Manuel. | 58 |
| XVIII.—Herido. | 27 | XXXVII.—Explicación. | 60 |
| XIX.—Nueva etapa. | 28 | XXXVIII.—Sospecha aclarada. | 63 |



LOS PIRATAS ROJOS

(SEGUNDA PARTE)

CAPITULO I

EL MENSAJERO

El coronel Gil Uraga, á pesar de su inesperada promoción militar y de su mal adquirida riqueza, no es en modo alguno un hombre feliz. Sólo cuando está ocupado en algún importante asunto del servicio, ó en un negocio lucrativo, consigue distraerse un poco. Por eso se acostumbra á la bebida, mas no á fin de ahogar el grito de la conciencia, porque carece de ésta: el cáncer que le consume no es el remordimiento, sino el despecho en una cuestión amorosa y una sed de venganza no extinguida.

Hay momentos en que es verdaderamente desgraciado, sobre todo cuando se mira al espejo, ó contempla un cuadro que hay en la sala principal: es el retrato de Adela Miranda, pues el coronel Gil ha tomado posesión de la casa de su predecesor, con todos los muebles y efectos que éste hubo de abandonar en su precipitada fuga.

El coronel de lanceros adora á la hermosa Adela Miranda, y, aunque su amor tenga un carácter brutal, no por eso es menos profundo que el que pueda sentir el más noble caballero.

En otro tiempo creyó que habría alguna probabilidad de obtener su mano, porque la hu-

milde cuna no es obstáculo en Méjico, donde el soldado raso ó el sargento de hoy será teniente, capitán ó coronel mañana. La esperanza había sido un estímulo para sus aspiraciones militares, y acaso también el motivo que le indujo por primera vez al crimen.

Juzgó que las riquezas serían puente de oro para pasar sobre las distinciones sociales que mediaban entre él y la hermosa dama, y, en esta persuasión, no reparó entre los medios. En cuanto á lo demás, el coronel Uraga no era mal parecido: hasta podía considerársele como un buen mozo, y contaba algunas victorias entre el bello sexo.

Sin embargo, estas últimas escasean desde que recibió la terrible cuchillada en su duelo con el joven americano, porque no sólo perdió tres dientes, sino que su enemigo le partió la mejilla; ha podido reemplazar aquéllos, pero quédale una fea cicatriz, que ni aún del todo puede ocultar dejando crecer mucho las patillas.

Después de este desgraciado lance, hizo sus proposiciones á Adela Miranda, y ahora cree que su cicatriz fué el motivo de que se le despreciase; si bien la antipatía de la joven, juntamente con la indignación del hermano, no reconocía de ningún modo por causa tal deformidad física. A no ser por su ciega pasión, lo hubiera comprendido así; pero como persiste

en su idea, no debe extrañarse que se encolerice y blasfeme cuando se mira al espejo.

Al regresar de su secreta expedición de muerte y de saqueo, contempla sus facciones con más tranquilidad, porque ha obtenido una sangrienta satisfacción del hombre que le desfiguró el rostro. Su adversario de Chihuahua no existe ya: ha sufrido una suerte que debe aplacar el más ardiente deseo de venganza; y al reflexionar el coronel Gil en los prolongados y horribles tormentos de que habrá sido víctima su enemigo, no puede reprimir una carcajada diabólica.

Pero no basta esto para calmar su espíritu, porque aun no ha completado su venganza, que debe saciarse en el padrino del joven americano; y, aunque consiga dar muerte á Miranda, aun quedará otro pensamiento para atormentarle: el desprecio de Adela.

Sentado ante una mesa en el salón de la casa de Miranda, sin otra compañía que un cajón de cigarros y una botella, no de vino, porque es demasiado flojo para él, sino de aguardiente Tequila destilado, entrégase á sus reflexiones mientras contempla el retrato de la mujer que adora.

¿Qué ha conseguido con todas sus villanías? ¿De qué le sirve la vida sin la hermana de Miranda? Sería capaz de saquear una iglesia por obtener su mano, y asesinar, además, al mejor de sus amigos por una sonrisa de Adela.

En su soliloquio hace varias conjeturas acerca de los fugitivos. ¿Dónde se hallarán? Probablemente en los Estados de la Unión, en ese asilo de rebeldes y refugiados. No es posible que estén en el territorio de Nueva Méjico, pues sus espías lo han recorrido todo, y no debe dudar de su celo, estimulado por la recompensa prometida. También ha enviado emisarios secretos á Río Abajo y á las provincias interiores; pero nadie ha visto á Miranda ni á su hermana tampoco.

Á este punto llega de sus reflexiones, cuando aparece de pronto un hombre en el umbral de la puerta y penetra en la estancia, después de pedir permiso para entrar.

Es un oficial que viste su uniforme y á quien ya conocemos, aunque llevaba otro traje cuando por primera vez se presentó en escena: es el teniente Robles, el ayudante de Uraga, y también su compañero en el crimen.

—Me alegro que vengáis, ayudante,—dice el coronel invitando al oficial á tomar asiento;—ya me aburría un poco, y necesito alguien para distraerme: vos sois precisamente el hombre más á propósito, pues tenéis gran facilidad de palabra.

Sin duda, cree Robles que esto es una ironía, pues permanece silencioso.

—Sentaos y decidme algo de bueno,—añade el coronel;—aquí tenéis un cigarro y una copita de aguardiente, el más rico que produce Tequila.

—Un compañero he traído,—contesta Robles, sin tomar asiento,—cuya conversación podrá seros más agradable.

—¡Ah! ¿Alguno de nuestros compañeros del cuartel? Decidle que entre.

—No es ninguno de los oficiales, coronel: es un hombre que tiene trazas de paisano.

—Pues, paisano ó militar, podéis presentarle, tal vez sea alguno de los ricos de la vecindad, que viene á jugar un poco al monte ó á los dados. Precisamente estoy de vena para ello.

—El hombre á quien me refiero,—replica el ayudante,—no parece ser rico: á juzgar por la manta que le cubre y su mísero traje, diría más bien que es un mendigo.

—De modo, que ¿no le conocéis?

—Creo que lo mismo os sucederá cuando le hayáis visto.

—¿Qué clase de hombre es?

—Si no me engaño, un indio.

—¡Ah! ¿Tal vez un comanche?

Al hacer esta pregunta, el coronel Gil Uraga revela cierta inquietud, porque sus relaciones con los indios son muy delicadas; y, aunque desea estar en buena inteligencia con ellos cuando los necesita, prefiere tenerlos lejos, sobre todo si son comanches, cuando no le hacen falta sus servicios. Así que le da la idea de que el hombre que espera para ser presentado es algún mensajero del *Lagarto Cornudo*, con el cual no quiere tener ninguna comunicación por algún tiempo.

Esta idea le desconcierta un tanto; pero su ayudante le tranquiliza diciendo:

—No, coronel: no es un comanche, ni se parece á ellos sino por el color de la piel: debe ser vecino de un pueblo y tiene trazas de labrador.

—Pero ¿qué quiere decirme?

—Eso no lo sé, pero sí que tiene gran deseo de hablaros; tal vez sea portador de una noticia importante, y yo así lo creo; pues, de otro modo, no me hubiera tomado la libertad de conducirlo hasta aquí.

—¿Está ahí?

—En el patio espera. ¿Queréis que le mande subir?

—Al momento: no estará de más oír lo que tiene que decirme. Tal vez se trate de alguna futura invasión de los indios; y como somos protectores del pueblo, según ya sabéis, cúmplenos evitar en lo posible semejante catástrofe.

El coronel no puede menos de sonreírse al pronunciar estas palabras, que son un triste y sangriento sarcasmo, y el ayudante expresa su aprobación encogiéndose de hombros.

—¡Vamos! Haced subir pronto á ese bruto,—dice el coronel,—y esperad en el patio hasta que os llame, porque tal vez el mensajero desea hablar sin testigos. Bebed una copita, tomad un cigarro y entreteneos como mejor podáis.

Apenas ha salido el oficial, Uraga mira á su alrededor para asegurarse de que tiene armas al alcance de su mano: de la pared pende su sable, y encima de la mesa hay un par de pistolas.

Satisfecho de su examen, espera tranquilamente la entrada del indio.

CAPÍTULO II

CONFIDENCIA

Transcurrido apenas un intervalo de veinte minutos, ábrese de nuevo la puerta y entra el indio: después de introducirle en la sala, el ayudante se retira y baja al patio.

las anchas alas del sombrero de paja no le ocultan ya en parte el rostro y fija en él su vista, se levanta lanzando una exclamación, la cual indica que acaba de reconocer al hombre: era el muletero de D. Valeriano Miranda.

—¡Cómo! ¿Eres tú, Manuel?

—Sí, señor, para servir á V. S.,—contesta Manuel haciendo una segunda cortesía.

A la vista de aquel hombre, una repentina idea cruza la mente del coronel Uraga, quien hace agradables conjeturas.



—¡Cómo! ¿Eres tú, Manuel?

El coronel Uraga, al ver al recién llegado, siente deseos de reír, y reflexiona sobre las precauciones que acaba de tomar. Es un pobre diablo, un peón indio, cuya humilde vestimenta se compone de un capotillo de lana, calzón corto de piel de carnero, abarcas y un mugriento sombrero de paja. Su largo cabello negro cae sobre los hombros, y el aspecto y la mirada del individuo revelan timidez. No obstante, á intervalos parecen animarse sus ojos con un fuego sombrío, como el que debió brillar en las pupilas de sus antecesores cuando, agrupándose al rededor de Guatimozín, armados de mazas y lanzas, trataron de rechazar intrépidamente á sus invasores.

Al entrar el humilde personaje en la magnífica habitación, lo primero que hace es descubrirse, y después se inclina servilmente ante el brillante oficial, que está sentado á la mesa.

Hasta entonces ha supuesto Uraga que aquel hombre le es desconocido; pero cuando

En efecto: acaba de recordar que, en la época en que se fugó el coronel Miranda, algunos de sus criados se fueron con él, siendo Manuel uno de ellos. Al presentarse el indio tan respetuosamente á él, confía en obtener los primeros informes que le permitan descubrir á los fugitivos. Manuel debe saber algo sobre su paradero, le tiene en su poder y le obligará á decirlo todo, de grado ó por fuerza.

Mas en la actitud del indio hay alguna cosa que le indica que no será necesario apelar al último extremo: obtendrá tal vez los apetecidos informes sin violencia, y resuelve hacer sus averiguaciones adoptando una línea de conducta enteramente contraria.

—¡Pobre hombre!—le dice.—Parece que estás muy fatigado por un penoso viaje. Toma: aquí tienes algo para recobrar las fuerzas: luego me dirás qué se te ocurre. Supongo que vienes á comunicarme algo referente al mando de mi distrito. Día y noche estoy dispuesto

á oír á cuantos necesiten decirme cosas que tiendan á mejorar nuestra situación.

Al hablar así, el coronel llena un vaso de aguardiente y se lo entrega al indio, quien lo apura de un trago con evidente placer.

Poco acostumbrado desde hace algún tiempo á la ardiente bebida, ésta produce un efecto casi instantáneo, y un momento después el hombre comienza á ser más comunicativo; pero no necesitaba esto para hablar, pues ya iba resuelto á ello, y, por lo tanto, las declaraciones que hace después son más bien debidas á sus pasiones que á fuerza del alcohol.

—Te he echado de menos por aquí, Manuel,—dice Uruga con tono afable, procurando dirigir hábilmente la conversación.—¿Dónde has estado, muchacho?

—Con mi amo,—contesta el interpelado.

—¿Ah! ¿De veras? Yo pensaba que tu amo había salido del país.

—No del país, pero sí de la parte habitada.

—¿Ah! Conque, es decir, que está dentro del territorio mejicano? Mucho me alegra el saberlo, pues sentía que hubiéramos perdido tan buen ciudadano y patriota como D. Valeriano Miranda. Cierto que él y yo diferimos en opiniones políticas; pero ya comprenderás, Manuel, que esto no es nada. Los hombres pueden ser adversarios en ese terreno y muy buenos amigos en los demás. Y á propósito: ¿por dónde anda ahora el coronel?

A pesar de su aparente torpeza, el indio no es bastante estúpido para dejarse engañar así, pues conoce perfectamente la situación por varios antecedentes, y el lenguaje del brillante militar no le seduce. Las circunstancias le han permitido apreciar antes el carácter de Uruga y sus aspiraciones, y sabe que le anima un sentimiento semejante al suyo. Comprendió hace tiempo que el coronel de lanceros amaba á su señorita tanto como él á la doncella, y precisamente por esto ha venido á ver á Uruga, confiando en el éxito de su proyecto de venganza.

No obstante la influencia del aguardiente, que cada vez parece soltarle más la lengua, Manuel hace con cautela sus declaraciones, y es necesario que Uruga repita las preguntas para que conteste á ellas: entonces lo verifica con cierta vaguedad, como el indio á quien aplican el tormento para que confiese dónde se halla la mina de oro por él descubierta.

—Señor coronel,—dice, al fin,—¿cuánto daría V. S. por saber dónde se halla mi amo ahora? Creo que se ha ofrecido una buena cantidad por su cabeza.

—Ese es asunto del Gobierno,—contesta Uruga;—no tengo nada que ver con ello personalmente. Sin embargo, en mi calidad de coronel, deber mío es adoptar las medidas necesarias para reducir á prisión á tu amo. Creo que puedo prometer una buena recompensa al que facilite noticias que me permitan detener á un fugitivo rebelde, á fin de que sea juzgado por un Consejo de Guerra. ¿Puedes tú proporcionarlas?

—Según y cómo. Ya comprenderá V. S. que

yo soy un pobre hombre y necesito dinero para vivir. El coronel Miranda es mi amo, y si le sucediese alguna cosa perdería mi colocación. ¿Qué puedo hacer en este caso?

—¡Oh! Fácil te sería encontrar otra, y mejor que ésta, sobre todo un hombre joven y fuerte como tú. ¡Vamos, buen Manuel! Bebe otra copita y acabarás de cobrar ánimo: esto te hará provecho.

A invitaciones de tal género no se niega nunca un indio, lo mismo el *bravo* que el *manso*: Manuel acepta gustoso, y echa otro trago de aguardiente.

El espíritu alcohólico produce entonces su efecto con más eficacia al calentar el estómago; y tanto es así, que el indio olvida la prudencia característica de los hombres de su raza. Su lengua acaba de soltarse, y, sin pensar más que en su proyecto de venganza y en asegurarse de Conchita, descubre todo el secreto de la fuga del coronel Miranda, su retirada por el Llano Estacado y su residencia en el solitario valle.

Y cuando habla al coronel Gil de los huéspedes que han recibido hospitalidad de su amo, da tan minuciosamente sus señas, que Uruga no puede reprimir una ruidosa exclamación, y hace un movimiento tan vivo, que derriba la mesa y los vasos.

Pero no mira el desperfecto que acaba de causar, y, acercándose á la puerta, llama á su ayudante y al cabo de guardia con un grito que resuena en toda la casa.

—¡Cabo!—exclama dirigiéndose á éste cuando se presenta.—Conducid á ese hombre á la Prevención, y tenedle allí hasta que yo le necesite. Cuidado con que se escape, pues si esto llega á suceder, os mandaré fusilar á los diez minutos. Os lo aseguro bajo mi palabra.

A juzgar por el aspecto del indio, es evidente que el cabo no corre peligro de sufrir la muerte con que le amenazan. Es tal su asombro y aturdimiento, que no halla palabras para protestar. Mudo, y sin poner resistencia, es conducido fuera de la habitación, más muerto que vivo, al parecer.

—¡Vamos, Robles!—dice Uruga á su ayudante tan pronto como se ha cerrado la puerta detrás del cautivo.—Bebamos primero por la venganza, que aun no he satisfecho, pero que ahora es más segura que nunca. Después beberemos por mi triunfo en el amor, del cual no desespero ya. ¡Al fin, pareció mi querida Adela!

Y, acercándose al retrato, contéplale un momento y añade:

—¿Creías escaparte; pero no lo conseguirás! Ni el amigo, ni la novia, ni el adversario te podrán librar tan fácilmente de Gil Uruga, y te estrecharé, por fin, en mis brazos, si no como esposa... como amante.

CAPITULO III

UN PARAÍSO

Dura te su permanencia en el retirado va-

lle, el joven traficante de las praderas se siente á menudo inclinado á poetizar, porque á ello le convida el retiro donde se halla.

Por más que se halle en un desierto, no tiene el aspecto de tal el cuadro que continuamente se ofrece á sus ojos: desde la humilde vivienda donde se le ha dispensado una generosa hospitalidad, y sentado bajo un copudo árbol, contempla un paisaje encantador que despierta el recuerdo del paraíso.

El cielo, de un purísimo azul, no está empañado por la más pequeña nube; los rayos del sol, penetrando débilmente á través del espeso follaje, realzan sus frescos maticos; el laurel-rosa, el naranjo y el árbol de la China embalsaman la atmósfera con su perfume. En el centro de aquella rica vegetación hay un tranquilo lago, cuya tersa superficie agitan de vez en cuando las alas de algún ave acuática, y á un lado y otro completan el conjunto bonitas cascadas, cuyas frescas aguas se resuelven en blanquísima espuma.

Forman contraste con este cuadro los sonidos que se perciben: durante el día es el arrullo de las palomas torcaces y los alegres gritos del cardenal rojo; de noche el llamamiento del cisne trompetero y el ruidoso canto del tordo poliglota, el famoso pájaro burlón de América.

Nada tiene de extraño que el inválido, después de restablecerse de una larga enfermedad que ha oscurecido su entendimiento, considere todo aquello como una especie de paraíso, mucho más habiendo allí una Eva que se ha hecho dueña de su corazón. Esta es Adela Miranda, en la cual cree ver el tipo de una belleza casi ideal, de esas que sólo se ven entre las mujeres por cuyas venas circula la sangre de Andalucía.

Mucho antes de su convalecencia y de abandonar el lecho. Frank ha pensado que para él no había más mundo que aquel donde habitase Adela Miranda, ni otro ser viviente que ella.

Seguramente, estaba decretado por la Providencia que aquellas dos almas se uniesen. Si no fuese así, ¿por qué habían de encontrarse en tan extraño lugar y merced á tan singulares circunstancias?

Al hacer Hamersley estas reflexiones, levanta castillos en el aire, fundando en ellos sus esperanzas.

Piensa luego en aquel retrato que vió en Alburquerque, y en la simpatía que le inspiró la imagen que representaba: las facciones de aquella joven, tan poco semejantes á las que estaba acostumbrado á ver en su país, le habían causado una viva impresión, y casi se enamoró del retrato. Como si esto no fuera bastante, la descripción que hizo de Adela su hermano, así como los incidentes que promovieron su amistad con el coronel Miranda, contribuyeron á unir los eslabones de la cadena que debía convertirse en un tierno sentimiento en el corazón del joven Frank. Ni el tiempo ni la ausencia bastaron para borrar la primera impresión: muy lejos de ello, aun cuando estaba ocupado con sus más importan-

tes asuntos, aquel retrato parecía reproducirse en la retina de su memoria, y con frecuencia también en sus noches de insomnio.

Y ahora que ve la realidad en toda su esplendente belleza, rodeada de un cuadro pintoresco; ahora que se han acumulado los incidentes poéticos; ahora que ve de continuo á la hermosa mujer que le salvó la vida, ¿no es natural que el tierno sentimiento que en otro tiempo experimentó su alma adquiriera más fuerza y se arraigue en su corazón?

Pues así ha sucedido: el amor le domina, tanto más cuanto que es el primero que ha experimentado hasta entonces, y, por lo mismo, se estremece cuando piensa en la posibilidad de ser correspondido.

Desde que recobró el conocimiento no ha dejado de calcular cuáles eran las probabilidades en su favor; y por algunas palabras que oyó cierto día en que se le creía dormido, abriga fundadas esperanzas. Jamás ha olvidado las frases pronunciadas junto á su lecho en un momento que se supuso que no llegarían á sus oídos.

Y, sin embargo, después de esto, ni una sola palabra, ni un acto, le han dado á entender que era correspondido. La joven le ha manifestado todas las atenciones que merecía por su situación; pero nada más. ¿Fueron pronunciadas aquellas palabras irreflexivamente, bajo la impresión del momento, ó serían tal vez una ilusión de sus sentidos?

Frank desea saber la verdad, y cada hora que pasa sin conseguirlo es para él un tormento de Tántalo. Sin embargo, no se atreve á preguntar, por temor de que la respuesta sea para él una penosa revelación.

Casi envidia á Walt Wilder por su fácil conquista y grotesca declaración; quisiera poder imitarlos, con tal de recibir una contestación análoga. El triunfo de su compañero debía enardecerlos; pero no es así, porque no hay paralelismo entre las dos partes.

Por eso pasan los días sin hacer ninguna declaración, porque teme recibir un disgusto, y no por faltar una oportunidad, pues casi siempre está solo frente á la mujer que adora; no tiene ningún testigo, y su amigo Miranda no piensa ni remotamente en vigilarle. Casi todos los días emprende alguna excursión con el antiguo cazador, quien le refiere muchas historias de las praderas.

Cuando Walt Wilder vuelve á la casa, no le faltan ocupaciones que le tienen separado de su compañero: Conchita es lo que más le llama la atención.

Hamersley no debe temer tampoco la presencia de D. Próspero, que, absorto en su estudio de la naturaleza, pasa las más de sus horas contemplándola; casi todos los días sale á cazar lagartos entre las rocas, á buscar insectos, á escoger plantas, para completar su clasificación botánica. En esta tranquila ocupación es tal vez más feliz que aquéllos, cuyos corazones están dominados por esa suprema pasión que se llama amor, tan dulce con frecuencia, tan amarga algunas veces.

Y, siempre tan cerca del objeto de su adoración, Hamersley le rinde culto, pero en silencio.

CAPITULO IV

UN DESIGNIO PELIGROSO

Al fin, llega el día, la hora en que el joven Frank se propone emprender la marcha, y no piensa en ello sin sentimiento. En aquel apartado retiro podía vivir feliz si Adela Miranda le perteneciera. De buena gana se quedaría; pero un sentimiento de deber le aconseja marchar. Ha de ir á reclamar justicia por la muerte de sus compañeros, y, si es posible, castigar á los asesinos. Para ello piensa ir al distrito del Norte, y, en caso necesario, al mismo Alburquerque. Los informes que le ha dado el ex comandante, y varias circunstancias sospechosas, le inducen á proceder así. Su intención es pedir cuentas á Uruga, no por medio de un duelo, sino ante un tribunal de justicia, si la puede encontrar en Nueva Méjico.

—Si vuestras conjeturas se confirman,—dice al coronel Miranda,—buscaré al bribón en su guarida; y como no le encuentre en ella, le perseguiré por todo el territorio de Méjico.

—Aquí hay uno que os acompañará,—exclama Walt Wilder, entrando en aquel momento.—Sí, Frank: iré con vos hasta el corazón de Méjico, hasta donde sea necesario, para castigar á ese infame.

—Creo, coronel Miranda,—continúa Hamersley, satisfecho, pero no arrebatado por la entusiasta oferta de su compañero,—creo que en vuestro país habrá alguna ley para obtener satisfacción de semejante ultraje.

—Querido amigo,—replica Miranda tranquilamente mientras enciende un cigarro,—aquí hay leyes para los que tienen influencia y dinero. En Nueva Méjico, según habréis podido observar, la fuerza es el derecho, y nunca tanto como ahora. D. Manuel Armijo es otra vez el gobernante de mi desgraciado país natal; y si os digo que se elevó á su actual posición merced á un crimen análogo al de que acabamos de hablar, comprenderéis qué clase de leyes rigen bajo su gobierno. Manuel Armijo era un pastor á quien confiaron una vez la conducción de un ganado de treinta mil carneros, propiedad de su amo Sr. Chaves, y que debían venderse en el mercado de Chihuahua. Mientras cruzaba por un sitio llamado Jornada del Muerto, Armijo y dos de sus compañeros, que habían combinado cierto plan, disfrazáronse de indios apaches, acometieron y asesinaron á sus camaradas é hicieron dueños de todo el ganado. Después, despojándose de su disfraz, laváronse bien la pintura y continuaron su marcha hasta un mercado diferente, donde fueron vendidos los carneros. Hecho esto, presentáronse á su amo el Sr. Chaves, á quien dijeron habían sido víctimas de un ataque de los indios. Tal es la verdadera historia del general don Manuel Armijo, gobernador de Nueva Méjico, ó, por lo menos, la del principio de su ca-

rrera. ¿Creéis que un hombre de semejante especie podría hacer otra cosa sino pasar por alto las infamias de un Gil Uruga, que sólo es su imitador? Creedme, amigo mío: aunque podríais probarlo todo contra el comandante de Alburquerque ante un tribunal, demostrando que él fué el individuo que robó y asesinó á vuestros hombres, no conseguiríais nada.

—A pesar de todo, lo probaré,—replica Hamersley, contristado por el recuerdo de la muerte de sus compañeros.—Y no creáis, coronel, que me propongo confiar mi causa á don Manuel Armijo, ni que espero de él la justicia. Vasto es el desierto que media entre los Estados Unidos y Nueva Méjico, mas no lo suficiente para impedir al águila americana tender su vuelo hasta aquí para prestar protección á todos aquellos que tienen el derecho de reclamarla, aunque sea un pobre traficante de las praderas. Ahora, coronel Miranda, no sólo debo estaros agradecido por haber salvado dos veces mi vida, sino por indicarme el rastro de aquel que atentó contra ella. Inútil será que tratéis de disuadirme: iré directamente al valle del Norte en busca de ese miserable, y estad seguro que no dejaré de obtener justicia, por más que D. Manuel Armijo trate de oponerse á ello.

—Muy bien. Si estáis resuelto, no insistiré; pero temo que vuestras diligencias sean inútiles, si no funestas. Las dos mulas están á vuestra disposición, y podréis dejarlas en el sitio que yo os indique. Cuando Manuel vuelva, le enviaré por ellas.

—Tal vez las devuelva yo mismo, pues no es mi ánimo permanecer en Nueva Méjico más que el tiempo suficiente para comunicarme con el coronel americano en Santa Fe y adoptar algunas medidas preliminares. Después volveré á los Estados, á fin de someter al juicio de mi Gobierno todo este asunto.

—Y ¿pensáis volver por aquí?

—Sí. En sus exploraciones por la corriente que atraviesa este valle, Walt ha reconocido que corresponde con el río de Luisiana, y que, siguiéndola, podremos llegar á los establecimientos fronterizos de Tejas, trasladándonos desde allí á los Estados.

—Me alegraré que volváis por aquí, porque esto me proporcionará el gusto de veros otra vez.

—Coronel Miranda,—replica Hamersley, con un tono que indica que desea hacer alguna proposición y no sabe cómo expresarse con más delicadeza,—al volver por el Llano Estacado tengo otro objeto, que no es precisamente el de elegir el camino más corto.

—Pues ¿qué os proponéis, amigo mío?

—Induciros á que me acompañéis á mi país vos y los vuestros.

—Esa es mucha bondad, amigo mío; pero debo advertiros que nuestro destierro no puede ser ya largo. He recibido cartas de varios compañeros, en las cuales se me dice que los asuntos van tomando otro giro, y que la rueda de la política hará muy pronto su revolución, derribando al partido actual. Entonces puedo

volver triunfante á mi país, y hasta entonces viviremos aquí tranquilos y seguros, según creo.

—En esto último no convengo con vos. Siento mucho decíroslo; pero creo tener razones para ello. Ahora que conozco el verdadero carácter del miserable Uraga, sus últimos actos y otros que sospechamos, comprendo que es hombre que no dejará piedra sobre piedra para descubrir vuestro retiro. Tiene varios motivos para proceder así; pero, sobre todo, uno que le

tener la recompensa ofrecida por la cabeza del refugiado.

Al hacer estas reflexiones, Miranda admite que no dejan de ser fundados los temores de su amigo, y lo mismo opina D. Próspero, que, entrando en aquel momento, toma parte en la conversación.

Termina ésta, conviniendo los refugiados en permanecer en el valle, sólo hasta que vuelvan Hamersley y Walt. Entonces abandonarán aquel asilo, que ya no consideran seguro, para



—Y ¿pensáis volver por aquí?

inducirá á perseguiros hasta el último rincón de la tierra.

El motivo á que alude Frank Hamersley, pero que no manifiesta, es el empeño de Uraga en obtener la mano de la hermana del coronel.

—No, D. Valeriano,—continúa Frank;—no estáis seguro aquí. ¿Quién os dice que vuestro criado Manuel no ha sido descubierto en una de esas expediciones á que le enviáis con frecuencia, ó que el mismo hombre no caerá en la tentación de descubrirnos? Os confieso que no me gustó ese Manuel desde la primera vez que le ví, y hasta me causó una mala impresión.

Estas palabras hacen reflexionar al coronel, pues no es la primera vez que ha tenido la misma idea, inspirándole sospechas la fidelidad del indio. Podía suceder muy bien que aquel hombre le hiciera traición, si no entonces, más adelante, aunque sólo fuese para ob-

retirarse á un país que lo es, á esa tierra donde flota un pabellón bastante poderoso para proteger á sus ciudadanos y á sus amigos, donde ondea la bandera estrellada.

CAPITULO V

LA DECLARACIÓN

—Traigo noticias para ti, niña,—dice el coronel Miranda entrando en la habitación de Adela después de la conversación que acabamos de reproducir.

—¿Qué noticias, Valeriano?

—Son de dos clases.

—Espero que todas buenas.

—No del todo. La una te agradará; la otra tal vez te sea algo penosa.

—Entonces, la una neutralizará la otra; pero, de todos modos, veamos cuáles son.

—Comenzaré por la buena. Pronto tendremos oportunidad de abandonar este desierto.

—Y ¿á eso llamas buena noticia? Yo creo todo lo contrario. ¿Qué será, pues, la otra?

—Pero, Adela, reflexiona que nuestra vida aquí, lejos de la sociedad, ha sido para ti una dura prueba y para mí también.

—En eso no estamos conformes, hermano mío. Ya sabes que no me importa, ni me ha importado nunca eso que el mundo llama sociedad: prefiero estar libre de sus estúpidas restricciones y necio convencionalismo. Más me gusta tener á la Naturaleza por compañera.

—Creo que ya habrás podido saciar tu inclinación.

—Nada de eso. Jamás he sido tan feliz como en este desierto. ¡Qué diferencia, cuando le comparo con el colegio del convento, que no era para mí sino una prisión! ¡Oh! Esto es encantador; y si de mí dependiera, declaro que no me marcharía de aquí. Pero ¿por qué hemos de irnos? ¿Crees que los disturbios han terminado y que podemos volver sin peligro? Después de lo ocurrido, te aseguro, hermano, que no deseo regresar á Nueva Méjico: preferiría quedarme en esta soledad.

—No es mi ánimo volver allí.

—¿A dónde, pues, hermano?

—A un punto muy opuesto: á los Estados Unidos. Mi amigo Hamersley me lo aconseja, y accedo á su invitación.

Al oír esto, la joven parece menos inclinada á oponerse, y ya no protesta contra el cambio de residencia.

—Querida hermana,—continúa el coronel,—creo que es lo mejor que puede hacerse, porque hay poca esperanza de que nuestro desgraciado país se vea libre de tiranos, al menos por algún tiempo. Cuando llegue el día de pronunciarse los patriotas, lo sabré á tiempo para venir á reunirme con ellos. Ahora debemos pensar sólo en nuestra seguridad. Aunque nunca quise alarmarte, jamás me he creído aquí seguro, pues ¡quién sabe si Uruga descubrirá, al fin, nuestro retiro! Sus espías buscan por todas partes; y cada vez que Manuel hace un viaje, temo que le sigan y nos descubran. Creo lo más prudente realizar nuestro primer designio, marchando á los Estados de la Unión.

—¿Pensáis acompañar á vuestro amigo Hamersley?—pregunta la joven con cierto aire de ansiedad.

—Sí; pero no ahora: aun pasará algún tiempo antes de que Hamersley vuelva.

—Va primero á su país, y regresará después: ¿no es así?

—No á su país, ni tampoco á su casa.

—¿A dónde, pues?

—Hé aquí la noticia que puede ser penosa para ti. Mi amigo ha resuelto ir á nuestro país natal por razones que ya conoces. Sospechamos que el coronel Uruga estuvo á la cabeza de los indios que le saquearon y dieron muerte á sus hombres, y ha resuelto descubrir y castigar á los perpetradores de tan infame

crimen. Esto será difícil, y hasta peligroso intentarlo: ya se lo he dicho así.

—Querido hermano, ¿no tratarás de disuadirle?

Muy satisfecho hubiera quedado Hamersley si hubiese oído el tono con que fueron pronunciadas aquellas palabras.

—Ya lo he procurado; pero todo ha sido inútil. No es la pérdida de su propiedad lo que más le estimula, porque es generoso y ya no piensa en ella: más noble causa le impulsa. Sus compañeros fueron todos asesinados, y quiere descubrir á los culpables y obtener justicia, aunque sea á riesgo de su propia existencia.

—¿Es un héroe!—dice para sí Adela.—¿Quién podría menos de amarle?

—Si quieres,—continúa el coronel,—iré á verle de nuevo, é insistiré sobre el particular, aunque conozco que será tiempo perdido. Pero... ¡una idea me ocurre! Suponte que tú le hablastes. Las palabras de una mujer son siempre muy atendidas, y conozco que las tuyas tendrán sobre él mucho peso, pues te considera como su salvadora, y acaso ceda á tu ruego.

—Si lo crees así, Valeriano...

—Ciertamente. ¡Mira! Ahora viene hacia aquí: quédate en este mismo sitio, y te le enviaré.

Poseído de una emoción profunda, que apenas puede ocultar, Hamersley está en presencia de aquella que es la única causa de su tumultuosa excitación, porque han enviado á llamarle de una manera que le sorprende algún tanto.

El coronel Miranda le ha dicho:

—Sr. Hamersley, mi hermana desea hablar dos palabras con vos.

¿Cuál podrá ser la importancia de aquella entrevista inesperada, que él no ha buscado y que Adela parece solicitar?

Esta es la reflexión que se hace Frank al dirigirse al sitio donde está la joven, á quien dice cuando llega á su presencia:

—Señorita, vuestro hermano me ha manifestado que deseáis hablarme.

—Sí,—contesta Adela con acento tranquilo y fijando su mirada en el joven.

A Frank le parece tan fría la expresión de aquella, que pierde la esperanza que había concebido. Indudablemente, no corresponderá á su amor.

—Caballero,—le dice la hermana del coronel,—se trata sólo de vuestro viaje á Río del Norte: Valeriano me ha dicho que pensáis ir allá, y quisiéramos que no fueseis, porque hay peligro en ello.

—Es para mí un deber.

—¿Eu qué sentido? Explicaos.

—Mis valerosos compañeros han sido asesinados; tengo razones para creer que en la ciudad de Albuquerque podré descubrir á los culpables, ó, por lo menos, á su jefe, y quiero obtener una satisfacción del crimen, aunque sea á costa de mi vida.

—¿Habéis reflexionado lo que ésta vale?
 —Para mí no gran cosa.
 —Podrá valer para otros; tenéis en vuestro país madre, hermanos y hermanas, y tal vez otra persona querida.
 —No, no en mi país.
 —Será, pues, en otra parte.
 Hamersley permanece silencioso sin saber qué contestar.
 —¿No pensáis,—continúa Adela,—que, al exponer vuestra vida á un peligro, podéis hacer

—Id, pues, á buscar satisfacción para vos y justicia para vuestros compañeros muertos, y, si es posible, el castigo de sus asesinos; pero recordad que, si perecéis en la demanda, *hay una persona que despreciará ya la vida.*
 —¿Quién?—pregunta Hamersley, con el corazón palpitante y los ojos brillantes de amor.
 —¿Quién?
 Casi era inútil la pregunta, porque el tono con que fueron pronunciadas las palabras indicaba ya la respuesta; pero la joven, cerran-



—Recordad que, si perecéis en la demanda, hay una persona que despreciará la vida

desgraciada á esa persona, y que vuestra muerte sería para ella una desgracia?

—Más lo sería para mí el deshonor; no es una venganza contra los que asesinaron á mis hombres lo que á mí me impulsa, sino el ardiente deseo de obtener justicia; y el no intentarlo fuera en mí una cobardía y un remordimiento eterno. No, señorita Adela: sois muy bondadosa al tomaros tal interés por mí; os debo ya la vida, mas no puedo consentir que la salvéis de nuevo á costa del honor, del deber y de la humanidad.

Hamersley cree que se le juzgará fríamente por lo que ha dicho, y que se le aconsejará con indiferencia: si supiera cuál es la muda admiración que excita en el pecho de la mujer que le habla, pensaría de muy distinto modo.

Después de una breve pausa prosigue el diálogo con un tono más áterado, y Adela dice á Frank:

do casi sus hermosos ojos, contesté con tranquilo acento:

—*Adela Miranda!*

El hombre pobre que se ve de pronto rodeado de riquezas, el prisionero que saliendo de un oscuro calabozo contempla de nuevo la luz del sol, el náufrago que después de luchar desesperadamente contra las olas consigue sentar el pie en tierra firme, no experimentan mayor gozo que Frank Hamersley al oír á la joven pronunciar su nombre. Su desesperación era ilusoria; su amor era correspondido.

CAPITULO VI

UN MENSAJE MISTERIOSO

Como ya sabemos, las sospechas de Hamersley respecto á la traición del indio Manuel no son infundadas. Muy lejos de ello, hubiera po-

dido creerse que Frank estaba dotado del don de segunda vista, pues casi en el momento mismo en que hablaba sobre el particular á Miranda, el peón hacía su denuncia á Uruga.

Este último no pierde el tiempo después de oír la declaración: sólo se detiene para dar alguna expansión á su alegría y contemplar el retrato de aquella que ya considera suya; no tiene esperanza de conseguirla por los medios legales, pero se valdrá de la fuerza.

Después de dirigir un apóstrofe á la pintada imagen, vuelve á sentarse á la mesa frente á Robles.

Los dos llenan sus vasos, y brindan por la futura victoria, aunque con una ceremonia que forma singular contraste con la infernal alegría del coronel de lanceros, cuyo rostro tiene en aquel momento una expresión satánica, porque se cree completamente seguro de sus víctimas, de satisfacer su amor y apagar su sed de venganza.

No permanece largo tiempo en compañía de su ayudante, pues debe combinar un proyecto y quiere reflexionar solo.

Aunque Uruga hace participar con frecuencia en sus criminales empresas á su ayudante, no es sino para la ejecución y para repartir después los beneficios. Despótico hasta en sus villanías, quiere concertar él solo todos los planes, porque tiene secretos que no quiere confiar ni aun al mismo Robles. En aquel instante acaba de concebir una idea que no le conviene dar á conocer á su subalterno hasta el momento de obrar, aunque no porque tema una traición de su compañero en el crimen, pues ambos están igualmente comprometidos. Además de esto, Robles, por más que sea hombre de un valor á toda prueba, teme moralmente á su jefe y no osaría ofenderle. Sabe que Gil Uruga es uno de aquellos cuya hostilidad se debe temer, y que no reparará en medios para satisfacer una venganza. Y hé aquí por qué, prescindiendo del rango superior que ocupa, se deja dominar por su compañero sin quejarse nunca cuando sólo recibe una pequeña participación en el botín, fruto de la rapiña y del saqueo.

Uruga, por su parte, tiene varios motivos para no descubrir al ayudante Robles sus complicadas tramas, y uno de ellos depende esencialmente de una condición de su carácter, que consiste en ser muy reservado, cualidad de que acostumbra preciarse.

La noticia que acaba de recibir del traidor muletero, tan inesperada como importante, le abre el camino para obtener un gran triunfo, que le permitirá satisfacer á la vez su amorosa pasión y su venganza.

Pero es preciso descargar el golpe en silencio, y se deben adoptar precauciones, no sólo para impedir que el plan se frustre, sino para evitar toda publicidad que pudiera producir un escándalo peligroso para Uruga.

Pero, ante todo, se debe obrar desde luego, porque el asunto tiene demasiada importancia para que pueda retardarse, ni el designio ni la ejecución.

Ya estaba trazado poco más ó menos el plan á los pocos momentos de recibirse la noticia del indio traidor.

Sólo falta combinar los detalles, y para esto no necesita Uruga el auxilio de su ayudante.

Como el tiempo urge, termina muy pronto su conversación con el subalterno, el cual se retira al cuartel.

Apenas se ha marchado, el coronel enciende un cigarrillo y comienza á reflexionar. Durante algunos minutos, permanece silencioso, con la sonrisa en los labios, contemplando la columna de azulado humo que sale de su boca, tanto que cualquiera pudiera creer que sólo se entretiene en esta inocente ocupación. Pero no: está combinando un plan diabólico que debe producir terribles frutos.

A medida que se consumía el cigarro, parece que el plan acaba de madurarse; y cuando, al fin, arroja el resto de aquél, Uruga coge una campanilla y la hace resonar hasta que se presenta un criado en el umbral de la puerta.

—¡Que suba el cabo!—dice el coronel.

Poco después se presenta el soldado, haciendo el saludo militar.

—¡Cabo!—le dice el coronel.—Presenta-me á vuestro prisionero.

El cabo se retira, y vuelve un momento después precedido del indio. Tiene orden de introducir á este último en la estancia y retirarse, y así lo hace.

Una vez frente á frente del peón, que aun no ha vuelto de su sorpresa, Uruga le somete á un examen, por lo cual averigua todo cuanto desea. Entre otras cosas, toma conocimiento de la situación del valle donde se han refugiado los fugitivos, la dirección, la distancia y el medio de llegar antes. En una palabra: toda la topografía del sitio.

El peón, que está familiarizado con el terreno, puede describirle sin dificultad, y así lo hace; y como le impone la presencia de Uruga, no se atrevería á engañarle aunque se sintiera inclinado á ello.

Por otra parte, como el indio Manuel acaba de apurar una nueva dosis de aguardiente, tiene la lengua expeditiva y hace sus declaraciones de plano. Da cuenta del género de vida de los refugiados, así como también de sus huéspedes, y dice, en fin, todo cuanto sabe. Lo único que calla es su amor á Conchita y el triste desenlace que ha tenido, por la llegada del antiguo cazador.

Esto último importaría, por otra parte, muy poco al coronel Uruga; pero no sucede lo mismo respecto á ciertas particularidades que el peón le comunica y que se refieren á ciertas relaciones existentes entre el joven Hamersley y Adela Miranda, las cuales indican una pasión amorosa.

Al oír Uruga los detalles, parece que toda su sangre se agolpa á la cabeza, mientras sus facciones adquieren una expresión tal de malignidad, que el mismo traidor tiembla y siente haber dicho una sola palabra.

Pero el coronel no tiene contra el indio mala voluntad: muy lejos de ello, piensa recompen-

sarle tan pronto como le haya prestado ciertos servicios que de él exigirá.

Terminado el interrogatorio, Uraga llama de nuevo al cabo para que conduzca al indio á su prisión; pero al mismo tiempo indica que ésta no será larga, y que muy pronto quedará aquí en libertad.

Inmediatamente después, Uraga se sienta en su bufete, que se halla en un lado de la habitación, coge un pliego de papel y comienza á escribir lo que parece una carta.

Sea lo que quiera, ocúpale bastante tiempo, y de vez en cuando se detiene como para buscar una idea.

Cuando ha concluido, y satisfecho, al parecer, dobla el pliego, acerca una barra de lacre á la llama de una luz y cierra el documento, pero sin sellarlo. La epístola no lleva firma. En el sobre no se ven más que dos palabras: *Al Barbudo*.

Uraga vuelve á tirar de la campanilla, y preséntase de nuevo el criado.

—Bajad á las cuadras,—le dice,—y mandad á Pedrillo de mi parte que suba al momento.

El criado se retira á llevar la orden.

—¿Cuántos días necesitarán,—murmura Uraga recorriendo la habitación con inquietos pasos,—para llegar á la ciudad de los tenawas y volver al Pecos? Tres, cuatro, cinco; no importa: si llegamos antes que ellos, esperaremos.

En aquel momento se presenta Pedrillo, que es un indio *manso*, no muy distinto de Manuel, uno de los dos muleteros que condujo por el atajo los despojos de la caravana de Frank Hammersley.

—Pedrillo,—dice el coronel;—ensilla un par de mulas de las mejores, una para ti y otra para José, y preparaos para emprender un viaje de unas dos semanas. Haz los preparativos al punto, y, cuando esté todo corriente, avísame.

El muletero se retira, y Uraga continúa paseando por la habitación, sumido siempre en sus reflexiones.

De vez en cuando se detiene delante del retrato de Adela Miranda, y la contempla durante algunos minutos: esto parece aumentar su impaciencia.

Sin embargo, no tiene que aguardar mucho tiempo, porque Pedrillo no tiene gran cosa que hacer para preparar su equipo. Algunas tortillas, media docena de cebollas, un pedazo de tasajo y una bota de vino constituyen todos sus comestibles. Una vez reunido todo esto, Pedrillo se presenta de nuevo á su amo para pedir órdenes.

—Irás directamente al territorio ocupado por el *Lagarto Cornudo* y los suyos, en el brazo sur del Goalza. Supongo que ya sabrás el camino, puesto que no es la primera vez que lo recorres.

El indio hace una seña afirmativa.

—Toma este pliego,—añade el coronel;—cuidarás mucho de que no lo vea nadie, y entrégaselo al *Barbudo*, ó al mismo *Lagarto Cornudo*, que ya sabrá para quién es. Es preciso que

viajes noche y día con toda la ligereza que permitan las mulas. Hecho esto, volverás, pero no aquí, sino al Alamo. Ya sabes el sitio: es donde encontramos á los de Tenawa, algunas semanas hace. Allí estaré yo. ¡Vamos! ¡En marcha!

Pedrillo se aleja, sonriendo siniestramente, cual si supiese que es una vez más un mensajero de desgracia.

Uraga vuelve á sentarse á la mesa después de dar algunas vueltas por la habitación, y trata de calmar su inquietud apurando sendas copas de su favorito aguardiente de Tequila.

CAPITULO VII

EL LLANO ESTACADO

La elevada meseta conocida por el nombre que encabeza este capítulo tiene unas trescientas millas de largo, por sesenta ó setenta de ancho; extiéndese longitudinalmente entre las primitivas provincias españolas de Nuevo Méjico y Tejas, y sus respectivas capitales, Santa Fe y San Antonio de Béjar, se hallan en el lado opuesto.

En la época en que gobernaban los virreyes existía un camino militar que, corriéndose á través de la meseta, ponía en comunicación los dos principales centros, y por él circulaban las caravanas. Sin embargo, como este camino era sólo un sendero, quedaba oculto con frecuencia bajo las arenas del desierto, y por eso se clavaron á intervalos en toda su extensión unas gruesas estacas que sirvieron de guía á los caminantes. De aquí viene el nombre de *Llano Estacado*.

En aquel tiempo, España era una nación emprendedora y poderosa, y sus colonos mejicanos podían viajar por casi todos los puntos de su vasto territorio, sin temor de ser atacados por los salvajes. Pero más tarde, cuando comenzó á decaer el poderío de España, todo sufrió un cambio notable. Las ciudades quedaron reducidas á un montón de ruinas; las factorías y las misiones fueron abandonadas, y en las provincias del norte de Méjico los blancos no se atrevían á recorrer sino los caminos más frecuentados. En algunos distritos no osaban siquiera aventurarse fuera de sus haciendas ó ciudades, y muchas de éstas estaban fortificadas, como hoy día, para rechazar los ataques de los indios.

El antiguo sendero español del Llano Estacado dejó de utilizarse, al fin; las señales desaparecieron, y, últimamente, sólo algunas expediciones del ejército de los Estados Unidos lo han recorrido para explorarlo.

Por su aspecto físico ofrece semejanza con las mesetas de Absinia y del sur de Arabia, y, en su extremidad norte, muchos espolones y pequeñas mesetas aisladas recuerdan al viajero las colinas de Abisinia conocidas allí con el nombre de *ambas*.

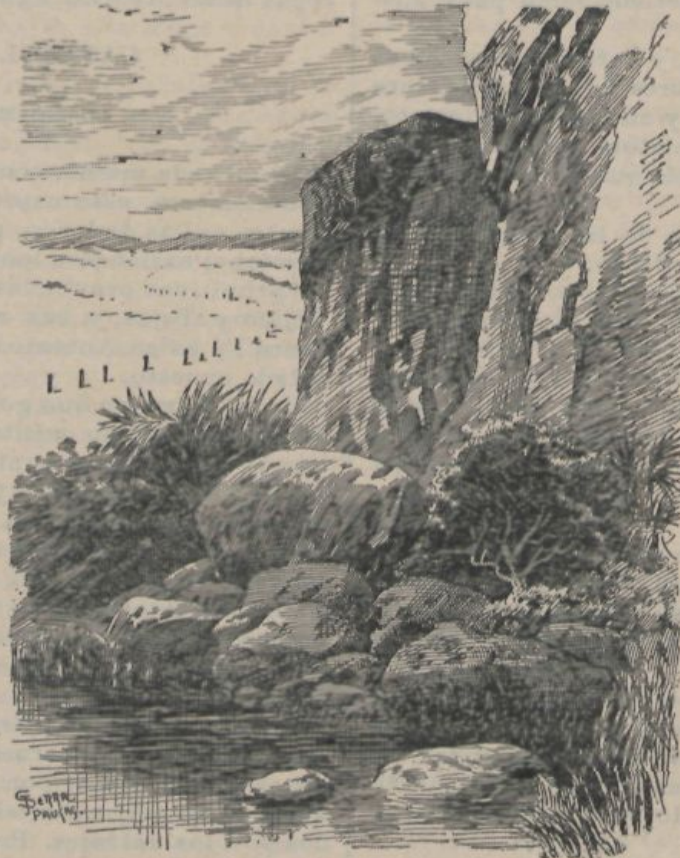
Una parte del terreno de esta región singular corresponde á la gran caliza, formación de las praderas occidentales, y es tal vez la ma-

yor del mundo, componiéndose las rocas, en general, de una arenisca rojiza, á menudo ferruginosa.

Las rocas que bordean este territorio por la parte oriental presentan una peligrosa escarpadura de varios centenares de pies, formando como una fachada no interrumpida. En otros puntos se ven numerosos barrancos por los cuales se precipitan los torrentes. La superficie del terreno es, en su mayor extensión, un plano horizontal, tan estéril como el mismo

gunos troncos de árboles fertilizados, tales como los que observó Darwin en el declive oriental de los Andes de Chile.

Casi todas las corrientes que penetran en el Llano Estacado abren profundos canales al dirigirse al mundo exterior. No se pueden vadear á menudo, pero algunas veces sus lechos quedan convertidos en pequeños valles, en los que brota una rica vegetación. Allí florece el pécano, la fresa salvaje, la nuez negra, el árbol de la China, la vid y varios arbustos que dan fru-



El Llano Estacado

Sahara y en ciertos pasajes liso y duro como la piedra. Hacia el S. hay un grupo de *médanos*, ó colinas de arena, que cubren un espacio de varios centenares de millas cuadradas. Las arenas, diseminándose continuamente, forman grandes dunas. A gran altura, entre las cimas de éstas, existe un pequeño lago de agua cristalina y potable, siendo de advertir que no se encuentra una sola gota en todo el resto de aquella soledad hasta después de haber recorrido muchas millas.

En la meseta se observan en diversos sitios profundos barrancos, formados, al parecer, por las aguas, y con frecuencia llega el viajero á su mismo borde sin haber sospechado su proximidad; de modo que de improviso ve á sus pies una inmensa escarpadura, un espantoso precipicio de varios centenares de pies. En el fondo hay enormes moles de piedra, peñascos agrupados en confusión, que parecen arrojados allí por manos de los titanes: también hay al-

tos, mientras que en los demás puntos estériles de la llanura sólo se ven esas formas botánicas que indican verdaderamente el desierto, tal como varias especies de cactus y de yucas, la palmilla y la lechuguilla, los cedros enanos, las artemisas y la planta de la creosota.

En el Llano Estacado escasean los animales: el que se ve más á menudo es el antílope de cuernos retorcidos, verdadero soberano del desierto, así como su enemigo el chacal mejicano ó coyote. También se encuentra la serpiente de cascabel y el lagarto cornudo (ágamo); en los cañones ó en los barrancos tiene su guarida el oso gris, y en otro tiempo recorría igualmente aquella meseta el búfalo y el caballo salvaje ó musteño, que aun se ve hoy día, aunque pocas veces.

De todos los seres vivientes, el hombre es el que menos frecuenta aquellas soledades; aun el indio no suele aventurarse en ellas, y el

blanco que debe hacerlo teme siempre, porque sabe que allí hay más de un peligro.

Este consiste principalmente en la falta de agua, prescindiendo de que es sumamente fácil extraviarse por la falta de señales. Perderse en un desierto es gran peligro para un viajero; pero cuando falta el agua es la muerte.

Después de su combate con los indios de Tenawa, los tiradores de Tejas emprendieron su marcha hacia el Llano Estacado: su intención era seguir por el N. para ganar la corriente principal del río Canadiense, avanzando después hasta el punto en que fueron atacados los traficantes de la pradera. Desde el territorio de los comanches de Tenawa, éste era el camino que debían seguir los salvajes y el que siguieron, en efecto, después de atacar á los blancos; pero desde la desembocadura del Pécano hay una vía más directa que atraviesa el espolón de la meseta y la cual evita hacer un rodeo por su extremidad norte oriental.

Los tiradores no sabían esto, aunque Cully recordaba haber oído algo sobre el particular.

El renegado mejicano aseguró que conocía muy bien aquel camino, y aconsejó tomarlo; pero se vaciló antes de hacerlo. No podían tener confianza en semejante hombre, que les infundía sospechas, y al guiarlos por el Llano Estacado podía tener alguna siniestra intención.

Sin embargo, bien considerado todo, ¿qué podría hacer? La tribu de salvajes á que estaba asociado había sido castigada tan terriblemente que no era probable ni apenas posible que volvieran á encontrarla, al menos por entonces. Si el prisionero tenía alguna esperanza de verse libre, no se cifraría ésta en los salvajes, sino en dirigir á los tiradores por el mal camino, á fin de extraviarlos. No debía, sin embargo, confiar en esto, pues se le vigilaba muy de cerca, y sus guardianes estaban dispuestos á matarle como un perro apenas reconociesen que trataba de engañarlos. Por otra parte, Cully recordaba haber oído hablar de aquel sendero del Llano Estacado, y tal vez no tuviera el cautivo más objeto que conducir á los tiradores cuanto antes al punto deseado. Esta última reflexión indujo á todos á seguir el consejo.

Partiendo del Pécano en dirección al O., dan principio á su viaje, que de todo tiene menos de agradable: muy lejos de ello, debe ser sumamente penoso, porque es preciso atravesar por un inmenso espacio completamente estéril. Franquean una y otra legua, una y otra milla sin *ver tierra*, según la frase de los hombres que recorren aquellos parajes: sólo se divisa una inmensa llanura de superficie igual y lisa como la de un lago tranquilo, pero todo es arena ó una tersa superficie pedregosa, sin el más pequeño arroyo donde apagar la sed. Sin embargo, á través de la neblina que se cierne de continuo sobre aquellas áridas llanuras, creían ver ríos y lagos, orillas cubiertas de verdes árboles, risueñas isletas llenas de cé-

pedes, y, en fin, todos los indicios de una primavera eterna; pero... ¡ay!... esto no era sino un efecto del espejismo.

A cierta distancia figúraseles divisar una ancha corriente que atraviesa el árido desierto; todos se apresuran avanzando rápidamente, sin que sea necesario espolear á los caballos, porque los pobres animales padecen por la sed tanto como sus dueños, pero no llegan jamás: allí donde creían haber visto una corriente no hay más que sal.

El viaje se prolonga durante varios días: apenas pueden resistir ya los tiradores al desfallecimiento y la fatiga, y atórméntalos, sobre todo, una sed terrible. Los caballos parecen verdaderamente esqueletos, y con dificultad sostienen á sus jinetes.

¿A dónde los conduce el mejicano por aquel desierto? ¿Terminará el viaje con la muerte? Así parece.

Algunos aconsejan matar al prisionero y retroceder por el mismo camino, pero son los menos. La mayoría grita:

—¡Adelante!

Desean encontrar los huesos de Walt Wilder y darles sepultura. ¡Valerosos hombres son los tiradores de Tejas! Rudos en apariencia, y en su trato también, muchas veces tienen corazones leales y generosos. En aquel caso se trata de un compañero muerto cruelmente y de una manera singular, y esto mismo excita más su deseo de ver aquellos restos mortales y darles cristiana sepultura.

Únicamente los débiles hablan de retirarse: los demás no piensan en ello y forman la mayoría.

Avanzan, pues, animosos, sufriendo con resignación todas las penalidades que les impone el peligroso viaje.

Al fin, hallan la recompensa de su perseverancia: á su vista se ofrece una eminencia que parece ser el perfil de una montaña.

Pero no, seguramente no lo es: prolongándose horizontalmente sin la menor curvatura, no puede ser sino una meseta.

En efecto: es el Llano Estacado.

Poco tiempo después, llegan á la sombra de las rocas, y ven varios promontorios que se prolongan á gran distancia en la llanura, formando lo que los españoles americanos llaman en su lenguaje *ceja*.

El *Barbudo* los conduce á una especie de hondonada que hay entre dos espolones, y todos avanzan alegremente porque en el interior de la cavidad hay una roca, por la cual baja una corriente de agua cristalina.

Procede del río Brazos y, sin duda, de un excedente que, después de bañar la arenisca, llega dulce y límpida como un cristal.

—Por ahí debemos avanzar,—dice el prisionero, señalando la entrada del cañón por donde corre el agua.

Pero los tiradores no pueden andar más, pues necesitan reposo, y además no tienen prisa, pues no se trata de rescatar á un hombre vivo, sino de dar sepultura á los huesos de un muerto.

CAPITULO VIII

OTRO DESTACAMENTO

Mientras los tiradores de Tejas se aproximan al Llano Estacado por su lado oriental, otra partida de jinetes, compuesta, poco más ó menos, de igual número de individuos, sube á la misma meseta, llegando de opuesta dirección.

Entre ambas tropas no hay semejanza sino por el número de hombres, y por el hecho de ir todos montados: individualmente, difieren á primera vista. Los más de los tiradores son altos, robustos y rubios, y de sana complexión: los otros son casi todos hombres pequeños, de cabello negro y color cetrino, tan oscuro en algunos, que parecen salvajes.

Los caballos de ambas partidas se diferencian también mucho por el tamaño. Los pertenecientes á los tiradores tienen gran alzada, mientras los otros son todos mejicanos y muy pequeños: sólo el jefe monta un brioso corcel, de estampa americana.

En cuanto á disciplina, el destacamento que llega del Oeste parece tener superioridad: su organización es completamente militar, y sus hombres avanzan bien formados, siendo igual su uniforme, por el cual podría reconocerse á los lanceros mejicanos: son, en efecto, los del coronel Uraga, que marcha á su cabeza.

Después de cruzar el Pecos y de llegar á la parte más alta del Llano Estacado, penetran en la estéril llanura.

Como es la primera hora de la mañana, y corre un aire penetrante, todos van cubiertos con su ancho capote de caballería, de brillante paño amarillo, que tapa completamente la grupa de los caballos, y, con sus gorras cuadradas y sus vistosas lanzas, no dejan de ofrecer cierto aspecto marcial.

Aquel destacamento de cincuenta hombres sería digno de aplauso si marchara en expedición contra los piratas rojos de las llanuras ó se dirigiese á cualquier punto para castigar sus muchos crímenes y las crueles atrocidades cometidas contra los indefensos ciudadanos de Chihuahua y de Nueva Méjico; pero no es tal su objeto. Si éste fuera conocido, lejos de experimentarse admiración á la vista de aquellos hombres, sólo se sentiría repugnancia, y, en vez de rogar por su triunfo, el espectador desearía sólo su pérdida.

El proyecto de aquellos hombres es sinietro, y se podría formar una idea de él escuchando la conversación de los dos jinetes que van á la cabeza del destacamento, á pocos pasos de la primera fila: estos dos hombres son el coronel Uraga y su ayudante Robles.

—¡Qué sorprendido quedará nuestro digno amigo Miranda,—dice el primero,—cuando nos vea llegar á la puerta de su rancho con estos cincuenta hombres! ¡Y el viejo doctor D. Próspero! Se me figura que ya está mirándome con asombro á través de aquellos grandes anteojos que solía usar. Supongo que aun los tendrá so-

bre las narices; pero de fijo se le caerán cuando vea las puntas de nuestras lanzas.

—¡Ja, ja, ja! Esto será muy cómico, coronel; pero ¿creéis que Miranda oponga alguna resistencia?

—Eso quisiera yo; mas no lo creo probable.

—¿Por qué lo deseáis?

—Hacéis una pregunta muy estúpida, ayudante: creí que vuestra imaginación tendría más alcance, sobre todo hallándoos en la despejada atmósfera de esta llanura.

—Pero, coronel, tened en cuenta que digo esto porque sois el primer hombre á quien he visto desear que otro le oponga resistencia cuando trata de hacerle prisionero. Confieso que no entiendo una palabra.

—No deseo hacer ningún prisionero, al menos en la persona de D. Valeriano Miranda. En cuanto al viejo doctor, es un cero á la izquierda: vivo ó muerto, no puede hacer gran daño. Por lo que hace á Miranda, *prefero cogerle muerto*.

—¡Ah! Ahora creo comprenderos.

—Si opone la más ligera resistencia, si alza sólo una mano, le cogeré así.

—Yo creo que lo mismo dará de otro modo cualquiera, puesto que le podréis tratar como mejor os parezca, como un fugitivo ó un rebelde.

—Ahora volvéis á demostrarme vuestra falta de buen sentido: tenéis el cerebro un poco espeso, teniente, y mal consejero seríais en una cuestión delicada. La presente es de ese género, y se debe proceder con la mayor circunspección.

—¿Por qué así?

—Por varios motivos. Recordad, Robles, que ahora no operamos con el *Lagarto Cornudo* y con sus secuaces rojos: nuestros compañeros tienen ojos y lengua, y esta última pudiera hablar en contra nuestra si no procediéramos como es debido. Si fusilásemos á Miranda no oponiendo él resistencia, resultaría un escándalo del que difícilmente me podría justificar, y, propagándose la noticia por todo el país, llegaría, por fin, á oídos del gobierno central, que probablemente procedería contra mí. Además de esto, amigo mío, me expondría á perder la muchacha, siguiéndoseme varios perjuicios que no es aquí del caso enumerar. Mataremos á Miranda, si es posible hacerlo convenientemente; pero, á menos de oponer resistencia, es forzoso cogerle vivo con sus huéspedes.

—Espero que se resistirá,—contesta el teniente,—pues los dos americanos que se hallan con él no me parecen hombres de rendirse sin lucha. Recordad cómo pelearon durante el ataque de la caravana, y de qué modo huyeron después. Son dos hombres de corazón, y creo que nos darán algo que hacer.

—Tanto mejor: eso es lo que yo deseo, pues así lo arreglaremos todo de una vez. En caso contrario, ya tengo combinado mi plan.

—¿Se puede saber cuál es, coronel?

—Ahora no: ya os lo comunicaré á su debido tiempo. Antes de todo es preciso ver cómo se presenta la cosa. Si se cumplen mis deseos,

volveremos á pasar por aquí, llevando sólo prisioneras; y, si no, vendrán también hombres. Por de pronto, os diré una cosa que os dejará satisfecho: ni uno solo de los cuatro entrará en las prisiones de Alburquerque.

—¿Pensáis enviarlos á otra?

—Seguramente.

—¿Á cuál?

—No era necesario que lo preguntaseis. ¿Á cuál ha de ser sino á la tumba?

Con esto termina aquel diálogo *sotto voce*: los dos bribones siguen avanzando á la cabeza de su tropa, que, formando una larga línea, parece desde lejos una enorme serpiente arrastrándose para apoderarse de una víctima.

CAPÍTULO IX

EN MARCHA

Entre dos personas que se aman verdaderamente, la despedida es siempre penosa.

Esto es lo que piensa Frank Hamersley al separarse de Adela Miranda, así como también Walt Wilder al alejarse de Conchita.

Puede haber alguna diferencia en la intensidad de sus respectivas pasiones, y acaso difieran también por su carácter; pero el sentimiento es el mismo: ambos sufren por la separación, tanto más cuanto que la perspectiva que se les ofrece no tiene nada de agradable.

En su horizonte hay negras nubes y, por desgracia, muchas probabilidades de que no vuelvan á ver nunca á los objetos de su amor. No es, por lo tanto, extraño que emprendan su viaje con el ánimo inquieto y contristado el corazón. Otros hombres menos leales hubieran preferido, seguramente, permanecer donde se hallaban, disfrutando de una tranquila existencia; pero el joven Hamersley y su compañero piensan de distinto modo. Aunque el amor se ha entronizado en sus corazones, queda en éstos un lugar para otro sentimiento, casi tan fuerte como aquél, y tal vez más puro.

La sangre de sus compañeros asesinados grita venganza desde la arena en que se empapó, y no pueden estar tranquilos hasta que contesten á su llamamiento. Para buscar una satisfacción han de trasladarse al N.; no están seguros de conseguir su objeto, y lo más probable es que al llegar se les aprisionen; pero, al menos, habrán cumplido con su deber. No serían ellos los primeros americanos á quienes se encerró sin motivo en un calabozo de la cárcel de Nueva Méjico, dejándolos allí largos años sin juzgarlos.

Miranda les hace presente una vez más el peligro á que se exponen; pero todas sus razones son inútiles.

—No importa,—contestan;—sean cuales fueren las consecuencias, debemos ir, é iremos.

Y, fuertes con su convicción, emprenden la marcha, después de una tierna despedida de las personas en quienes han depositado sus afectos.

Cumpliendo con su promesa, Miranda ha

puesto á su disposición sus mulas, en las cuales montan, proporcionándoles, además, dos trajes del país, lo cual les permitirá hacer su viaje sin llamar la atención.

Como saben al amanecer, es aun muy temprano cuando llegan á la llanura superior, pasando por las barrancas que hay entre las dos colinas. Hasta ese punto les han acompañado Miranda y D. Próspero, quienes se retiran después al rancho, mientras los viajeros continúan su marcha por el árido desierto, donde ya no se ve la menor señal de vegetación.

Nada tienen que les sirva de guía, ni rocas ni árboles; mas no empaña el cielo ninguna nube, y el sol brilla esplendoroso como un globo de fuego. Walt Wilder, el experto cazador de las praderas, tiene ya suficiente con esto, y no necesita la brújula: deben encaminarse por el O. hasta llegar al Pecos, seguir después su orilla hasta el vado, cruzar el río, y encaminarse de nuevo por el O. hasta llegar á Santa Fe.

Procediendo así, caminan hasta la tarde, y divisan, en fin, una arboleda compuesta principalmente de robles enanos que prestan agradable sombra, la cual debe ser grata para los viajeros, porque, aunque el sol no ha llegado al meridiano, sus rayos son abrasadores y caen á plomo sobre la reseca llanura.

Por esto se apresuran los viajeros á cobijarse en la arboleda, á fin de reposar y reponer sus fuerzas. Deben desviarse algún tanto de su camino; pero como no hay ningún otro punto donde resguardarse del calor, resuelven ir allí.

La arboleda ocupa sólo un reducido espacio de terreno, y las ramas de los árboles se elevan á pocos pies sobre el nivel del suelo; pero ofrecen sombra suficiente para los viajeros y sus mulas, y hasta podrían ocultarse si les conviniere: circunstancia muy favorable, según reconocieron después. No fué menor fortuna para ellos no tener que encender fuego y llevar en sus morrales la comida preparada ya.

Hamersley y su compañero desmontan al punto y atan sus mulas al tronco de un árbol, échanse en tierra, apuran su humilde refrigerio, y, sacando después sus pipas, comienzan á fumar entregados á sus reflexiones.

Poco piensan que aquel tabaco es el último que tenían los refugiados: Miranda, siempre generoso, les había entregado la última onza que conservaba, sin darles á conocer esta circunstancia, por temor de que rehusasen.

Mientras miran cómo se eleva la ligera columna de azulado humo que sale de sus bocas, no imaginan tampoco que, si aquella fuese la llama de una hoguera, visible á gran distancia, es probable que ninguno de los dos continuara su viaje ni saliese vivo del Llano Estacado.

Sin pensar en el peligro en aquel lugar desierto, ni temer la presencia de ningún ser humano, comienzan á conversar tranquilamente de sus pasadas aventuras y de sus planes futuros.

Así pasan tres ó cuatro horas: el sol ha cruzado el meridiano; sus rayos no son ya tan ar-

dientes, y los viajeros piensan en continuar su marcha.

Ya han desatado las mulas, y, acercándose al borde de la arboleda, se preparan á montar, cuando el antiguo cazador, fijando su vista perspicaz en un punto, ve alguna cosa que le hace proferir una exclamación.

Walt Wilder señala con el dedo á Frank el camino que debía seguir, y los dos comienzan á observar atentamente: no necesitan mirar mucho para reconocer una nube de polvo. Al

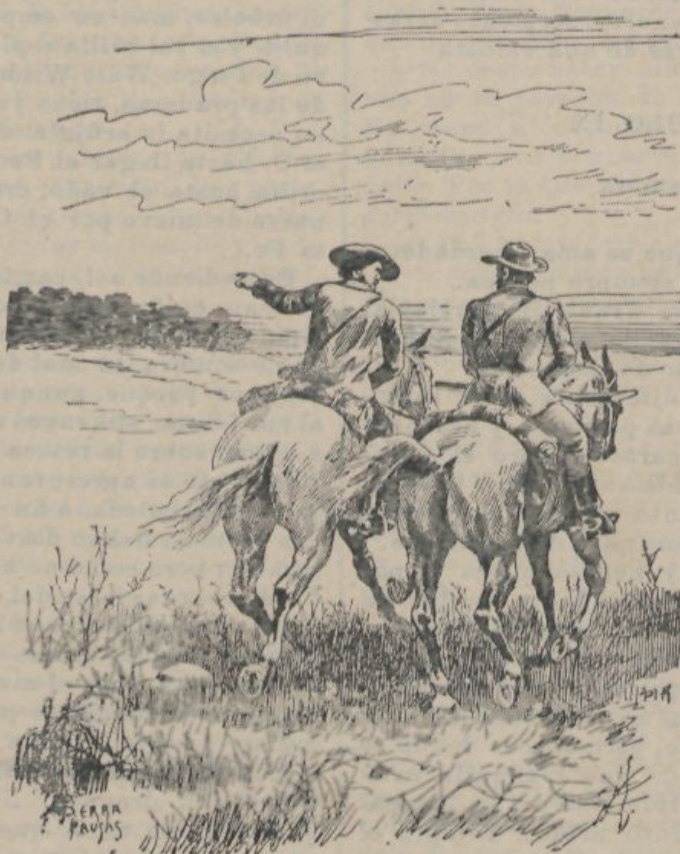
dos en fondo, y cuyas lanzas brillan á los rayos del sol.

—¡Condenación!—exclamó Walt Wilder.—
¡Son soldados!

CAPITULO X

SUPOSICIONES

No necesitaba Hamersley la observación de su compañero para reconocer que se acercaba



Divisan, en fin, una arboleda...

principio les ha parecido muy estrecho; pero notan que se va ensanchando gradualmente y elevándose á mayor altura.

Tal vez sea alguna corriente de aire que barre las arenas del desierto, el principio de un torbellino, cosa muy común en las mesetas de Nueva Méjico. Sin embargo, no presenta la forma redondeada del remolino, ni pueden creer que lo sea, pues ambos conocen demasiado bien el fenómeno para equivocarse sobre este punto.

De todas maneras, si tuviesen alguna duda, pronto debe desvanecerse, pues en el fondo de la nube de polvo distinguen como una más oscura; y, mientras reflexionan sobre lo que podrá ser aquel núcleo opaco, una circunstancia les permite reconocerlo al punto.

Una nueva corriente de aire ahuyenta el polvo por un lado, y entonces ven claramente los dos viajeros una partida de jinetes, soldados de caballería, al parecer, que avanzan de

un destacamento de caballería, pues distinguíale ya claramente.

—Sí,—replica maquinalmente;—son soldados, y mejicanos, sin duda, pues nuestras tropas no llegan nunca á estos sitios. Tampoco son tiradores de Tejas, pues van uniformados y llevan lanzas, arma que no usan vuestros antiguos compañeros, amigo Walt.

—No,—contesta el cazador, haciendo un gesto desdenoso;—verdad es que jamás hemos hecho uso de esos palos largos, que de poco sirven. ¡Vaya! Esos son lanceros mejicanos; pero ¿qué buscan aquí? En el Llano Estacado no hay ahora indios, y, si los hubiese, no es de presumir que tan reducido destacamento se aventurara en su persecución. Tal vez sea sólo una avanzada, á la cual sigue el grueso de las fuerzas; pero pronto lo veremos, porque precisamente se dirigen á este sitio. ¡Diablo! No conviene que nos vean; pero sí sería bueno observarlos un poco más de cerca antes de ocul-

tarnos, á fin de saber quiénes son. Seguramente, nos tomarán por tejanos, y en cuanto á mí no se engañan; pero tal vez os traten de una manera algo brusca. Ocultemos, ante todo, nuestros cuadrúpedos debajo del follaje, y tapémosles los ojos: así evitaremos que hagan algún movimiento que nos descubra.

Practicada esta operación, los dos viajeros vuelven á la orilla de la arboleda, y continúan observando, escondidos detrás de los troncos.

Durante su ausencia, el destacamento ha recorrido un buen trecho y sigue avanzando, pero lentamente y siempre rodeado de una nube de polvo: sólo á intervalos, cuando sopla con más fuerza el viento, se distinguen las formas de los soldados, quienes se aproximan cada vez más al lugar donde se hallan ocultos los dos viajeros.

Al principio, sólo había causado á éstos sorpresa ver tropas en el Llano Estacado; pero después experimentaron la mayor inquietud al observar que el destacamento avanzaba hacia la arboleda, aparentemente con intención de hacer alto en ella. En este caso, no podrían escapar sin ser vistos, porque los soldados se diseminarian en aquel sitio. Inútil era también intentar huir en sus mulas, que bien pronto serían alcanzadas por los caballos.

Hamersley y su compañero no ven, pues, más alternativa que rendirse prisioneros y confiar en la clemencia de sus captores.

Mientras reflexionan así desesperadamente, observan un hecho que les devuelve un poco la tranquilidad: es que los mejicanos parecen variar de dirección. La nube de polvo ha dejado de acercarse á la arboleda, y es evidente que los lanceros no se proponen hacer alto allí, sino que continuarán su marcha, dejándola á la izquierda.

Avanzaron por el mismo camino que acababan de recorrer los viajeros, pero en sentido opuesto.

Entonces concibe Hamersley por primera vez una sospecha, de la cual participa Walt Wilder y que inquieta á los dos más de lo que los inquietó antes la aproximación de los lanceros.

Y esta sospecha parece confirmarse cuando, despejándose la nube de polvo por la fuerza del viento, se reconoce la línea de marcha de la tropa. Apenas cabe duda respecto al punto á que se dirigen.

Sin embargo, otra cosa produce aún mayor ansiedad en los dos viajeros, cuando los ojos de ambos fijan su mirada en uno de los dos hombres que van á la cabeza del destacamento.

Lo primero que llama su atención es el caballo: Walt Wilder toca en el hombro á su compañero y le dice:

—¡Mirad, Frank!

—¿Qué hay?

—Fijaos en aquel jinete que va delante. ¿No reconocéis el caballo que monta? Es el mismo que abandonamos al huir por las rocas.

—¡Cielos! ¡Es verdad!

—No tengáis la menor duda.

—¡Calla!—exclama Frank.—Pues su jinete

es el hombre con quien me batí en Chihuahua, el miserable Uruga.

Al reconocer á su antagonista, Hamersley se estremece de pies á cabeza, y también Walt Wilder, porque ambos comprenden al punto la terrible realidad.

No es el hecho de haber reconocido el caballo de Hamersley y en su jinete á uno de los que atacaron la caravana lo que más los atemoriza en aquel instante, porque ya sospechaban esto y apenas los sorprende: lo que les causa verdadero espanto es la dirección que siguen los lanceros.

Ya no pueden dudar en cuanto á su propósito, ni acerca del punto de su destino.

—Sí,—murmura Walt;—van directamente al valle, á donde llegarán de improviso: llevan un guía, y éste es, seguramente, el traidor.

—¿De quién sospecháis?

—Del indio Manuel. Ya sabéis que emprendió su viaje hace una semana para ir á comprar algunas cosas que necesitábamos, y es evidente que ha venido á su mano, descubriendo el sitio en que se halla oculto. Para mí no ofrece esto la menor duda.

—Ni para mí tampoco,—replica Hamersley con el mayor abatimiento.—¡D. Valeriano prisionero de Uruga, y también D. Próspero! Los dos serán conducidos á Albuquerque y encerrados en un calabozo. ¡Tal vez se los juzgue por un Consejo de Guerra y se los fusile á las pocas horas! Pero ¡Adela!... Rodeada de una soldadesca brutal, no tendrá protección: la mujer que adoro será, al fin, víctima del infame.

Bajo el peso de estas emociones, Hamersley permanece algunos momentos silencioso, sin escuchar apenas las observaciones de su compañero.

—¡No lo decía yo?—exclama de pronto Walt.—¡Mirad, Frank! Allá va el guía en último término.

Hamersley fija la vista en la última fila de lanceros, y ve, en efecto, un hombre que viste de paisano y monta en una mula. Por su capotillo de lana y sombrero de paja, cree reconocer á uno de los criados de Miranda; mas no puede identificar la persona.

Walt Wilder, que tiene muy presente á su rival, no duda que el guía es el indio Manuel. Por otra parte, la presencia de éste facilita más la explicación de los hechos.

Es tal la agitación de Hamersley, que respira con dificultad, y durante largo rato permanece silencioso. Sólo cuando ve á los lanceros alejarse en lontananza, coge el brazo de Walt Wilder y exclama con voz ahogada:

—¡Van al rancho! ¡Oh Dios mío!

—Sí,—contesta Walt con acento de desesperación;—no cabe duda alguna. ¡Infame traidor! La codicia le ha inducido, sin duda, á vender á su amo para recibir el precio de su cabeza. Sí: seguro es que van á buscar al coronel. ¡Pobre caballero! Es el más noble mejicano que he conocido, y merecía mejor suerte. En cuanto al viejo doctor, ya saldrá del paso á poca costa; pero ¿y la señorita?

Hamersley deja escapar un gemido, y, al ver

Walt cuán profundo es su abatimiento, procura consolarle.

—No hay que temer tanto lo que pueda ocurrir,—dice Walt,—pues bien se tendrán con la joven consideraciones; y si le falta su hermano para protegerla, creo que siempre hallará en vos un defensor, amigo Frank.

Las palabras del antiguo cazador tranquilizan un poco á Hamersley; mas no contesta á

podrá ser sacrificado, y mucho temo que así suceda; pero en cuanto á su hermana, aun queda la esperanza de salvarla, y confío en que el Cielo nos ayudará. De lo contrario, para nada quiero ya la vida. ¡Ah! ¡La muerte sería para mí menos dolorosa que la pérdida de Adela!

—Yo también prefiero morir antes que vivir sin Conchita,—contesta Walt Wilder.



—No hay que temer tanto lo que pueda ocurrir...

nada: limitase á estrechar con efusión la mano de su amigo en señal de agradecimiento.

—En cuanto á mí,—continúa Walt con aire resuelto,—daría mi vida por salvar la de esa señorita, como sé que lo haríais vos, sin decir nada de lo que soy capaz de intentar por mi futura. No me extraña, amigo mío, que vuestro corazón palpите más violentamente, pues al mío le sucede lo propio cuando pienso en Conchita; pero no temamos. Si alguien osare tocar un solo cabello de cualquiera de las dos, oiréis resonar mi carabina, cuya bala atravesará el corazón del que cometa el ultraje. No me importará lo que es ni lo que pueda ser, ni lo que después venga, bien fuera horca, garrote ó fusilamiento. De todos modos, se debe proteger á esas dos inocentes jóvenes; y si, al fin, son víctimas, las vengaré. ¡Lo juro por el Eterno!

—Y yo también,—exclama Hamersley, estrechando una vez más la mano de su compañero.—Sí, amigo Walt: el generoso Miranda

CAPITULO XI

UNA PARADA

Inútil parece decir que el destacamento que acaba de pasar por delante de la arboleda es el de los lanceros del coronel Uraga.

Unas treinta horas antes subían al Llano Estacado, y ahora cruzan por él. Guiados por el traidor, no necesitan hacer ningún rodeo, y avanzan directamente hacia el punto de su destino. En pocas horas más, caerán sobre la presa que ambicionan.

Frank y su compañero creen que los lanceros continuarán su marcha hasta perderse de vista; pero observan que se detienen á cierta distancia, aunque sin desmontar. Dos de ellos, el jefe y el que va á su lado, se alejan un buen trecho como para deliberar.

Son Uraga y su ayudante Robles.

Aquella detención, momentánea, sin duda, tiene por objeto combinar el plan que conviene

seguir: hacen como el halcón, que se cierne en los aires antes de tender su vuelo sobre la presa que acaba de divisar.

Antes de separarse de sus lanceros, Uraga llama á uno de los individuos que le sigue más de cerca y le dice:

—¡Alférez! Id á buscar al indio y presentádmelo.

Apenas recibe la orden, el subalterno va en busca del indio Manuel, quien, espoleando su mula, preséntase delante del jefe, el cual ha desmontado.

En el semblante del guía se revela cierta expresión de sentimiento, natural en el hombre que no está avezado al crimen: hasta diríase que se arrepiente de su conducta al acercarse al sitio donde personas inocentes van á sufrir las consecuencias de su traición. El indio reflexiona que D. Valeriano Miranda ha sido siempre para él un amo bondadoso, lo mismo que su hija, la hermosa Adela. Y, sin embargo, él será la causa de su desgracia.

Y ¿cómo le recompensarán? Desde el momento en que vendió á sus amos, descubriendo su retiro, ya no es dueño de su persona. No se tiene con él la menor consideración: muy lejos de ello, el coronel Uraga le trata duramente, y, para obtener sus declaraciones, le amenaza de continuo con la muerte.

En aquel momento hace las veces de guía, pero no voluntario; y no lo sería si no fuera por un pensamiento que le induce á ser consecuente en su traición. Cuando recuerda aquel momento en que sorprendió á Conchita, en el algodónero, en brazos del cazador; cuando piensa en el beso de amor que estampó en sus labios, todos los remordimientos desaparecen y ya no se arrepiente de su conducta.

—¡No!—piensa para sí.—Perezcan el amo y todos los suyos, y así será mi venganza completa.

—¡Indio!—grita Uraga, señalando dos eminencias que se divisan á lo lejos.—¿Son ésas las colinas de que me has hablado?

—Sí, señor coronel,—contesta el guía;—ésas son.

—Y dices que el sendero está entre ellas: ¿verdad?

—Sí, señor: es preciso bajar por una empinada pendiente después de dar vuelta á la roca.

—Y ¿no hay otro camino para penetrar en el valle?

—No he dicho eso, señor coronel: hay otra entrada; pero no desde la llanura superior. Una corriente atraviesa el valle, y, siguiendo su curso por un cañón, se puede entrar por abajo, mas no después de haber llovido, porque entonces las aguas llenan su lecho, y no queda paso alguno por los bordes. Como no ha llovido últimamente, las orillas estarán ahora más altas que el agua.

—Y ¿podría pasar cualquiera por abajo?

—Sí, señor coronel.

—Es necesario proceder con prudencia,—dice Uraga, dirigiéndose á su ayudante;—pues, de lo contrario, podríamos haber hecho el via-

je en balde. Sería muy sensible entrar en la jaula cuando los pájaros hubieran huido.

—¿Cuántas leguas hay desde aquí al punto por donde corre el río?—pregunta Uraga volviéndose hacia el peón.

—Cinco, señor coronel: hay mucho que andar después de haber bajado de la roca.

—Cinco leguas para llegar hasta allí,—dice Uraga,—y otras tantas para volver al barranco, que componen casi una jornada. Si enviamos algunos hombres, necesitarán todo este tiempo. ¿Lo haremos así, ayudante?

—No creo que sea necesario perder tantas horas,—contesta Robles.

—Pero advertid,—replica Uraga,—que el indio dice que cualquiera que vaya por la pendiente situada entre las dos colinas, podría ser visto al punto desde la casa, y si esto sucediese se nos escaparía esa gente por el otro lado.

—No es necesario que nos vean,—dice Robles;—esperaremos aquí hasta la noche, bajando después á favor de la oscuridad; y como, seguramente, no esperarán una sorpresa, no será difícil acercarnos. Esperaremos, pues, hasta la media noche, hora en que, sin duda, estará soñando la hermosa Adela en...

—¡Basta!—exclama Uraga, cuyo rostro adquiere una expresión siniestra, cual si evocase algún desagradable recuerdo.—Se hará como decís, ayudante; dad la orden para que desmonte la gente, y haremos alto aquí hasta que se ponga el sol. Cuidad también que se vigile al guía de cerca, y, para estar más seguros, bueno será que le pongan esposas.

Cúmplase puntualmente esta orden, y los lanceros desmontan, mas no para formar campamento, pues han recibido orden de no encender hogueras, y de estar dispuestos á la primera señal, á fin de continuar la marcha.

Todos permanecen, pues, en el mismo sitio, guardando un profundo silencio, en cumplimiento de lo que acaba de prevenirles el jefe por conducto de su ayudante.

Al ponerse el sol, emprenden de nuevo la marcha.

CAPITULO XII

EN ACECHO

El sitio en que se habían detenido los lanceros distaba poco más de media legua del sitio donde se habían ocultado Frank y su compañero; pero, por efecto de la despejada atmósfera de la meseta, no parecía estar tan lejos: se podían distinguir los soldados y los dos hombres que se separaron de ellos para deliberar: en el más alto de los cuatro reconocíase al jefe.

—Si se quedan ahí hasta la puesta del sol,—murmura Walt,—particularmente el que monta vuestro caballo, os aseguro, amigo Frank, que arreglaré un poco este negocio, pues aquí tengo una carabina casi tan buena como la que perdí. La he probado varias veces de diversos modos, y sé que me permitirá tocar en el blanco á ciento cincuenta pasos. Si esos dos hom-

bres permanecen separados de los demás hasta que nos oculten las sombras de la noche, contad por seguro que uno de ellos no volverá á ver la luz del día.

—¡Ah!—murmura Hamersley, exhalando un suspiro doloroso.—Si el destacamento permaneciese ahí hasta la noche, tal vez pudiéramos adelantarnos á él, á fin de avisar á nuestros amigos.

—No esperéis semejante cosa, amigo Frank, pues no habrá la mejor probabilidad si sucede lo que yo pienso. Ya comprendo lo que se proponen: no quieren aventurarse en el desfiladero hasta que llegue la oscuridad, comprendiendo, sin duda, que, si se los ve antes de llegar á la casa, sus víctimas podrán escapar por el otro lado. ¡Vaya! No dejan de ser precavidos.

—Sí,—replica Frank;—eso es, seguramente, lo que intentan. ¡Oh Dios mío! ¡Cuando pienso que estamos tan cerca de Miranda y nada podemos hacer en su favor!

—No hay remedio,—dice Walt;—debemos confiar en Aquel que tiene fija su vista lo mismo en el desierto, en las praderas y montañas que en las grandes ciudades. Mal que nos pese, forzoso es dejar que las cosas sigan su curso. Salir de nuestro escondite ahora, equivaldría á precipitarnos en un bosque encendido, pues los lanceros llevan buenos caballos y pronto darían alcance á nuestras cachazudas mulas. En su consecuencia, debemos quedarnos aquí hasta la noche, que no tardará en llegar. Entonces, si vemos una buena ocasión de adelantarnos hasta el valle, podremos aprovecharla.

Hamersley no puede oponer objeción alguna al plan propuesto, no ve más alternativa, y, de consiguiente, permanecen en observación por espacio de algunas horas, hasta que comienza á oscurecerse la llanura.

Poco después, los lanceros montan en sus caballos y continúan su marcha.

—Ved ahí como he adivinado,—dice Walt;—sólo deben recorrer unas diez millas para llegar al rancho, y han calculado el tiempo para hallarse en el sitio cuando cierre la noche. Veo que no habrá medio de adelantarnos, y es preciso esperar aquí hasta que el destacamento se pierda de vista.

Hamersley y Walt Wilder permanecen, pues, en el mismo sitio, hasta que desaparecen, por fin, los últimos jinetes, entre las primeras sombras de la noche.

Los dos viajeros montan entonces apresuradamente en sus mulas y siguen la misma dirección que el destacamento.

A los diez minutos reina una completa oscuridad, cual si de improviso se hubiera cubierto la llanura con un fúnebre crespón.

No hay luna ni se ven tampoco las estrellas en el cielo; de modo que no se pueden distinguir las dos eminencias situadas á la entrada del sendero que conduce al rancho.

Pero el antiguo cazador no necesita luna, ni estrellas, ni la menor señal para reconocer su camino, y, después de hacer su cálculo en la arboleda, avanza con toda seguridad como si

fuese de día, hasta llegar á la vista de los dos montecillos, cuyo oscuro perfil se destacaba bajo un cielo aplomado.

—No debemos avanzar más, Frank,—dice Walt Wilder,—porque podríamos ser descubiertos. Hayan ó no bajado al valle los lanceros, seguro es que andan por ahí algunos de ellos. Lo más prudente es dejar aquí las mulas atadas y avanzar nosotros á pie: así podremos ver sin ser vistos.

Hácese lo que ha dicho Walt, y un momento después los dos se adelantan cautelosamente, al principio derechos, después inclinados, y, al fin, rastreando como reptiles: así pueden acercarse hasta el paso que conduce al valle.

No penetran en él porque no se atreven, pues oyen voces y distinguen el fuego de cigarras encendidas. Por esto comprenden que hay una línea de centinelas á través del barranco.

—Es inútil que intentemos nada, Frank;—murmura Walt,—porque el terreno está ocupado. ¿No percibes sus palabras? Una serpiente negra no podría deslizarse entre ellos sin ser vista.

—¿Qué hemos de hacer?—pregunta Hamersley con acento de desesperación.

—Por ahora nada, como no sea volver á buscar las mulas, porque es preciso quitarlas de en medio antes que vuelva á salir el sol, y, por otra parte, nada podemos hacer quedándonos aquí. Ya comprendo lo que pasa: la mayor parte del destacamento baja al valle, y algunos hombres se han quedado aquí de centinela. Páreceme que ya no hay remedio para nuestros pobres amigos: si no los han matado, estarán prisioneros á estas horas.

Al oír estas palabras, á duras penas consigue Hamersley reprimir un gemido.

—Repito, Frank,—continúa Walt Wilder,—que es inútil quedarnos aquí: si se hace algo, ha de ser en otra parte. Vamos á buscar las mulas, y veremos después si es posible trepar á uno de los montecillos. Si los animales se prestan á subir un poco, los dejaremos en alguna hondonada mientras avanzamos nosotros hasta la cima, desde donde veremos lo que ocurre. Los soldados pasarán, seguramente, por la mañana con sus prisioneros, y cuando hayamos visto quiénes son seguiremos el rastro.

—Se hará lo que decís, Walt,—contesta Frank,—porque yo he perdido ya toda esperanza, y me falta poco para entregarme á la desesperación.

—¡Vaya, amigo Frank! Más ánimo, que la esperanza no debe perderse mientras haya un resto de vida en el cuerpo. Recordad cómo nos hallábamos cuando los indios atacaron la caravana. Nunca habléis de morir hasta que hayáis muerto y veáis á los cuervos picoteando vuestro cadáver. Esta es la doctrina de Walt Wilder.

Así diciendo, el cazador coge del brazo á su compañero, y, haciéndole girar sobre los talones, condúcele al sitio donde están las mulas: desátanlas y se dirigen á una de las dos colinas.

Sus lados parecen demasiado pendientes para que trepe una mula; pero allí hay una especie de barranco en el cual se pueden esconder los animales, á los que se tapa convenientemente los ojos con las mantas de las sillas para evitar que se espanten.

Terminada esta primera operación, los dos viajeros trepan por el barranco; llegan á la cima del montecillo y siéntanse entre los cedros enanos que la coronan, resueltos á esperar allí el desenlace de los acontecimientos.

CAPITULO XIII

ÚLTIMA ETAPA

Si estuviéramos dotados de la doble vista, esta cualidad nos evitaría algunas veces muchos disgustos; pero es verdad que otras podría causarnos un pesar profundo. Acaso nos convenga más quedarnos como estamos.

Si Frank Hamersley y Walt Wilder hubieran tenido el don de segunda vista, no habrían pensado, seguramente, permanecer allí toda la noche, ni una hora, ni siquiera un minuto, porque sabrían que á una distancia de menos de diez millas hay una partida de hombres amigos, de intrépido corazón, los cuales se agregarían á ellos para conseguir un mismo objeto. Su número es suficiente para batir y dispersar á los lanceros de Uraga.

Y si este último pudiese dirigir una mirada sobre la escarpadura del Llano Estacado y ver que en el fondo acampan los tiradores de Tejas, no bajaría al valle tan tranquilamente y se daría más prisa á retirarse.

Pero ni él ni su gente saben la menor cosa acerca de la aproximación de tan temibles enemigos, así como Hamersley y Walt Wilder no pueden sospechar ni remotamente que tienen tan cerca poderosos amigos.

Todos lo ignoran, pues; pero no es menos cierto que los tejanos acampan á la distancia de diez millas.

La desembocadura del desfiladero es el sitio que han elegido de modo que ocupan el punto mismo por donde sale la corriente del valle para dirigirse á la llanura de Tejas.

Sin temor de ser interrumpidos, Uraga y los suyos prosiguen su marcha, mientras Frank y Walt Wilder no tienen más remedio que esperar el resultado de los acontecimientos.

Ambos se inquietan y temen de igual modo por lo que verán con el sol del día siguiente: tal vez será algún horrible espectáculo.

Ni uno ni otro puede conciliar el sueño: tanta es su agitación: permanecen dispuestos y cuentan con impaciencia las horas y los minutos.

Conversan poco y en voz muy baja, pues la noche está muy tranquila, y el más leve rumor podría descubrir su presencia.

Oyen distintamente hablar á los lanceros; y Hamersley, que comprende su lengua, puede recoger algunas palabras. Casi todos ellos blasfemaban, y hablan de las novias ó queridas que han dejado, maldiciendo la expedición que los aleja de los objetos de su amor.

Entretanto, Uraga, seguido de la mayor parte de los lanceros, se dirige al punto deseado. Avanza lentamente y con prudencia, porque la pendiente del sendero es muy empinada, y de noche se necesita toda la destreza de un experto jinete para bajar por ella. Sin embargo, como va delante el guía traidor, que conoce todos los pasos, adelantan poco á poco sin contratiempo.

Ni el coronel de lanceros ni su ayudante han olvidado el terrible destrozo que hicieron entre los indios de Tenawa los dos hombres que escaparon, al fin, y á los cuales piensan volver á encontrar. Saben que los dos tienen buenas carabinas, pues el traidor se lo ha dicho, y que harán de nuevo buen uso de ellas.

Hé aquí por qué Uraga se aproxima tan cautelosamente, á fin de sorprender á sus enemigos, pues de otro modo tal vez fuera él quien primero cayese, cosa que desea evitar á todo trance; pero cree que no puede haber peligro á semejante hora de la noche, y confía hallar á todos entregados al sueño.

Los indicios parecen hasta entonces favorables; ningún sonido llega desde la solitaria morada, ni aun el ladrido de un perro: los únicos rumores que interrumpen el silencio de la noche son el lúgubre grito del coyote y el monótono canto del buho, con los cuales se mezclan á intervalos las sonoras notas del ruiseñor mejicano.

Uraga manda hacer alto una vez más antes de llegar á la vista del solitario rancho; pero es para reconocer, no para detenerse.

Los lanceros permanecen inmóviles en sus sillas, con las riendas empuñadas, semejantes á una bandada de buitres que extienden sus alas para caer sobre sus víctimas.

CAPITULO XIV

PRISIONEROS

Rara vez reina la alegría en una casa cuando acaban de abandonarla huéspedes agradables y, sobre todo, personas queridas.

El rancho en que se albergan los refugiados no es una excepción de la regla: todos sus habitantes están tristes, y en particular dos de ellos.

En los oídos de Adela resuena aún la penosa palabra *adiós*, y acósanla de continuo presentimientos que agitan su pecho.

No es porque dude de la lealtad del amor de aquél que se aleja; pues, muy lejos de ello, confía en él ciegamente. Sus temores son de otro género: sólo piensa en los peligros que amenazarán la existencia de Frank Hamersley.

Conchita experimenta también inquietud, aunque no en tanto grado: el cazador que ha conquistado su corazón, prometiéndole su mano de esposo, podría no volver ya nunca; pero, ignorando el riesgo á que debe exponerse, la pequeña mestiza no se alarma tanto como Adela, experimentando sólo cierta incertidumbre propia de las personas que viven en un país donde cada día se corre algún peligro.

El coronel Miranda está descontento también, y jamás ha experimentado tanta inquietud desde que vive en el valle. Las palabras de Hamersley respecto á las sospechas que le infundía el indio Manuel le dan mucho que pensar, tanto más cuanto que ya recelaba algo algún tiempo antes: ya hace tres días que su mensajero debía haber vuelto, y no ha llegado, circunstancias que le hace estar caviloso.

Llegada la tarde, Miranda y D. Próspero suben á la cima de la pendiente para observar la meseta; pero nada ven á lo lejos en ninguna dirección. Después han ido á sentarse á la puerta del rancho, desde donde examinan con un anteojo el desiñadero por donde se penetra en el valle desde arriba.

Sólo cuando empiezan á extenderse las sombras de la noche desisten de aquella vigilancia que hasta entonces ha sido inútil.

Prescindiendo de la idea del peligro, otra razón tienen Miranda y D. Próspero para desear la vuelta del mensajero, y es porque carecen de varios artículos, entre otros de vino y tabaco. Ni Miranda ni su amigo son anacoretas: aunque hayan observado algún tiempo la vida de tales, echan muy de menos sus cigarros, en los cuales encuentran gran distracción.

Llegada la noche, y después de haber despachado su frugal cena, los dos amigos entablan un diálogo sobre los asuntos del día.

—¡Diablo!—exclama el coronel, como si de pronto le ocurriera una idea.—Jamás hubiera creído que un hombre podía padecer tanto por una causa tan sencilla.

—¿A qué aludís?—pregunta el doctor.

—A lo mismo en que vos pensáis en este momento, amigo mío: apostaríá cualquier cosa.

—Yo no apuesto nunca: ya lo sabéis, mi coronel.

—Lo que es ahora os aseguro que perderíais: en lo que pensáis en este momento es en los cigarros.

—Confieso que sí: jamás he tenido tanto deseo de fumar.

—Lo mismo me sucede.

—Pero ¿por qué no fumáis?—pregunta Adela, entrando en aquel momento.

—Por la sencilla razón de que no tenemos qué,—contesta Miranda.

—Recuerdo que ví ayer algunos cigarros sobre una rinconera,—añade Adela.

—Sí; pero ya no están ahí: en este instante no se encontraría un polvo de tabaco á veinte millas de este sitio, á menos que nuestros amigos hayan hecho una jornada muy corta. Les he dado el último que teníamos.

—También están vacías las vasijas de vino,—dice D. Próspero, dirigiéndose á Adela;—¿no es verdad?

—En eso,—interrumpe el coronel,—tengo el gusto de advertiros que estáis equivocado. Ciertamente que el pellejo no contiene ya nada, porque es tan difícil remojar el gaznate del corpulento tejano como empapar en agua el espacio más seco de la meseta; pero, comprendiéndolo así, tuve la precaución de llenar una gran calabaza y guardarla para cuando hubiese un

caso de apuro. Este ha llegado ahora, y, por lo tanto, voy á buscar el tesoro.

Así diciendo, el coronel sale de la habitación y vuelve al poco tiempo con una gran calabaza.

Conchita trae, entretanto, los vasos, y Miranda llena el de su amigo y el suyo, diciendo:

—Esto nos reanimará un poco, y por cierto que bien lo necesitamos. Creo que tendremos suficiente hasta que vuelva Manuel. ¡Qué extraño es que no haya regresado aún! Ha tenido tiempo para desempeñar todas sus comisiones, y hace tres días que debía hallarse aquí, antes que se marcharan nuestros amigos, á quienes pensaba proveer algo mejor, para que no se vieran expuestos á padecer hambre.

—En cuanto á eso, no tengáis cuidado,—dice D. Próspero.

—¿Por qué decís eso, doctor?

—Porque la carabina que dí á Walt Wilder le permitirá adquirir provisiones para los días: la maneja admirablemente, pues le he visto matar pajaritos á inmensa distancia. A él debo varios ejemplares que han enriquecido mi colección zoológica. Mientras Walt lleve una carabina y municiones, no temáis que le falte de comer, ni tampoco á su compañero, aunque viajen por el Llano Estacado.

—¡Oh! No está el peligro en el desierto,—contesta Miranda,—sino en los campos cultivados, en las calles de las ciudades y en medio de lo que llaman civilización. Ahí es donde está el riesgo.

Durante un buen rato, los dos amigos y Adela permanecen silenciosos y entregados á sus reflexiones; pero el doctor, que tiene un carácter más expansivo, rompe, al fin, el silencio diciendo á la hermana del coronel:

—Señorita, vuestro laúd está pendiente de la pared hace mucho tiempo, sin que lo hayan tocado vuestros delicados dedos. El mes pasado cantabais todas las noches, y no creo que ahora debáis permanecer silenciosa porque se haya reducido el número de oyentes: ésta es una razón más para que obsequiéis á los pocos que han quedado.

A la galante invitación del doctor, la joven contesta con una sonrisa de asentimiento, y al mismo tiempo descuelga el laúd: cuando comienza á templar el instrumento, se rompe una cuerda.

Aquello parece un mal pronóstico, y como tal lo consideran los dos amigos y la joven, sin explicarse la razón. Será tal vez porque sus corazones se hallan tan destemplados como las cuerdas del laúd, y predispuestos á temer alguna desgracia.

Sin embargo, se compone la cuerda rota, mucho antes de que puedan recobrar la tranquilidad sus corazones.

Poco después, óyese la voz argentina de Adela, que entona melancólicamente la canción del *Desterrado de Erin*, la más á propósito en aquellas circunstancias y la que mejor expresa la situación de los tres.

—Querida Adela,—interrumpe Miranda,—esa canción es demasiado triste; y como ya es-

tá nuestro ánimo afligido, mejor será que elijas otra más alegre. Canta algo de la Alhambra, ó de los combates del Cid Campeador, ó algún himno patriótico.

Obediente á la invitación de su hermano, la joven da principio á otra canción en que resalta admirablemente la gracia española.

Sin embargo, á pesar de los esfuerzos de Adela, los corazones de sus oyentes continúan oprimidos; la voz de la joven parece no tener

— ¡Vaya! — exclama D. Próspero. — Eso es que vuelve el peón, de lo cual debemos alegrarnos mucho, pues podremos fumar antes de acostarnos.

— No es Manuel, — contesta Miranda, — porque los perros le habrían conocido, y ved cómo siguen ladrando. ¡Hola! ¿Qué es eso? Se oye la voz de Chico. ¿Qué diablos ocurre?

En aquel instante se oye un grito del peón, seguido de exclamaciones y de un rumor seme-



Ambos reconocieron que la resistencia sería inútil...

ya su acostumbrada dulzura, y hasta las cuerdas del instrumento están destempladas.

De repente, y cuando Adela ha llegado á la mitad de su canción, los perros que estaban echados á sus pies se levantan á un tiempo lanzando un siniestro aullido, y precipítanse hacia la puerta.

La joven interrumpe su canto, mientras que Miranda y el doctor se levantan presurosos de sus asientos.

El ladrido del perro que guarda una granja en los centros civilizados, ó una factoría en la frontera india, no podría causar más sobresalto que el que experimentaron en aquel momento Miranda y su amigo, tanto más cuanto que un momento después percibieron el rumor que producen los cascos de un caballo ó de una mula al chocar en la piedra. No podía ser la yegua *Perlita*, porque estaba encerrada en la cuadra, ni tampoco las mulas de carga, pues se las había llevado el indio Manuel, así como Hamersley y su amigo las de montar.

jante al que se produce en una lucha á brazo partido.

D. Valeriano corre á su cuarto y apodérase de su espada, mientras que el doctor coge la primera arma que encuentra.

Pero esto no sirve de nada, pues por las dos puertas que tiene la habitación, una frente á otra, penetran á la vez muchos hombres armados, que visten el uniforme militar, y, antes de que Miranda pueda desenvainar la espada, amenazan su pecho las puntas de numerosas lanzas, lo mismo que al doctor.

Ambos reconocieron que la resistencia sería inútil, y que sólo terminaría con su muerte.

— ¡Rendíos, rebeldes! — grita una voz, dominando á las demás. — ¡Abajo las armas al momento si queréis salvar la vida! ¡Soldados: desarmadlos!

Miranda reconoce aquella voz: si la hubiese oído antes, no se hubiera entregado tan fácilmente, prefiriendo tal vez oponer una enérgica resistencia.

Pero ya es tarde: acaban de desarmarle, y ve ante sí al hombre que más motivos tiene para temer, al infame Gil Uraga.

CAPITULO XV

ESPIANDO

Hamersley y el cazador permanecen toda la noche en la cima del montecillo, poseídos de la mayor ansiedad y sin poder cerrar los ojos un solo instante.

Tampoco les sería posible dormir, porque su ánimo está demasiado inquieto y agitado, y, á medida que transcurren las horas, crece de punto la angustia que atormenta su espíritu.

Para poner término á ella, Hamersley piensa que será mejor bajar de la colina y aventurarse en el sendero: en caso de ser descubierto, atacará á cuantos se le opongan por delante, abriéndose paso hasta llegar al valle, donde prestará á los refugiados el auxilio que sea posible.

Al hacer la proposición á su compañero, este último se opone al proyecto, calificándolo de locura. Dice que, al menos, hay diez ó doce soldados á la entrada del sendero, que será imposible pasar del sitio que aquéllos ocupan sin ser vistos, y que, por valerosos que sean dos hombres, y cobardes sus enemigos, la desproporción del número no permite confiar en la victoria.

—No tendría inconveniente en hacer una tentativa,—dice Walt, terminando sus observaciones,—si se redujera todo á esto; pero, aun cuando matáramos á esos diez ó doce hombres, no habríamos hecho más que comenzar, porque abajo hallaremos otros cuarenta. ¿Qué hemos de hacer contra ellos nosotros dos? Sin duda, les causaríamos algunas bajas, pero luego sería preciso morir.

—También me mata permanecer aquí,—murmura Hamersley.—Cuando me pregunto qué estarán haciendo ahora esos infames ¡Oh... Adela!

—No os preocupéis tanto con esas ideas,—contesta Walt;—dejadlo para más tarde. Estad seguro que no se comerán á vuestra Adela ni tampoco á mi Conchita: se las llevarán como prisioneras; pero nosotros las seguiremos, y tal vez se nos presente alguna oportunidad de sacarlas de entre las garras de esos buitres.

Algún tanto tranquilizado con esta esperanza, Hamersley se resigna á esperar, reflexionando que no hay otro remedio. Hacer otra cosa sería correr á una muerte segura.

Frank continúa, pues, junto á su compañero, observando como él con la mayor atención. Durante algún tiempo no oyen más que las voces y blasfemias de los soldados que guardan la entrada del sendero; pero á eso de media noche creen percibir otros sonidos que llaman su atención.

Son primeramente ladridos de perros, que, partiendo del valle, parecen repetirse en la pared de rocas. Después se oye una voz huma-

na: sin duda, la de un hombre, porque es muy ronca, y casi al mismo tiempo un grito de mujer: la primera es la del peón Chico, y el segundo ha sido lanzada por Conchita.

Walt y su compañero prestan más atención que nunca, para percibir bien los sonidos siguientes y juzgar por ellos de lo que ocurre.

—Ahora ha comenzado la cosa,—murmura Walt al oído de su compañero;—los perros han dado la señal, después ha gritado el peón Chico, y luego Conchita: me parece estar viéndolo todo. ¡Condenación! Si llegan á tocar un solo cabello de esa muchacha... Pero ¿de qué me sirve ahora amenazar?

Poco después percíbense otros sonidos, aunque confusamente, porque los ahoga el rumor de la catarata: sólo á intervalos se distingue con más claridad el relincho de algún caballo ó los ladridos de los perros, cual si estos animales, cediendo sólo á la fuerza, continuaran siendo hostiles á los invasores.

También se oyen voces, como de personas que hablaran á un tiempo, pero ningún grito ni detención.

—¡Gracias á Dios!—murmura Hamersley después de haber escuchado algún tiempo con la mayor atención.—Miranda no ha opuesto resistencia, comprendiendo, sin duda, que era inútil, y se ha rendido tranquilamente. Supongo que ahora habrá terminado todo y que se hallan prisioneros.

—Mucho mejor,—contesta Walt Wilder,—pues mientras vivan podremos tener esperanza de salvarlos. Los hombres que como nosotros supieron escaparse de las garras de los indios, y después de la cueva, de un modo tan milagroso, no deben desanimarse. Aquí llevo mi carabina bien cargada de pólvora y plomo, y no desespero.

Las palabras del cazador animan por lo pronto á Frank; pero esto no impide que al cabo de algún tiempo los domine la misma inquietud de antes.

Cuando, al fin, comienza á rayar el día, los dos hombres fijan animosos su mirada en el fondo del valle.

Al principio, una espesa neblina les impide distinguir nada; mas, al fin, se desvanece aquélla y ofrécese á sus ojos una escena que no difiere mucho de la que esperaban ver.

Al rededor del rancho divisan varios caballos y lanceros que van y vienen, mientras otros forman grupos: aquello parece una especie de campamento militar.

Sin embargo, el punto de vista está demasiado distante para identificar las personas, ó reconocer lo que hacen, lo cual no impide que Frank y el cazador hagan las más tristes conjeturas.

Así pasan algunas horas hasta que, por fin, el sonido de una trompeta domina el rumor de la cascada, anunciando que va á cambiar el espectáculo. Es el toque de botasillas, y al oírlo preparan los soldados sus caballos, permaneciendo en pie junto al estribo. Después se oye la voz de mando:

—¡A caballo!

Y casi inmediatamente la de:

—¡Marchen!

Entonces se ponen los lanceros en movimiento, alejándose del rancho, y desaparecen debajo de los árboles, ondulando como una enorme serpiente. A la cabeza del destacamento flota un vestido de mujer, como si el reptil se hubiese apoderado de alguna presa.

El cazador y Frank esperan media hora más con creciente impaciencia, pues se necesita este tiempo para subir desde el centro del valle á la llanura superior. Mientras avanzan por entre los árboles, no se puede ver á los lanceros ni á sus cautivos; pero se oye el choque de los cascos de los caballos que se alantan por el sendero pedregoso.

Al fin, aparece la cabeza del destacamento; los lanceros marchan de uno en uno; pero como al acercarse á la parte superior del desfiladero se ensancha el paso, fórmanse de dos en dos: á la cabeza de todos va un solo jinete.

Ya está bastante cerca para que se distingan sus facciones, y el corazón de Hamersley late violentamente al reconocerlas. El hombre que para en aquel momento es Gil Uraga, el mismo que dirigió á los indios contra sus hombres: el hecho de montar el caballo robado es una prueba concluyente del crimen.

Frank observa también que el coronel de lanceros viste un brillante uniforme, muy distinto del que llevaba el día antes, que era tan sucio como el del último de sus soldados. Diríase que aquella mañana se ha esmerado en su tocado, en consideración á la compañera que piensa llevar durante el viaje.

Ni Frank ni el cazador fijan largo rato su vista en el coronel: buscan ávidamente con los ojos los objetos de su amor, á los que reconocen muy pronto entre los soldados. Van cerca del centro de la tropa; Adela montada en su yegua *Perlita*, y la joven india en un mula; nada sujeta sus pies ni sus manos, pero están rodeados por un cordón de lanceros.

Más atrás viene otro grupo compuesto de tres hombres montados en mulas: éstos tienen más aspecto de cautivos porque van atados á las sillas, y dos de ellos llevan también los brazos sujetos á la espalda. Sus mulas son conducidas cada cual por un lancero que las precede. Los dos con quienes se han tomado mayores precauciones son D. Valeriano y el doctor: el otro es Chico. Su compañero, el indio Manuel, sigue á poca distancia montado en una mula; mas no parece ser prisionero. Sin embargo, á intervalos se entristece su mirada, tal vez porque reflexiona en su negra é infame ingratitud. Sin duda, está arrepentido ó teme no recibir buena recompensa.

Ha perdido á su amo y á otras personas; mas no ganará con esto el corazón de Conchita.

Hamersley, y también Walt, se consuelan un poco al ver al coronel Miranda, pues por su manera de montar reconocen que no ha sufrido daño alguno, así como tampoco D. Próspero. Comprenden que se ha hecho la captura sin resistencia, tal como ellos esperaban y cual

convenía para evitar la efusión de sangre, y acaso la muerte de sus amigos.

Los lanceros avanzan de dos en fondo, hasta que su jefe llega frente al sitio mismo en que hallan Hamersley y Walt, perfectamente ocultos entre el oscuro y denso follaje de los cedros enanos. Apenas llega el coronel al lugar donde están los individuos que guardan la entrada del desfiladero, dales orden de incorporarse al resto de la tropa.

En el mismo instante asáltales una misma idea á Frank y al cazador, que tienen fija la vista en el coronel, y Walt es el primero en expresarla, murmurando al oído de su compañero:

—Si pudiéramos confiar en el alcance de nuestras carabinas...

—En lo mismo pensaba,—contesta Hamersley, pero temo que sea demasiada la distancia.

—¡Oh! Si tuviese aquí mi vieja carabina, alcanzaría más lejos, y os aseguro que le plantaría una bala en medio de la cabeza. Esto no arreglaría mucho nuestro asunto; pero, cuando menos, vuestra muchacha quedaría fuera de peligro, y tal vez la mía también. Después podríamos hacer fuego los dos media docena de veces, antes de que consiguieran subir aquí, si acaso se atrevían á ello; pero ¡ah! ¡Está demasiado lejos! En las altas praderas engaña mucho la distancia. ¡Condenación! ¡Qué lástima que no podamos hacerlo!

—Y si errásemos el tiro...—murmura Frank.

—Entonces se echaría todo á perder. Lo mejor es seguirlos: seguramente, van al Norte; pero, sea cual fuere el punto de su destino, bien sabré seguir el rastro.

Hamersley vacila todavía; sus dedos oprimen nerviosamente la carabina, y su agitación no le permite reflexionar con calma. Sabe que puede confiar en su destreza en el tiro, así como en la de su compañero; pero la distancia es dudosa, y tal vez no alcancen los proyectiles. En este caso, la muerte sería segura para ellos, pues no quedaría medio de escapar de cincuenta hombres, montados en ligeros caballos. Podrían defenderse en la colina, mas no largo tiempo, y, por lo tanto, será mejor dejar que pase el destacamento. Así lo aconseja el antiguo cazador, añadiendo que los prisioneros serán conducidos á Nueva Méjico ó á Albuquerque, á donde nada les impide seguirlos sin temor. Tal vez se ofrezca mejor oportunidad de rescatar á los cautivos, aunque estén en su prisión, pues ya saben que la llave de oro abre la puerta de cualquier calabozo.

Hamersley se resigna una vez más, pero no sin calcular otra vez la distancia que los separa de los lanceros y como pesaroso de no hacer fuego.

Si el coronel Uraga pudiese sospechar lo que se ha intentado cerca de él, tal vez no se contonearía tan tranquilamente en la silla de su caballo.

Los dos observadores dejan, pues, sus carabinas para mirar al destacamento, cuyos últimos individuos, saliendo del desfiladero, se forman en filas y prosiguen su camino á la voz de:

—¡Marchen!

CAPITULO XVI

UN REZAGADO

Hamersley y el tejano se ocultan mejor que antes, por temor de ser descubiertos: la pendiente por donde treparon no tiene árboles, pues los cedros crecen sólo en la cima, y, por otra parte, el barranco en que han dejado sus mulas desemboca en el llano, en la misma dirección que siguen los lanceros. Cualquiera de éstos que mirase por casualidad hacia atrás podría ver muy bien á los cuadrúpedos, por poco que éstos se alejasen del sitio en que se hallan, y esta circunstancia inquieta mucho á los dos amigos.

Casí es un milagro que los soldados no vean las mulas, pues fácil es distinguir una parte de sus cuerpos; pero, afortunadamente para sus amos, el color del pelaje se asemeja al de la roca, y, sin duda, por esto no han llamado la atención.

También es una circunstancia afortunada que las mulas tengan tapada la cabeza; pues, de otro modo, tal vez se habrían descubierto por algún resoplido: los animales han permanecido inmóviles y silenciosos, cual si temieran también á los enemigos de sus dueños.

Walt y Frank permanecen más de una hora en su escondite, porque aun no se han perdido de vista los lanceros, cuya marcha entorpecen, seguramente, los cautivos. La clara atmósfera del Llano Estacado permite divisar los objetos á doble distancia que la ordinaria, y, aunque los soldados se hallen á cinco millas, lo menos, podrían ver á un hombre y mucho mejor á un jinete.

En su consecuencia, los dos viajeros dejan pasar veinte minutos más antes de salir de su retiro, y entonces prepáranse á bajar.

Sin embargo, no tienen prisa, pues su intención es seguir al destacamento y no adelantar se á él. No habrá la menor dificultad en seguir el rastro: Walt asegura que podría hacerlo con los ojos vendados y guiándose sólo por el olor.

El tejano propone en seguida á su amigo tomar un refrigerio, pues no han comido nada desde el día anterior, por haber dejado sus víveres en las alforjas que llevan las mulas. Hamersley acepta, porque el aire penetrante de la mañana le ha abierto el apetito, y ambos bajan al barranco en busca de sus mulas.

Los pobres animales parecen experimentar la mayor satisfacción al ver de nuevo la luz del día, mientras que sus amos, sacando sus víveres, toman un pequeño refrigerio y encienden sus pipas. Después aguardan hasta que desaparece el último lancero en los límites del horizonte.

Mientras fuman, observando á la tropa que se aleja, perciben los dos un sonido que les hace ponerse en pie: afortunadamente, pueden ocultarse detrás de una gran piedra, y desde allí escuchan con la mayor atención.

Lo que acababan de oír es indudablemente el choque de los cascos de un caballo ó una mula contra la piedra, y el sonido parece proceder del lado opuesto de la colina y en dirección de la entrada del desfiladero.

Conjeturan que es alguno de los soldados que se quedó atrás y va á reunirse con sus compañeros.

¿Qué deben hacer en este caso? Si el hombre vuelve la cabeza, puede verlos en sus mulas, galopar hacia sus compañeros y darles aviso.

Esto sería un terrible contratiempo, y deben evitarlo á todo trance.

Lo primero que hacen es tapar de nuevo la cabeza á sus mulas y volverlas á dejar donde antes estaban.

Un momento después oyen de nuevo el choque de los cascos; pero reconócese que no es el galope ó el trote de un animal que avanza, sino que rehusa andar y se encabrita.

Hamersley y el cazador trepan á cierta altura del montecillo de que han bajado poco antes, á fin de observar el desfiladero que conduce al valle.

Al sentimiento de alarma ha sucedido en ellos la curiosidad y la impaciencia, y ambos fijan sus miradas con ansiedad en el sitio de donde parte el ruido.

Muy pronto ven una cosa que, en vez de inquietarlos, les causa gran alegría.

En la extremidad del desfiladero hay un hombre que forcejea con una mula, tratando de poner el pie en el estribo; el animal se resiste y desvíase siempre al acercarse el hombre.

Walt, y también Frank, acababan de reconocer al indio Manuel.

—¡Infame! ¡Bribón!—murmura Walt Wilder rechinando los dientes de cólera.—¿Para qué se habrá quedado ahí?

Hamersley no contesta, está reflexionando.

—¡Por el Eterno! No parece sino que se ha quedado detrás á propósito, pues nada le costaba marchar con los demás. La cuestión es saber por qué no lo ha hecho: tal vez proyecta alguna nueva traición.

—No lo extrañaría,—contesta Hamersley.

—Parece que la mula le da mucho que hacer,—añade el cazador.—¿Os parece, Frank, que ponga término á ese conflicto, enviando una onza de plomo hacia aquel sitio?

—¿Para quién, para el hombre ó para la mula?

—Para el hombre. ¿Por qué había de matar la mula? Decid sí, y envío á ese bribón al país de las almas en menos que canta un gallo. Ya tengo hecha la puntería. ¿Suelto el gatillo?

—De ningún modo, Walt. Mirad allá bajo: aun no se han perdido de vista; pudieran distinguir el humo, y tal vez oír la detonación. ¿Estáis loco, Walt?

—La vista de ese horrible animal me había hecho perder el juicio; pero veo que tenéis razón. Sin embargo, supongo que no le dejaremos escapar. ¿Tenéis acaso esta intención?

—Eso nunca, porque sería perdernos irremisiblemente. Es preciso matarle ó cogerle; pero

se ha de hacer sin ruido, ó al menos sin disparar la carabina, porque aun no están bastante lejos los soldados.

—¿Qué aconsejáis, pues?

—Vamos á buscar nuestras mulas, y con ellas podemos dar vuelta por el desfiladero para sorprender mejor al indio.

Ambos bajan de la colina más ligeramente de lo que habían subido, pues el caso es urgente, puesto que sus vidas pueden depender

ó es que le desagrada la compañía de los lanceros y quiere perderlos de vista?

Mientras el indio bregaba con su mula, no había apartado su vista de la dirección que seguían los lanceros: Hamersley y Walt Wilder habían observado en su rostro señales de inquietud, las cuales podían explicarse lo mismo por la obstinación del animal que por el temor de que se notase su ausencia; pero, puesto que después de montar se alejaba en dirección



—Ya tengo hecha la puntería. ¿Suelto el gatillo?

de la captura del peón: si éste los ve y se esca- pa, las consecuencias pueden ser funestas.

Dos minutos después montan en sus mulas, y dirígen- se rápidamente hacia el desfiladero.

Registrándolo todo con la mirada, llegan, por fin, al sitio donde habían divisado poco antes al peón; pero ya no lo encuentran: sólo ven la yerba pisoteada por los cascos de la mula: el hombre y el cuadrúpedo han desapare- cido.

CAPITULO XVII

PRISIONERO

La sorpresa de Frank y su compañero ha sido sólo momentánea, pues no puede haber misterio en la desaparición del indio: induda- blemente, ha vuelto al valle, y tal vez al ran- cho; pero, hallándose ya fuera sus moradores, ¿qué busca allí? ¿Ha tomado tal cariño á la vivienda que se propone permanecer en ella,

opuesta á la que seguía el destacamento, otra debía ser la causa.

—Me parece muy extraña la conducta de ese hombre,—murmura Walt,—aunque no es di- ficil adivinar que debe molestarle la compañía de los lanceros, y desea librarse de ella. El muy bribón calcula que no han de venir á buscarle, puesto que ya no lo necesitan, y ha resuelto quedarse aquí; pero ¿qué se propone?

El cazador no sabe aún que el indio preten- de ser su rival en amor; tiene alguna sospe- cha, pero no cree que Conchita le haya inspi- rado una pasión ardiente.

—Bien mirado,—murmura Walt, como ha- blando consigo mismo,—ese traidor debe tener algún objeto al quedarse aquí. ¿Si le habrá enviado Uraga con alguna comisión? No lo creo: más probable es que se halle aquí por su propia voluntad, y casi adivinaría lo que in- tenta. El traidor piensa convertirse ahora en ladrón. En la morada del coronel había varios artículos de valor, particularmente de la se-

ñorita Adela, y es muy posible que el tunante les haya echado la vista encima y vuelva á buscarlos.

Walt Wilder comunica sus observaciones á Frank.

—Es muy probable lo que decís,—contesta Hamersley;—pero también puede ser que se proponga algún otro objeto, y que no llegue hasta la casa, en cuyo caso debemos esperar que pase por aquí de un momento á otro. De todos modos, no conviene dejarle á retaguardia, porque nos vería, y pudiera huir y anunciar á los demás nuestra presencia.

—Es mucha verdad,—dice Walt;—debemos cogerle de una vez.

—¿Esperaremos aquí su vuelta ó será mejor seguirle?—pregunta Hamersley.

—Opino por lo segundo,—contesta Walt;—pero uno de los dos basta para capturar á ese miserable; yo me encargo de ir á cogerle, y, entretanto, bueno será que permanezcáis aquí, por si acaso trata de huir en esta dirección. Seguramente, estará ahora en la ratonera, y yo os aseguro que no escapará sin que yo le eche la mano encima.

—No le matéis si es posible evitarlo,—dice Frank;—verdad es que lo merece, pero tal vez obtengamos de él informes útiles para nosotros.

—No tengáis cuidado, Frank: no le haré daño alguno si no opone resistencia, y no creo que tenga suficiente valor para esto.

—Muy bien, Walt: aquí os espero.

—No os haré aguardar mucho. Por lo pronto, bueno es que os ocultéis detrás de esas piedras, para que el indio no os vea si tratase de escapar por aquí. Tan pronto como le coja, silbaré una ó dos veces, y entonces podréis bajar.

Después de dar estas instrucciones á su compañero, el cazador encamina su mula por el estrecho paso, y muy pronto se pierde de vista al dar vuelta á una roca.

Hamersley, comprendiendo cuán necesario es proceder con cautela, sigue el consejo de Walt, y ocúltase detrás de un peñasco. Montado en su mula, permanece inmóvil en la silla y entregado á una profunda meditación. Tristes pensamientos se agolpan á su mente; el porvenir le parece dudoso y lúgubre; no tiene ya esperanza de favorecer al noble mejicano, á quien tantos favores debe, y no está seguro de rescatar á tiempo á la hermosa Adela, para librarla del infortunio que la amenaza.

A la media hora de hallarse entregado á sus tristes reflexiones, percibe, al fin, un sonido que parece partir del valle y en el cual reconoce la señal indicada por Walt Wilder. El silbido se reproduce tres veces con distintas modulaciones, dominando el rumor de la cascada, y no cabe duda que procede del rancho.

Sin detenerse á reflexionar, Hamersley espolea su mula, y avanza por el sendero con toda la rapidez posible.

Al llegar á la solitaria casa, encuentra á su compañero, y junto á él al peón cautivo.

Walt Wilder está á dos pasos del traidor, apoyado en su carabina. Manuel se halla ten-

dido en tierra, con las piernas y brazos atados.

—Hubiera podido cogerle antes,—dice Walt Wilder acercándose á Frank;—pero, excitada mi curiosidad, quise ver primero qué haría, y le he vigilado. Ahí tenéis la explicación.

Así diciendo, el cazador señala un gran saco que se ve á dos pasos de él, y cuyo contenido se ha vaciado en parte en el suelo: podría compararse con un cuerno de la abundancia, del cual salen los frutos. Hamersley reconoce, entre aquellos objetos, algunos pertenecientes á Miranda.

—Todo eso es lo que había robado el indio,—continúa Walt,—y esto después de vender villanamente á su amo y á su ama, que siempre le trataron con bondad. ¡El diablo me lleve si ese peine de concha que veo ahora no pertenecía á mi Conchita, y también ese par de chinelas! Seguro estoy de habérselas visto en los pies. Y ahora, amigo Frank, ¿qué haremos con este bribón?

—Primeramente le obligaremos á confesar todo cuanto sepa, y, después de obtener los informes necesarios, se resolverá.

No es difícil obtener la confesión, pues Walt Wilder, desenvainando su cuchillo, se inclina sobre el peón, amenazando su pecho con la brillante hoja, hasta que refiere todo cuanto ha ocurrido, desde el momento en que meditó su traición. Hasta se atreve á declarar el verdadero motivo, confiado en la nobleza de aquellos dos hombres y creyendo que por este medio obtendrá el perdón.

Después, haciendo también traición al mismo hombre á quien se había vendido antes, al coronel Gil Uraga, dice que ha oído un diálogo entre éste y su cómplice, el ayudante Robles, del cual se deduce que no piensan conducir los prisioneros á Alburquerque. No sabe, sin embargo, qué piensan hacer con ellos.

Sólo ha oído á medias la conversación referente á D. Valeriano y al doctor, y no ha podido sorprender una sola palabra respecto á las prisioneras.

Los dos amigos le preguntan si sospecha á dónde se las conduce; mas el peón lo ignora. No cree que se las deba considerar como prisioneras: Conchita va sólo por seguir á su ama; y en cuanto á esta última, el indio no ha podido comprender las palabras que acerca de ella dijeron Uraga y Robles.

Hamersley supone poco más ó menos lo que es, y no puede reprimir un suspiro de dolor.

CAPITULO XVIII

EL HURACÁN

Uraga y sus lanceros avanzan á través del Llano Estacado por la parte del Oeste. Los prisioneros van en último término, vigilados atentamente, y las mujeres á la cabeza, junto al subalterno que dirige á la tropa.

Por razones particulares, el coronel Uraga va muy separado de los cautivos, con los cuales no quiere hablar, al parecer, hasta que lle-

gue la hora. Tampoco se cuida de la dirección que siguen los soldados, pues se ha encargado de esto el alférez. Uraga va delante, á cien pasos del destacamento, conversando con su compañero Robles.

Su principal objeto, al aislarse de este modo, es poder hablar con su ayudante sin ser oído.

—Y bien, Robles,—dice Uraga, tan pronto como se hallan á distancia conveniente; —¿qué opináis ahora del estado de las cosas?

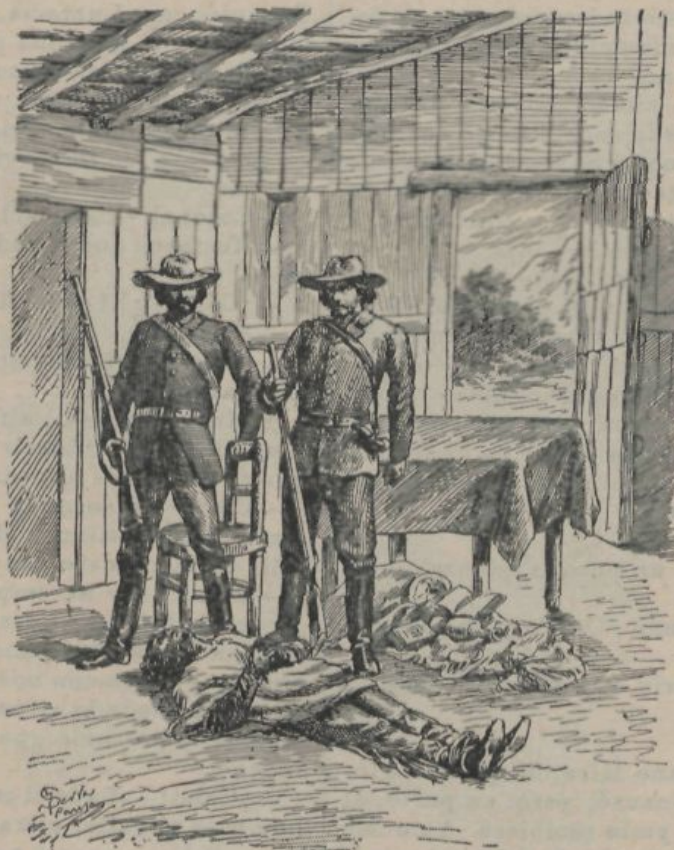
—Creo que todo se ha hecho con limpieza,

zas, ni vos tampoco, ni ninguno de mis soldados, pero morirán.

—Coronel, estáis un poco enigmático: no os comprendo.

—Ya me entenderéis dentro de tres ó cuatro días, ó acaso menos: entonces se os dará la clave del enigma. Para entonces, ya habrán dejado de molestarme D. Valeriano Miranda y el viejo D. Próspero.

—Y ¿estáis verdaderamente resuelto á que muera Miranda?



Al llegar á la solitaria casa, encuentra á su compañero, y junto á él al peón cautivo

aunque no exactamente del modo que deseabais.

—Cierto es: mas no desespero aún de arreglarlo todo á medida de mi deseo. El indio Manuel ha sabido, por conducto de su compañero Chico, que los americanos han marchado á las factorías del Norte; malo será que no los encontremos allí, y peor aún que no los ponga yo á buen recaudo. Ninguno de los dos ha de salir vivo de Nueva Méjico.

—Y ¿qué haréis con nuestros amigos mejicanos?

—¡Oh! En cuanto á esos, sucederá lo contrario: ninguno llegará con vida.

—¿Pensáis conducirlos allá muertos?

—No es mi ánimo llevarlos de ningún modo.

—Entonces, ¿tratáis de dejarlos en el camino?

—Estoy resuelto á ello.

—Pero ¿seríais capaz de matarlos á sangre fría?

—No tocaré un solo cabello de sus cabe-

—La pregunta es muy tonta en un hombre que me conoce como vos. Esto no admite duda.

—Yo no me intereso por ninguno de los dos prisioneros; mas no puedo explicarme qué beneficio os reportará la muerte del ex coronel, pues no es mal hombre, y, además, tiene fama de valeroso soldado.

—Comenzáis á ser muy sentimental, ayudante: sin duda, os han ablandado el corazón las tiernas miradas de la hermana.

—No es probable,—contestó Robles con una desdeñosa sonrisa;—los ojos que han de conmover mi corazón han dejado de existir, y ya no rindo culto sino á la diosa Fortuna. Mientras tenga una baraja y un contrincante rico, las faldas están de sobra para mí.

El coronel se sonrió al oír estas palabras, pues conoce la idiosincrasia de su cómplice en el crimen, algo singular en un hombre que ha

cometido muchos robos, manchando más de una vez sus manos en sangre. Las cartas, los dados y la bebida constituyen todos sus placeres; parece insensible al amor y no se deja dominar por él, aunque en la historia de su vida hay un capítulo en el cual se demuestra que no siempre fué así. Uraga lo conoce y sabe que tuvo un desenlace suficientemente trágico para que Robles renunciara para siempre al amor de una mujer, puesto que por esta causa llegó á ser un mal hombre. Sin embargo, no se ha pervertido tanto como Uraga, y aun conserva una virtud, que es el valor. Por eso la admira en los otros, y esto le hace abogar en favor de Miranda, cuya intrepidez es conocida en todo el ejército mejicano.

—No comprendo, — añade después de una pausa, — que os toméis la molestia de ser ejecutor. Cuando lleguemos á Santa Fe, nuestros prisioneros serán juzgados por un Consejo de Guerra, que, á no dudarlo, los condenará á muerte.

—Pues yo lo dudo mucho, ayudante. Tal vez se hubiera procedido así en el momento de la sublevación; pero últimamente han cambiado mucho las cosas. Los asuntos se van complicando de nuevo, y nuestro digno jefe, *el Cojo*, no se atreve apenas á firmar una sentencia de muerte, sobre todo cuando el que ha de ser pasado por las armas es un hombre de nota como D. Valeriano Miranda.

—Conque ¿ha de morir?

—Teniente, volved un poco la cabeza y miradme bien el rostro.

—Así lo hago, coronel. ¿Qué hay de particular?

—¿Veis esta cicatriz que me coge toda la mejilla?

—Sí, coronel.

—No fué D. Valeriano Miranda quien me infirió la herida que la causó; pero, en parte, él tiene la culpa de que yo la recibiera. A no ser por él, el duelo habría terminado de distinto modo. Hace ya doce meses que ocurrió el lance, en el cual perdí, además, tres dientes; y desde entonces me parece tener fuego en esta mejilla, y necesito lavar el ultraje con la sangre de los que lo infirieron: Miranda es uno de ellos. *Habéis preguntado si debe perecer: creo que al ver esta cicatriz no necesitaréis contestación.*

—Pero ¿cómo se ha de hacer esto sin escándalo? Según habéis dicho vos mismo, no se puede matar á un hombre sin más ni más, porque después se nos pedirían cuentas, y tal vez se nos hiciera parecer ante un Consejo de Guerra. Si Miranda hubiese opuesto resistencia, hubiéramos tenido, cuando menos, un pretexto.

—Amigo ayudante, no os inquietéis acerca del pretexto, pues tengo un plan que lo suplirá todo. Ya os he dicho que lo sabréis á su debido tiempo. Pero ahora hablemos de otra cosa, pues ya me molesta este asunto, y digamos algo sobre otro más agradable, como, por ejemplo, las mujeres. ¿Qué os parece de mi encantadora?

—¿De la señorita Adela?

—Es claro. ¿Qué otra podría encantarme? Estoy seguro que aun á vos, á pesar de vuestro corazón de roca, os ha impresionado.

—No diré lo contrario. Es la más hermosa prisionera que jamás he visto.

—¡Prisionera!—murmura Uraga, como hablando consigo mismo.—Quisiera que lo fuese en otro sentido.

Y, frunciendo el ceño, añade después en alta voz:

—¡Qué importa! Cuando haya quitado de en medio á su hermano, será mía. Haré como Tarquino con Lucrecia, y no cederá del mismo modo que la matrona romana, sino como una hija de Méjico, sobre todo cuando vea que ya no es posible resistir. ¿Qué ocurre, cabo?

Esta pregunta se dirige á un subalterno que se presenta de improviso, haciendo el saludo militar.

—Coronel,—dice,—el alférez me envía para manifestaros que el indio no está ya con nosotros.

—¡Cómo! ¿El guía Manuel?

—El mismo.

—¡Alto!—grita Uraga á su tropa, que se detiene al punto.

Y, dirigiéndose al alférez, añade:

—¿Qué quiere decir esto? Acabo de saber que no está aquí el guía.

—Cierto es, coronel: debe haberse quedado atrás cuando salimos del desfiladero, pues al salir de la casa iba con nosotros.

—Bien: esto no importa gran cosa,—dice Uraga á Robles,—pues ya hemos obtenido de él cuanto necesitábamos. Sin embargo, mejor será que vaya con nosotros. Indudablemente, se habrá quedado atrás para recoger algunos efectos, y presumo que se le encontrará en el rancho.

—¡Cabo!—añade el coronel.—Volved con dos hombres al valle, y traed al rezagado. Como avanzaremos poco á poco, nos encontraréis en nuestro campamento de noche.

El cabo obedece, y no de muy buena gana se dirige con los dos individuos hacia las dos colinas, que aun se distinguen confusamente, mientras que el resto de la tropa continúa su marcha.

Uraga y Robles van siempre delante, hablando sobre sus criminales proyectos.

Una hora duraba, poco más ó menos, su diálogo confidencial, cuando otro de los lanceros viene á interrumpirlos: es un veterano de cabello gris, acostumbrado hace mucho tiempo á vivir en las llanuras.

—¿Qué ocurre, Hernández?—pregunta precipitadamente Uraga.

—Señor coronel,—contesta el soldado señalando á una pequeña mancha que se ve en el cielo por la parte noroeste del horizonte,—¿véis esa nubecilla?

—¡Nubecilla! No veo ninguna, como no sea aquella mancha apenas perceptible. ¿Es eso lo que quieres decir?

—Eso mismo, coronel: por pequeña que sea, puede causar un trastorno. Ahora no parece

nada, pero dentro de diez minutos se extenderá sobre todo el llano.

—¿Lo crees así, Hernández? ¿Será, por ventura, el norte?

—Estoy seguro de ello. ¡Pardiez! Hartas veces lo he visto. Creedme, coronel: estallará una tormenta.

—Entonces,—contesta Uraga,—mejor será hacer alto para que no nos coja desprevenidos. Por aquí no veo nada donde podamos buscar un albergue, como no sea aquella arboleda de

ras, pues el jefe quiere tener con Adela todas las consideraciones posibles.

Los lanceros desmontan apresuradamente, atan sus caballos y hacen varios preparativos para resguardarse en lo posible de la tempestad, anunciada por uno de los soldados como una cosa terrorífica.

No pasa mucho tiempo sin que se realice al pie de la letra el pronóstico del lancero.

El cielo, hasta entonces brillante como el zafiro, y del más puro azul, adquiere un color de



Los lanceros desmontan apresuradamente, atan sus caballos y hacen varios preparativos...

robles enanos, que siempre nos preservarán un poco del temporal. Decid al sargento que conduzca la gente allá inmediatamente, y que arme las tiendas.

El soldado parte á galope, mientras el coronel y su ayudante se dirigen también á la arboleda, que dista unos trescientos pasos de la línea de marcha. Era la misma donde se habían ocultado Hamersley y Walt Wilder el día anterior.

Al llegar á ella, antes que los lanceros, Uraga y Robles reconocen las huellas de dos mulas, no sin gran sorpresa, y cambian algunas palabras sobre el particular; pero la oscuridad aumenta por instantes, y hace pensar en elegir al punto sitio á propósito para establecer el campamento.

Sólo hay dos tiendas, una de Uraga, y otra que hallaron en el rancho, perteneciente al ex coronel: esta última servirá para las prisione-

plomo sombrío, que se oscurece gradualmente hasta el punto de parecer que las sombras de la noche se extienden sobre la estéril llanura. La atmósfera, un momento antes demasiado cálida, se enfría de pronto, asemejándose á la del invierno, y en menos de veinte minutos el termómetro descende unos cuarenta grados, tocando casi al punto del hielo.

No es la noche lo que produce la oscuridad, ni el invierno lo que produce el frío: todo proviene de un fenómeno atmosférico peculiar de las mesetas de Tejas, y muy temido de los viajeros: es lo que los mejicanos llaman el norte.

CAPITULO XIX

ENCUENTRO FELIZ

Prisionero el indio Manuel, y después de confesarlo todo, sus apresadores no saben ya qué

hacer con el traidor, porque les entorpecerá su marcha. Sin embargo, no pueden dejarle atrás, y el joven Hamersley no es bastante cruel para matarle, aunque está convencido de que no merece otra cosa.

Si dependiera de Walt Wilder, pronto arreglaría la cuestión; pues, indignado ya por la infamia del indio, tiene otro motivo para aborrecerle, porque es su rival en amor.

Walt, sin embargo, no hace de esto gran aprecio, porque está seguro del cariño de Conchita; es dueño de su corazón, y le ha sido prometida su mano, y, en su sencillez, no siente el antiguo cazador ni un asomo de celos. La idea de tener por rival al hombre abyecto que se halla á sus pies, y á quien podría aplastar la cabeza con el tacón de su bota, es demasiado ridícula para que la tome en consideración.

Si no fuera por esto, acabaría de una vez con la vida de aquel hombre, pero impulsado sólo por un acto de justicia y de justa retribución, que es el sentimiento que guió siempre á los cazadores de Tejas.

Su compañero, menos inclinado á la ejecución de las altas obras, le contiene, y los dos reflexionan sobre lo que han de hacer con el prisionero, que es ya un verdadero estorbo para ellos.

Antes de adoptar resolución alguna, perciben un ruido que les hace palidecer: es el que producen las pisadas de caballos, y pueden no ser dos, ni tres ó cuatro, sino toda una partida de jinetes.

¿Habrán vuelto al valle Uraga y sus lanceros? ¿Se dirigen, por ventura, otra vez al rancho? No es posible suponer otra cosa. ¿De dónde había de venir otra partida de jinetes á semejante sitio?

Hamersley y Walt se retiran instintivamente al interior de la casa sin llevarse á su prisionero, que, bien atado, no puede moverse del sitio, aunque ya importaría poco, pues han resuelto defenderse hasta morir si es necesario. En ningún sitio podían estar mejor para este objeto, pues las paredes son gruesas, y hay allí suficientes piedras y troncos para atrancar las dos puertas del rancho.

Esta es su primera operación, y después se asoman cada cual á una ventana; no hay más que dos y son aberturas de reducidas dimensiones, muy á propósito para su objeto, pues harán las veces de troneras.

La oposición no es tampoco desfavorable para la defensa; la casa está situada junto á una roca, y hay sólo un estrecho paso para llegar por detrás, mientras que por delante se extiende un espacio abierto que conduce al lago, sólo con algunos árboles diseminados. Por aquí debe llegar todo el que quiera acercarse, bien haya entrado en el valle por arriba ó por abajo. A cada lado de la cosa se proyecta la pared de un precipicio, y el que intentase llegar por detrás se expondría irremisiblemente á un fuego enfilado.

Los dos hombres se defenderán allí; pero ¿qué probabilidad tienen de resistir contra cin-

cuenta soldados? Este es su número si vuelve todo el destacamento, mas tal vez no hayan entrado todos en el valle y llegan sólo algunos hombres en busca del guía, á quien se habrá echado de menos durante la marcha. En este caso, podrán resistir el ataque, y, de todos modos, deben intentarlo.

¿Qué otra cosa podían hacer? ¿Rendirse para ser prisioneros? ¡Jamás! Conocen demasiado al infame, y tienen suficientes motivos para comprender que no se les haría gracia. El hombre que tuvo corazón para dejarlos sepultados en una oscura caverna proponiéndose que pereciesen de hambre no se contentaría ya con matarlos, sino que los martirizaría.

—Si hemos de morir,—dice Walt,—que sea, por lo menos, matando. Por mi parte, me comprometo á despachar media docena de esos maniqués, y ya sé que vos, amigo Frank, no os quedaréis atrás. Antes de exhalar el último aliento, haremos una buena matanza. ¿Estáis ya preparado?

—Sí,—contesta Hamersley con voz solemne;—estoy dispuesto á morir, mas no sin hacer morder el polvo antes á cuantos enemigos se pongan al alcance de mi carabina.

—Deben llegar á través de aquellos árboles,—dice el cazador;—el primero que asome es hombre muerto: dejadme á mí antes, Frank, pues así probaré la carabina del doctor. Encargaos vos del segundo, y así se detendrán los que los sigan por el sendero, dándonos tiempo suficiente para volver á cargar.

Los dos hombres no han necesitado sino algunos minutos para atrancar las puertas, observar por las ventanas y combinar su plan; y, adoptadas ya sus precauciones, esperan, carabina en mano, el próximo ataque, manteniéndose en la oscuridad, á fin de no ser vistos desde fuera.

Pero aun no se ha presentado enemigo alguno; no se ve más ser humano que el indio Manuel, que yace inmóvil en el mismo sitio.

Y, sin embargo, óyese siempre el choque de las herraduras de los caballos sobre la piedra: los defensores del rancho escuchan atentamente con la mayor ansiedad, pues tal vez dentro de un minuto deben empeñar una lucha que terminará, á no dudarlo, con su muerte.

Acaso experimentan más que ansiedad; tal vez sea temor; pero, aun así, ¿qué tendría esto de particular? Sería dispensable hasta en el corazón de los héroes.

Sean cuales fueren sus emociones en aquel momento, experimentan de pronto un cambio en el que predomina la sorpresa. Mientras escuchan con la mayor atención, parécenos de repente que el ruido no llega de arriba, sino de abajo.

¿Será tal vez el eco que se reproduce en las rocas?

Deseando salir de dudas, escuchan con mayor atención, para cerciorarse de dónde procede el sonido, y, al fin, se convencen de que llega de abajo.

Aun no recobrados de esta primera sorpresa, sobrecógeles otra: con el ruido de los caballos

se mezclan voces humanas, mas no las que podrían esperar, pues resuenan robustas carcajadas que no parecen de mejicanos, ni tampoco de indios. Son rudas, mas no guturales: asemejanse á las que pudieran emitir gargantas anglosajonas.

Aun no se han recobrado de su sorpresa, cuando ven una cosa que convierte su asombro en alegría. Entre árboles de la extremidad del lago aparece un jinete, y después otro; pero difieren tanto de los lanceros de Uraga, ó de

y tamaños. En cuanto á las armas, parecen bien provistos: llevan buenas carabinas, pistolas de dos cañones y grandes cuchillos en el cinto.

Aquella tropa no se podia equivocar de ningún modo con los vistosos lanceros cuyos caballos han pisado la misma yerba algunas horas antes. Iguales en número, las dos partidas difieren en todo lo demás, en armas, en traje y en equipo: hasta sus caballos se parecen poco, pues los que estuvieron al rayar el día parecen



Esperan, carabina en mano, el próximo ataque

los que pudieran considerar como enemigos, que Hamersley y Walt apoyan en tierra sus carabinas en vez de apuntarlas á los hombres que están viendo.

Antes de franquear todo el espacio que los separa de la casa, los dos jinetes hacen alto, sólo por un instante, como para reconocer el terreno; parecen sorprenderse á la vista de la vivienda, y no menos al observar que cerca de la puerta hay un hombre tendido en tierra, pues se hallan bastante próximos para notar que está atado de pies y manos.

Pero como no son hombres que se atemorizan fácilmente, adelantan sin vacilar, en vez de retroceder, y un momento después aparecen dos jinetes más, á los que siguen otros dos, hasta que cincuenta hombres ocupan el espacio delante de la casa.

Sus vestimentas ofrecen un conjunto heterogéneo: unos llevan chaquetones de lana, otros de piel; los más de ellos van algo andrajosos, y cubren sus cabezas sombreros de todas formas

enanos, y los que acaban de llegar son de gran alzada.

Sea cual fuere la impresión que ha causado en Hamersley la vista de aquellos hombres, en el antiguo cazador produce como una conmoción eléctrica.

Mucho antes que las últimas filas hayan llegado al espacio abierto, ha corrido á la puerta para desembarazarla de todo cuanto obstruye la entrada, y, conseguido esto, lánzase fuera profiriendo con voz estentórea un grito cuyo eco se repite hasta el último extremo del valle: es un grito de alegría que hace las veces de saludo.

Y después exclama con voz más inteligible: —¡Los tiradores de Tejas! Han llegado á tiempo. ¡Gracias á Dios!

CAPITULO XX

ANTIGUOS AMIGOS

No es necesario decir que los jinetes que

avanzan hacia el rancho son el capitán Haynes y su compañía de tiradores: acaban de franquear el cañón conducidos por *el Barbudo*.

Este último parece más sorprendido que todos al ver una casa en aquel solitario sitio, pues no recuerda que hubiese ninguna la última vez que pasó por el valle con sus compañeros los indios de Tenawa, unos doce meses antes.

No le asombra menos la presencia de Walt Wilder, en quien reconoce á la primera mirada al gigantesco individuo que tan heroicamente defendió el corral, así como en Hamersley, que le sigue de cerca, al otro hombre que huyó con él: seguramente, son los dos individuos á quienes se encerró en la caravana.

Su inesperada aparición produce en el mejicano un efecto casi cómico, pues queda como clavado en tierra bajo la influencia de un supersticioso terror, y hace repetidas veces la señal de la cruz, murmurando Aves Marías.

En otras circunstancias, este proceder hubiera excitado la hilaridad de los tiradores; pero, en aquel instante, todos tienen la vista fija en los hombres que acaban de salir de la casa y que avanzan resueltamente á su encuentro.

Varios han reconocido ya á su antiguo camarada, y comunican el hecho apresuradamente á sus compañeros.

—¡Walt Wilder!—exclaman con asombro diez ó doce, mirando atónitos al cazador, cual si se les apareciese un espectro.

Entretanto, adelántase Walt profiriendo repetidas exclamaciones en su diálogo con Hamersley.

—¿Estaré soñando?—dice.—¡Mirad, Frank! Aquel que veis delante es Haynes, mi antiguo capitán, y los que están á su lado Cully y Bucklan, el alma de la compañía.

Walt Wilder está ya cerca de los caballos, y los tiradores, aunque seguros, al fin, de que es su antiguo compañero y no un fantasma, no se recobran, sin embargo, de su sorpresa. Algunos dirigen al *Barbudo* miradas interrogadoras, pues suponen que lo del encierro en la cueva es una farsa, aunque no comprenden con qué objeto los ha engañado así. El aspecto del mejicano no es el más á propósito para desvanecer las dudas, pues tiembla de pies á cabeza, repitiendo sin cesar sus oraciones. Sin embargo, no es porque tema ya lo sobrenatural, pues acaba de convencerse de que los dos hombres que avanzan son realmente de carne y hueso; los mismos cuya sangre ayudó á verter y á los cuales creía muertos en una oscura caverna. No, no le asustan ya los fantasmas: lo que teme es la estrecha cuenta que le exigirán aquellos hombres, y con justicia, por el crimen cruel en que ha tomado parte.

En aquel momento llegan Walt Wilder y Frank hasta tocar los caballos de los tiradores, y éstos se apean presurosos, formando círculo al rededor de los dos hombres, que excitan la curiosidad general.

El capitán y Cully son los primeros que preguntan:

—¿Podemos estar seguros,—dice el capitán,—que sois vos Walt Wilder?

—¡Maldito si lo sé yo mismo! Después de lo que ha pasado, no estoy ya seguro de nada. Pero ¿á quién buscáis aquí con los muchachos, capitán?

—A vos.

—¡A mí!

—Sí: venimos á enterraros.

—En efecto,—añade Cully;—íbamos á dar sepultura á vuestros huesos, no esperando ver en ellos tanta carne. Sólo con este objeto venimos desde el Pécano; y como recordaba que teníais mucho cariño á vuestra vieja carabina, la he traído para depositarla en vuestra tumba.

Así diciendo, Cully se desliza de su caballo y abraza á su compañero con la mayor efusión, entregándole después su carabina; pero esto no aclara las dudas de Walt Wilder, y, muy lejos de ello, las complica.

—¡Condenación!—exclama entonces.—¿Soy ó no Walt? ¿Estoy soñando, por ventura? Ciertamente ésta es mi vieja carabina: la dejé en mi caballo después de cortar el cuello al pobre cuadrúpedo. Tal vez le hayáis traído también: no lo extrañaría... Pero vamos, amigo Cully: no os quedéis así mirándome con la boca abierta. Contadme todo lo ocurrido, y sepamos de una vez dónde habéis hallado mi carabina.

—En el Pécano. Allí encontramos una partida de comanches á cuyo jefe se llamaba el *Lagarto Cornudo*: ahora no tiene ya nombre, puesto que le hemos enviado á otro mundo mejor con la mayor parte de sus compañeros. Todo fué obra nuestra. La refriega tuvo lugar cerca del río donde acampaban, y no duró mucho. Una vez terminada, y cuando examinábamos los cadáveres, vimos el del jefe, que empuñaba todavía, con sus crispadas manos, la carabina, en la cual reconocí al punto la vuestra, viendo al mismo tiempo en esto un indicio de que los salvajes habían hecho alguna de las suyas. No me explicaba, sin embargo, cómo habríais perdido vuestra arma. Afortunadamente, entre los prisioneros teníamos un renegado mejicano, el mismo que veis ahí, y habiéndole pasano una cuerda al cuello, prometiéndole apretar el nudo corredizo si no nos daba cuenta exacta de todo, el hombre cantó de plano, dándonos á conocer la historia del ataque de la caravana, vuestra fuga con un compañero, y, por último, el incidente de la caverna. Creyendo que ya estaríais difunto tiempo hace, íbamos á buscar vuestros huesos para darles más cristiana sepultura, sirviéndonos de guía el renegado, quien nos ha conducido por este camino, asegurándonos que era el más corto. Ahora vemos que estáis sano y robusto, con tan buen humor como antes, lo mismo que vuestro compañero, que supongo será ese joven, y, por lo tanto, no es necesario ya continuar con el mismo objeto nuestra excursión. Ya conocéis nuestra historia, y sólo falta ahora que nos contéis la vuestra, la cual debe ser mucho más inexplicable. ¡Vaya! Soltad la lengua, amigo Walt, y sepamos lo ocurrido.

Por breve que haya sido el relato de Cully,

menos tiempo necesita Walt Wilder para poner á sus antiguos camaradas al corriente de los hechos y presentarles á Frank Hamersley como el compañero de sus peligrosas aventuras.

CAPÍTULO XXI

MUTUAS EXPLICACIONES

La llegada de los tiradores precisamente en aquel momento era una contingencia de las más singulares: diez minutos más tarde, y habrían hallado el rancho desierto, pues Hamersley y Wilder habían determinado marchar llevándose el traidor consigo. En este caso, los tejanos hubieran reconocido señales de la presencia de cierto número de hombres en aquel lugar, comprendiendo, por las pisadas de los caballos, que los jinetes no eran indios. De todos modos, hubieran permanecido al rededor del rancho, acampando en el valle toda la noche. Tal era, por lo menos, su intención, pues sus caballos se habían fatigado mucho y querían darles algún descanso.

Al subir á la llanura superior, hubieran reconocido el rastro de la partida de Uraga; pero es muy posible que no los hubiesen seguido en aquella ocasión, prefiriendo continuar su marcha hacia la caverna en distinta dirección. Era realmente una singular casualidad su llegada en aquel momento preciso: hubiérase dicho que así estaba decretado por la Providencia, y no de otro modo lo pensaron Hamersley y el antiguo cazador.

Aunque apresuradamente, ambos dieron á conocer á los tiradores cuanto había ocurrido, ó, por lo menos, los detalles de más importancia por el pronto, y pidieron su auxilio.

Sin la menor vacilación, los tejanos patrocinaron su causa unánimemente, con un entusiasmo y energía que consoló á Frank Hamersley. Aquellos hombres eran amigos que tenían iguales adversarios, y contaban con fuerza suficiente para perseguir á la partida de Uraga y destruirla. Se podía alcanzarla aquella misma noche, y, si no, al día siguiente. En último caso, y suponiendo que llevase demasiada delantera, se la perseguiría hasta Nueva Méjico, hasta el mismo Norte.

Hamersley no tiene ya el corazón oprimido: la posibilidad de librar á sus amigos de la muerte, salvando á su amada de la deshonra, le llena de contento. Apoyado por Wilder, propone emprender desde luego la persecución.

Para los tiradores, esto es lo mismo que invitarlos á un baile ó á otra función cualquiera, pues durante su vida ha sido su constante objeto batirse contra los enemigos: en ello cifraban su alegría, así como en perseguirlos su placer, y en aquella ocasión no se trataba sólo de la derrota de un enemigo odiado, sino de recobrar prisioneros y, sobre todo, dos mujeres inocentes.

A pesar de su entusiasmo, no cometen, sin embargo, ninguna imprudencia, pues el capitán Haynes es ya veterano en su continua lu-

cha contra los indios y uno de los más expertos jefes que han tenido los tiradores.

Reprimiendo la impaciencia de los demás, aconseja, pues, la prudencia y la moderación, y lo mismo hace Cully.

—Pero ¿por qué hemos de perder un solo instante?—pregunta el fogoso Hamersley.—No pueden hallarse á más de diez millas de distancia, y, seguramente, les daríamos alcance antes de ponerse el sol.

—Eso es precisamente lo que debemos evitar,—contesta el capitán.—Suponed que nos divisan antes de acercarnos, lo cual no puede menos de suceder, si están en la llanura, como decís: ¿qué sucederá entonces? Teniendo sus caballos descansados, comparativamente con los nuestros, se alejarán á galope, dejándonos con un palmo de boca abierta, y, lo que es peor, se llevarán sus prisioneros.

Estas palabras producen gran impresión en todos, y hasta Hamersley comprende que son razonadas.

—Dejad que se ponga el sol,—continúa el capitán;—eso es lo más esencial: después nos será fácil seguir el rastro, aunque sea de noche, pues Cully sabe hacer esto, y también nuestro antiguo amigo Walt, si no ha perdido su destreza.

Walt y Cully guardan un modesto silencio, que confirma el aserto del capitán.

—Nuestro proyecto,—continúa Haynes,—consistirá en acercarnos al campamento á favor de la noche, para rodearle completamente. Esos soldados son tan babiecas, que, seguramente, tendrán sus fuegos encendidos, y esto nos servirá para guiarnos.

El proyecto del capitán parece tan acertado que nadie se opone á él: Walt Wilder lo aprueba, y Hamersley no puede menos de hacer lo mismo.

En su consecuencia, resuélvese permanecer dos horas más en el valle y dirigirse después á la llanura superior: así podrán los caballos pacer la fresca grama que allí abunda, mientras que los tiradores preparan su comida con la abundante caza que llevan.

Poco después enciéndese un buen fuego en la casa, salen á relucir los utensilios culinarios, y comienzan á humear los cuartos de venado, los ánades y la carne de oso, que deben reponer las fuerzas de los tiradores y sus amigos.

CAPÍTULO XXII

INTERROGATORIO

Mientras los tejanos preparan su homérico festín, un grupo que se halla frente al rancho se ocupa de otro asunto muy diferente.

Figuran en él los individuos más notables: el capitán, el guía, Cully, Walt Wilder y Frank Hamersley.

A pocos pasos se ven dos hombres tendidos sobre la yerba y atados: son el indio Manuel y el Barbudo.

Así el uno como el otro, parecen muy abati-

dos, y lo están, en efecto, porque Walt Wilder y Hamersley darán á conocer todos los detalles, que, agregados á lo que ya saben los tiradores, darán luz sobre el asunto, aclarando pormenores que antes podían parecer confusos.

Los dos culpables son interrogados de nuevo; y como las pistolas amenazan sus pechos, confiesanlo todo.

El peón repite cuanto ha dicho ya, sin añadir gran cosa; pero con el renegado es distinto, pues ha callado mucho respecto á la parte que tomaron Uraga y su teniente en el ataque de la caravana.

Como Hamersley habla su lengua natal, y Walt Wilder le amenaza con la brillante hoja de su cuchillo, sométese al *Barbudo* á un severo interrogatorio, en el cual confiesa la alianza que existe entre el coronel Uraga y los indios comanches. Para salvar su vida, hace una declaración completa, callando sólo su parte de culpabilidad.

Mientras declara, otros tiradores que rodean el grupo han escuchado atentamente frunciendo el ceño.

Cuando, al fin, toman conocimiento de la diabólica trama, su cólera, excitada ya, se convierte en furor, y á duras penas puede el capitán impedir que su gente se precipite, desde luego, en persecución del infame; pero, al fin, prevalecen los consejos de los más prudentes, y, recobrada la tranquilidad, se comienza á comer.

Sin embargo, aun sienten algunos aquella dilación, creyendo perjudicial la prudencia, no porque creyeran desacertados los consejos, sino por una circunstancia enteramente accidental.

Cuando llegan á la mitad de su comida, el cielo, que ha estado todo el día sereno y brillante, se nubla de pronto, y no del modo en que se entiende de ordinario esta palabra: no se nubla en rigor, sino que adquiere un color negro, como si el sol se hubiera eclipsado de pronto ó desaparecido del firmamento. A los diez minutos reina la oscuridad más completa: aquello parece un eclipse total de sol ó una noche sin estrellas.

Aunque algo inquietos por el cambio, ninguno de los tiradores se atemoriza, ni sorprende, y mucho menos el veterano Cully, que es el hombre de las praderas.

—¡Un huracán!—grita el guía.—Es el norte.

Walt Wilder confirma estas palabras, pues ha observado antes que los otros el estado del cielo, y conoce ya el fenómeno.

Todos los tejanos comprenden también la significación de la palabra el norte, tempestad precedida de un notable aumento de calor en la atmósfera, de nubes de polvo, de relámpagos y horrisonos truenos, á los que siguen ráfagas de un viento huracanado y una lluvia tan impetuosa, cuando no granizo, que parecen haberse abierto las cataratas del cielo.

En menos de diez minutos, después de las primeras señales, la tempestad rodea el rancho: por el valle avanzan avalanchas de pol-

vo, barrido de la superficie de la llanura superior. El viento, al principio ligero, produce luego un rumor como el de las olas de un lejano mar, y, mugiendo después entre las rocas, desgaja á su paso las ramas de los árboles: succédense á poco los relámpagos, los truenos y la lluvia; pero esta última no cae en menudas gotas, sino cual si se vertiese de una catarata.

Los tiradores se refugian en el interior del rancho, dejando á la puerta las mulas y los caballos, que relinchan de espanto bajo los árboles; los perros ladran lastimeramente, y percíbense también otros lejanos sonidos que llegan al desierto: son los aullidos del lobo, la bronca voz del chacal, el grito del águila, el ronquido del oso y el lúgubre silbido del buho.

Agrupados en el interior de la casa, de tal modo que apenas pueden moverse, los tiradores esperan á que se calme la tempestad, y sométense con tanta más resignación cuanto que saben que no durará largo tiempo.

Lo único que los inquieta es la dilación que les impone la tempestad, privándoles de emprender la persecución, si bien reflexionan que los lanceros se habrán visto igualmente precisados á detenerse; de modo que la distancia que los separa debe ser la misma.

Pero, en cambio, la lluvia, el viento y el polvo borrarán el rastro, haciendo desaparecer todo vestigio del paso de los lanceros. ¿Cómo reconocerlo?

—Esto será fácil,—dice uno de los tiradores, cuya presunción es más grande que su práctica en las praderas.—Puesto que siguen la dirección oeste, si tomamos la misma no nos equivocaremos.

Cully y Walt Wilder saben que la desviación de un solo punto en las praderas, y sobre todo en el Llano Estacado, basta para que el viajero pierda completamente el rumbo, lo mismo que un buque en el mar sin brújula y sin timón, y por eso se dice entre sí:

—¡Qué poco entiende de esto nuestro compañero!

El consuelo y esperanza de los más es que los lanceros hayan acampado cerca y permanezcan en el sitio hasta que pase la tempestad. Por el indio saben que llevan bagajes y una ó dos tiendas, lo cual habían observado ya Hamersley y Walt Wilder.

Como los lanceros no llevan, sin duda, prisa, es probable que no emprendan la marcha hasta que haya aclarado del todo, y, por lo tanto, no obtendrán más ventaja en la distancia.

Satisfechos con esta seguridad, dada por los más prácticos de la partida, los tiradores permanecen dentro de la casa, sobre cuyo tejado cae el agua á torrentes, sin experimentar ya gran impaciencia. Algunos de ellos comienzan á bromear, aludiendo al estrecho espacio en que se hallan como empaquetados.

Walt Wilder está igualmente de buen humor, pues cualquiera que fuere el peligro de D. Valeriano y de los demás, no cree que su prometeda se halle muy expuesta. Además, se encuentra en medio de sus antiguos compañeros, y la narración de nuevas aventuras y los recuerdos

del pasado le distraen de otros pensamientos.

Hamersley es el único descontento: á pesar de las seguridades que le dan y de las esperanzas que le infunden, teme por el porvenir.

De repente, cruza por su imaginación una idea, asáltale un recuerdo que le estremece de pies á cabeza y deja escapar una exclamación.

—¿Qué ocurre, caballero Hamersley?—pregunta el capitán, que se halla á su lado.

—¡Cielos!—grita Frank.—Se me había olvidado: es preciso salir de una vez, ó será demasiado tarde.

tempestad arrecia cada vez más; pero Frank y Walt Wilder arrostran intrépidamente el furor de los elementos.

Los tiradores están como aturridos, pues muchos creen que aquellos dos hombres están locos, pero pronto observan que proceden con método dirigiéndose hacia los caballos, mientras gritan á sus compañeros que los sigan.

Estos últimos comprenden, al fin, que Walt debe tener razón para proceder de aquel modo; y, desafiando también los furores de la tempestad, precipítanse fuera: todos siguen el ejem-



Aun brillan los relámpagos y resuena el trueno, y sigue cayendo un torrente de agua

Así diciendo, ábrese paso á duras penas hasta la puerta.

Los tiradores le dirigen miradas de asombro, sin comprender la causa de aquel arranque, y aun algunos creen que ha perdido el juicio.

Sólo Walt Wilder supone lo que pasa, y también parece inquietarse, pues sigue á Frank hasta la puerta, manifestando también la mayor alarma.

Y los dos gritan á un tiempo:

—¡Salid fuera! ¡Vamos: no perdáis un momento!

CAPITULO XXIII

EN MEDIO DE LA TORMENTA

Los relámpagos se suceden de continuo, el trueno retumba, muge el viento, y el agua se precipita como la de una catarata, porque la

plo, y á los cinco minutos queda la casa vacía.

Un momento después apodéranse de sus caballos y se disponen á montar; pero antes de poner el pie en el estribo se les explica lo que pasa.

Hamersley y Walt, montados ya, dan á conocer al capitán el motivo de su proceder, y pocas palabras bastan para ello.

—El camino para salir,—dice el cazador,—es por el lecho de aquel barranco que veis; cuando llueve como ahora, elévanse las aguas, llenan el canal y no dejan sendero alguno. Si no salimos pronto, tal vez sea preciso quedarnos aquí varios días.

—Sí, muchachos,—añade Walt Wilder;—es preciso subir al punto la escalera, aunque llueva y truene; y aquí tenéis uno que abrirá la marcha.

Así diciendo, espolea á su caballo, pues los tiradores le habían dado uno de los que lleva-

ban de repuesto, así como también á Frank, y los dos se pierden pronto de vista debajo de los árboles. Los tiradores, montados ya todos, les dan, sin embargo, alcance muy pronto, llevando consigo los prisioneros.

Ya no queda ningún ser viviente en la solitaria morada. El único indicio de su reciente presencia es la columna de humo que sale de la chimenea y que no tarda en extinguirse.

Aun brillan los relámpagos y resuena el trueno, y sigue cayendo un torrente de agua; pero esto no detiene á los tejanos, que, calados hasta los huesos, avanzan por el sendero del valle, pues no hay, en realidad, camino, habiéndose formado sólo el paso por las pisadas de los animales domésticos de Miranda, y últimamente por los caballos de los lanceros.

El sendero está convertido enteramente en una especie de lecho cenagoso, donde los caballos de los tiradores se hunden casi hasta la silla, y á duras penas pueden avanzar, castigados de continuo por sus jinetes. Los pobres animales se hunden á cada paso, tropiezan ó caen, y algunos chocan contra los árboles, ocasionando contusiones á los hombres, pues la tormenta continúa y la oscuridad iguala casi á la de la noche.

No se reducen á esto todos los peligros: algunas ramas desgajadas por el huracán han caído en tierra interceptando el paso, y en cierto instante ha faltado poco para que el tronco de un árbol aplastase á media docena de jinetes.

Sin embargo, los tiradores luchan intrépidamente como pueden. Hamersley y Wilder van á la cabeza, siguiéndolos el capitán Haynes, Cully y los individuos mejor montados. Walt y Frank conocen muy bien el camino: de lo contrario, es seguro que los demás se perderían.

Consiguen seguirle hasta llegar á la extremidad del valle, donde la corriente se desliza entre las rocas: el riachuelo que todos habían visto pocas horas antes corriendo manso y cristalino sobre un lecho transparente, es ahora un profundo y furioso torrente de color rojizo, sólo blanco en la superficie, cuyas aguas se han elevado á seis pies de altura y se desbordan. El canal se ha llenado completamente, sin dejar ni una pulgada de espacio libre entre las aguas y la roca.

Vadear el torrente es imposible; intentar cruzarle á nado sería arrojarle á una muerte segura; pues ellos y sus caballos serían arrastrados sin remedio en aquellas aguas tumultuosas.

Hamersley lo comprende así al primer golpe de vista, y la exclamación que sale de sus labios se asemeja al grito de angustia de un hombre que se hallara en medio del torrente.

Después dice con un acento en que se reconoce su desesperación:

— ¡Es tarde! ¡Demasiado tarde!

Walt Wilder repite estas palabras, y lo mismo hacen los tiradores que los siguen más de cerca.

A ellas no responde sino el eco que resuena en las rocas y que se percibe, á pesar del rumor del torrente.

CAPITULO XXIV

UNA EJECUCIÓN EXPEDITIVA

Difícil es, casi imposible para la pluma, describir la escena que siguió á la llegada de los tiradores á orillas de la corriente, al ver aquellos que ya no era vadeable.

El hombre que debe embarcarse para un lejano país, y que por una ligera detención llega al puerto con un minuto de retraso, y ve que el buque se aleja ya dejándole en tierra, no experimenta mayor desesperación.

El pesar que sienten los tiradores, no tan profundo como el de Hamersley y Walt Wilder, podría compararse sólo con el del hombre que, después de esperar largo tiempo la llegada de un buque donde deben venir su esposa y sus hijos, no los encuentra, y debe esperar tal vez un año para verlos.

Hamersley y Walt comprenden mejor que nadie cuáles pueden ser las fatales consecuencias de aquel desgraciado incidente.

Tal vez transcurran muchas horas, y acaso días, antes que las aguas bajen y se pueda vadear la corriente para conseguir dar alcance al enemigo.

¡Horas y días! Sólo una basta para perder las personas más queridas. Los corazones de los dos amigos experimentan mortal angustia, y sus ojos se fijan con abatimiento en las tumultuosas y turbias aguas del torrente.

En cuanto á los tiradores, algunos están sólo contrariados; pero otros experimentan verdadero sentimiento. Ellos, que sólo desean batirse con sus enemigos aborrecidos, algunos de los cuales se hallan tan cerca, vense obligados á retroceder, siendo tal vez causa de que se escapen aquellos á quienes se proponían perseguir.

Acostumbra los á practicar la ley del tali6n, aunque ejerciendo á veces su venganza en seres inocentes, cáusales profundo pesar el que aquellos hombres que persiguen, verdaderos culpables, porque ellos han sido la causa de la muerte de trece de sus compatriotas, puedan ponerse fuera de su alcance y escapar del castigo: esto los aflige y los desespera, sobre todo cuando reflexionan que sólo un pasajero aumento en el caudal de aguas de un torrente les impide seguir adelante para alcanzar á sus enemigos.

De nada sirve ya, pues, permanecer más tiempo donde se hallan burlados por las aguas que los inundan.

Mejor es volver al rancho abandonado y aprovecharse del refugio que les ofrece.

Y como no queda otra alternativa, ceden á la imperiosa necesidad, y comienzan á retroceder, pálido el rostro y cejijunto el ceño.

Todos están contrariados; á los más les domina la cólera, y en aquel momento serían ca-

paces de matar sin compasión al primero que se les pusiera por delante.

Pero allí no hay enemigos con quien batirse, y, á falta de alguno en quien desahogar sus iras, varios aconsejan castigar de una vez á los prisioneros.

Jamás estuvieron aquellos dos hombres tan cerca de la muerte: bastaban diez minutos más para que sus cuerpos quedaran suspendidos de una cuerda sujeta á la rama de un árbol.

Salvólos una circunstancia, tan feliz para ellos como desgraciada para otros.

Cuando algunos de los tiradores se han reunido debajo de un árbol, con la intención de ahorcar á los dos prisioneros, óyese un relincho: no es, seguramente, de ninguno de los caballos de la partida, pues se oye á cierta distancia, y á él contestan otros varios.

El hecho es singular, y necesita explicación. ¿Qué caballos puede haber allí sino aquellos de los tiradores, ninguno de los cuales se halla en la dirección de donde procede el relincho?

Diez ó doce tejanos avanzan para explorar, y á poca distancia ven debajo de un roble tres caballos con sus jinetes, que tratan de ocultarse detrás del ancho tronco.

Pero todo es inútil: guiándose por los continuos relinchos, acércanse los tiradores y hacen prisioneros á los tres desconocidos.

Conducidos á presencia del capitán y á un sitio donde hay más luz, se ve que son tres soldados que visten el uniforme de lanceros: son el sargento y los dos individuos enviados por Uraga en busca del traidor.

Poco les importa á los tiradores saber qué comisión llevan: bástales tener en su poder tres enemigos, contra los cuales aumentan su hostilidad por el reciente contratiempo.

No se necesita más combustible para encender los ánimos: el deseo de venganza pide una víctima, y de pronto encuentran tres.

A los pocos momentos se ve de nuevo á los diez ó doce tiradores avanzar por el mismo camino para reunirse con sus compañeros; pero detrás dejan una huella terrible de su paso.

De la gruesa rama de un roble, que se extiende horizontalmente, están suspendidos tres cuerpos.

Son los cadáveres de los tres lanceros que acaban de encontrar allí la muerte.

CAPITULO XXV

EL RASTRO INTERRUMPIDO

Los tiradores se dirigen de nuevo al rancho, maldiciendo el incidente que les impide precipitarse en persecución de los lanceros, pues todos ansían castigar al coronel Uraga desde que conocen su crimen, que les inspira la mayor indignación.

Los tres soldados ahorcados de un árbol son las primeras víctimas de su furiosa cólera.

Pero esta ejecución, este terrible episodio, lejos de aplacar á los tejanos, despierta más en ellos la sed de venganza, como en el tigre la

ferocidad cuando ha visto la sangre de su víctima.

Harto comprenden ya la importancia del contratiempo, pues Hamersley y Walt Wilder, los más angustiados de todos, se lo han dado á conocer claramente: no será posible salir del valle hasta que bajen las aguas.

Por arriba y por abajo está cerrado el paso, y hállanse allí como en una prisión. El precipicio no es franqueable por ningún lado: aunque los hombres pudieran trepar, deberían abandonar sus monturas, lo cual era lo mismo que renunciar á la persecución.

—Ni un gato podría trepar por allí,—dice Walt Wilder á sus compañeros, que han explorado ya todo el valle;—es forzoso quedarse aquí hasta que bajen las aguas: creo que nadie puede saberlo mejor que yo, y os aseguro que no hay otro remedio.

—Y ¿cuándo sucederá eso?—preguntan todos.

Nadie puede contestar, ni aun el mismo Wilder, y todos vuelven tristemente á guarecerse en el rancho.

Los tiradores permanecen allí dos días, devorando su impaciencia. En su impotente cólera, proponen los planes más descabellados; pero, renegando del deplorable accidente que los obliga á detenerse, no pueden hacer otra cosa sino esperar á que la corriente baje.

Todos van repetidas veces á examinar la orilla, así como el capitán de un buque observa de continuo el barómetro, á fin de adoptar medidas de precaución, y á cada momento va y viene algún tirador para traer noticias.

Apenas la corriente vuelve á su cauce natural, los tejanos precipitan en ella sus caballos, y, aunque aquélla es muy rápida, los animales son tan fuertes como sus jinetes, y resisten el ímpetu.

Al fin, queda vencido el obstáculo, y los intrépidos tiradores salen de su inacción.

Es ya mediodía cuando llegan á la llanura superior, y no se detienen más que el tiempo necesario para que todos salgan del desfiladero y puedan formarse: delante van Cully y Walt Wilder, los dos hombres que mejor saben seguir una pista en Tejas.

Al principio no es posible reconocer el rastro, puesto que no ha quedado de él vestigio alguno; el viento y la lluvia han borrado todas las señales; no ha quedado una sola que indique á los perseguidores la línea que sigue Uraga.

Pero se sabe que van por la parte del Oeste, y los guías avanzan en esta dirección sin buscar indicios.

Las primeras diez ó doce millas son recorridas rápidamente, pues los caballos van á menudo al galope, porque han descansado más de lo suficiente, recobrando todas sus fuerzas: sólo se detienen el tiempo necesario para orientarse, lo cual no es fácil en una llanura sin árboles y cuando el sol no está visible en el cielo. Desgraciadamente para los perseguidores, el cielo está cubierto de nubes, lo que es un inconveniente; pero, mientras divisan los

dos montecillos que preceden al valle, guíanse por ellos con seguridad. Después, cuando se pierden de vista las cimas, aun queda otra señal bien conocida de Walt Wilder y de Hamersley, y es la arboleda donde dos días antes se detuvieron para comer.

Los tiradores se dirigen á ella con la intención de hacer también alto y tomar un refrigerio.

Pero, al acercarse y antes de penetrar entre los árboles, ven una cosa que los induce á detenerse un poco: en el terreno húmedo se distinguen claramente las señales de las herraduras de medio centenar de caballos.

Penetrando en la arboleda, descubren otros indicios que revelan la reciente existencia de un campamento, y, observándolos cuidadosamente, reconocen que no hace muchas horas se ha levantado. Aun no están del todo frías las cenizas de las hogueras, y las señales de las herraduras aparecen perfectamente marcadas en el polvo del desierto, convertido por el agua en espeso barro. Walt y Cully aseguran que no ha transcurrido más de un día desde que los lanceros han abandonado aquel lugar, pues no cabe duda que ellos son los que acamparon allí.

¡Un día! ¡Sólo un día! Los lanceros necesitan, al menos, cinco para cruzar el llano antes de penetrar en las sierras del Norte, y acaso sea posible darles alcance; pues, entorpecida su marcha por los prisioneros, y no sabiendo que se los persigue, es probable que avancen lentamente.

Reanimados con esta esperanza y con aquel nuevo estímulo, los tejanos no desmontan siquiera, y, prosiguiendo su camino, cada cual toma un bocado sin detenerse un solo momento.

Ya no hay duda respecto á la línea que deben seguir, pues las señales de las herraduras la marcan tan claramente, que cualquiera de los tejanos podría reconocerla.

Los perseguidores ponen muy pronto los caballos al galope, acortando de esta manera el paso sólo á intervalos para cobrar aliento y nuevo brío.

Al fin, se acerca la noche; pero brilla la luna con dulce claridad y continúan la marcha.

A la mañana siguiente, cuando ya ilumina el sol el Llano Estacado, bajan al valle del río Pecos.

Después atraviesan la corriente, que no tiene gran anchura, y llegan á la encrucijada del antiguo sendero español que conduce desde Santa Fe á San Antonio de Béjar.

Cuando han vadeado el río por su orilla oriental, observan varias señales que los obligan á detenerse perplejos.

Son las huellas de la tropa que persiguen, la cual parece haber penetrado en el río por la orilla izquierda; en la derecha se ven los mismos indicios; pero, á cierta distancia de la corriente, el rastro se interrumpe y ramifica, continuando uno por el oeste hacia las sierras, y el otro por el norte á lo largo del río. En el primero se reconocen las señales de unos cua-

renta caballos, y en el segundo sólo de diez ó doce.

El coronel Uruga había fraccionado allí, seguramente, su destacamento en dos grupos, marchando el principal por el oeste, y el más reducido á lo largo del río.

El camino que siguió el segundo sería el que conduce á Santa Fe; mientras que el primero continuaba, sin duda, en marcha á Alburquerque.

Durante algunos momentos, los tejanos están indecisos, como los sabuesos que pierden de pronto la pista del zorro cuando éste franquea de un salto una gran distancia. Se han detenido en la bifurcación del rastro y reflexionan sobre cuál de los dos caminos deben seguir.

Sin embargo, Cully y Walt Wilder acaban de apearse, é, inclinándose hasta tocar con el rostro el suelo, examinan detenidamente las huellas de los caballos mejicanos.

Entretanto, discuten sus compañeros acerca del camino que deben seguir, proponiendo algunos separarse para perseguir á los dos grupos. La mayoría se opone á esto último, y, al fin, se decide casi á ir en seguimiento del cuerpo más numeroso, suponiéndose naturalmente que en él va Uruga con los prisioneros.

En medio de su debate, un grito llama la atención de todos sobre Walt Wilder, pues él es quien acaba de proferirlo.

El antiguo cazador está arrodillado en tierra, examinando muy de cerca una señal: parece estudiar la huella de un caballo, de uno de aquellos que van en el grupo menos numeroso.

Walt Wilder ha reconocido, sin duda, aquella señal, ó, por lo menos, así se deduce de su exclamación.

—¡Vuestro caballo, Hamersley!—grita alegremente.—Esta es la señal de su casco: no me cabela menor duda; y como le monta Uruga, claro está que el infame ha seguido este camino. También es evidente que los prisioneros van con él.

Al oír esto los tejanos, se dirigen hacia su antiguo compañero y le rodean.

Antes de llegar al sitio donde continúa su examen, le ven dar un salto hacia adelante como una rana y detenerse de nuevo para examinar otra señal.

Una segunda exclamación, semejante á la primera, anuncia otro descubrimiento.

—¡Hola!—dice.—Aquí veo ahora la pisada de la yegua *Lalita* de Adela; y el diablo me lleve si esta otra que observo á su lado no es la de la mula que conduce á mi Conchita.

—¡Capitán Haynes! ¡Compañeros míos!—añade el cazador.—Es inútil que os canséis en discutir más: aquellos á quienes deseamos alcanzar van por el norte, siguiendo la orilla del río.

Ya no se habla una palabra más: los tiradores, que confían ciegamente en su compañero, no hacen la menor observación, y siguen el rastro del grupo menos numeroso.

Pocos minutos después se los ve avanzar á galope, á lo largo de la orilla derecha del Pecos.

CAPITULO XXVI

UNA ESCENA INTERESANTE

Tal vez ninguna corriente del continente americano del Norte ofrezca tanto interés bajo el punto de vista poético como el que se atribuye al Río Grande de Méjico. En sus orillas se han presenciado muchas escenas trágicas y no pocos episodios de la guerra con los indios, desde el día en que los compañeros de Hernán

vez recorre el salvaje y mucho menos el hombre civilizado; sus orillas no son visitadas sino por los indios, porque su turbia corriente es un verdadero río del desierto, á cuya izquierda se extiende el Llano Estacado, mientras á su derecha no hay sino áridas mesetas que conducen á la Sierra, que forma la línea divisoria entre el Pecos y el Bravo del Norte.

Por la parte del Llano Estacado, el Pecos recibe pocos afluentes, y aun éstos de escasa importancia; pero de la Sierra parten varias corrientes que llegan al llano por profundos



El antiguo cazador está arrodillado en tierra, examinando muy de cerca una señal...

Cortés enarbolaron allí el pabellón español, hasta aquel en que ondeó la solitaria bandera estrellada de Tejas.

Partiendo de los famosos parques de las Montañas Pedregosas, bajo el nombre del Río Bravo del Norte, corre en la dirección sur, entre las dos principales cadenas de la Sierra Madre, y, abriéndose después paso por la cordillera oriental, continúa por el sudeste, para desaguar después en el Gran Golfo mejicano.

Sólo en su parte más baja toma el nombre de Río Grande, así como en la superior el de Bravo del Norte.

El Pecos es su principal tributario, y, después de atravesar varios grados de latitud, en sentido paralelo á la corriente principal, únese, al fin, con ella.

El Pecos es por muchos estílos un río especial: en el espacio de varios centenarios de millas se desliza á través de un desierto que rara

canales. Así se explica que, mientras la meseta superior es árida y carece de árboles, las tierras bajas que bañan aquellos tributarios ofrezcan en varios puntos una rica vegetación que forma una especie de parques, arboledas y bosquecillos.

En la orilla de uno de esos afluentes, conocido con el nombre de Arroyo del Alamo, se ven dos tiendas de campaña, una cuadrada y otra de la forma cónica más común.

A pocos pasos, ocho ó diez soldados se agrupan al rededor de una hoguera; varios de ellos se ocupan en asar pedazos de carne; otros fuman tranquilamente, recostados sobre el césped, y, bajo la copa de un árbol que hay allí cerca, un individuo, también de tropa, parece vigilar dos prisioneros que, tendidos en tierra, tienen las piernas atadas y esposas en las manos.

Como quiera que los soldados visten unifor-

me de lanceros mejicanos, ocioso es decir que pertenecen al destacamento de Uraga, y que los dos prisioneros que se hallaban debajo del árbol son D. Valeriano Miranda y el doctor.

Uraga y su ayudante Robles no están visibles: hállanse en el interior de la tienda cónica, pues ocupan la otra Adela y su doncella.

Después de pasar el Pecos, Uraga fraccionó su destacamento en dos grupos, y por alguna razón particular envió el más numeroso á Alburquerque al mando del alférez, mientras él se dirigía por el norte con su ayudante y algunos soldados, llevándose los prisioneros. Costeando el Pecos hasta llegar al Alamo, estableció á orillas de éste su campamento á unas diez millas de confluencia de las corrientes.

El sitio no puede ser más agradable: hállase en una verde arboleda con bosquecillos de álamos, cuya sombra se refleja en la cristalina corriente, que se desliza entre verdes márgenes como una faja de plata. Aquel paisaje ofrece también un aspecto montañoso, porque las rocas de basalto que por ambos lados limitan el valle se elevan á una altura de varios centenares de pies, siendo el espacio que las separa de unos doscientos metros cuando más. Aquellas dos inmensas moles, situadas una frente á otra, producen singular efecto á cierta distancia: diríase que son dos guerreros, dos gigantes que van á empeñar combate.

Aquel sitio podría compararse con un edén de ángeles rodeado de genios maléficos; en la parte baja todo es risueño y agradable; en la alta predomina lo agreste y pintoresco; allí no se ve casa ni vivienda alguna, ni el menor indicio de que haya seres humanos, como no sea la columna de humo del campamento; los únicos habitantes de aquel lugar son las aves y los cuadrúpedos; en los bosquecillos trinan los pájaros y se desliza ligeramente el gamo de cola negra ó el antilope; en las rocas alérgase el oso gris, y al borde del precipicio se oye el grito del caracara, del buzardo y del águila de cabeza blanca.

Uraga ha mandado colocar su tienda en un claro, de forma casi circular, junto á un sombrío bosquecillo, pues la mayor parte de sus árboles son grandes algodoneros.

Por un lado son visibles las rocas, que se elevan como gigantes sobre las copas de los árboles, y en la concavidad que hay abajo se ven las tiendas, separadas una de otra por la distancia de cien pasos, poco más ó menos.

Los caballos, atados con las bridas, pacen cerca del agua: en la cima de la roca se distingue un grupo de negros buitres que se solazan al sol, entreabriendo de cuando en cuando sus alas y lanzando un lúgubre graznido.

Si Uraga hubiese sido aficionado á los encantos de la naturaleza y á los cuadros poéticos, no habría podido elegir un sitio más agradable.

Pero no es tal sentimiento el que le ha inducido á detenerse allí: muy lejos de ello, ha establecido su campamento en aquella orilla con un propósito tan infame, que nadie lo creería si no conociera la vida militar en Méjico

durante la época del dictador D. Antonio López de Santana.

Este proyecto se descubre en un diálogo que media entre el coronel de lanceros y su ayudante, en el interior de la tienda cónica.

Poco antes de cubrir con un negro velo la risueña escena que hemos descrito, busquemos mejor compañía que la de aquellos dos infames: la encontraremos en la tienda cuadrada donde están Adela Miranda y su doncella.

Apenas parece necesario decir que en la hermana de D. Valeriano se observa un cambio notable: su vestido está lleno de manchas, desgarrado en algunos sitios y cubierto de polvo y barro; el cabello, no contenido ya por la cofia, pende sobre los hombros; y las mejillas, comparables antes con las rosas, presentan un color amoratado.

Adela está muy abatida: su dolor raya en desesperación.

La joven india no parece sufrir tanto por su cautividad, sin duda porque no ha de temer la terrible desgracia que amenaza á su señorita.

En la conversación que media entre ellas, la doncella trata de consolar á la hermana de don Valeriano.

—No os contristéis, señorita,—dice la joven;—estoy segura que aun se arreglará todo: tengo un presentimiento de que así sucederá, y confío en que la santa Virgen no nos abandonará en este apuro. He oído decir á uno de los soldados que nos conducen á Santa Fe, donde se juzgará á D. Valeriano en un Consejo de Guerra. ¿Qué sucederá en ese caso? Bien sabéis que no ha hecho cosa alguna por lo cual puedan condenarle á muerte, como no sea que lo asesinen, y á esto no se atreven, por muy tiranos que sean.

Al oír hablar de asesinato, Adela se estremece, porque la misma idea es la que la entristece tanto.

Conoce demasiado bien al hombre en cuyo poder han caído tan desgraciadamente: recuerda cuál es su designio, frustrado la primera vez por una precipitada fuga, y no cree que el infame se contente con someter á su hermano á un Consejo de Guerra, por el cual debe quedar absuelto si está legalmente constituido. Hé aquí por qué se estremece al pensar en el desenlace.

—Además,—prosigue Conchita, deseosa siempre de consolar á su ama,—vuestro intrépido Frank y mi bravo cazador han marchado antes que nosotras: ya estarán en Alburquerque cuando lleguemos, y seguramente harán alguna cosa para salvar á D. Valeriano.

—No, no,—contesta Adela con acento de desesperación;—nada pueden en favor de mi hermano: esto no se halla á su alcance, y mucho temo que no volvamos á ver á Frank, si es que ha conseguido llegar á su casa.

—¿Santa Virgen! ¿Qué queréis decir, señorita? ¿Pensáis acaso que esos hombres sean capaces de asesinarlos en el camino?

—Se atreverán á cualquier cosa. ¡Ah, Conchita! Tú no le conoces: yo estoy en mucho más

peligro que mi hermano, pues prefiero la muerte á...

Adela no se atreve á concluir la frase que explicaría su terrible desesperación; pero la joven india no espera tampoco, y añade al punto:

—Si os matan, señorita, pueden hacer lo mismo conmigo, pues no quiero sobrevivir.

Profundamente afectada con esta prueba de abnegación, Adela rodea con sus blancos brazos el cuello de la joven, imprimiendo en su frente un beso en señal de gratitud.

cia de raza, y por primera vez se consideran hermanas, bajo el verdadero punto de vista de la humanidad.

CAPITULO XXVII

DOS BRIBONES EN CONSEJO

Mientras en la tienda cuadrada ocurre la escena que acabamos de describir, en la cónica



Durante un largo rato continúan abrazadas aquellas dos jóvenes...

Durante un largo rato continúan abrazadas aquellas dos jóvenes, dirigiéndose mutuas palabras de consuelo: el amor iguala á todas las clases, pero no más que la desgracia, y tal vez no tanto. En la hora de la desesperación no hay diferencia entre el príncipe y el campesino, entre la dama de elevada alcurnia y la humilde doncella que debe cumplir sus órdenes y satisfacer sus caprichos.

Por las venas de Adela Miranda circula la más noble sangre azul de Andalucía: sus antecesores fueron á Nueva España á tomar parte en la conquista, mientras que los de la joven doncella, por lo menos los de su madre, pertenecieron á la raza vencida y humillada.

Y, sin embargo, entre aquellas dos mujeres no hay ningún espíritu de hostilidad, de orgullo en una y de recelo en otra, pues las dos están abrazadas, y tratan de consolarse en medio de su desesperación.

Bajo la impresión del peligro común, la blanca dama y la cobriza india olvidan la diferen-

ha dado principio un diálogo interesante entre Uruga y Robles.

El coronel está recostado sobre una piel de oso extendida en el césped, que forma un blando lecho, y el ayudante se halla sentado enfrente en una banqueta de campaña.

Los dos fuman, y en un pedazo de tronco que hace las veces de mesa se ven una botella y dos vasos.

Uruga está pensativo y silencioso, y Robles parece esperar á que hable: hace un momento que acaba de entrar en la tienda, á fin de anunciar que ya está formado el campamento según las órdenes que antes ha recibido.

—¿Lo habéis inspeccionado todo?—pregunta el coronel después de una larga pausa.

—Sí, mi coronel.

—¿Se halla el centinela en sitio donde pueda dominar un gran espacio del valle interior?

—Sí: está en un espolón de la roca, y le es fácil abarcar una distancia de cinco ó seis millas. ¿Me será permitido preguntar, coronel, á

quién esperáis por ese camino? Supongo que no serán perseguidores.

Uraga no contesta inmediatamente: sin duda, le ocupa algún pensamiento, y vacila en comunicarlo á su ayudante; pero, al fin, responde de una manera evasiva:

—¿Que á quién esperamos? Tal vez olvidáis que hemos dejado tres hombres en el Llano, el cabo y dos individuos, y, bien hayan encontrado al indio ó no, es natural que nos sigan. El temor de caer en manos de algunos apaches debe estimularlos, y ya me extraña que no se hayan presentado. Tal vez ocurra alguna novedad.

—Tal vez los habrá detenido la tormenta...

—¿Os parece que será eso, ayudante?

—No me ocurre otra cosa, coronel. De todos modos, no es probable que se dirijan á este sitio, sino que continúen la marcha hacia Alburquerque. El cabo es hombre entendido en lo de seguir rastro, y, al llegar al punto en que el destacamento se fraccionó, seguramente habrá seguido la pista al más numeroso, tanto más cuanto que comprendería que era lo más acertado para librarse de los indios.

—Espero que así lo haya hecho,—contesta Uraga,—pues no le necesitamos aquí.

Así diciendo, vuelve á quedar sumido en sus reflexiones, y contempla silenciosamente el azulado humo que sale de su cigarro.

Robles, que parece inquieto sobre alguna cosa, vuelve á reanudar la conversación del modo siguiente:

—¿Cuánto tiempo vamos á permanecer en este sitio?

—Esto dependerá de...

El coronel no acaba de contestar, y continúa fumando su cigarro, como si su pensamiento estuviera en otra parte.

—¿De qué?—pregunta Robles con impaciencia.

—De varias circunstancias, sucesos y coincidencias.

—¿No podré saber cuáles son, coronel? Me habéis prometido decírmelas.

—Os dije que á su debido tiempo, y aun no ha llegado la hora. Sólo puedo comunicaros un detalle, y es que al abandonar este sitio no llevaremos ya prisioneros.

—¿Pensáis, por ventura, dejarlos en libertad?

Al hacer esta pregunta, Robles no espera de ningún modo una respuesta afirmativa; pero desea una explicación.

—Quedarán libres de sus cuidados en este mundo,—replica Uraga;—no sé lo que les sucederá en el otro.

—¿Deben, pues, morir?

—No hay otro remedio.

—Sin duda, os referís sólo á los hombres: á D. Valeriano y al doctor.

—¿Qué preguntas hacéis, Robles! Sin duda, os figuráis que yo soy algún salvaje sanguinario, para que piense en matar mujeres, y mucho menos una tan querida para mí como Adela Miranda. Los hombres no desean la muerte de sus mujeres, al menos hasta después de la

luna de miel, y debéis tener presente que Adela Miranda ha de ser mía á todo trance.

—Ya comprendo que tal es vuestro deseo, y, atendido el estado de cosas, pareceme que tenéis la probabilidad de conseguirlo, pero sin que sea necesario derramar la sangre de Miranda. Dispensadme, coronel; pero no comprendo por qué no ha de vivir ese hombre, al menos hasta que le conduzcamos á Santa Fe. Allí estará seguro en una prisión, y, una vez reunido el Consejo de Guerra, le juzgarán un día, ordenando la ejecución para el otro. De este modo quedaréis libre de toda sospecha y de las murmuraciones de que, sin duda, seréis objeto si procedéis por vuestra propia autoridad.

—¡Bah! Habláis como un niño, ayudante. La seguridad de una prisión en Nueva Méjico, ó las probabilidades de que un prisionero sea condenado, y mucho menos ejecutado, son cosas puramente imaginarias, mucho más ahora, puesto que se espera un cambio en el horizonte político. El cielo vuelve á cubrirse de nubes en la capital, tanto que, en mi opinión, no tardará en marcharse nuestro buen amigo *el Cojo*; y por lo mismo quiero asegurarme antes que estalle la tormenta. Como esposo de Adela Miranda, y atendido que ésta será rica cuando muera su hermano y herede sus bienes, poco me importará que el presidente sea moderado ó patriota.

—Y ¿por qué no habéis de ser su esposo dejando vivir al hermano?

—Porque no puede ser.

—No veo la razón. Hallándose ambos en vuestro poder, nada más fácil que imponerles condiciones.

Impresionado por esta observación, Uraga permanece silencioso un momento, y, como para coordinar sus ideas, fuma más de prisa que nunca.

—¿Cuál es vuestro parecer?—pregunta después de una pausa.

—Os he dicho, coronel, que podéis imponer condiciones á Miranda; y, sabiendo él que su vida está en vuestras manos, es indudable que entrará en razón. Obtendré de él la promesa, más diré, el juramento, de que consentirá en cederos la mano de su hermana, otorgándoos al propio tiempo una parte de sus bienes, y si consiente habréis conseguido vuestro objeto sin verter sangre. Esto es lo que yo haría en vuestro lugar.

—Podrá prometer aquí,—replica Uraga;—pero ¿qué seguridad tendré yo de que cumplirá su palabra en Alburquerque?

—No es necesario llegar á este punto: recordad que no faltan iglesias por el camino, y sacerdotes poco escrupulosos. Tenemos, por ejemplo, el cura de Chico y el del puellecito de La Mora, y cualquiera de los dos se prestará á uniros legalmente con la señorita Adela, sin preguntar si tenéis lo suficiente para pagar los gastos de la ceremonia; y si se suscita alguna protesta, lo cual no es probable, con dinero se arregla todo.

Uraga enciende otro cigarro y prosigue en sus reflexiones, pues el consejo del ayudante le

ha hecho impresión, induciéndole á mirar las cosas bajo un nuevo punto de vista.

Después de todo, ¿qué perjuicio puede causarle que viva Miranda? Harto se vengará obligándole á darle por esposa á la hermosa Adela, después de haberle despreciado tantas veces. Sin embargo, ocurrele otra duda, y pregunta á Robles:

—¿Y si ambos rehusan? ¿Qué haríais entonces?

—Vuestra posición no habrá empeorado,— contesta el ayudante,— y entonces podréis obrar como lo hubierais resuelto; pero, de todos modos, debéis probar. Dentro de diez minutos habréis salido de dudas.

—Así lo haré,— contesta Uraga, levantándose de pronto y dirigiéndose hacia la puerta de la tienda;—*tenéis razón, Robles. Si esto no produce buen resultado, antes que el sol ilumine mañana nuestro campamento, la altiva belleza no tendrá ya hermano, y su único protector seré yo.*

Así diciendo, el coronel arroja su cigarro y sale fuera, resuelto á obtener de Adela Miranda la promesa que desea, ó decretar la muerte del hermano.

CAPITULO XXVIII

UNA FUERTE TENTACIÓN

Después de salir de la tienda, Uraga se detiene para reflexionar.

El consejo de Robles le parece bastante razonable: si puede arrancar á la joven su consentimiento, no será difícil sellarlo, pues hay en los pueblecitos de la frontera varios sacerdotes que obedecerán á una intimación. Por otra parte, el oro desvanecerá los escrúpulos respecto á la ceremonia del casamiento, por sospechosas que sean las circunstancias en que se presenten los novios ante el altar. El coronel de lanceros no tiene cuidado alguno por este concepto.

Pero ha de tomar en consideración otros puntos antes de ir más allá en este negocio, conviniendo, sobre todo, que su escolta no se entere demasiado. Esta se compone sólo de diez hombres afectos únicamente á su jefe por la comunidad en el crimen, pues más de uno ha manchado sus manos en sangre, lo cual no tiene nada de particular en soldados bajo el régimen de Santana, ni tampoco entre sus oficiales.

Al elegir aquellos hombres para su escolta, Uraga había tenido sobre todo en cuenta su siniestro proyecto: no ignoraba que podía contar con los diez soldados para realizar cualquier criminal intento, y que, bien se tratase de fusilar ó ahorcar á los prisioneros, obedecerían con el mayor placer.

Mas, á pesar de todo esto, no quieren sospechen el objeto que ahora se propone.

Es preciso, por lo tanto, que ninguno oiga la conversación que ha de mediar con los cautivos, y para evitarlo ha formado ya su plan.

—¡Hola, sargento!—grita á uno de los individuos.—Venid aquí.

El sargento se acerca, haciendo el saludo militar, y espera las órdenes del coronel.

—¡Que toquen á botasillas!—dice Uraga al subalterno.

Comunicase al punto la orden, y los soldados se acercan á sus caballos para montar, extrañando aquella imprevista marcha.

—¡A caballo!—grita el coronel.—Id á recorrer la orilla del río, y buscad un vado. Sólo ha de quedar aquí Gálvez para custodiar á los prisioneros.

Los soldados emprenden la marcha al punto, permaneciendo solo con Uraga el sargento Gálvez, que es uno de los hombres de su confianza, por haber tomado parte más de una vez en sus criminales actos.

Los prisioneros no han dejado de observar el movimiento, y ninguno de los dos comprende la significación; pero no auguran nada bueno, y mucho menos cuando el coronel, llamando á Gálvez, le dice algunas palabras al oído.

La inquietud de Miranda y su compañero aumenta al ver acercarse al sargento, quien les quita las ligaduras de las piernas, ordenándoles que se pongan en pie, como para trasladarles á otro punto.

Al preguntar á dónde se los conduce, Gálvez no contesta, limitándose á decir bruscamente que tiene orden de separarlos.

Entonces, cogiendo del brazo al doctor, aléjase con él á unos cien pasos de distancia, y le hace sentar de nuevo en tierra.

Aquello parece sospechoso, lo mismo para D. Próspero que para Miranda; pero este último no tiene tiempo de reflexionar mucho, pues un momento después ve ocupado el puesto de su amigo por su adversario Gil Uraga.

Sucédese un intervalo de silencio, durante el cual se cruzan las miradas: las de D. Valeriano indican el recelo, y las de Uraga la satisfacción del triunfo, mas no sin una mezcla de inquietud y también de desconfianza.

Uraga rompe, al fin, el silencio, dirigiendo la palabra á su antiguo jefe con cierto tono de autoridad.

—Caballero Miranda,—dice;—sin duda, habréis extrañado que os separasen de vuestro compañero de cautividad; pero lo comprenderéis cuando os diga que necesito hablaros á solas y sin ningún testigo.

—¿Qué tiene que decirme Gil Uraga?

—Se trata de haceros una proposición.

D. Valeriano permanece silencioso, esperando á que el coronel hable.

—Ante todo, debo haceros presente,—continúa Uraga,—por más que ya lo sospechéis, que vuestra vida está en mis manos: si ahora mismo quisiera atravesaros el cráneo de un balazo, nadie me pediría cuentas después, y aun, si hubiese algún peligro en hacerlo así, lo evitaría entregándoos á un Consejo de Guerra. Vuestra vida pertenece al Estado, y nuestras leyes militares, como ya sabéis, son bastante elásticas para que se pueda aplicaros sin dificultad la pena de muerte.

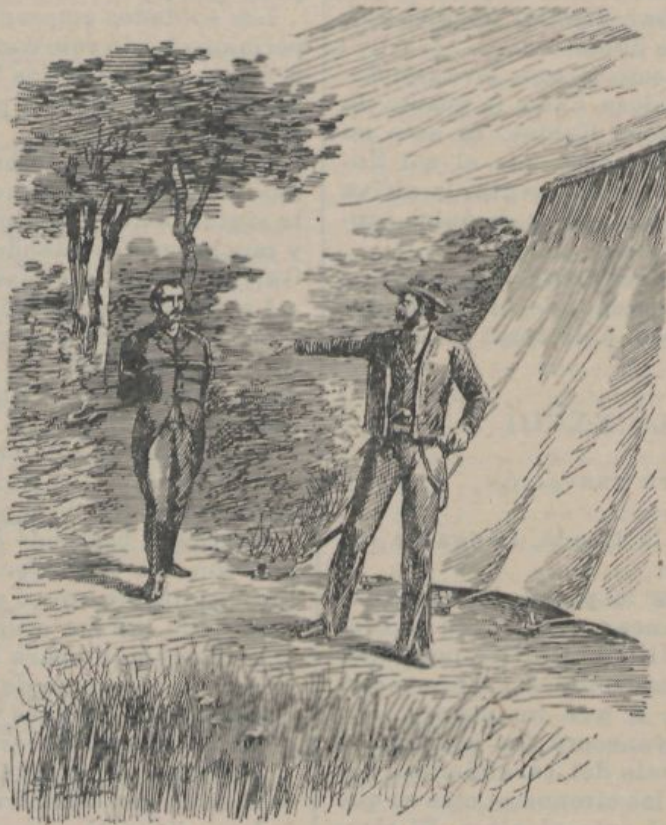
—Harto lo sé,—contesta Miranda, indignado un momento por esta reflexión;—conozco el despotismo que rige en nuestro desgraciado país, donde no puede haber gobierno ni tranquilidad mientras no se respeten las leyes ó la constitución.

—Así es,—replica Uraga.—Pero, dejando esto á un lado, vuelvo á mi proposición.

—Hablad, pues, y no multipliquéis las palabras: nada debéis temer siendo yo vuestro prisionero y hallándome sin defensa.

Miranda continúa siempre silencioso, lo bastante para impacientar á quien le dicta condiciones, y llega, al fin, á las amenazas.

—Rehusad,—continúa el coronel frunciendo el ceño y dirigiendo á D. Valeriano una mirada siniestra,—rehusad, y ya no veréis lucir otro sol: con ese que ahora brilla podréis contemplar por última vez la tierra, porque esta noche será la última de vuestra vida. Esos buitres que están en la cima de la roca afilan ahora su pico, cual si ya esperasen el festín, y



—¡Adiós, caballero Miranda! Voy á elevar mi proposición á una persona más amable

—Puesto que me invitáis á evitar circunloquios, lo haré así. Mi proposición se reduce á ofrecer os la vida, de la cual puedo privaros, si me entregáis vuestra hermana.

Al oír estas palabras palidecen de cólera las facciones de D. Valeriano: las venas de sus muñecas se dilatan de tal modo, que no parece sino que se van á romper sus ligaduras; mas, á pesar de todo, guarda profundo silencio, sin duda porque la ira le ahoga.

—No interpretéis mal mis palabras, caballero Miranda,—prosigue el infame con tono meloso;—al pediros vuestra hermana, lo hago sólo con el objeto de tomarla por esposa, y sé que para salvar vuestra vida consentirá en ello si usáis de vuestra influencia con este fin. No creo necesario deciros que la amo, pues hartó lo sabéis ya. Aceptad las condiciones que os ofrezco, y todo irá bien. Hasta puedo prometeros la gracia del Gobierno, pues mi ascendiente ha ido en aumento desde que cayó vuestro partido.

os aseguro que yo les ofreceré vuestro cuerpo si rehusáis mis condiciones. Aceptadlas, don Valeriano; pues, de lo contrario, antes de que vuelva á brillar el sol, serviréis de pasto á esas aves carnívoras, y las fieras roerán vuestros huesos. Contestadme claramente y de una vez si ó no.

—¡Pues no!—exclama Miranda con voz ahogada por la ira.—¡No! ¡Jamás consentiré en una cosa semejante! Estoy en vuestro poder, y podéis privarme de la vida, según habéis dicho antes, con la seguridad de que el crimen quede impune; matadme cuando os convenga y del modo que mejor os plazca, aunque me apliquéis el tormento, pues nunca sería éste para mí tan doloroso como veros unido con mi hermana, ni con mi consentimiento ni sin él. No podréis arrancármelo con tan infames condiciones. ¡Mi noble Adela vuestra esposa! Bien sé que preferirá mi muerte y la suya á entregaros su mano.

—¡Ja, ja! Ya veremos eso,—replica el coro-

nel, profiriendo una carcajada violenta.—Tal vez Adela tome en consideración mis palabras de otro modo. Las mujeres no son tan estúpidas y comprenden mejor sus intereses: vuestra hermana apreciará, sin duda, el honor con que la brindo, y, si no, Dios la socorra, y á vos también, pues muy pronto dejará de tener hermano. ¡Adiós, caballero Miranda! Voy á elevar mi proposición á una persona más amable, y bien podéis desear que la reciba favorablemente.

Así diciendo, Uraga vuelve la espalda á don Valeriano y aléjase, dejando á su cautivo con las manos atadas y el corazón agitado por las más violentas emociones.

CAPITULO XXIX

UNA RUDA PRUEBA

La tienda ocupada por Adela y su doncella no es visible desde el sitio donde se halla Miranda, porque está detrás de la de Uraga y en parte oculta por algunos matorrales.

Pero por el diálogo que acaba de mediar, D. Valeriano sabe cuál es la intención de su enemigo y adivina casi cuál será el resultado de la entrevista con Adela.

Enojado por la negativa que acaba de recibir de Miranda, Uraga desea obtener al punto una contestación terminante de la joven.

Entra, pues, en la tienda sin la menor ceremonia, y, una vez dentro, invita á la doncella á retirarse, aunque con cierto tono de mando, porque no puede dominar su excitación. Alega, sin embargo, como excusa que desea hablar dos palabras con la señorita, sin la presencia de ningún testigo.

Despertado su orgullo, Adela dirige al coronel una mirada en que se revela á la vez la sorpresa, la indignación y el temor.

La mestiza mira á su ama, como esperando la orden, pero Adela vacila. Sin embargo, es inútil resistir, porque el coronel puede mandar, y su actitud revela que está resuelto á ser obedecido.

—Puedes retirarte, Conchita,—dice, al fin, Adela;—ya te llamaré si te necesito.

La joven india obedece, aunque evidentemente de mala gana; pero no se aleja mucho de la tienda.

—Ahora, señor coronel,—dice Adela cuando ya están solos,—sepamos qué tenéis que decirme que no deba oír otra persona.

—¡Vamos, señorita!—replica Uraga.—Os ruego que no comencéis por interpelarme tan bruscamente, pues me acerco á vos como amigo, aunque durante mucho tiempo haya parecido lo contrario. Espero, no obstante, que reconoceréis mis buenas intenciones, y estoy seguro que así será cuando sepáis en qué crítica situación me encuentro. Me es en extremo sensible que mis instrucciones me obliguen á tratar con alguna dureza á los prisioneros; pero esto no depende de mí, pues obedezco á órdenes superiores.

—Ya me habéis dicho todo eso antes,—con-

testa Adela dirigiendo al coronel una mirada de recelo.—Suponía que teníais que decirme alguna otra cosa.

—Así es, señorita; pero se trata de un asunto tan desagradable, que temo manifestaros sobre él una sola palabra, pues seguramente os contristaré mucho.

—No tengáis cuidado: después de lo sucedido no me asustaré tan fácilmente.

A pesar de su natural valor y de un poderoso esfuerzo para calmarse, Adela se estremece.

Observa en la fisonomía de aquel hombre una expresión siniestra que le inspira horror y teme alguna desgracia.

Pero la situación es demasiado penosa para que no trate de salir de allí, y con tono más firme, aunque inquieto, pide una explicación.

—Adela Miranda,—continúa el coronel con voz mesurada, como el doctor que anuncia la próxima muerte de su enfermo,—ha sido mi deber, aunque doloroso, prender á vuestro hermano; pero... ¡ay de mí!... lo hecho hasta ahora no es nada en comparación de lo que en este momento se exige de mí. Decís que no os asustaréis; mas yo creo que vais á sentir un verdadero espanto.

Adela no trata ya de ocultar su inquietud, que se reconoce en sus ojos y en su agitación.

—¡Hablad!—dice maquinalmente.

—Muy pronto no tendréis ya hermano.

—¿Qué queréis decir?

—D. Valeriano morirá dentro de una hora.

—Estáis burlándoos, coronel. Mi hermano no está enfermo ni herido. ¿Por qué ha de morir?

La joven habla precipitadamente, mirando á Uraga con expresión incrédula, mientras la agitación de su pecho indica que cree lo que acaba de oír.

—D. Valeriano no está enfermo,—continúa Uraga,—ni tampoco herido; mas, á pesar de esto, antes de una hora debe morir. Así está decretado.

—¡Madre de Dios! Diríase que os complacéis en burlaros de mí. ¡Decretada su muerte! ¿Por quién?

—Seguramente que no por mí. Las autoridades militares del país han sido sus jueces, y le han condenado hace largo tiempo, así como también á D. Próspero: sólo se necesitaba su captura para ejecutar la sentencia. A mí se me ha confiado tan desagradable deber, y os advierto que al marchar recibí orden de pasar por las armas á los dos tan pronto como fueran prisioneros. Por amor á vos, señorita, he desobedecido á tan rigurosa orden, lo cual puede costarme la destitución. Sí, Adela: sólo por amor vuestro.

El cuento es demasiado tosco é inverosímil, y desde luego vería Adela en él una mentira si no conociera muchos casos semejantes en la historia de su país natal. Por la experiencia de su hermano, ya que no por la suya propia, sabe que todo esto puede ser verdad.

—¡Dios mío!—exclama con acento angustioso.—¿Será esto cierto?

—Lo es.

—¡Coronel Uraga, no cumpliréis con esta cruel sentencia, porque no es una ejecución, sino un asesinato! No mancharéis vuestra conciencia con este crimen.

—Debo obedecer las órdenes.

—¡Pobre hermano mío! ¡Tened compasión de él! Vos podréis salvarle...

—Sí.

—Y ¿lo haréis? ¿Lo haréis?

—Lo haré.

El énfasis con que el coronel pronuncia estas palabras parece sincero á la joven; el agradecimiento hace asomar de nuevo el color á sus mejillas, y quiere dar un paso para estrechar la mano al coronel; pero indícale la mirada de éste que aun no ha concluido de hablar.

En efecto: el coronel añade estas palabras:

—Con ciertas condiciones.

¡Condiciones! Adela no sabe cuáles puedan ser; pero conoce el carácter de Uraga y adivina que serán duras.

—¡Hablad!—replica.—Si se trata de dinero, estoy dispuesta á darlo; pues, aunque los bienes de mi hermano hayan sido confiscados, según nos dijeron hace tiempo, no sucede así con los míos. Soy rica, tengo casas y tierras: tomadlo todo, pero salvad la vida á Valeriano.

—Podéis conseguir esto sin gastar un cuarto. Bástaos concederme una gracia.

—¿Qué queréis decir?

—Para explicarme repetiré lo que antes dije: vuestro hermano está condenado á muerte, y sólo puede salvarle una mano.

—Aun no os entiendo. ¿Una mano?

—Sí: la vuestra.

—¡Cómo!

—Unida con la mía ante el sacerdote. Esto es todo lo que pido.

Adela retrocede cual si la hubiese picado una víbora, porque ya lo comprende todo.

—Sí,—continúa Uraga, excitado por su pasión;—eso es lo único que desea el que os adora con toda su alma, el que os amó durante largos años, casi desde que erais una niña, yo, el hijo de un rancharo, por lo cual no me atrevía á miraros. Ahora he salido ya de aquella humilde esfera: soy rico, el Gobierno me ha dado autoridad y puedo aspirar á la mano de la dama más orgullosa, aun á la de Adela Miranda, á cuyos pies me postro.

Así diciendo, Uraga se arrodilla ante Adela y espera la contestación.

Pero la joven permanece silenciosa y como petrificada: diríase que ha perdido la facultad de hablar.

El coronel concibe esperanzas por aquel silencio.

—Adela,—continúa con voz suplicante,—yo haré cuanto sea posible para proporcionaros la felicidad, todo aquello que esté en manos de un esposo; pero, sobre todo, tened en cuenta la vida de vuestro hermano. Yo me arriesgo para salvarle; ya le he hablado sobre este punto, y no ha opuesto dificultad: lejos de ello, ha dado su permiso para que seáis mía.

—¿Estáis seguro?—pregunta Adela con

acento de duda.—¡No lo creeré si no lo oigo de sus propios labios!

Al pronunciar estas palabras, la joven pasa rápidamente por delante de Uraga, y antes que éste se haya puesto en pie para detenerla, precipítase fuera de la tienda dirigiéndose hacia el sitio donde supone que se hallan los prisioneros.

Uraga se levanta presuroso, con intención de correr tras la joven y obligarla á volver; pero llega tarde.

Antes de que haya podido acercarse, Adela se arrodilla junto á su hermano, abrázale estrechamente é inunda su rostro de lágrimas.

CAPITULO XXX

INTENCIONES SINIESTRAS

Muy pronto se interrumpe la tierna escena entre los dos hermanos, pues llega al momento el que es la causa de su aflicción.

Uraga permanece inmóvil junto al grupo contemplándole: aquel espectáculo debería enternecer un corazón de piedra; pero en el del coronel no parece producir impresión alguna: sus ojos brillan de cólera y están pálidas sus mejillas.

Lo primero que se le ocurre es llamar á Gálvez para separar á la joven de su hermano; después piensa que mejor será hacerlo él mismo; y ya se dispone á coger del brazo á Adela, cuando un pensamiento le detiene. No es ningún impulso de humanidad, pues ya no la conoce: es la esperanza de que, estando juntos los dos hermanos, podrá repetir su proposición con más probabilidades de éxito.

Por la expresión del rostro de D. Valeriano comprende que en el intervalo transcurrido antes de su llegada ha podido hablar con Adela, aunque apresuradamente, pero lo bastante para que la joven refiera cuanto ha pasado. No se arredra por esto el coronel, sino que resuelve repetir su oferta, y, si es necesario, reiterar sus amenazas.

No hay por allí nadie de quien pueda temer. Gálvez está vigilando á D. Próspero; Robles se halla dentro de la tienda, aunque no ha de pensar en él, y sólo queda la joven india, en quien no vale la pena pensar. Por otra parte, ya no le importa el resultado.

—Caballero Miranda,—dice cuando ha recobrado el aliento,—supongo que vuestra hermana os ha dicho ya lo que ha ocurrido entre nosotros. Si no, os lo comunicaré yo mismo.

—Sí,—contesta Miranda.—Mi hermana me ha dado á conocer la falsedad de que os habéis valido para inducirla á que acepte vuestra infame proposición.

—¡Pardiez!—exclama Uraga, sin ruborizarse de vergüenza por el desprecio que acaba de sufrir.—¿Merezco el epíteto que acabáis de dirigirme por mi generosidad de salvar vuestra vida á riesgo de perder la mía, librándoos de una muerte infame? ¡Vamos! D. Valeriano, sois injusto conmigo, y no reconocéis vuestros intereses. He sido franco y os lo he dicho todo:

amo á vuestra hermana Adela y ya lo sabéis hace mucho tiempo. ¿Qué os pido? Sólo que me la cedáis por esposa, salvando al propio tiempo vuestra vida. Como cuñado vuestro, sería mi deber, mi interés y mi mayor satisfacción protegeros en adelante.

—¡Pues no lo seréis nunca!—contesta Miranda con acento de firmeza.—¡No! ¡Jamás consentiré en semejantes condiciones!

—¡Muy bien!—replica Uraga.—Ahora sólo me falta si la señorita Adela aprueba también esta determinación.

ahogada por la cólera.—Ya que así lo determináis, vais á morir primero, y después ella será mi esposa, ó tal vez algo peor: mi querida.

Al oír esta palabra infame, Miranda se pone en pie, haciendo un esfuerzo desesperado; y como el sudor producido por su agitación ha humedecido las ligaduras que oprimían sus brazos, éstas ceden y se rompen, dejando libres las manos del hermano de Adela.

Y, con la rapidez del rayo, precipítase sobre el infame, se apodera de su espada y amenázale con la hoja desnuda.



—¿Podemos estar seguros,—dice el capitán,—que sois vos Walt Wilder? (Pág. 34)

Así diciendo, el coronel fija en la joven una mirada siniestra.

Terrible prueba es aquélla para la hermana de Miranda: éste se halla á sus plantas atado de pies y manos, y delante está el ejecutor, pues como tal considera al coronel. Llamada á salvar su vida, prometiendo ser la esposa del hombre á quien odia, y sabiendo ó creyendo que si no consiente no será su hermano, dentro de una hora, más que un sangriento cadáver, natural es que Adela tiemble y vacile en dar la negativa que con tanta firmeza ha pronunciado su hermano.

Miranda observa su indecisión, y repite enérgicamente las mismas palabras, añadiendo:

—¡No! ¡Jamás, hermana mía! No pienses en mí, ni temas ni desfallezcas, pues yo te aseguro que preferiría morir cien veces que verte esposa de este miserable.

—¡Está bien!—replica el coronel, con voz

Al verse desarmado tan de improviso, el coronel de lanceros retrocede, profiriendo un grito de alarma.

D. Valeriano no le puede seguir al pronto, porque aun tiene atadas las piernas; pero con el acero corta las ligaduras y queda completamente libre.

Un momento después se le ve corriendo detrás de Uraga, que huye como un ciervo espantado.

Pero antes de que su enemigo pueda darle alcance, oyense pisadas de caballos en el césped: son los lanceros que regresan y que con Robles y Gálvez rodean muy pronto al prisionero.

Entonces ve Miranda amenazado su pecho por diez ó doce lanzas, comprendiendo que no hay más alternativa que rendirse; pero de pronto cruza por su mente una idea y adopta una resolución terrible. Para llevarla á cabo

necesita, sólo el consentimiento de su hermana, la cual se ha precipitado entre él y los caballos, con los brazos extendidos para protegerle.

—¡Adela!—exclama, mirándola fijamente.—
¡Querida hermana, muramos juntos!

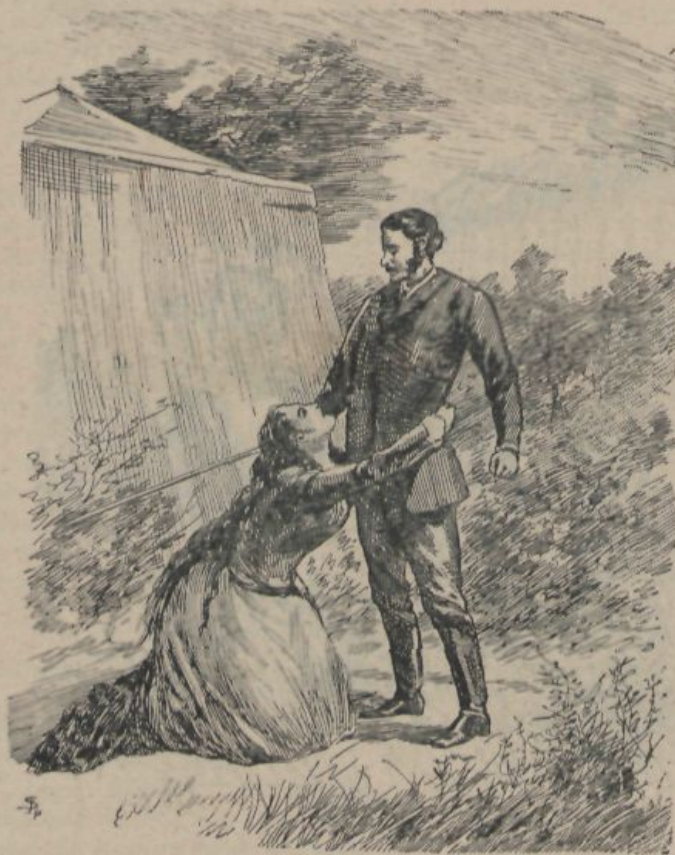
La joven ve que D. Valeriano empuña resueltamente la espada, y no puede menos de comprender el llamamiento.

—¡Si,—contesta Adela con acento de resignada desesperación;—muramos juntos! El Todopoderoso nos acogerá en su seno.

CAPITULO XXXI

UNA COMUNICACIÓN INTERCEPTADA

Mientras ocurren los incidentes que acabamos de describir, en el campamento de Uraga, los tiradores de Tejas, costeando siempre el Pecos, avanzan con toda la rapidez posible, pues Hamersley y Walt Wilder les dirigen á cada momento una palabra para estimularlos. Sin embargo, no es necesario esto para exci-



—¡Si,—contesta Adela con acento de resignada desesperación;—muramos juntos!

Miranda dirige la punta del acero al pecho de la joven para poner fin á su vida y arrancarse después la suya; pero no se consuma el sacrificio, aunque los soldados no hacen nada para impedirlo.

La joven mestiza se ha precipitado en aquel momento para evitar la catástrofe.

Dos minutos más, y el acero fratricida habría puesto fin á la existencia de una hermosa joven y de un noble caballero.

Ambos se salvan, porque Conchita ha contenido el brazo de Miranda, evitando el golpe fatal.

Robles llega en el mismo instante, y con él varios lanceros, que rodeando á D. Valeriano le desarman al punto.

Miranda vuelve á quedar prisionero como antes, y Adela es conducida á su tienda, junto á la cual se coloca un centinela para evitar una segunda escapatoria.

tar á los perseguidores; pero la impaciencia del antiguo cazador y de Frank es irresistible, porque conocen la inminencia del peligro, y no pueden menos de manifestarla á cada momento.

Por lo demás, no es nada difícil reconocer el rastro de los lanceros, porque sus caballos han dejado recientes huellas después de la tempestad, y no se pueden confundir con otras.

Ya no se necesitan las indicaciones de Cully y de Walt Wilder: los tiradores avanzan sin preguntar.

Harto se reconoce que Uraga no ha tomado precaución alguna para borrar la pista. ¿Por qué había de hacerlo si no sospecha que pueda ser perseguido?

La satisfacción de los tejanos es cada vez mayor cuando observan que las señales de las herraduras aparecen cada vez mejor marcadas.

De repente se paran todos, porque ven una

cosa que siempre detiene al caminante por mucha prisa que lleve: es el cadáver de un hombre.

Hállase en un espacio arenoso, junto á la orilla del río, y á su lado se ve el cuerpo de una mula muerta.

Todos los tiradores observan aquello al acercarse; pero ya había llamado su atención una bandada de buzardos que se cernían sobre aquel sitio.

Seis ó siete tiradores se adelantan para examinar aquellos restos, porque tal vez les proporcionarán algún dato que pueda serles útil.

El cadáver resulta ser el de un indio; pero no de los *bravos*, ó de las tribus salvajes: su traje consiste en un chaquetón de lana, camisa de algodón, calzón corto, albarcas de piel y sandalias: evidentemente es un aborigen cristianizado.

El cuerpo no presenta la menor señal de violencia, ni tampoco el cadáver de la mula: debe suponerse que el hombre se ahogó con su cuadrúpedo al querer cruzar la corriente durante la tempestad, y que las aguas arrojaron después su cuerpo á la orilla. El hecho de encontrarse en los bolsillos algunas monedas y otros objetos prueba que no se ha cometido tampoco un robo.

Pero al entreabrir la camisa del infeliz llama al punto la atención de los tejanos un pliego de papel doblado en forma de carta y con su correspondiente sello: está empapado del agua del río, que le comunica un color amarillento sucio; pero se puede leer sin dificultad el sobre, que dice así: «Para el *Barbudo*.»

Cully y Walt Wilder, que han asistido al examen, se apresuran á romper el sobre para ver si pueden descifrar el escrito; pero ambos se quedan con la boca abierta, lo mismo que sus compañeros, porque la carta, escrita en español, es libro cerrado para todos.

Sin embargo, sin detenerse un momento, vuelven á reunirse con el resto de la gente, porque el sobre es expresivo y da lugar á extrañas sospechas.

Walt Wilder lleva la carta en la mano, y entrégala al punto á su amigo Hamersley, quien la traduce leyendo en voz alta lo siguiente:

«Sr. *Barbudo*: tan pronto como recibáis ésta, comunicad su contenido al jefe, encargándole que vaya á buscarme al arroyo del Alamo, al mismo sitio de antes, llevando en su compañía veinte ó treinta de sus diablos rojos: si van menos será mejor, pues no se trata de ningún combate. Id vos también con ellos.

»Me hallaréis acampado con una pequeña partida y algunos prisioneros, dos mujeres y dos hombres.

»De las primeras no debéis ocuparos, y si sólo de los segundos, en la forma que voy á decir. Atacad nuestro campamento en el momento en que le avistéis; los salvajes deben fingirse enemigos y avanzar blandiendo sus lanzas. Nadie os opondrá resistencia, pues sólo hallaréis en el terreno á nuestros dos prisione-

ros, que estando atados no podrán huir. En cuanto á lo que se ha de hacer con los dos hombres, esto es, amigo mío, la parte más esencial. Decid al jefe que deben ser alanceados en el sitio mismo, y os encargo que cuidéis de que esto se haga al pie de la letra, por lo cual se os recompensará debidamente.»

Al tener conocimiento del contenido de aquella vil epístola, la ira de los tiradores, despertada hace mucho tiempo, no reconoce ya límites, y por un momento se desahogan todos profiriendo denuestos y maldiciones.

Aunque aquella diabólica carta no lleva firma, ninguno tiene dudas acerca de quién la ha dictado: los antecedentes y diversas circunstancias indican que el autor es el mismo hombre á quien persiguen: el coronel Gil Uruga.

Luego recuerdan que la epístola es para el *Barbudo*.

De todas las bocas escapa un grito de cólera cuando los tiradores fijan sus miradas en el renegado, que aun va entre ellos como prisionero.

El *Barbudo* palidece, cual si se quedase sin sangre en las venas: no comprende la significación de aquel grito; mas por la expresión de *rabia de los cien ojos que le miran reconoce* que ha llegado su última hora.

Los tiradores no pueden dudar que á él es á quien va dirigida la carta, así como conocen también la causa á que se debe que no haya llegado á su destino.

Por desgracia para el renegado, ha descubierto ya su nombre, no pudiendo imaginar que su revelación debiera ser más tarde su sentencia de muerte.

Sí, de muerte, pues aunque se le ha prometido la vida, castigándole sólo con la prisión, estas condiciones se referían á otro crimen, y fueron otorgadas sin conocer bien el grado de culpabilidad y la connivencia del bandido en el atroz delito.

Sus jueces se creen, por lo tanto, libres de todo compromiso respecto á conceder perdón, y, formando el tribunal, decretan la muerte del acusado con arreglo á la ley de Lynch.

Cinco minutos después, el cuerpo del miserable se balancea á la extremidad de una cuerda fija en la rama de un árbol.

Terminada la ejecución, los tiradores prosiguen su marcha con creciente rapidez, porque comprenden que el autor de la carta es una fiera que no perderá el tiempo, y que urge borrarle de la lista de los vivos.

CAPITULO XXXII

UN PROYECTO ATROZ

Desconcertado por su derrota, poseído de vergüenza por el lastimoso espectáculo que acaba de ofrecer á su gente, Uruga vuelve á su tienda como un tigre rabioso. Sin embargo, no le han robado su presa y está más seguro que nunca de satisfacer su venganza y sus deseos.

El coronel va en busca de Robles, que es

quien aconsejó la línea de conducta que ha producido un resultado tan desastroso.

Su ayudante le conviene en aquel momento más que nadie para desahogar su mal humor, tranquilizando su agitado espíritu.

Después de dirigirle varias recriminaciones, vuelve, al fin, á reconciliarse con su cómplice, gracias á dos ó tres vasitos de aguardiente y otros tantos cigarros.

Robles hace cuanto le es posible por consolar á su jefe.

—Todo eso no importa gran cosa,—le dice,—

repito que tenéis una ventaja, por lo menos si persistís en las mismas intenciones de que me hablasteis.

—¿Cómo lo entendéis?

—¿No deseabais un pretexto?

—¿Para qué?

—Para reunir el Consejo de Guerra, juzgar á los prisioneros, condenarlos y proceder á su ejecución. El atentado contra vuestra vida justificará todo esto, de tal modo que nadie puede decir una palabra en contra. Ahora podéis ya ahorcar ó fusilar á D. Valeriano Miranda,



El cuerpo del miserable se balancea á la extremidad de una cuerda fija en la rama de un árbol

y acaso facilitará el proyecto. Sin duda, no anduve cuerdo al aconsejaros; pero ya veis que, de todos modos, se ha despejado la situación.

—¡Ya, ya! ¡Pero de qué modo! Sólo el pensar que me ha perseguido por el campamento mi propio prisionero, y esto delante de todos, es lo bastante para volverse loco. ¡No tendrán poco que hablar los lanceros cuando vuelvan á Alburquerque! ¡Yo, el coronel comandante, voy á ser objeto de mofa en el cuartel!

—No lo creáis así: yo no veo nada para que se burlen. Vuestro prisionero se apoderó de la espada cuando menos se podía esperar; y, una vez desarmado, ¿qué podíais hacer ante un hombre que se precipita contra vos, poseído de rabia y desesperación, con el acero desnudo? Quisiera saber si alguien hubiera hecho otra cosa. En tales circunstancias, sólo un loco hubiera permanecido en el lugar. Admito que el episodio ha sido desgraciado; pero no tiene la importancia que le queréis dar. Por lo demás,

y también al doctor, si os place, sin dar escándalo alguno. En diez minutos se puede arreglar todo. Estoy dispuesto á organizar el Consejo de Guerra según vuestras instrucciones.

—Vuestra idea no es mala,—replica el coronel con una expresiva sonrisa;—pero me parece tener una mejor. Aunque odie á Miranda y tenga grandes deseos de quitarle de en medio, no quiero manchar mis manos en su sangre, ni es tal mi ánimo, según os he indicado ya.

Robles dirige á su jefe una mirada de incrédula sorpresa, y pregunta después de una pausa:

—¿Pensáis conducirlo ante un Consejo de Guerra de Alburquerque, para que sea juzgado por los trámites regulares?

—Nada de eso.

—Me parecía extraño, después de haberos oído decir que no saldría vivo de aquí.

—Y vuelvo á repetirlo.

—Coronel, no parece sino que os complacéis en trastornar mis ideas. Si no vais á juzgar á vuestros prisioneros, ¿cómo se justifican vuestras palabras? ¿Tratáis acaso de fusilarlos sin reunir el Consejo de Guerra?

—Ya os he dicho que no quiero manchar mis manos en la sangre de ese hombre.

—Cierto que me lo dijisteis, y más de una vez, lo cual no impide que no vea claro en todo esto. Me habéis hablado de cierto plan: ¿podré saber ahora cuál es?

—No hay ningún inconveniente; pero antes llenadme otra vez la copa, porque este negocio me ha producido una sed endiablada.

El ayudante, cual otro Ganimedes, llena la copa de su jefe, que la apura de un trago. Después enciende un cigarrillo y comienza la prometida explicación.

—Ya os he hablado antes,—dice el coronel,—de incidentes y coincidencias: ¿no es así?

—Muy cierto, coronel.

—Bien: suponed que los agrupo todos y refiero la historia en un simple relato, en un monólogo. Ya sé, amigo Robles, que no sois muy aficionado á discursos, y, por lo tanto, quiero evitaros el trabajo de abrir los labios hasta que yo haya concluído.

Robles hace una señal afirmativa.

—Antes de venir aquí,—continúa Uraga,—había adoptado varias medidas, y cuando sepáis cuáles son, creo que reconoceréis en mí un hábil estratégico. Os dije que no volveríamos con los prisioneros, y que D. Valeriano y el doctor debían morir: bajarán á su tumba sin escándalo para nosotros, y para evitarlo he enviado á buscar un ejecutor que se encargará de acabar la obra sin recibir directamente órdenes mías.

—¿Quién?—pregunta el ayudante, olvidando su promesa de guardar silencio.

—No me interrumpáis.

Robles continúa escuchando.

—Creo,—continúa Uraga con cierto tono jocoso,—que habréis oído hablar de un caballero de color cobrizo á quien dan el nombre de *Lagarto Cornudo*, y, si no me engaño, creo que tenéis el honor de conocerle. Según mis cálculos, tendréis el placer de verle aquí esta misma tarde ó á primera hora de la mañana. Debo advertiros que se presentará de una manera algo excéntrica, avanzando á galope sobre nuestro campamento con cincuenta ó sesenta de sus pintados guerreros. No me extrañaría que ensartasen en las puntas de sus lanzas á alguno de esos alegres lanceros, si es que estos valientes cometen la necedad de oponer resistencia. No creo, sin embargo, que lo hagan, tanto menos cuanto que los veremos alejarse galopando apenas se presenten los indios. Vos y yo, Robles, habremos de hacer lo mismo; pero como galantes compañeros que somos, nos llevaremos las damas, pues abandonarlas á merced de los salvajes sin hacer un esfuerzo para salvar su honor y sus vidas fuera una indigna cobardía. En su consecuencia, debemos hacer lo posible por llevarnos á las damas. En cuanto á los prisioneros, no se nos

censurará por no haber podido librarlos, y mucho temo que los comanches los acribillen á lanzadas. Triste es pensarlos; pero no siempre se pueden evitar tales desgracias: son incidentes de la vida en las fronteras. Y ahora, señor ayudante, ¿comprendéis mi proyecto?

—Puesto que ya se me permite hablar, diré que formo del conjunto una idea confusa; pero creo que, en resumen, se reduce todo á que os habéis convenido con el *Lagarto Cornudo* para que haya un ataque simulado, y dé cuenta de esos pobres diablos de soldados, si preciso fuese.

—No hay ninguna necesidad de esto, ni es probable que así suceda, pues al primer grito de los indios huirán como buenos muchachos. No tengáis cuidado por ellos.

—En todo caso,—replica el ayudante,—el *Lagarto Cornudo* deberá arreglar la cuestión con los cautivos, librándonos de toda responsabilidad. Si no entiendo mal, éste es el programa. ¿He acertado?

—Sois un adivino.

CAPITULO XXXIII

UN MENSAJERO DE MALAS NOTICIAS

Volviendo á su primitivo plan, el plan atroz cuyos detalles acaba de referir tan tranquilamente, Uraga adopta varias medidas para su ejecución.

Lo primero es ordenar que ensillen su caballo, ó más bien el de Hamersley, y le aten á un árbol detrás de la tienda, haciéndose lo propio con el que debe montar Robles, la yegua *Perlita* de Adela Miranda, y la mula para la mestiza. Los caballos de los lanceros están ensillados ya.

Ignorantes de lo que se prepara, los soldados extrañan aquellas precauciones, aunque no tanto como se pudiera pensar, porque están acostumbrados á recibir órdenes misteriosas y á obedecerlas sin replicar.

Cualquiera de aquellos diez hombres cortaría una cabeza si lo mandase Uraga, sin preguntar por qué.

El centinela situado en el espolón de la roca tiene orden de anunciar si llega alguien por el río: en el caso de aparecer algunos salvajes, debe galopar en seguida hacia el campamento para comunicar la noticia.

A la primera voz de alarma, y al presentarse los indios, los lanceros deben montar rápidamente en sus caballos y alejarse sin oponer resistencia. En aquél *sálvese quien pueda*, ninguno se cuidará de los dos prisioneros que están atados debajo del árbol, los cuales deben quedar á merced del jefe de los comanches.

En cuanto á las prisioneras, ya ha dicho el coronel que será un acto de galantería el salvarlas, y así piensa hacerlo.

Tal es el plan para realizar un doble asesinato, concebido con la más infame crueldad, y Uraga no duda un momento de su éxito. Está más resuelto que nunca á realizar su proyecto, y Robles no hace oposición porque teme

exponerse á dar otra vez malos consejos.

El coronel no duda de la llegada del jefe comanche, pues siempre se mostró propicio á estas empresas y no le ha faltado nunca.

Uraga confía en que, apenas reciba el *Lagarto Cornudo* la carta que le lleva Pedrillo, emprenderá al punto la marcha. El *Barbudo* llegará con el jefe y sus secuaces al Arroyo del Alamo, tan cierto como el sol que luce en el firmamento.

Sólo es cuestión de esperar: llegarán de un momento á otro, y, arreglados ya los preliminares, el coronel aguarda en su tienda el instante de obrar.

Poco imagina que su confederado el *Lagarto Cornudo* y sus principales guerreros viajan ya por los felices terrenos de caza, mientras el cadáver del *Barbudo* se balancea al extremo de una cuerda.

Pero como pasan las horas sin que se anuncie la llegada de alguno, el coronel se impacienta, pues ya hace tiempo que el jefe de Tenawa debía haberse presentado.

El coronel sale de la tienda y se dirige hacia el sitio donde se halla el centinela: una vez allí, provisto de su catalejo, comienza á observar detenidamente el valle.

Al principio no distingue viajero alguno, sin duda porque se lo impiden en parte algunas arboledas y espesuras: ve algunos gamos y un oso gris que cruza entre las rocas; pero no lo que espera.

En el momento en que se dispone á bajar el catalejo, cree percibir, por fin, una forma humana: es un jinete que avanza por la orilla del río; pero no monta en un caballo, sino en una mula.

Fijando entonces su atención detenidamente, reconoce que el viajero es un indio, aunque no de los *bravos*: su traje y aspecto revelan que es de los *mansos*.

Poco después, y á medida que se acerca el individuo, Uraga reconoce en él uno de los mensajeros enviados al territorio de los indios tenawas; mas no al principal, que es Pedrillo, sino á su compañero.

— ¡Vuelve solo! — murmura Uraga para sí. — ¿Qué significa esto? ¿Dónde estará Pedrillo? Es muy singular que no venga.

El coronel sigue haciendo conjeturas, hasta que, por fin, llega José, quien, desmontando presuroso, acércase á su amo apenas le divisa.

En el semblante del mensajero hay cierta expresión de pesar y de inquietud que no anuncia nada bueno, y que, lejos de ello, presagia alguna noticia desagradable.

— ¿Dónde está Pedrillo? — pregunta Uraga con impaciencia.

— ¡Oh señor coronel! — replica José, sombrero en mano y con voz temblorosa. — ¡Pedrillo! ¡Pobre Pedrillo!

— Y bien; ¿qué hay? ¿Por qué dices pobre Pedrillo? ¿Le ha ocurrido alguna cosa?

— ¡Ah, señor coronel! ¡Una terrible desgracia! ¡Temo decírselo!

— ¡Vamos: habla de una vez, sea lo que quiera!

— ¡Ay de mí! ¡Pedrillo se ha marchado!

— ¿A dónde?

— Por el río abajo.

— ¿Qué río?

— El Pecos.

— ¿Que se ha marchado por el Pecos? — pregunta el coronel con la mayor sorpresa. — ¿Para qué?

— ¡Para morir! ¡Ha sido arrastrado por la corriente!

— ¡Cómo! ¿Quieres decir que ha perecido ahogado?

— ¡Ay de mí! ¡Esa es la verdad! ¡Pobre Pedrillo!

— Y ¿cómo ha sucedido esto, José?

— Señor: cruzábamos el río, y las aguas iban muy crecidas á consecuencia de la tempestad que ha estallado en las llanuras: la corriente era muy rápida, y, habiendo tropezado la mula de Pedrillo, fué arrastrada en un momento, faltando poco para que sucediese lo mismo con la mía. Creo que mi pobre compañero se enredó en el estribo, pues le ví luchar algún tiempo con la mula y la corriente, hasta que los dos se fueron á fondo. Cuando salieron á la superficie, ya eran cadáveres, y comenzaron á flotar hasta que el impulso de las aguas los arrojó á la orilla. Como nada podía hacerse ya, me he dirigido aquí apresuradamente para poner en vuestro conocimiento lo que ha pasado. ¡Pobre Pedrillo!

El semblante de Uraga parece anublarse al oír esta explicación, no porque sienta la muerte de su mensajero, ni le inspire esta desgracia compasión alguna: poco le importa que mueran sus servidores: lo único que le preocupa es saber si el mensaje de que era portador Pedrillo ha llegado á su destino, y para salir de dudas pregunta á José, no sin cierta ansiedad:

— ¿Llegasteis á Tenawa?

— Sí, señor coronel.

— Pedrillo llevaba un mensaje para el *Lagarto Cornudo*, y una carta para el *Barbudo*. Supongo que ya sabrías esto.

— Mi compañero me lo dijo.

— ¿Le visteis entregar la carta al *Barbudo*?

— No, señor: no se la dió.

— Entonces, ¿la entregaría al jefe?

— Tampoco, señor coronel: no pudo hacerlo.

— ¿Por qué?

— Porque no se le encontró, por la sencilla razón de que ya no están en este mundo, ni el jefe de los comanches, ni tampoco el *Barbudo*. Señor coronel: los indios de Tenawa han sufrido un gran descalabro, á consecuencia de un combate con los tiradores de Tejas. El jefe indio ha muerto, y el *Barbudo* también, con la mayor parte de los guerreros. Cuando Pedrillo y yo llegamos al pueblo, encontramos á la tribu de luto: las mujeres se habían pintado de negro, después de cortarse el cabello, y los hombres que sobrevivían estaban ocultos en sus chozas.

Al oír este relato, el coronel profiere una exclamación de rabia, frunce el ceño y palidecen sus mejillas.

— Pero ¿qué hizo Pedrillo? — pregunta des

pués de una pausa.—Ya sabéis cuánta importancia tenía su mensaje. ¿No se puso en comunicación con los que sobrevivían?

—Sí, señor; y como no podían leer la carta, él les dijo de qué se trataba, añadiendo que debían venir á buscarnos aquí; pero los indios rehusaron, pues dominábalos aún el sentimiento por la muerte de su jefe, y el espanto por la derrota que acababan de sufrir. Temían que los tejanos los persiguiesen hasta su pueblo, y preparábanse para huir cuando mi compañero y yo nos alejábamos. ¡Pobre Pedrillo!

mientras que el *Barbudo*, quien, según parece, ha dejado de existir, no puede ya prestarle servicios como agente en sus relaciones con los piratas rojos de las praderas.

Sin embargo, esto no es, en rigor, una desgracia para él; pues, como comandante militar de un distrito, tiene suficiente influencia para no necesitar el concurso de los salvajes.

Si no fuera por las circunstancias del momento, las noticias que acababa de recibir le regocijarían en vez de enojarle.

Aunque haya fracasado su maquiavélico



En el momento en que se dispone á bajar el catalejo, cree percibir, por fin, una forma humana...

Uraga no se detiene á escuchar las lamentaciones del mensajero, ni se acuerda ya de la muerte de Pedrillo, pues sus ideas han tomado un rumbo muy diferente.

Su primitivo proyecto ha fracasado, y, de consiguiente, es preciso adoptar otro medio que conduzca al mismo fin.

Deseoso de consultar con su ayudante acerca de lo que conviene hacer, dirígese apresuradamente á su tienda y enciérrase dentro con Robles.

CAPITULO XXXIV

UN CONSEJO DE GUERRA SIMULADO

Muy poco le importa al coronel Gil Uraga el desastre de los indios y su sangrienta derrota: cierto que con la muerte del *Lagarto Cornudo* ha perdido un aliado que en alguna otra infame empresa hubiera podido servirle de mucho,

plan, no por eso está menos resuelto á dar muerte á sus prisioneros.

En el primer instante de su ciego enojo, después de oír el relato de José, se ha sentido inclinado á precipitarse sobre Miranda, espada en mano, y acabar de una vez con él; pero después reflexiona con más calma, y no juzga oportuno proceder con esta violencia: parecele mejor apelar al medio de que le habló su ayudante.

—Sentaos, amigo mío,—dice á Robles al entrar en su tienda;—será necesario reunir un Consejo de Guerra, y esto es demasiado grave para no hacerlo con las formas acostumbradas.

La sonrisa que acompaña á estas palabras revela que son más bien un escarnio: la mirada del coronel es siniestra, y Robles adivina el pensamiento de su jefe.

—¿Habéis resuelto que mueran los prisioneros?—pregunta el ayudante á su jefe.

—¿Que si estoy resuelto? ¡Pardiez! ¡Ociosa es la pregunta después de lo que ha ocurrido! Morirán dentro de una hora. Juzgaremos y condenaremos, y después se ejecutará la sentencia.

—Creía que lo habíais dispuesto de otro modo.

—Es verdad; pero las circunstancias modifican el plan. Sucede á menudo que donde menos se piensa salta la liebre, y ahora ha ocurrido algo por el estilo. El *Lagarto Cornudo* me ha faltado.

—¿Cómo así, coronel?

—¿Veis ese indio que está ahí fuera? Pues es uno de los dos muleteros á quienes envié con un mensaje para el jefe de Tenawa. Ahora vuelve á decirme que el *Lagarto Cornudo* ha dejado de existir, y que sólo queda un resto de su tribu. Parece que ha ido, con los más bravos de sus guerreros, á vagar por los felices terrenos de caza, no por su gusto, sino por la voluntad de una partida de tiradores de Tejas que le dieron el pasaporte.

—Es un episodio singular, —contesta Robles;—pero ¿y el *Barbudo*?

—También ha muerto.

—Extraño me parece todo esto: no deja de ser una rara coincidencia.

—Sí: una coincidencia que me priva de mis ejecutores; pero es preciso sustituirlos con nuestra gente.

—¡Oh! Ninguno se opondrá, coronel: el incidente con Miranda, cuando quiso atravesaros de parte á parte, redundaba ahora en vuestro favor, pues hay suficiente pretexto para reunir el Consejo de Guerra y condenar á los prisioneros. He oído hablar á los muchachos en este sentido, y así lo esperan.

—Pues no quedarán chasqueados, ni les haré aguardar mucho tiempo. El Consejo somos nosotros: figuraos que ya hemos pronunciado la sentencia, y, no habiendo ningún voto en contra, quedan condenados á muerte. Ya no falta más que la ejecución.

—¿Cómo se ha de hacer la cosa?

—Muy sencillo. Llamad al sargento, y yo arreglaré esto con él. Cuando estéis fuera, id á decir dos palabras á nuestra gente para prepararla. Podéis indicar que hemos juzgado á los prisioneros y que ha recaído sentencia de muerte.

El ayudante sale de la tienda, y, mientras Uraga apura otra copa de su licor favorito para cobrar más ánimo, entra el sargento.

—¡Muchacho!—le dice el coronel.—Se trata de un acto grave, y es preciso que lo dirijas.

El sargento saluda y espera una explicación.

—No pasaremos adelante con los prisioneros. En cuanto á las mujeres, debemos conducir las á la ciudad. Después de lo ocurrido, creemos justo y necesario que D. Valeriano Miranda expie su falta, así como también su compañero, que es el rebelde y conspirador. El teniente Robles y yo, reunidos en Consejo, hemos juzgado á los dos, decretando su muerte. Así, pues, mandad á los hombres cargar sus

carabinas y estad dispuestos á ejecutar la sentencia.

El sargento hace una señal afirmativa con la cabeza, y, saludando de nuevo, prepárase á salir; pero Uraga le detiene para comunicarle una nueva instrucción.

—Gálvez quedará excluido del cuadro: que vaya á vigilar la tienda cuadrada, situándose á la puerta para que no salga nadie, pues el espectáculo no es propio para las mujeres. Mucho siento proceder con tanto rigor; pero el deber me impone esta medida. ¡Vaya! Ve á comunicar á Gálvez la orden y reune en seguida á la gente. Sobre todo, no hacer más ruido del que sea necesario.

—¿Dónde se ha de efectuar la ejecución, mi coronel?

—¡Ah! Es verdad: no había pensado en ello.

Uraga se aproxima á la puerta de la tienda, y examina el terreno, fijándose, ante todo, en el sitio donde se hallan Miranda y el doctor. Los dos continúan debajo del mismo árbol, que es un algodonero con una gran rama que se extiende horizontalmente: á pocos pasos hay otro casi igual, y detrás forma el fondo la espesura.

Después de examinar durante algunos momentos el sitio, dice Uraga al sargento:

—Atad á cada prisionero á uno de esos árboles, de modo que toquen con la espalda al tronco: los dos han sido militares y no hemos de desgraciar el uniforme fusilándolos por detrás. Quiero concederles esta gracia aunque sean rebeldes.

El sargento saluda, y ya se retira; mas antes de llegar á la puerta le dice el coronel:

—Espero que en diez minutos estará todo corriente: cuando me aviséis saldré yo para presenciar el acto.

Así diciendo, Uraga vuelve al interior de su tienda mientras se aleja el sargento.

CAPITULO XXXV

LA MANO DE DIOS

El sol descende hacia la cresta de la cordillera, ofreciendo sus rayos un tinte purpurino á medida que se acerca la hora del crepúsculo. Parecen rastros de sangre al reflejarse en las rocas que circuyen el valle del Arroyo del Alamo: su color está en armonía con la tragedia que se prepara en aquel lugar tranquilo y risueño.

El escenario es el campamento de Uraga, y su destacamento de lanceros se dirige hacia el sitio donde se debe presenciar el terrible espectáculo.

Las dos tiendas se hallan aún en su sitio: junto á la cuadrada, cuya puerta han cerrado herméticamente, se ve un soldado de centinela.

En el último límite del campamento, junto al lindero del bosque, hay tres caballos y una mula, todos ensillados y sujetos por la brida á las ramas de un árbol. Esto no tiene significación alguna, pues el objeto para que se lleva-

ron allí los cuadrúpedos es ya inútil; de modo que si están allí es sólo por un descuido.

Los demás caballos de los lanceros están diseminados en la arboleda.

La posición y actitud de los hombres es lo único en que un observador podría adivinar que se prepara un drama sangriento, y no ruidoso, sino más bien solemne y lúgubre.

Sólo se oirá una palabra, seguida de una descarga: podrá parecer una ejecución militar; pero será sólo un asesinato.

ver mejor lo que pasa debajo, presagian, sin duda, por su instinto ó experiencia, que se prepara para ellos un festín.

Reina profundo silencio después de una breve conversación en la cual ha hecho de nuevo Uraga sus proposiciones á D. Valeriano, recibiendo como antes una negativa.

—¡No!—ha dicho Miranda con acento enérgico.—¡Jamás consentiré en tan escandalosas condiciones: un soldado patriota prefiere la muerte á la deshonra!



Resuena en todo el valle una ruidosa descarga

Las víctimas destinadas para el sacrificio se hallan cerca del lindero del bosque, mirando á la corriente: están de pie, con la espalda tocando al tronco de un árbol y sujetos por varias cuerdas. No es necesario decir quiénes son: el lector lo habrá comprendido ya.

Enfrente, á unos diez pasos de distancia, están los lanceros en fila: el último, un poco retirado á la derecha y que ostenta galones en las mangas, es el sargento que debe dar la orden.

Cerca de la tienda cónica, luciendo su uniforme, están Uraga y el ayudante: el primero acaba de salir á presenciar el acto, y, á juzgar por su sonrisa diabólica, diríase que se regocijó de antemano á la vista de aquel cuadro siniestro.

En la cima de las rocas se ven algunos negros buitres que parecen manifestar señales de satisfacción. Con el cuello extendido, para

Su corazón no desfallece: atado al tronco del árbol, mira á sus ejecutores sin pestañear.

Si su rostro está pálido y agitado su pecho, no es por temor á la vista de sus verdugos: es porque le inquieta y contrista la suerte de su querida Adela.

En cuanto al doctor, valeroso también, arrogante, contempla á los ejecutores con tranquila mirada: su cabello blanco basta para imponer respeto, tanto como su impassibilidad y resignación.

Ha llegado el momento en que el silencio es más profundo, semejante á la calma que precede á la tempestad: los buitres arriba, y los caballos abajo, no interrumpen aquella pasajera calma.

No se oye ya el graznido de los cuervos, ni tampoco el relincho de los corceles; y en cuanto á los hombres, que antes hablaban en voz

baja, han enmudecido también y permanecen inmóviles.

Van á dar muerte á dos de sus semejantes, y no hay entre ellos ninguno que no reconozca que la sentencia es injusta, que van á cometer un asesinato.

Mas, á pesar de esto, ninguno piensa en protestar: entre aquellos hombres no hay un corazón que se conmueva, ningún pecho donde pueda albergarse el remordimiento.

Ya se han visto otras veces en una posición análoga, siempre que se trató de fusilar á sus compatriotas del partido liberal, pues todos los que acompañan á Uraga son del clerical.

—¡Sargento!—grita el coronel al salir de su tienda.—¿Está todo dispuesto?

—Sí, mi coronel.

—¡Atención!—añade Uraga, adelantando dos pasos; y en voz baja, aunque bastante alto para que le oigan los lanceros:

—¡Preparen!

Los soldados levantan sus carabinas.

—¡Apunten!

Las armas se inclinan horizontalmente, y en sus cañones de bronce se fijan los rayos del sol poniente.

Los soldados esperan sólo la palabra: ¡Fuego!

Parece que van á pronunciarla los labios del coronel; pero no la profieren, porque en el mismo momento resuena en todo el valle una ruidosa descarga, y queda rodeado de humo el espacio donde se hallan los prisioneros.

Cuando aun se repite entre las rocas el eco de las detonaciones, Uraga ve toda la línea de lanceros postrada en tierra: las carabinas se han escapado de sus manos y están junto á sus cuerpos cargadas todavía.

CAPITULO XXXVI

¡SÁLVESE QUIEN PUEDA!

Al ver que han caído todos sus lanceros, como espigas cortadas por la hoz del segador, Uraga queda mudo de asombro y lo mismo su ayudante.

Ambos se sienten poseídos de un terror supersticioso, porque en aquella terrible descarga, que ha producido el efecto del rayo, creen ver la mano de Dios.

Pero los fognazos que brillan en el lindero del bosque, á través de la humareda, no son relámpagos, ni tampoco rayos el ruido seco de las detonaciones: aquello es el fuego de los hombres.

También oyen gritos que no tienen nada de celestiales: son voces humanas cuya entonación es bien poco tranquilizadora.

Aunque han caído todos los lanceros, incluso el sargento, Uraga y su ayudante están ilesos, sin duda porque los soldados les han servido de escudo; pero las detonaciones se suceden, y oyen silbar las balas á sus oídos.

El instinto de propia conservación les hace volver en sí, y, alejándose los dos de la dirección en que está el peligro, retíranse por la opuesta.

Corren como aturdidos, pues aun no se han recobrado de su asombro.

Ninguno de ellos sabe quién es el enemigo que tal destrozo ha hecho en su gente: sólo por instinto ó intuición adivinan que aquel golpe proviene de los terribles tejanos; habían creído reconocerlo ya en el ruido de las detonaciones, así como en los gritos, que no eran de salvajes, ni tampoco de mejicanos, pareciendo más bien los broncos hurras del anglosajón.

Aun están vacilando, cuando oyen una voz que domina todas las demás, y la cual les recuerda al punto la que se escuchó entre los carros durante el ataque de la caravana.

Y, al volver la cabeza un poco, distinguen al gigantesco guía, que acaba de franquear el lindero y corre hacia ellos dando vigorosos saltos.

A su lado va otro hombre en quien Uraga reconoce con espanto á su adversario en el duelo ocurrido en Chihuahua.

Ni el coronel ni su ayudante se detienen ya un momento, ni piensan tampoco en llevarse las prisioneras, pues no hay tiempo para ello: harto afortunados serán si llegan á escapar ellos mismos.

Mejor fuera para ellos perecer allí, junto á sus compañeros muertos; pero no saben esto, y ceden sólo al instinto común de cobardía, que los induce á huir.

La suerte parece favorecerlos por el pronto: detrás de la tienda cónica hay cuatro caballos ensillados: son los mismos que se condujeron allí para huir de un modo muy distinto y que se ha olvidado retirar.

Así Uraga como Robles, consideran aquello como una circunstancia feliz; y lo mismo piensa Gálvez, que ya se dispone á montar, pues acaba de abandonar su puesto, pensando que si el amante huye del objeto de su amor, poco debe importarle la cautiva.

En aquel *sálvese quien pueda* se prescinde del rango, y el coronel no vale más que el subalterno. Obedeciendo también al instinto de conservación, Gálvez, que ha llegado antes al término, elige el mejor de los tres caballos, el de Hamersley.

Empuñando la brida, después de haberle desatado, Gálvez salta sobre el animal, imitando su ejemplo el ayudante. La yegua Perlita ha quedado para Uraga, quien debe alejarse de Adela cubierto de ignominia.

Este pensamiento le martiriza y hasta le detiene un momento.

Una idea siniestra cruza de pronto por su mente: quisiera desmontar, correr á la tienda y atravesar con su acero á Adela Miranda.

Afortunadamente para la joven, fáltale corazón al miserable, comprendiendo que no tendrá tiempo para cometer el crimen y huir. Los tiradores han traspasado ya el lindero, con Hamersley y Walt Wilder á su cabeza, y en cinco minutos podrán alcanzarle.

Uraga no espera un momento más, y, ahogando la cólera y su resentimiento, espolea á la yegua, que se precipita á escape.

CAPITULO XXXVII

SEPARACIÓN FORZOSA

Si no fuera por los diez hombres que yacen tendidos en tierra, todos muertos, manando aún sangre de sus heridas; si no fuera por esta triste evidencia, que impone y contrista el ánimo, cualquiera espectador que entrase de pronto en el campamento recientemente abandonado por Uruga podría creerse juguete de un sueño, ó que era espectador de una pantomima durante una escena de transformación: en un teatro no se hubiera podido verificar el cambio más rápidamente.

Los apuestos lanceros, con sus plumas y su brillante uniforme, acaban de ser sustituidos por otros hombres de más rudo aspecto, aunque también más varoniles. Todos ellos se distinguen por su espesa barba y la diversidad de sus trajes; van armados de carabinas, pistolas y cuchillos, y las primeras, humeantes aún, están cargadas de nuevo, para sembrar otra vez la muerte si se presentan enemigos.

Al entrar en el claro á la cabeza de sus compañeros, Hamersley y Walt Wilder miran con ansiedad á su alrededor, como dominados por una misma idea.

Los diez soldados muertos es lo primero que ven, para observar que entre ellos no hay ninguno que vista el uniforme de oficial, y, por lo tanto, no está allí aquel á quien buscan.

Su primera mirada ha sido inútil; pero la segunda les permite descubrir el objeto de sus pesquisas. Detrás de la tienda, y en parte ocultos por los árboles, tres hombres están montando á caballo: el uno se halla ya en la silla, y los otros dos ponen el pie en el estribo.

No conocen al hombre que acaba de montar, pero sí al caballo: es el de Hamersley. En uno de los otros dos, Hamersley cree poder identificar al coronel Gil Uruga.

Walt Wilder lanza un grito de cólera, porque cuando acaba de divisar á los tres oficiales, éstos se alejan con sus caballos á galope. Aun lo alcanzaría una bala; pero su carabina y la de Frank están descargadas y de nada sirven los revólvers, porque no pueden alcanzar tan lejos.

Comprendiéndolo así, renuncian á disparar, y, hallándose á pie, como sus compañeros, que han desmontado ya, ven que es inútil perseguir por de pronto á los fugitivos.

Mientras vacilan ocurre una circunstancia que infunde esperanzas á Hamersley: el hombre que monta su caballo no puede dominarle, no porque no sea buen jinete, sino porque el cuadrúpedo no quiere avanzar en el sentido que se le indica.

Tal será porque ha oído relinchos en los cuales reconoce individuos de su raza, y quiere ir á reunirse con ellos.

En vano espolea Gálvez al cuadrúpedo, y le castiga, haciendo desesperados esfuerzos para que adelante. El animal retrocede siempre, y,

al fin, se pone al alcance del revólver que Hamersley tiene en la mano.

Un momento después resuena una detonación y se ve al lancero saltar de la silla y caer en tierra, donde queda inmóvil y sin vida; mientras que el caballo, libre de su peso, comienza á galopar hacia el punto de donde partió el tiro.

A los dos minutos se halla en poder de su verdadero dueño, y contesta á su grito de alegría con un relincho de agradecimiento.

Enterados de lo que ocurre, los tiradores corren en busca de sus caballos y algunos montan en los de los lanceros, que, atados de los árboles, tratan de huir.

Hamersley no tiene paciencia para esperar á nadie, pues arde en deseos de venganza. Piensa en sus desgraciados compañeros de la caravana, cuyos huesos han quedado insepultos en el desierto, y también en el crimen que se trataba de perpetrar.

Sólo un pensamiento le detiene: Adela. ¿Dónde está? ¿Se habrá salvado?

Al hacerse esta pregunta, Frank dirige su mirada á la tienda, y ve á Walt Wilder que con su cuchillo corta las cuerdas que cierran la entrada.

Un momento después salen de ella precipitadamente dos mujeres, una de las cuales se arroja en los brazos de Frank, mientras la otra abraza á Walt Wilder.

Las palabras se suceden rápidamente, hasta que Hamersley, desprendiéndose de los dulces lazos que le sujetan, anuncia su intención de marchar.

—¿Para qué?—pregunta Adela con trémulo acento, mirando al joven.

—Para tomar satisfacción de las injurias que habéis sufrido y yo también,—contesta Frank con firmeza.

—¡Virgen santa!—exclamó Adela al ver que Hamersley se dispone á montar.—¿Qué vais á hacer? ¡Quedaos aquí! No vayáis más en busca del peligro. Ese miserable no es digno de vuestra venganza.

—No es venganza lo que busco, sino justicia. Mi deber es castigar un crimen infame, el mayor que se puede cometer en la tierra, y algo me dice que lo conseguiré. Querida Adela, no me detengáis, pues ya no hay peligro alguno. Pronto volveré con la espada de Uruga y tal vez con su persona.

—Tendréis más de un enemigo,—interrumpe Walt Wilder.—Si yo os sigo á pie, no llegaré á tiempo; y como los muchachos han ido á buscar sus caballos, se retardarán también.

—Poco importan esos enemigos,—replica Frank, pues aun me quedan cinco tiros en mi revólver.

Y, dirigiéndose á Adela, añade:

—¡Mirad! Ahí viene vuestro hermano: id á su encuentro y decidle que pronto volveré con un prisionero para canjearle con él. ¡Adiós!

Y, desprendiéndose de los brazos de la joven, Frank salta sobre su caballo y desaparece muy pronto entre los árboles.

Apenas se ha perdido de vista, cuando otro

cuadrúpedo galopa en su seguimiento; pero no es un caballo, sino una mula.

Walt Wilder acaba de encontrarla detrás de la tienda, y es la misma en que debería montar la joven mestiza.

El antiguo cazador, aplicándole la punta de su cuchillo, la obliga á emprender un galope largo.

Y poco después se precipitan en la misma dirección otros jinetes: son los primeros teja-

de su enemigo; pero domínale la impaciencia y los minutos le parecen horas.

A medida que avanza reconoce que no pueden haber seguido otro camino diferente, porque á cada lado hay un profundo precipicio sobre el cual se elevan rocas enormes.

En aquel terreno es casi imposible que se le escapen los fugitivos, como no sea por la mayor rapidez de los caballos, y por este concepto Frank espera alcanzar la ventaja.



—¡Quedaos aquí! No vayáis más en busca del peligro

nos que han montado y que van á prestar ayuda á sus compañeros.

Los que han quedado en el campamento son espectadores de una tiernísima escena. Dos prisioneros que estaban á punto de morir se ven ya libres; dos cautivas se han salvado de la deshonra, y un hermano abraza cariñosamente á la hermana con quien quiso morir poco antes, más bien que someterse á las infames condiciones de un miserable.

CAPÍTULO XXXVIII

LA CAZA

Hamersley avanza rápidamente, porque los fugitivos le deben llevar bastante ventaja, aunque ha perdido pocos minutos en su diálogo con Adela.

Confía, sin embargo, en darles alcance, porque sabe que su caballo debe correr más que el

Y sigue avanzando con el ímpetu de un huracán, suponiendo siempre que sus enemigos van delante.

A los diez minutos está seguro de ello, pues acaba de divisarlos.

El camino que sigue en aquel momento termina bruscamente en una larga alameda de una milla de extensión, y, más allá de ésta, los árboles interceptan de nuevo la vista del valle.

Los fugitivos acaban de llegar á este espacio abierto cuando Hamersley sale del camino bordeado de precipicios; y como sigue espolleando á su corcel, el perseguidor y los perseguidos se pueden divisar ya.

La caza parece tocar á su término: los tres caballos avanzan á escape, pero es evidente que el americano obtiene una ventaja visible sobre los musteños, y, si no ocurre algún accidente, pronto les habrá dado alcance.

Hamersley observa esto al punto y calcula la distancia que se ha de recorrer para fran-

quear la alameda: su único propósito es alcanzar á los fugitivos antes, porque, una vez llegados á los árboles, será más difícil la persecución y no tan seguro recobrar la ventaja, prescindiendo de que se podrán ocultar.

Es preciso evitar esto á todo trance, y, con este fin, Frank espolea de nuevo á su caballo, animándole con sus palabras.

En aquel momento, Robles, que ha vuelto la cabeza, ve que sólo los persigue un hombre; detrás de él hay una gran extensión de terre-

algún valor, aunque en la mirada de su enemigo cree ver una expresión terrible.

Algo le dice que la hora de la venganza ha llegado, y, sin poder dominar su inquietud, espera el encuentro.

Según hemos dicho, los dos oficiales van armados de sables: contra éstos no tiene Frank arma á propósito para defenderse, y la lucha puede ser desigual, pues sólo lleva un revólver, y como último recurso dos pistolas que ha encontrado en la silla.



Frank levanta una vez más su revólver y apunta al fugitivo

no y no se divisa ningún otro perseguidor.

Aunque sea un bandido, el ayudante tiene verdadero valor: ellos son dos, jóvenes y fuertes, están armados de sables, y el uno lleva, además, pistolas, y, por lo tanto, no deben temer á un solo enemigo.

—¡Ira de Dios!—exclama Robles.—Sólo nos persigue uno: los otros no han montado aún y tal vez tarden en llegar. Ese será algún imprudente que ha montado en vuestro caballo. Volvamos contra él, coronel.

El cobarde Uruga no pudo hacerse sordo á este llamamiento, y, volviendo riendas, los dos esperan con los sables desenvainados á su perseguidor.

A los dos minutos, Hamersley llega al terreno, y el coronel reconoce, por fin, á su antagonista de Chihuahua, al hombre que más aborrece en la tierra.

El profundo odio que le domina le infunde

Comprendiendo al punto su desventaja, Hamersley hace la puntería antes de acercarse demasiado, disparando contra el enemigo que está más próximo, que es Robles.

La bala toca en el blanco, pues el ayudante cae del caballo y muerde el polvo, igualándose así las probabilidades de la lucha.

Pero ésta ha terminado ya, porque, al ver Uruga que su compañero ha caído, é, intimidado por la mirada de su contrario, que revela el deseo de vengarse, emprende la fuga con el sable pendiente de la mano.

No tarda en quedar desarmado, pues Hamersley, persiguiéndole de cerca, hace fuego otra vez, y la bala hiere el brazo, de cuya mano pende el sable, cayendo el arma en tierra.

Uruga no se atreve á volver la cabeza, porque no tiene valor para mirar de frente á su enemigo: sólo piensa en ganar la espesura de

árboles, con la esperanza de hallar donde ocultarse.

Pero no está decretado así: Hamersley le va á los alcances, y muy pronto llega su caballo á tocar con la cabeza la grupa de su enemigo.

Frank levanta una vez más su revólver y apunta al fugitivo: bástale oprimir el gatillo para atravesar de un balazo la espalda del coronel, pero se contiene.

Cual si quisiera hacerle gracia ó por un mero capricho, Hamersley traslada el revólver á su mano izquierda, y, haciendo dar un salto á su caballo hacia adelante, alcanza al coronel y le sujeta por un brazo con la derecha.

Después, cogiéndole del cinturón, le arranca de la silla con poderosa fuerza y arrójale en tierra, precipitándose al momento sobre él con su revólver en mano.

—¡Miserable!—le grita.—¡No te muevas, ó eres muerto! Aun me quedan cuatro balas en el revólver.

Inútil es la amonestación, porque Uruga, aturdido por el golpe, permanece inmóvil.

Antes de que vuelva en sí, llegan los tiradores con Walt Wilder á la cabeza, y hacen prisioneros á los dos perseguidos, ninguno de los cuales ha perecido en el encuentro.

Mejor sería para ellos no existir ya, porque han caído en manos de hombres inexorables que los condenarán sin remedio, imponiéndoles una muerte vil.

Sólo deben pensar ya en pedir á Dios perdón de sus crímenes.

CAPITULO XXXIX

EL CAMPAMENTO TRANSFORMADO

Otro sol ilumina el Llano Estacado, y sus rayos deslumbradores se reflejan en las rocas basálticas, de color pardusco, que circuyen el valle del Arroyo del Álamo.

En varias puntas salientes, sobre el sitio elegido por Uruga para su campamento, están posados aún los buitres negros, y, aunque no es aquél su sitio acostumbrado, han permanecido en él toda la noche, graznando á intervalos cuando oían el grito del coyote ó del puma.

Además, han despertado á estas aves los primeros rayos del sol: sus movimientos indican por qué se han quedado allí.

Ya no permanecen quietas: á cada momento vuelan de una roca en otra y á veces cruzan el valle á tan poca altura del suelo, que casi rasan con sus alas las copas de los árboles que se elevan á orillas de la corriente. Tienen el cuello y miran ávidamente porque perciben en la tierra lo que necesitan para disfrutar de un festín.

Diez hombres están postrados sobre el césped, y su actitud indica desde luego que no duermen ni descansan: son cadáveres, ya rígidos, y á su lado se ven charcos de sangre coagulada y negruzca.

Los buitres parecen reconocer estos detalles; saben seguramente que aquellos hombres es-

tán muertos; pero aun vacilan en caer sobre su presa.

Aquellos cadáveres son los de los lanceros del coronel Uruga; aun están, al parecer, intactos sus uniformes, y también sus penachos de plumas, pues todos murieron simultáneamente á la primera descarga de los tiradores.

A primera vista, y prescindiendo de los lanceros muertos, no parece haber cambiado nada en el campamento. Así como ayer, se ven dos cautivos debajo del mismo árbol donde se hallaban D. Valeriano y el doctor; pero son distintos hombres, y diferente también el centinela que los vigila. Es un tejano de rudo aspecto, de seis pies de estatura, que se apoya en una larga carabina.

No parece necesario decir quiénes son los prisioneros: en el uno vemos al coronel Uruga, con semblante abatido y descompuesto, despedazado el uniforme y lleno de barro; el otro, su ayudante Robles, su cómplice en el crimen: en este último se reconocen también indicios de haber sido maltratado; pero su aspecto es el del tigre recientemente cogido que nada teme, mientras que el de su compañero ofrece el del zorro cogido en una trampa.

En el campamento hay unos sesenta caballos y unas diez ó doce mulas, y los primeros están ensillados como si sus jinetes debieran montar pronto.

Algunos hombres se ocupan en reunir los animales mientras los más forman grupo en medio del campamento: por su actitud, su manera de hablar y sus gestos reconócese que deliberan sobre algún asunto importante.

Walt Wilder se halla entre ellos, mas no Hamersley, que está en la tienda cuadrada con más agradable compañía.

Sentado en un catre de campaña, conversa á la vez con Miranda y el doctor, salvados tan milagrosamente de la muerte, mientras Adela le dirige amorosas miradas.

Conchita entra y sale á cada momento, con locuaz alegría, sin fijar su atención en dos prisioneros que hay detrás de la tienda, á quienes mira con soberano desprecio: son José y Manuel.

Aunque sabe que este último está locamente enamorado de ella, recuerda también su negra traición, y así es que sólo piensa en su intrépido Walt, complaciéndole las deferencias que merece de sus compañeros. Más alto que ninguno de los tiradores que le rodean en aquel instante, parece ser también el que dirige la deliberación, muy importante, sin duda, que los ocupa hace algún tiempo. Se ha discutido sobre una cuestión de vida ó muerte, decretándose esta última por unanimidad, y, pronunciada la sentencia, trátase sólo del modo de ejecutarla.

El capitán de tiradores, que hace las veces de presidente, se dirige á todos en estos términos:

—Y bien, muchachos: ¿qué haremos con ellos? ¿Se los ahorca ó se los fusila?

—¡Ahorcarlos!—contesta la mayoría.

—¡El fusilamiento es una muerte demasiado

honrosa para semejantes bribones!—grita una voz, en la que todos reconocen la de Cully.

—Debemos desollarlos y descuartizarlos,—añade otro tejano.

—Sí,—exclama un tercero.—Un poco de tormento no estaría de más para esos infames.

—¡Vamos, compañeros!—grita el capitán.—Recordad que sois tejanos, y no salvajes como aquellos á quienes vais á castigar. Basta enviarlos al otro mundo, sin necesidad de ser inhumanos. ¡Vaya! ¿Estáis todos por la horca?

—¡Sí: todos!

—¡Basta! ¿Dónde los colgaremos?

—Allí,—contesta Walt Wilder, señalando los dos árboles á cuyos troncos estaban atados D. Valeriano y el doctor.—Cada cual puede tener su rama separada, y así no tropezarán cuando hagan el viaje á la eternidad.

—¡Buen sitio!—replica Cully.—No se podía haber elegido otro mejor. Les daremos un árbol á cada uno como ellos pensaban hacer con esos inocentes.

—¡Muchachos!—grita Walt.—Id á buscar un par de cuerdas y traédmelas aquí.

Varios tejanos van á buscar el objeto pedido, y vuelven á los pocos minutos, dirigiéndose entonces hacia los árboles. Cada uno de éstos presenta una gran rama muy sólida que se extiende horizontalmente fuera del tronco, y los tiradores sujetan en ellas la extremidad de una cuerda después de hacer en ellas un nudo corredizo.

—¿Quién se encargará de izar?—pregunta el capitán de tiradores.—Bien veo, muchachos, que la tarea no será agradable; pero supongo que alguno de vosotros querrá encargarse de ella.

Cuarenta voces contestan á la vez:

—¡Yo! ¡Yo!

Todos aquellos hombres parecen ansiosos de aplicar el castigo, haciendo una cosa que en otras circunstancias no sólo sería para ellos desagradable, sino que los disgustaría. Aunque rudos y poco inclinados al sentimentalismo, los tiradores obedecen al instinto de humanidad. Costumbre tienen de verter sangre sin compasión, cuando es la de un hombre rojo; pero no les sucede lo mismo cuando se trata de un blanco.

No obstante, en aquellas circunstancias no sienten el menor escrúpulo, porque lo que se les ha dicho acerca de los dos prisioneros, y el conocimiento de las atrocidades que han cometido, los exasperan. El relato ha producido en sus ánimos profunda impresión, y no es ya sólo el deseo de venganza el que los impulsa, sino el de llevar á cabo un acto de justicia, castigando con la muerte á los que la tienen bien merecida.

CAPITULO XL

UN PATÍBULO VIVIENTE

Al ver el capitán Haynes que no hay dificultad en hallar ejecutores, considera que ya está todo arreglado, y dispónese á dar la orden

para que presenten los prisioneros; pero, siendo hombre de humanos sentimientos y cierta susceptibilidad, resuélvese á confiar á otro su desagradable misión.

Para esto elige á Walt Wilder, quien, á su vez, solicita la cooperación de Cully. Los dos se encargan de dirigir el acto, y el capitán se retira del terreno.

Después de hablar durante algunos segundos en voz baja, como para tomar sus últimas disposiciones, Walt se vuelve á sus compañeros y les dice:

—¡Muchachos! Aunque no tenéis el instinto de ejecutores, veo que estáis dispuestos á serlo. Tal vez debamos atribuirlo á que el olor de esos dos infames despierta en vosotros el sentimiento del salvaje.

Las palabras de Walt Wilder excitan la hilaridad; pero reprímese ésta muy pronto, porque la escena es demasiado solemne.

—No se me oculta,—continúa el cazador,—que todos deseáis tirar de las cuerdas; pero creo que será necesario privaros de ese gusto. Los hombres que vamos á castigar no merecen que les lancen á la eternidad ciudadanos libres del Estado de la Estrella Solitaria. Sería un baldón para un tejano ahorcar á semejantes reptiles.

—¿Qué queréis decir, Walt? Alguno habrá de izar.

—No es necesario: quedarán colgados, sin que nadie toque la cuerda.

—¿Cómo?—preguntan varias voces.

—¡Bah! Hay un medio, y ya lo hemos concertado Cully y yo: le aprendí de los mismos mejicanos, que suelen practicarle con sus prisioneros indios, y ahora vamos á dar á los sentenciados una dosis de su propia medicina. Que vaya alguno de vosotros á buscar dos mulas, y tráigamelas aquí después de quitarles la silla, pues no se necesita ésta para nada.

Cinco ó seis tiradores van á buscar al punto las mulas, y á los dos minutos vuelven con ellas.

—¡Muy bien!—dice Walt.—Ahora podéis conducir aquí á los prisioneros.

Diez ó doce hombres se encaminan á buscarlos, y después de hacerlos poner en pie conducenlos á los árboles donde se debe efectuar la ejecución.

El coronel y su ayudante tienen los uniformes cubiertos de barro y algunas manchas de sangre; parecen lobos heridos cogidos en una trampa; pero es muy diversa la expresión de su rostro: el de Robles expresa la cólera y el odio, mientras el de Uruga revela el terror.

Ninguno de aquellos dos hombres habla una palabra ni pide gracia, pues comprenden que sería inútil. Harto se lo dicen las miradas de los hombres que los rodean: de los labios de todos creen oír la palabra *muerte*, y no deben pensar en el perdón.

Los buitres, posados siempre en las rocas, observan atentamente los movimientos de aquellos hombres, y parecen esperar ansiosos á que se alejen del sitio, para caer sobre su presa. También se deja ver ya algún lobo en el linde-

ro del bosque que sólo aguarda una oportunidad de ir á reclamar su parte en un repugnante festín.

—¡Desatad las ligaduras de las piernas!— grita Walt, señalando los prisioneros.

Obedécese la orden al punto, y los cautivos conservan sólo las manos atadas detrás de la espalda.

—¡Montadlos en las mulas!—añade Walt.

Ejecútase esta orden con la misma rapidez que la primera, y los dos prisioneros quedan

nación recuerdos que le hacen desear la venganza; piensa en sus pobres compañeros de la caravana, asesinados cruelmente; piensa en la caverna donde estuvo á punto de perecer; y bajo la impresión de estas reminiscencias experimenta cierto júbilo, hasta dispensable, al colocarse junto á la mula que monta el coronel Uraga. Cully se sitúa al mismo tiempo detrás de la de Robles.

Ambos tienen sus cuchillos en la mano: cualquiera creería, al verlos, que tratan de dar



Saben que en aquel momento se hallan sobre un patíbulo viviente

montados, con uno de los tiradores junto á sí.

—Ahora,—continúa Walt,—pasad la cuerda al rededor del cuello, atando en la rama la extremidad libre.

En un momento queda hecho todo lo que acaba de indicar el tejano, pues sus compañeros comprenden ya su plan, así como también los que van á sufrir la sentencia. Hasta conocen la operación, porque están acostumbrados á practicarla: saben que en aquel momento se hallan sobre un patíbulo viviente.

—¡Vamos, Cully!—dice Walt en voz baja.—Sacad vuestro cuchillo.

—Aquí lo tengo.

—Bueno: os servirá de espuela. Encargaos de la mula de la izquierda, que yo me cuidaré de la otra.

La de la derecha es la que monta Uraga: Walt Wilder cree que va á cumplir con un deber, y, por otra parte, se agolpan á su imagi-

muerte á las mulas ó á los que las montan; pero no es tal su intento, según lo anuncian las palabras de Walt Wilder, únicas que se hablan antes de la ejecución.

—Cuando os haga la señal,—dice á Cully,—pinchad á vuestra mula, como yo lo haré, para que las dos se desprendan á un tiempo de su carga. Si juntos han estado esos hombres en este mundo para hacer el daño, que vayan juntos al otro.

—¡Muy bien, viejo zorro!—contesta Cully lacónicamente.

Sucédese un intervalo de silencio que tiene algo de terrible. Es tan profundo, que podría percibirse hasta la caída de la hoja de un árbol; tan aterrador, que los mismos buitres alargan el cuello, á fin de averiguar la causa.

Pero de pronto se oye un grito; no es la señal de Walt Wilder: acaba de salir de los labios del coronel Uraga.

En la última hora de angustia le han dominado el terror y el miedo, y pide gracia, no á los que tiene cerca de sí, pues sabe que no le escucharían, sino al hombre á quien tanto daño ha hecho, al coronel Miranda.

Al oír aquel grito, D. Valeriano sale de la tienda, seguido de su hermana, de Hamersley y del doctor, y todos se detienen de pronto ante el extraño espectáculo que se ofrece á su vista.

No pueden equivocarse: aquel aparato es el de una ejecución.

Pero si su ánimo es intervenir en favor de los condenados, ya es demasiado tarde, pues mientras contemplan la escena llega á sus oídos un grito seguido de algunas palabras.

Es la voz de Walt Wilder, que acaba de decir:

—¡ Muerte á los infames! ¡ Pinchad á vuestra mula, Cully!

En el mismo instante, los dos tejanos se acercan á los dos cuadrúpedos, que dan á su vez un salto hacia adelante, cual si les hubiera picado algún insecto.

Pero ya no llevan jinetes. Estos últimos han quedado atrás, no desmontados ó caídos, sino pendientes entre el cielo y la tierra.

CAPITULO XLI

DESPUÉS DE LA EJECUCIÓN

Es la hora de mediodía.

El mismo sol cuyos rayos iluminaron á los tiradores cuando deliberaban, y más tarde el espectáculo de una ejecución, ha llegado al meridiano, y ahora permite ver otra escena también sanguinaria, pero muy distinta.

El campamento está desierto: ya no hay tiendas ni tejanos, ni caballos ni mulas: todo ha desaparecido.

Cierto que Uraga y sus lanceros están allí todavía; pero sólo en cuerpo, no en espíritu: sus almas han volado á otras regiones.

Los rígidos cadáveres están como los dejaron los tiradores; los lanceros, tendidos sobre el césped; los dos oficiales, pendientes de las ramas de los árboles, con las cabezas inclinadas.

No pasa mucho tiempo sin que algunos seres los visiten.

Apenas se ha extinguido á lo lejos el rumor de los caballos que se alejan, los buitres, abandonando su observatorio, tienden su vuelo hacia la superficie del río.

Simultáneamente salen de entre la espesura el gran lobo gris y el coyote; al principio avanzan con cautela, y después atrevidamente hacia los cuerpos.

Al grito singular del coyote, al aullido del lobo y al graznido del buitre, únese el grito agudo del caracara y el del águila de cabeza blanca.

Las aves de rapiña y los animales carnívoros, atraídos por el mismo instinto, rodean los

cadáveres de los lanceros mejicanos. El banquete será abundante y no necesitan disputarse la presa; pero las aves deben aguardar á que tomen su parte los lobos.

Sin embargo, estos últimos deben abandonar muy pronto su puesto, porque llegan dos panteras, con gran descontento de las águilas y los buitres, que aun no han podido tomar su parte.

Pero, de pronto, su vista perspicaz se fija en los dos cuerpos pendientes de las ramas; las aves carnívoras caen sobre ellos con la mayor avidez, y, cubriéndolos completamente, comienzan á destrozarlos con las garras y el pico.

Cuando más ocupados están aquellos voraces animales en su repugnante tarea, los hombres interrumpen su banquete, obligándolos á retirarse precipitadamente ante sus enemigos naturales, á quienes sólo la casualidad ha conducido por aquel sitio.

No son tiradores los que vuelven: es una partida de apaches jóvenes que han emprendido una excursión. Acaban de llegar al río y habían elegido aquel camino para dirigirse al Pecos.

Sorprendidos ante aquel espectáculo, no por eso les complace menos, pues hay varios hombres á quienes pueden despojar de la piel del cráneo; creen que acaba de efectuarse una lucha, pero poco les importa quién han sido los vencidos; sus miradas están fijas en los vencidos y ven con gran contento que aun conservan sus cabelleras. Muy pronto salen á relucir los cuchillos, y cinco minutos después los salvajes tienen ya en la punta de sus lanzas los repugnantes trofeos.

Ni Uraga ni su teniente se han librado de la mutilación: también sus cabelleras han sido arrancadas por los apaches.

Los indios no permanecen largo rato en aquel terreno, y continúan rápidamente su marcha, no en persecución de los hombres que tan oportunamente les han proporcionado sus favoritos despojos, sino en dirección al Pecos, pues reconocen en las huellas de los caballos una partida de tiradores de Tejas, sus más temidos enemigos.

Mientras los apaches se alejan, los lobos, las águilas y los buitres se acercan de nuevo al sitio que abandonaron, y en poco tiempo dejan sólo los huesos, que deben blanquearse al sol, para convertirse después en polvo y mezclarse con la misma tierra donde se movieron en otro tiempo con todo el orgullo de la humanidad.

CAPITULO XLII

ESCENAS TRANQUILAS

Hemos trazado el último acto de nuestro drama; hemos descrito la última escena sangrienta; tal vez dirá el lector que lo ha sido demasiado; pero de esto no somos responsables, porque nos hemos limitado á bosquejar la vida

tal como existía en el territorio comprendido entre Méjico y Tejas. Aquellos que dudaren del hecho, figurándose que todo es un parto de la imaginación, pueden leer los diarios de Tejas de aquella época, ó aun los de hoy, y en cualquiera de ellos verá que se recuerdan incidentes tan extraños como improbables, al parecer, románticos episodios y tragedias tan sangrientas como las que se han bosquejado en esta novela.

Sin embargo, no siempre terminan tan satis-

de tiradores, entre los cuales va Walt Wilder y el guía Cully, quien entretiene á sus amigos, al rededor de la hoguera del campamento, refiriéndoles historias de las praderas. Las dos siguientes escenas son las que creemos más necesarias de recordar por el interés que ofrecen.

La primera ocurre en la iglesia del pueblecillo de uno de los principales distritos de Kentucky, conocido con el nombre de *Blue Grass*: en el interior del templo se han reunido las



Mientras los apaches se alejan, los lobos, las águilas y los buitres se acercan de nuevo al sitio...

factoriamente como en nuestro drama, pues, por fortuna, con las escenas de muerte y el deseo de venganza ha podido aliarse la justicia; de modo que los que recibieron la muerte como castigo, merecido lo tenían por sus culpas: los individuos de la caravana y los tiradores que sucumbieron en el Pécano fueron las víctimas inocentes.

Pero como estas víctimas vivían sin nombre y murieron desconocidas, su desgraciada suerte no produce tan profundo pesar, aunque inspire sentimiento, sobre todo cuando se reflexiona sobre la felicidad de los que han sobrevivido.

No causará dolorosa impresión saber que el coronel Miranda y su hermana acompañaron á Frank Hamersley á su regreso á los Estados juntamente con D. Próspero y Conchita, escoltados por el capitán Haynes y su compañía

personas más notables á fin de asistir á la ceremonia de un casamiento. Esto no tiene nada de particular, porque es muy frecuente; pero, tratándose de la pequeña iglesia de un pueblecillo rural, lejos de toda ciudad, es un hecho raro ver tres parejas delante del altar. En el caso presente, conócense todos aquellos que van á unirse con los sagrados lazos del matrimonio, y hasta diríase que se han convenido para prestar á la vez el solemne juramento.

El primero que pone el anillo nupcial en el dedo de su novia es Frank Hamersley: la que adelanta la mano para recibirle es Adela Miranda.

De la pareja que sigue, sólo el novio es conocido de nuestros lectores: es un hombre de arrogante presencia, moreno y del puro tipo español; todos los espectadores creen recono-

cer una gran semejanza entre aquel hombre y la novia de Hamersley, lo cual no tiene nada de extraño, puesto que es su hermano.

Pero ¿quién es la joven alta y rubia, que consiente en hacer feliz á D. Valeriano, cumpliendo también con un deseo de Hamersley?

Nadie lo pregunta porque todos reconocen á la hermana de Frank.

Aquello ha sido una combinación casual de

pone ni consigna el ritual impreso de la Iglesia.

Otra escena terminará nuestro relato: es un simple episodio de la vida ordinaria, pero en extranjero suelo, muy lejos de los centros civilizados.

Debemos trasladar al lector á Nueva Me- jico, á una especie de oasis que hay en el



En el patio, Walt Wilder bromea con Conchita, mientras el doctor sube y baja á cada momento...

hermanos, á la cual ha contribuido el amor. En el estéril Llano Estacado, apenas fué necesario un minuto para que la doncella mejicana sometiese á su dominio el corazón de Frank Hamersley.

Casi con la misma rapidez, en el fértil Estado de Kéntucky, la hermosa americana de blondo cabello rindió á sus pies al coronel Uraga.

La tercera pareja que se presenta para recibir la bendición es... Inútil parece decirlo, porque ya lo habrá adivinado el lector. En el novio, que tiene seis pies de estatura, vemos á Walt Wilder. La novia, cuya cabeza no llega al hombro del cazador, es la mestiza Conchita.

El tejano pone el anillo nupcial en el dedo de la joven, cuyas mejillas cubre un ligero rubor, haciendo al mismo tiempo entusiastas protestas de fidelidad, protestas que no im-

gran desierto central de la América del Norte.

La escena ocurre cerca de la ciudad de Alburquerque y los actores se hallan en la azotea de una hermosa casa, desde donde se domina una gran extensión del país.

Aquella es la antigua mansión perteneciente á D. Valeriano Miranda; y el hecho de hallarse éste allí indica evidentemente que la propiedad ha vuelto á manos de su primitivo dueño.

El ex coronel está fumando su cigarro junto á su hermana y su joven esposa, que es ya la dueña de aquella morada; pero Adela no puede resentirse de esta preferencia, porque ya tiene su casa independiente. Ciertamente que está lejos, pero, en aquel instante, Frank Hamersley se halla á su lado.

Abajo, en el patio, Walt Wilder bromea con Conchita á su manera; mientras el doctor don Próspero sube y baja á cada momento, participando de la alegría general.

A cierta distancia de la casa, en la llanura, se ven los blancos toldos de veinte carros, entre los cuales elévase la columna de humo de la hoguera que acaban de encender los individuos de una caravana.

Es la de Hamersley, que acaba de llegar, y se dirige á Río Abajo y Paso del Norte.

Los hombres de la caravana descansan tran-

quila y confiadamente, sin temer los ataques de los indios ni las exacciones del tirano gobernador de Nueva Méjico, Manuel Armijo.

Una guerra ha limpiado el país; una nueva bandera le protege, y al ondear en las torres de Alburquerque ofrece seguridad á todos, porque es el pabellón de las estrellas.





ÍNDICE

| CAPÍTULOS | PÁG. | CAPÍTULOS | PÁG. |
|----------------------------------|------|-----------------------------------|------|
| I.—El mensajero. | 1 | XXIV.—Una ejecución expeditiva. | 38 |
| II.—Confidencia.. . . . | 3 | XXV.—El rastro interrumpido. . | 39 |
| III.—Un paraíso.. . . . | 4 | XXVI.—Una escena interesante. . | 41 |
| IV.—Un designio peligroso.. . | 6 | XXVII.—Dos bribones en consejo. . | 43 |
| V.—La declaración. | 7 | XXVIII.—Una fuerte tentación. . . | 45 |
| VI.—Un mensaje misterioso. . | 9 | XXIX.—Una ruda prueba.. . . . | 47 |
| VII.—El llano estracado.. . . . | 11 | XXX.—Intenciones siniestras.. . | 48 |
| VIII.—Otro destacamento. . . . | 14 | XXXI.—Una comunicación inter- | |
| IX.—En marcha.. | 15 | ceptada. | 50 |
| X.—Suposiciones. | 16 | XXXII.—Un proy. cto atroz. . . . | 51 |
| XI.—Una parada. | 18 | XXXIII.—Un mensajero de malas | |
| XII.—En acecho. | 19 | noticias. | 53 |
| XIII.—Ultima etapa. | 21 | XXXIV.—Un consejo de guerra si- | |
| XIV.—Prisioneros.. | 21 | mulado. | 55 |
| XV.—Espiendo. | 24 | XXXV.—La mano de Dios. | 56 |
| XVI.—Un rezagado. | 26 | XXXVI.—¡Sálvese quien pueda!.. . | 58 |
| XVII.—Prisionero. | 27 | XXXVII.—Separación forzosa.. . . | 59 |
| XVIII.—El huracán.. | 23 | XXXVIII.—La caza.. | 60 |
| XIX.—Encuentro feliz. | 31 | XXXIX.—El campamento transfor- | |
| XX.—Antiguos amigos. | 33 | mado. | 62 |
| XXI.—Mutuas explicaciones.. . | 35 | XL.—Un patíbulo viviente. . . . | 63 |
| XXII.—Interrogatorio. | 35 | XLI.—Después de la ejecución. . . | 65 |
| XXIII.—En medio de la tormenta.. | 37 | XLII.—Escenas tranquilas. . . . | 65 |

